



EL ESPIA DE MADRID

BARCELONA, 1936

Goyo Martínez
Joan Salvador Vergés

Lectulandia

Tras el asesinato de un industrial y atentado frustrado contra un militar, un agente de los servicios de inteligencia de la República es enviado a Barcelona para intentar descubrir el enlace entre militares y organizaciones fascistas. Allí Nelo descubrirá que el mundo que conocía está a punto de cambiar para siempre y, a contrarreloj, hará todo lo posible por desenmascarar una conspiración cuyo desenlace pondrá en peligro su propia vida.

Lectulandia

Goyo Martínez & Joan Salvador Vergés

El espía de Madrid. Barcelona, 1936

ePub r1.1

Mangeloso 22.02.14

Título original: *El espía de Madrid: Barcelona, 1936*

Goyo Martínez & Joan Salvador Vergés, 2011

Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Roser Canals, mi norte y mi guía.

A Laia, Rut y Joan, mi noche y mi día.

*A mi madre, —que está a mi lado—, y a mi padre, que está en los cielos, y de
quien aprendí los valores del trabajo, la constancia y el sacrificio.*

*A Roser Carbonell y Siseo Canals, tienen y lo que tienen lo mantienen a base de
amor y de fe. El pasado no es pérdida, sino suma.*

A Daniel Martínez (y a Carla), que nos devuelvan el futuro que nos han robado.

Goyo M.

*Para todos aquellos que están dispuestos a morir por defender sus ideales frente
a todos aquellos dispuestos a matar por imponer los suyos.*

JOAN S.

Hay otros mundos, pero están en este.

Hay otras vidas, pero están en ti.

Y al final lo que cuenta no son los años de vida, sino la vida de esos años.

Esta novela recrea los acontecimientos históricos y el quehacer cotidiano que vivió la ciudad de Barcelona durante los días previos al levantamiento militar que desembocó en la guerra civil española. Muchos de los personajes son históricos e interpretaron en líneas generales el papel que aquí les asignamos; hemos novelado, eso sí, su proceder en el día a día. Los protagonistas, así como la trama en la que se ven inmersos, son fruto de nuestra creación y no responden, pues, a la realidad de entonces.

Prólogo

Barcelona, Hotel Ritz, siete y media de la mañana

—Vamos, señorita, despiértese o llegará tarde.

La doncella posó su gruesa mano en el hombro de la mujer que dormía, y lo hizo con delicadeza. Al poco, la sacudió, hasta que obtuvo una ligera respuesta, un ademán de rechazo.

—Son las siete y media y la esperan a las diez, ¿recuerda, señorita?

—*Mademoiselle*... —replicó la mujer.

—¿Cómo?

—Te he dicho mil veces que te acostumbres a llamarme *mademoiselle*, eso de señorita..., suena tan vulgar.

—Sí, *mademoiselle*.

—*Oui, mademosielle*. —La mujer se incorporó en la cama y se apoyó en el cabecero. Le cubría los ojos un antifaz de satén negro que empalidecía su piel.

La sirvienta abrió las cortinas y los ventanales, y junto con la luz de un día tremendamente claro entró una brisa de aire fresco. La joven se estremeció.

—¿Dónde estoy?

—En la suite Royale del Hotel Ritz, *mademoiselle*. Cortesía de su amigo, el conde.

—Ah, sí, ya recuerdo.

—Le he pedido el desayuno. Lo he dejado ahí, sobre la mesita.

—*Café au lait et croissant, j'espère*.

—Sí, *mademoiselle*. Y la ropa de calle está aquí, sobre la cama.

La joven se llevó la mano derecha al antifaz y empezó a levantarlo cautelosamente, como si la experiencia de otros despertares le aconsejara no exponer tan pronto sus ojos al día. La sirvienta se sentó en la cama y se interpuso en el camino de la luz. La miraba entre fascinada y celosa —¿no sería pecado ser tan joven y hermosa?—, y cuando por fin aparecieron los ojos de la joven, la gruesa mujer de acento andaluz no pudo reprimir una sonrisa franca ante la belleza de aquellas pupilas perfectas, de aquellos párpados lisos, y sin más tomó el rostro entre sus manos y plantó un beso en cada mejilla.

—Vosotros, los españoles, es que sois tan... tan... familiares, tan... tan... cariñosos —dijo la mujer francesa con cierto desdén.

—Tengo que llevarme el vestuario al teatro, ¿de acuerdo, *mademoiselle*? Así que, si no me necesita, me iré.

—Vete, vete, ya me las arreglaré yo sola.

A punto estuvo la sirvienta de volver a besar a la joven, pero ella la rechazó con

un gesto.

Se levantó cuando oyó que se cerraba la puerta. Vestía un sencillo camisón de lino blanco, sin mangas, y a pesar de la buena temperatura parecía que echaba de menos la tibieza de las sábanas. Con movimientos rápidos, se dirigió hacia la bandeja del desayuno y probó el café con leche, y debió de gustarle porque a continuación dio un buen trago. Desechó el cruasán.

Echó un vistazo entonces a la ropa que le había dejado su sirvienta sobre la cama. Un elegante vestido oscuro con topos blancos; debió de pensar que era demasiado formal, porque lo dejó a un lado y se dirigió hacia una de las maletas abiertas que descansaban en el suelo. La levantó, no sin esfuerzo, e iba a apoyarla sobre la cama cuando sus manos cedieron al peso y todo lo que contenía cayó al suelo.

Se oyó un ruido seco, sólido, metálico, algo que no cabía esperar de la tela al entrar en contacto con el suelo. Apartó blusas y faldas y descubrió la causa: un bulto del tamaño de una mano envuelto con papel de estraza, con manchas de grasa. Se llevó una mano a la frente, como si de repente hubiera recordado algo de lo que tendría que haberse acordado antes. Quitó el papel y apareció una pistola. De pequeño calibre. Y por el modo de sostenerla, con familiaridad, cualquier entendido habría dicho que sabía utilizarla.

Se plantó en medio de la habitación, aún con el arma en la mano, y dio un par de vueltas sobre sus pasos. Buscaba algo. Al final vio el bolso de mano sobre la cómoda.

Y allí guardó la pistola.

Capítulo 1

Barcelona, 2 de julio de 1936

Paseo de San Juan, ocho de la mañana

Como cada día, los Mitchell, tío y sobrino de una familia de cuna británica y temperamento catalán, recorrían en auto la ciudad para dirigirse a la fábrica de blondas y visillos La Escocesa, situada en el barrio de Pueblo Nuevo, el «Manchester catalán», como los miembros de la colonia inglesa establecida en la ciudad solían llamarlo, no sin cierta añoranza y algún orgullo patrio.

El joven Lorenzo Mitchell salió de su piso, en el número 8 del céntrico paseo de San Juan, y solícito y puntual enfiló con su pequeño y práctico automóvil el camino del gran bulevar de la majestuosa avenida Catorce de Abril. A las ocho en punto, según marcaba su reloj de pulsera, ya había alcanzado la vivienda de su tío, míster Joseph Mitchell Hood, que aún tardaría en salir de casa cinco minutos, tiempo que empleaba en acabar de ordenar sus documentos y en despedirse cariñosamente de su esposa y de sus dos hijas.

En la ciudad ya se palpaba el ambiente veraniego que propiciaban el contacto con el mar y las altas temperaturas, incluso excesivas para la fecha. A aquella hora los termómetros del servicio meteorológico de la Generalitat ya registraban veintitrés grados y una humedad relativa del ochenta por ciento. Apenas corría el aire. En la terraza del Círculo Ecuestre se celebraba aquel día el último té con baile vespertino de la temporada de primavera, y en el Polo se anunciaba una verbena organizada por el Club Americano de Barcelona con motivo de la conmemoración anual del inminente Día de la Independencia. Míster Mitchell iría al Círculo Ecuestre. Su sobrino, de veinte años y soltero, prefería el ambiente desenfrenado de sus amigos americanos.

Con su elegante traje confeccionado a medida, compuesto de americana y pantalón de algodón, fresco, con forros a la inglesa, y su sombrero de fieltro, míster Mitchell —de cincuenta y cinco años de edad— salió de su casa con la puntualidad que le caracterizaba, a las ocho y cinco minutos. Se acomodó en el asiento delantero contiguo al de su sobrino. Lo miró con aire de desaprobación por su vestimenta, una americana y un pantalón en un género tropical más propio de la playa que de la ciudad y unos zapatos blancos con adornos de charol en marrón oscuro.

—No me mires así —se defendió el muchacho—. Es un traje elegante, cómodo y práctico. Y no se arruga, no encoge y no pierde color.

—Y, por lo que veo, tampoco llevas sombrero —se quejó de nuevo míster Mitchell—. Al menos, el verano pasado usabas uno de esos de paja.

—Es por comodidad, tío.

—¿Por comodidad o por pereza?

—Por cierto, he leído que ayer estaba previsto que con el vapor de Marsella llegara una nueva compañía de teatro. ¿Lo sabías?

Evidentemente, el joven Lorenzo pretendía cambiar de tema y evitar más sermones, y en parte lo logró, porque su tío asintió con la cabeza y calló. Aunque su entrecejo seguía fruncido.

No le gustaba aquella apariencia de su sobrino. Parecía un «pollopera», esa nueva generación de lechuguinos y pisaverdes que en invierno y en verano iban con la cabeza al descubierto, marcando el ritmo de los nuevos tiempos que traía una corriente de fiebre americana y que contagiaba incluso a los nuevos y jóvenes aristócratas, para disgusto de los honrados industriales del ramo del sombrero.

Míster Mitchell, que ni siquiera se quitó su sombrero de fieltro al entrar en el automóvil, observó que, en efecto, el atuendo de su sobrino era cómodo y práctico, aunque discrepó abiertamente acerca de su supuesta elegancia. No lograba comprender a la nueva juventud que venía a velocidad de tren expreso, que a punto estaba de perder el control de la marcha y salirse de los raíles en cualquier curva. «El siglo —pensó míster Mitchell— tiene por motor un corazón de veinte años».

Lorenzo Mitchell dio la razón a su tío. Era el momento de los jóvenes. A ellos les tocaba hacer historia y gritaban y empujaban reclamando el relevo, sin más tardanza. «Quizá por eso el mundo se ha convertido en un manicomio», continuó pensando míster Mitchell.

El efecto de aquella locura era la irrupción de la juventud en todos los órdenes de la vida, de la política a la lucha social, como en un asalto a una fortaleza después de abrir brecha en sus muros. El caballero escocés sospechó que el mundo marchaba a un ritmo que no era el que correspondía. Tantas horas embebido en su despacho, quizás había dejado de lado el mundo y se había perdido algo. No obstante, míster Mitchell advirtió, para su descanso, que no se trataba de ideas, sino de ritmos. Llegó a la conclusión de que, en el orden de las ideas, no había novedades y los problemas eran los mismos y tan viejos como el mundo, solo que ahora todo giraba movido por la pasión que imprimían los jóvenes: el extremismo era apasionamiento, en todos los ámbitos de la vida.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó con gesto enfurruñado míster Mitchell para llamar la atención de su distraído sobrino, a quien ordenó arrancar.

El joven Lorenzo puso en marcha el automóvil y emprendió el rutinario trayecto de cada mañana que les habría de llevar a La Escocesa, empresa en la que el señor Mitchell Hood desempeñaba el cargo de director gerente. Era miembro muy respetado no solo de la colonia británica establecida en Barcelona, sino también de los círculos industriales y empresariales de la ciudad. Decían de él que era buena persona: familiar, de trato cordial y exigente en su labor, tratando de mirar siempre

por los intereses del negocio sin menoscabar los derechos y el bienestar de sus empleados.

Nada les permitía sospechar ni a uno ni a otro lo que se cernía sobre ellos.

Madrid, cuatro de la tarde

Sede de la Dirección General de la Seguridad del Estado

En un despacho del «búnker», el área reservada solo a personal autorizado en el primer sótano de la Dirección General, donde incluso el sol pedía permiso para entrar y lo hacía por un tragaluz abierto en la parte superior de una pared, la única que recibía luz natural, el agente Nelo leía con atención el informe que su más fiel colaborador, Gonzalo García Estremera, había preparado apresuradamente tras mantener una conversación telefónica de urgencia con los servicios de la Comisaría General de Orden Público de Barcelona.

Pese a las prisas, Estremera había elaborado un testimonio detallado. Era la costumbre, casi una norma de obligado cumplimiento, pues a su jefe le interesaba conocer todos los pormenores, por intrascendentes que pudieran parecer, de los casos que llegaban a sus manos.

Informe. Atentado

La acción tuvo lugar cuando el pequeño automóvil de los señores Mitchell alcanzó la calle Almogávares de Barcelona, en el cruce con la de Dos de Mayo, en un trayecto que dichos caballeros recorrían con asiduidad camino de su despacho de trabajo, en la fábrica conocida como La Escocesa. En ese lugar, un taxi se situó con manifiesta temeridad a la altura del vehículo que conducía el joven Lorenzo Mitchell y de su interior, súbitamente, salió la descarga de una ráfaga de proyectiles.

Lorenzo Mitchell detuvo su auto mientras los autores de la agresión se daban de inmediato a la fuga. Según las primeras informaciones transmitidas desde Barcelona, algunos transeúntes que pasaban a aquella temprana hora por dicho cruce trataron de perseguir a los individuos que ocupaban el taxi. Llegaron incluso a cerrarles el paso, pero tres sujetos —uno de ellos joven, casi un rapaz, y bastante grueso, según los testigos—, se apearon del vehículo, empuñaron sus pistolas y desafiaron a todo aquel que se atrevió a entorpecer sus propósitos. Seguidamente, los mismos criminales subieron de nuevo al vehículo y huyeron por parajes deshabitados, sin que nadie de los allí presentes reanudara la persecución.

El joven Mitchell fue capaz, a pesar de estar herido, de salir del vehículo; dio unos pasos y cayó de rodillas junto a la puerta del acompañante.

Comprobó que su tío también estaba herido, pero cuando se dispuso a auxiliarlo perdió el conocimiento, que no recobraría hasta recibir la primera asistencia en el dispensario del barrio de San Martín, al que fueron conducidos en primer lugar por los mismos transeúntes que intentaron detener a los pistoleros.

En ese dispensario, y tras una primera observación, se apreciaron en el cuerpo de míster Mitchell un total de cinco heridas de bala en cara, manos y piernas, que le causaron la muerte al poco de haber ingresado, sin que los médicos pudieran hacer nada por salvarle la vida. Lorenzo Mitchell, por su parte, presentaba una herida en el hombro por roce de proyectil, de pronóstico reservado. Dicho joven recibió la primera cura de urgencia y, con el consentimiento de los doctores, fue trasladado a su domicilio.

Según las informaciones disponibles de nuestros colegas en Barcelona, el auto en el que viajaban los señores Mitchell presentaba un total de doce impactos, todos ellos abiertos al parecer por balas del calibre 9 mm. Una comisión judicial desplazada al lugar del suceso se incautó del vehículo para proceder a su posterior análisis por parte de los peritos. La primera impresión es que los disparos fueron efectuados con pistolas ametralladoras, ya que las personas que los oyeron, y la disposición de los impactos, así parecían demostrarlo. La policía recogió del lugar de los hechos una serie de casquillos de pistola, de ese calibre.

El juez encargado de la instrucción del caso, el magistrado Farré Duat, en funciones de guardia, se desplazó de inmediato al apartamento en el que se alojaba el sobrino del finado para tomarle declaración. Aún dolorido y bajo el efecto de los sedantes, y de la lógica conmoción por lo sucedido, el joven Lorenzo Mitchell manifestó que apenas pudo darse cuenta de cómo sucedió el atentado, ya que iba al volante de su vehículo, en la parte contraria desde la que dispararon sus armas los agresores.

Dicho magistrado —en conversación con los agentes de los servicios de Orden Público— ha barruntado la posibilidad de un crimen de naturaleza social. Según antecedentes aún por contrastar, hace tres años, en la primavera de 1933, se planteó en dicha industria un conflicto cuando varios trabajadores pretendieron el despido de un obrero por tratarse, al parecer, de una persona díscola. Como quiera que sus reivindicaciones no fueran atendidas, los peticionarios se declararon en huelga de brazos caídos. Unos cuarenta de ellos se negaron a reincorporarse a sus puestos de trabajo y fueron despedidos. Al parecer, durante todo este tiempo ambas partes, empresa y trabajadores, buscaron fórmulas encaminadas a la readmisión de dichos obreros. En las últimas fechas, las posturas parecían cercanas, gracias también a la

intervención en las negociaciones de la Consejería de Trabajo del Gobierno de Cataluña. Este proceso, que ha permitido un principio de entendimiento entre las partes en conflicto, pone en tela de juicio, a priori, la índole social del criminal asunto.

Sin embargo, y por otra parte, cabe mencionar que en la fábrica de La Escocesa se habían recibido recientemente varios anónimos amenazando no solo al gerente asesinado, sino también a altos empleados. Los amenazados no hicieron caso de las coacciones ni tampoco solicitaron la protección de la policía.

Por orden del magistrado señor Duat, el cadáver de mister Mitchell fue trasladado al depósito judicial del Hospital Clínico de Barcelona para la práctica de la correspondiente autopsia. El preceptivo examen anatómico no ha hecho otra cosa sino certificar que dos de los cinco impactos que recibió el empresario hubieran bastado para acabar con su vida, lo que abona la hipótesis de que los criminales no eran malhechores avezados en estas lides ni mercenarios a sueldo.

Barcelona, seis de la tarde

Comisaría General de Orden Público

A esa hora los termómetros seguían disparados y marcaban treinta y dos grados. El comisario general de Orden Público, Federico Escofet, hombre de confianza del presidente Companys y nombrado en el cargo tan solo siete días antes, recibía a los representantes de la prensa para hacer recuento de las incidencias del día relacionadas con el orden público de la ciudad.

En un rincón, entre otros periodistas, se encontraba Eduard Palmés, que solía firmar simplemente como Querol, su apellido materno. Se trataba de un joven que llevaba dieciséis meses en la ciudad y trataba de abrirse camino en el periodismo, cosa nada fácil para quien, como él, era un recién llegado. Querol llegó a Barcelona con una maleta, un maletín con su máquina de escribir y sin ninguna dirección a la que dirigirse. Lo más parecido que había visto a una ciudad había sido Gerona. Al pisar la gran Barcelona sintió que su casa quedaba lejos, muy lejos, a ciento cuarenta mundos, tantos como kilómetros le separaban de ella. Se alojó en una pensión, la más económica y decente que encontró, en el número 3 de la calle San Honorato.

A pesar de que llevaba poco en el cargo, el comisario Escofet ya conocía a aquel tipo, Querol. Sabía incluso que en el oficio se le conocía como «el Pelmazo». Comenzó el joven como aprendiz en la redacción del diario, recogiendo y transcribiendo las crónicas telegrafiadas que llegaban de los corresponsales y de las agencias de noticias. Pronto, sus jefes observaron que el vivaz principiante tenía

madera de periodista y le encomendaron la cobertura de la crónica de la ciudad. Querol buscaba una historia que lo situase como un respetado y admirado periodista, y por ello siempre trataba de hurgar en los entresijos de la información, incidiendo en detalles a los que otros, incluso los más veteranos, no prestaban atención y que daban color y vida a sus crónicas.

De pie frente a la puerta de su despacho, el comisario no disimuló cierto fastidio por tener que atender a los periodistas. Aquella tarde se llevaba constantemente el pañuelo a la frente y a las mejillas para enjugar el sudor causado tanto por la canícula como por la temperatura social alcanzada en la ciudad condal.

—Bien, les supongo enterados del atentado perpetrado esta misma mañana —empezó a decir el comisario con voz y mirada huidizas.

—¿A qué si no habríamos acudido a su despacho con tanta celeridad? —exclamó un veterano entre las sonoras carcajadas de sus compañeros.

El comisario, a quien los periodistas que le conocían llamaban «el Jefe», empezó a explicar lo que él definía como ultimísima hora:

—Señores, sabemos que los disparos que acabaron con la vida de míster Mitchell partieron de un taxi, cuyos ocupantes siguieron a la víctima y a su sobrino, herido, hasta el cruce en el que aconteció el lamentable episodio.

Las declaraciones levantaron las protestas de los cronistas, que ya se habían dado por enterados de tal circunstancia. Querían más detalles que explicar a sus lectores.

—¡Vamos, Jefe, un poco de sangre! —le suplicaron los periodistas. El Jefe trató de satisfacerlos:

—En primer lugar, señores, manifestar el profundo dolor y la honda conmoción que ha causado la pérdida de tan ilustre miembro de la comunidad que...

El señor Escofet no pudo acabar su manifestación de pésame que, por otra parte, ya se daba por supuesta.

—¡Al grano, al grano, Jefe! —le espetaron a modo de queja los periodistas, Querol el que más.

Se hizo el silencio. El Jefe meditó qué decir mientras con su cuerpo impedía que los periodistas entrasen en su despacho y se acomodasen para atender sus explicaciones, como era costumbre en ellos con todos los comisarios que habían pasado por el cargo. Calculó revelarles algunos detalles para satisfacerlos, aunque sin comprometer la marcha de las investigaciones.

Por fin, el señor Escofet entró en detalles:

—Sabemos que un individuo había solicitado los servicios de un taxi en el paseo de Gracia, a la altura de la ronda de San Pedro, y que indicó al chófer que se dirigiera a la calle de Espronceda, donde subieron al coche dos elementos más. ¡Por favor, señores, guarden silencio! —se interrumpió el comisario, que se impacientaba con los murmullos de los periodistas—. Bien. Al llegar al barrio de San Martín los ocupantes

del taxi obligaron al conductor a apearse a la fuerza del vehículo amenazándolo con sus pistolas. Además, se apoderaron de la gorra y del guardapolvos del taxista. Obviamente —añadió el Jefe—, les estoy hablando del taxi empleado por los pistoleros para salir al paso del auto de los señores Mitchell.

Los periodistas reclamaron más detalles. El señor Escofet meditó unos segundos y cuando ya parecía que iba a despedir a los informadores añadió:

—Un detalle más. Los sospechosos abonaron al chófer del taxi diez pesetas por los daños que pudieran ocasionar al vehículo.

El Jefe, sin malicia alguna, tratando de distender el momento en tan aciaga jornada, levantó las sonrisas de los representantes de la prensa. Sin embargo, las sonrisas desaparecieron cuando el joven Querol intervino:

—¿Cuáles son los motivos del atentado que baraja la policía? ¿Quizás un intento de robo, un asalto? ¿Un secuestro?

El señor Escofet pensó en contarles la historia del conflicto laboral en la fábrica de La Escocesa, que se remontaba a tres años atrás y que podría ser una de las claves que explicasen la mortal agresión. No obstante, caviló que en esos momentos ya prácticamente no existía tal conflicto. Reflexionó y advirtió que hubiera constituido una temeridad impropia en su persona y en su manera de proceder aventurar cualquier hipótesis sobre los motivos de la criminal acción. Además, verter cualquier sospecha pública sobre los trabajadores de La Escocesa también hubiese conducido a un conflicto de imprevisibles consecuencias.

—No, no... En fin, señores, ignoramos los motivos del atentado —respondió de modo telegráfico, conciso y concluyente, antes de desaparecer de nuevo en su despacho, para desesperación de los informadores, cerrando así la posibilidad de nuevas preguntas.

La noticia que el comisario no había facilitado a los informadores era que el taxi empleado por los autores del crimen fue hallado durante la mañana, abandonado en la calle de la Luna del municipio de Sabadell, detalle que sí conocía Querol por una fuente de información en la Comisaría General de Orden Público y cuya identidad, por supuesto, nunca comprometería.

En el interior del taxi, los agentes de policía encontraron la gorra y la bata del chófer, así como manchas de sangre. En la puerta derecha del automóvil se podía apreciar un impacto de proyectil, del calibre 9 mm. Posiblemente, uno de los disparos efectuados por los pistoleros se desvió, atravesó la portezuela del vehículo y de rebote pudo alcanzar a uno de los criminales. El chófer del taxi, Liberto Caballé, se personó en el juzgado de guardia aquella misma tarde, y a continuación fue trasladado a la Comisaría General. Relató el hecho en la forma ya conocida, sin aportar nuevos datos a la investigación, y quedó a disposición del juez de guardia.

El presidente de la Generalitat de Catalunya estaba al corriente del atentado, por

supuesto. Aquella tarde despachaba con los consejeros de Obras Públicas y de Hacienda sobre proyectos legislativos en curso de suma importancia para el progreso del autogobierno de Cataluña, cuando fue alertado de la presencia de los representantes de la prensa, que esperaban una declaración institucional. Así que detuvo durante unos instantes la entrevista con sus dos consejeros y salió al pasillo para atenderlos.

—Hace muchos días —comenzó diciendo la primera autoridad de Cataluña, con la mirada puesta en la nada— que no les recibía y hoy tengo un especial interés en saludarles. Ha venido a visitarme el consejero señor España, para darme cuenta de un hecho indignante: el atentado que se ha cometido contra el gerente de La Escocesa, cosa dolorosa que me ha causado profunda indignación.

El presidente tosió sonoramente y agregó:

—A propósito de este hecho, he contactado con el comisario Escofet para ordenarle que adopte las medidas necesarias para evitar en lo sucesivo hechos análogos —señaló el presidente Companys.

Un periodista levantó el brazo con la intención de llamar la atención del presidente y formularle una pregunta, pero el alto dignatario le pidió con un gesto que se contuviera y siguió:

—Desde aquí quiero enviar un mensaje de tranquilidad a los ciudadanos de Cataluña. Desde la serenidad, desde la convicción de que la República es fuerte y sabrá sobrellevar cualquier intento de desestabilización, proceda de donde proceda.

Los informadores no se conformaban. Entre el numeroso grupo se alzaron voces, sonaron palabras fuertes, «provocación», «sublevación», y aun un «armas para el pueblo».

El presidente aplacó a los presentes alzando los brazos, con las palmas de la mano hacia el suelo, como si pretendiera contener con aquel gesto la marea de preguntas y exclamaciones.

—Señores, señores... Les pido que se limiten a transmitir mi mensaje de calma.

A continuación intentó desviar la atención de los informadores sobre cuestiones relacionadas con la ley electoral que en aquellos días se debatía en la Cámara catalana. El asunto apenas suscitó interés.

Barcelona, nueve y cuarto de la noche

La noticia del atentado se había extendido ya por Barcelona y la ciudad la había contenido y asimilado con aparente normalidad. La noche caía sobre el tejido urbano y parecía que la jornada no iba a dar más de sí.

El comisario Escofet había reunido en su oficina a varios investigadores para intentar comprender el móvil del asesinato del empresario escocés. En la sede de la

Presidencia del Gobierno catalán y de la Consejería de Gobernación había calma, al menos de puertas afuera. Pero una cadena de acontecimientos iba a desbaratar aquella aparente serenidad.

Sonó de repente un estruendo, que se dejó oír en diversos puntos de Barcelona y generó una extraordinaria alarma en las calles del centro. También en la Vía Layetana, donde se encontraba la Comisaría General de Orden Público. Además, de una manzana de pisos comprendida entre las calles Sepúlveda y Borrell, y quizá también Floridablanca, se elevaba una espesa columna de humo que cubría el cielo crepuscular. Instantes después se oyeron dos disparos, que provenían de una zona indeterminada, pero en cualquier caso céntrica. Eran los tiros al aire efectuados por una pareja de la Guardia de Asalto para dar la señal de alerta por la presencia del humo, aunque muchos los confundieron con una refriega callejera entre pistoleros y policías o entre obreros y elementos de extrema derecha.

Centenares de vecinos se echaron a la calle y se asomaron a las ventanas de sus casas asustados, temerosos, como si, por sorpresa, se hubiera iniciado una guerra. Los efectivos del orden público trataban de contener el pánico que se había apoderado de la ciudadanía.

Con extraordinaria rapidez, efectivos de la policía y de los bomberos se pusieron en marcha para acudir al lugar del suceso, y se dieron de bruces con un pavoroso incendio en un depósito de muebles y maderas de la calle Sepúlveda. El fuego crecía sin medida y devoraba todo lo que encontraba a su paso. Un oficial al mando de una patrulla de los servicios de Orden Público comunicó que en ese lugar no se había registrado la explosión que, minutos antes, había causado la primera señal de alarma. En la Comisaría General de Orden Público, un Escofet irritado interrogaba a sus colaboradores:

—¿Qué está ocurriendo?

Se miraron unos a otros, entre el desconcierto y la inquietud. Nadie tenía una respuesta.

—¡Averiguadlo! —gritó.

Incapaz de aguardar pasivamente una respuesta, salió a la calle y miró al cielo como si allí fuera a encontrar una explicación a aquel sorprendente, por inexplicable, desorden.

Las noticias empezaron a llegar, confusas. Unos hablaban de la explosión de una bomba. Otros decían que no era uno, sino tres los artefactos que habían explotado. En cuestión de minutos, ya eran ocho, como si el centro de Barcelona se hubiera convertido en un campo minado. Por fin, alguien dio con el origen del estruendo: la mismísima plaza de Cataluña.

En el preciso instante en que se iniciaba el fuego en el almacén de muebles en la calle Sepúlveda, unos individuos habían arrojado varias granadas de mano —en un

número aún por precisar— contra un auto estacionado en la céntrica plaza, frente al Círculo del Ejército y de la Armada.

Tan pronto como se lo comunicaron, el Jefe Escofet pidió un vehículo y se personó en el lugar de los hechos. Allí pudo comprobar que el objetivo de las bombas era su amigo Crispulo Moracho Arregui, coronel al mando del Regimiento de Infantería de Alcántara número 34, con plaza en Barcelona. Acompañaban al benemérito militar su hijo —médico ejerciente en el Hospital Clínico—, un capitán del Ejército y un cabo conductor.

Escofet, con el semblante demudado, comprobó que las consecuencias eran mínimas. En ese instante recordó la gran deuda de gratitud que tenía con el coronel Moracho y se fundió en un emocionado abrazo con el militar.

Él y sus acompañantes habían salido ilesos del atentado. Según las primeras pesquisas, los autores del vil suceso —Escofet lo calificó de inmediato como un intento de asesinato en toda regla, sin dudar y sin esperar a obtener pruebas fiables de lo sucedido— habían arrojado dos bombas de mano. Una explotó en la acera y únicamente causó daños de orden material en el vehículo del coronel. Otra fue encontrada en el interior del auto y aún llevaba puesta la anilla de seguridad, motivo por el cual no explotó. La granada que fue a parar a la acera sí que hirió a un transeúnte, al parecer un vendedor ambulante que pasaba por aquel lugar, quien sufrió lesiones en la espalda y la pierna derecha, por fortuna de escasa gravedad, y de las que fue atendido en el dispensario de la ronda de San Pedro.

Fiel a su costumbre de perseguir a la liebre cuando corre, Querol había parado un taxi cuando vio que Escofet salía apresurado del edificio. Y lo primero que pensó cuando vio la escena, el gentío que se amontonaba alrededor del coche chamuscado y los guardias que intentaban controlar la situación, fue que algo se estaba cociendo, que allí pasaba algo y que Escofet sabía qué era... o debería saberlo.

Se acercó al grupito de periodistas que, respetuosos, aguardaban a que el Jefe acabara de recibir el parte de sus subordinados para hablar con él, para escuchar, al menos, sus explicaciones. Uno entre ellos le llamó la atención, era nuevo y solo lo conocía de vista, pero llevaba flojo el nudo de la corbata, sudaba profusamente y jadeaba.

—¿Y este? —preguntó, a nadie en concreto.

—Acaba de llegar de la calle Sepúlveda.

—¿Qué ha sido allí?

—Un incendio —atinó a decir el recién llegado—. Un gran incendio...

—¡Otro atentado! —exclamó Querol.

—No, no, parece que solo es un incendio, un accidente, en un almacén de maderas o una fábrica de muebles —explicó un compañero.

Los periodistas concentrados en la plaza de Cataluña —y Querol entre ellos— en

busca de detalles del último suceso aún meditaban las líneas que escribirían en sus diarios sobre el atentado que por la mañana había costado la vida al director de La Escocesa cuando el humo del incendio de la calle Sepúlveda comenzó a adueñarse del cielo del centro de Barcelona, envolviendo las azoteas y confiriendo al momento y al espacio una siniestra sensación de desasosiego, casi de apocalipsis.

Vieron entonces que Escofet acompañaba a Moracho hasta una ambulancia, en la que lo aguardaban las otras dos víctimas, y se despedía de él. Acto seguido, sin dirigir una sola mirada a los periodistas, se dirigió a su coche oficial y todos echaron a correr para preguntarle por lo sucedido. Pero antes de llegar, un cordón de guardias los detuvo. Solo Querol, que había dado un rodeo para acercarse al vehículo por la calzada, pudo dirigirse a él cuando estaba a punto de abandonar el lugar. El Pelmazo impidió que el comisario cerrase la puerta del auto y le abordó en su interior.

—Una pregunta, señor Escofet —le suplicó—, solo una.

Ante su terquedad, Escofet accedió.

—¿Es cierto, comisario, que las granadas utilizadas para atentar contra el coronel Moracho son las que emplea el Ejército?

El Jefe puso cara de ajedrecista en jaque y ordenó al periodista que soltara la puerta.

—¡Ahora no, Querol! ¡Aparte la mano!

—¿Tiene algo que ver el atentado de esta mañana con este de aquí? —insistió el periodista—. ¿Se puede decir que la conspiración contra la República toma cuerpo?

Escofet apoyó la mano en el hombro del conductor y el coche arrancó.

* * *

Por lo visto, ese día Escofet no iba a tener un instante de descanso. Tras asegurarse de que las víctimas del atentado de la plaza de Cataluña recibían atención médica, se trasladó al lugar del incendio. Cuando llegó, las dotaciones de los bomberos de tres parques de la ciudad, provistos de las más potentes bombas de agua y con la ayuda de agentes de los servicios de Orden Público, trataban de atajar el voraz elemento, que amenazaba con propagarse a algunos inmuebles contiguos.

La primera sensación que tuvo Escofet fue que el caos era absoluto. Los jefes de bomberos iban de arriba abajo impartiendo órdenes y echando una mano allí donde el fuego se desbocaba, en los momentos de mayor voracidad. Los vecinos corrían despavoridos cuando el fuego amenazó con prender en un depósito de bencina próximo al lugar del siniestro. De pronto, de una cañería de gas de uno de los inmuebles contiguos a la zona incendiada empezaron a salir llamas como si de una fuente luminosa se tratara. Los allí presentes —bomberos, agentes de orden público,

sanitarios, vecinos e incluso fuerzas de seguridad y asalto— contuvieron la respiración, llegando a temer que el barrio entero saltara por los aires.

El comisario se encontró con el consejero de Trabajo, Martí Barrera; el alcalde, Pi Suñer; el consejero delegado de circulación, Bernades; el jefe de la Guardia Urbana, oficial Falcó, y otros concejales. Todos presenciaban atónitos la espectacular catástrofe, que solo empezó a aplacarse cuando una cuadrilla de bomberos logró aplastar la tubería aplomada de gas que amenazaba con asolar la zona.

Parecía que todo iba a ser pasto de las llamas. Poco contribuía a la esperanza. Incluso las vacas lecheras de una vaquería de la calle Floridablanca escaparon en anárquica desbandada ante la proximidad del fuego, añadiendo aún mayor confusión a la situación. De entre el espeso humo que inundaba la calle surgió la figura de un niño renqueante que se llevaba las manos a la cabeza mientras la sangre manaba a borbotones encarnando su rostro después de recibir el tremendo impacto de un cascote desprendido del edificio en el que habitaba. Una víctima más.

Por fin, al filo de la medianoche, los bomberos se hicieron con el control del incendio. Cuando se disipó la densa humareda de la catástrofe, los vecinos, confundidos y encogidos por el sacrificio, con la esperanza reducida a cenizas después de tres horrendas horas de incertidumbre, se movían arriba y abajo, se buscaban y se reconocían, se abrazaban, con las caras horriblemente tiznadas de hollín.

El comisario de Orden Público aguantó hasta que la situación se estabilizó. Tal vez si los periodistas hubieran permanecido allí, junto a él, y hubieran visto aquel gesto de hondo pesar, su semblante taciturno y su decaimiento físico, habrían sabido interpretar sus temores de que aquello solo era el presagio de algo mucho mayor y terrible.

Capítulo 2

Madrid, 3 de julio de 1936

Dirección General de la Seguridad del Estado, mediodía

El agente Nelo posó la mirada en un reloj que colgaba de una pared de su despacho y que había decidido detenerse en las cinco, las cinco de la tarde o las cinco de la mañana, ¡cómo saberlo! No había horarios en su tarea. El gesto de distraer la mirada sobre el reloj que siempre marcaba la misma hora servía al agente Nelo para centrar su pensamiento en un dilema, en un problema, o en una cuestión que le preocupara. En este caso se trataba del asesinato del director de La Escocesa y el atentado cometido contra el coronel Moracho y sus acompañantes. Había leído las notas que, con la diligencia de siempre, también le había proporcionado Estremera, quien había trabajado hasta altas horas de la madrugada para recabar toda la información disponible acerca de la agresión contra el oficial.

Pasó así unos segundos, quizás un minuto, y luego sus ojos se dirigieron a una cuartilla en blanco, donde comenzó a garabatear nombres, hipótesis y previsibles consecuencias de ambos sucesos, aunque centrando su atención en el caso del coronel Moracho.

A nadie, y menos a él, se le escapaba el significado de un ataque a un militar manifiestamente republicano en un punto tan significado como Barcelona y en un momento en que el Gobierno evidenciaba alarmantes signos de debilidad y la República parecía entrar en descomposición.

En esas estaba el agente Nelo cuando del pasillo del primer sótano del búnker, en el que siempre había tanta quietud que hasta los suspiros podían oírse como estruendos, llegó hasta él el sonido de unos pasos renqueantes, acompañados de un bastoneo que anunciaba la inequívoca presencia de su jefe y mentor, el capitán Martín Abasolo, a sus cincuenta y un años retirado ya de las labores de calle y acción.

De Abasolo decían que había sido el mejor agente de campo que había tenido el Servicio Especial de Información hasta que el año anterior, en la primavera de 1935, mientras perseguía a unos facciosos sospechosos de preparar una serie de atentados contra destacados políticos de izquierda, entre los que se contaba el mismísimo presidente Azaña, un proyectil se cruzó en su camino en una refriega pistolera en la calle de la Victoria de Madrid y le desgarró la pierna derecha. Esa era la razón de que cojeara, y con el mal tiempo, aún más. Por ello, se valía de su «tercera pierna» — como él llamaba a su bastón — para moverse. Desde entonces solo tenía una obsesión: la caza y captura de todo aquel fascista conspirador y, en especial, de aquel a quien responsabilizaba de su cojera, Manuel Díaz Criado, un militar de la Legión que ascendió a capitán durante la guerra de África, en 1925, y al que se le conocía

con el sobrenombre de «Terror Caliente».

El capitán Martín Abasolo era un tipo con aires de inteligencia despistada y pintas de pedigüeño, lo que le hacía ideal para el trabajo. Además, poseía una rara, extraordinaria, capacidad de análisis, que acentuó cuando se vio relegado a una mesa de trabajo.

Como siempre, Martín Abasolo dio unos leves golpecitos con su bastón en la puerta del despacho de Nelo y, sin esperar respuesta ni venia, entró, se sentó en una de las dos sillas situadas frente a la mesa de trabajo del agente y apoyó su barbilla sobre las manos y estas sobre el bastón, reclinando ligeramente su cuerpo hacia delante. No se dijeron nada, inicialmente. El capitán miró con profundidad a Nelo. Su mirada y su silencio ocultaron la palabra, pero lo decían todo, absolutamente todo. Nelo captó de inmediato la urgencia y la gravedad de la situación y del momento.

—Le supongo enterado de todo lo acontecido en Barcelona —empezó el capitán Abasolo. Se incorporó sobre la silla, se irguió. Daba por sentado que Nelo, su discípulo más aventajado, lo sabía casi todo de los atentados ocurridos el día anterior en la Ciudad Condal.

—Por supuesto, don Martín —respondió Nelo.

Tampoco hizo falta que Abasolo le preguntara por sus impresiones. El agente se las ofreció con la diligencia debida mientras seguía garabateando en la cuartilla de papel en la que había escrito unas cuantas veces el término «fascistas».

—Bueno, resulta precipitado establecer un juicio de valores ante la falta de pruebas. Ya sabe usted, don Martín, que prefiero guiarme por hechos y no por conjeturas, pero tengo la impresión de que...

El capitán Abasolo le interrumpió para completar su valoración:

—Tiene usted, agente Nelo, la impresión de que detrás del atentado contra el coronel Moracho está la mano de militares derechistas con ánimo conspirador, ¿me equivoco?

—Si le soy franco, capitán, no veo quién más podría desear su muerte.

—Más ruido de sables, ¿verdad? Bien, quiero que viaje mañana mismo a Barcelona. Tiene pasaje en el avión estafeta que sale a las nueve. Mantiene los contactos allí, ¿no es así?

—Sí. Pero... ¿de verdad cree que es tan grave la situación?

Nelo hizo un gesto de extrañeza. Creía que su presencia era más necesaria en la sede de los servicios centrales, allí, en Madrid.

Pero, al parecer, el capitán contaba con las dudas de su agente, porque de inmediato, y sin pensarlo, respondió:

—¿Ha oído usted decir que Barcelona es el oasis catalán?

—Sí, claro.

—En comparación con Madrid, Barcelona es un modelo de civismo y serenidad,

y así debe continuar —siguió el capitán Abasolo, con palabras que el agente ya esperaba.

Sin embargo, Nelo presentía que había algo más que valorar. Miró al capitán. No hicieron falta preguntas. Martín Abasolo le puso en antecedentes.

—Hay que tener en cuenta diversos factores. Primero: el extraordinario valor que, por su simbolismo, concita la persona del coronel Moracho. No olvide que Crispulo Moracho fue el defensor del oficial Escofet, hoy comisario general de Orden Público de Barcelona, en el consejo de guerra que le sentó en el banquillo de los acusados por los hechos del 6 de octubre de 1934, en que defendió el Palacio de la Generalitat al ser proclamado el Estado catalán —explicó Abasolo en un alarde de memoria.

Se puso en pie y, renqueante, rodeó la mesa ante la que se sentaba Nelo.

—Ya sabrá que el señor Escofet fue condenado a la pena de muerte, y también que el propio coronel Moracho contribuyó a evitar su ejecución hasta que se logró que conmutaran la última pena. Por ello no solo Escofet, sino el propio presidente Companys se sienten en deuda de gratitud con el coronel.

El capitán Abasolo hizo una pausa, se acercó al ventanuco y dejó que la luz bañara sus ajadas manos unos instantes.

—¿Recuerda los otros atentados que sufrió el coronel? —preguntó el capitán Abasolo.

—Sí, señor. El primero sucedió en abril del pasado año, en el cruce de la avenida de Pedralbes con la carretera al municipio de San Justo Desvern. El segundo ocurrió en junio del mismo año, también en la plaza de Cataluña, como en esta tercera ocasión.

—Veo que está al día, supongo que tendríamos que agradecerérselo a... ¿cómo se llama?

—Estremera. Gonzalo Estremera. Un genio para recopilar y sintetizar informes.

—Hágalo, felicítelo. Y en cuanto a lo nuestro, olvídense de todo lo dicho.

Nelo levantó las cejas en un gesto de sorpresa, tanto por aquella orden como porque su superior se había situado junto a él y apoyaba una mano en la mesa mientras que con la otra intentaba abrir un cajón.

—Es un hecho que algunos militares conspiran contra la República, ¿verdad? Aunque los políticos no quieran enterarse. Tenemos constancia de que la trama conspirativa se ha extendido por distintas guarniciones españolas, entre ellas Barcelona. Controlamos el telégrafo, los teléfonos, los cuarteles, pero no hay manera de pillarlos en falta. Posiblemente se comunican mediante enlaces, hemos detectado movimientos sospechosos que lo confirman. Hay uno en especial que me interesa; algunas fuentes lo sitúan en el área de Barcelona, pero parece el hombre invisible. Lo único que puedo decirle es que se mueve sin llamar la atención, con total libertad, y que tiene contactos en altas esferas sociales. Sin duda, estos atentados lo sitúan allí.

Hay coincidencias sospechosas, encuentros en apariencia casuales que me huelen muy mal. Así que piense en alguien capaz de desplazarse por toda España, sin levantar sospechas, para transmitir consignas y mensajes a los conspiradores. No creo que sea un militar, demasiado arriesgado. Pero tiene la posibilidad de frecuentar, qué sé yo, actos castrenses, oficiales, de sociedad, porque en los cuarteles no tiene nada que hacer.

El cajón que manipulaba Abasolo no se abría.

—Está cerrado con llave —se disculpó Nelo.

Abasolo, contrariado, se irguió y miró fijamente a su subordinado.

—Su misión consistirá en descubrir ese enlace. Olvídense de los atentados. Por supuesto, para no herir susceptibilidades, se pondrá a las órdenes de Escofet y lo tendrá al corriente de todo lo que descubra que esté relacionado con estos sucesos. Pero nada de nada del enlace, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, capitán.

—Otra cosa. Ya conoce a José Casellas Puig de Massa, ¿verdad?

—Sí, claro, el delegado del Gobierno.

—Hablaré con él. Solo lo imprescindible. Pero creo que necesitará usted todos los apoyos que pueda conseguir allí. Él le proporcionará, si lo necesita, dinero, un piso franco o apoyo. Tiene a su disposición una docena de hombres de toda confianza. Cuento con todo ello si lo necesita, pero no le dé demasiados detalles, no vaya a meter la pata.

Nelo asintió con un gesto de la cabeza e, incómodo con la presencia de su superior tan cerca, apartó la silla de la mesa y se puso de pie. Y justo en ese instante Martín Abasolo dio un golpe seco en un lado de la mesa, a la altura del cajón, que se abrió como por arte de magia.

Allí estaba. El arma, una pistola del 9 largo, sin el cargador.

—¡Y, por lo que más quiera, Nelo, llévese su arma reglamentaria! ¡Es una orden!

—Por supuesto, señor.

El capitán Martín Abasolo recogió su bastón y echó a andar hacia la puerta. Ya desde el pasillo —Nelo no lo veía— aún añadió:

—Recuerde: para todo el mundo, está allí para investigar los atentados. Solo eso.

—¿Y Escofet?

—Lo llamaré y le estará esperando. Vaya a verlo tan pronto llegue, pero no le diga nada... todavía. Es de confianza, pero impulsivo.

—A sus órdenes, capitán.

—¡Ah, Nelo! Vuelva de una pieza, ¿entendido?

Madrid, barrio de Argüelles, nueve de la noche

Nunca le había dado demasiada importancia, porque era una de aquellas cosas a las que sabía que debía sobreponerse, y lo hacía al cabo de poco sin demasiado esfuerzo. El caso es que cuando el agente Nelo hacía el equipaje, por lo demás siempre ligero, sufría una especie de crisis de identidad.

Disponía de alojamiento en Madrid, en Sevilla... también en Barcelona. Y cada vez que partía a una investigación, a una misión, debía entretenerse en pensar qué papel interpretaría y qué atuendo llevaría. Preparó la maleta y el maletín con la documentación que necesitaba y respiró hondo. Ya pasaba aquella angustia por la partida, que empezó a crecer cuando había llamado a Barcelona, a Josefa Castellá, para avisar de su llegada y pedir que le arreglaran la habitación. Desde ese momento empezó a ser Francisco Bravo.

Salió al pequeño balcón de su piso de siempre, en la céntrica calle del Buen Suceso, en el barrio de Argüelles. Lio y encendió un pitillo de tabaco de calidad e inhaló el humo con pasión, casi compulsivamente, como si fuera el último cigarrillo de su vida. Mientras miraba la calle, en penumbra, desierta, se diría incluso que temerosa y avergonzada de ser calle, Nelo se planteó quién era en realidad el tipo que vestía su ropa.

Como si fuera la primera vez que tomaba plena conciencia de ello, cayó en la cuenta de que su existencia se había convertido en una continua búsqueda de información para la causa en la que creía: la República. Solo un reducido círculo de personas conocía su verdadera identidad; ellos eran su ancla, a quienes podía recurrir si se perdía, si perdía su ser. A casi todos los efectos era Nelo. Unas veces era Antonio Nelo, otras, Eduardo. Y, claro, en Barcelona también era Francisco Bravo, un viajante de comercio y hombre de negocios procedente de ninguna parte o de cualquier punto del país, o del extranjero. Su pasado era tan misterioso como su edad, incluso para él.

Esa inquietud por el ser, por lo que era, lo llevó a recuperar la memoria de sus años de estudiante de derecho en Zaragoza y Salamanca. Hizo algunos cálculos: sí, fue en 1932 —tenía treinta años— cuando ingresó en la Sección del Servicio Especial, el corazón del espionaje de la República. Allí se encontró con el capitán Martín Abasolo, por entonces el mejor entre los mejores, quien lo acogió bajo su tutela. Caviló aún más. El Estado Mayor Central de la Defensa lo captó para ese menester, aunque él tampoco opuso reticencias al desempeño de tan complejas y, en más ocasiones de las deseadas, ingratas tareas.

Anteriormente se había labrado una excelente reputación como agente libre de prensa en el entorno de José Giral y Manuel Azaña. La República fue la razón de ser de su vida desde la «Sanjurjada» de agosto de aquel año, 1932. Publicó varios artículos en la prensa que contribuyeron a que aquel golpe de Estado orquestado en Sevilla por el general Sanjurjo no triunfase en Madrid. Desde aquel momento siempre

tuvo en el punto de mira a un grupo de militares, a los que llamaba «los felones», con Sanjurjo, Cabanellas y Mola a la cabeza.

Dibujó una simpática sonrisa de añoranza en su rostro al recordar su período de instrucción y especialización en una de las cuatro oficinas que la Sección había desplegado en Marruecos. Fue un tiempo duro, sí, pero le valió la pena. Aprendió el idioma francés y algo mucho más importante, entró en contacto con otras culturas, otras razas, otros dioses...

De regreso en España, y tras su decidida intervención en diversas operaciones que sirvieron para desbaratar algunos complots contra la República, fue designado «oficial de casos». «¡Tan joven y ya oficial!», pensó al recordar aquel momento mientras apuraba el cigarrillo que, sin darse cuenta, se consumía solo entre sus dedos. Por entonces se le conocía ya como «el encargado», denominación que inspiraba orgullo entre sus compañeros.

En su oficio, Nelo siempre procuraba mantener un perfil bajo, tanto que pocas, muy pocas e influyentes personalidades conocían su verdadera identidad e incluso su rostro. Irguió el cuerpo para recuperar fortaleza y regresó al interior de su piso. Repasó mentalmente sus notas y los consejos del capitán Abasolo. «¡Prudencia, Nelo, mucha prudencia!», se dijo a sí mismo.

Su primer y único lema lo aprendió leyendo *El arte de la guerra*: el poder lo proporcionaba la información que no provenía de los oráculos, sino de las deducciones o las inducciones basadas en la experiencia previa o en los cálculos deductivos. «Lo que permite al soberano sabio y al buen general golpear y conquistar, así como también lograr cosas más allá del alcance de los hombres ordinarios, es el conocimiento previo», decía a los nuevos miembros de la Sección. Sin embargo, también era un hombre extraordinariamente intuitivo, y a su intuición se aferraba cuando la información era escasa, y las pruebas, meros indicios.

—¡La pistola! —exclamó recordando la última orden del capitán Abasolo.

Nelo era un buen tirador, aunque casi nunca llevaba el arma consigo. De hecho no recordaba la última vez que lo había hecho. Tampoco cuándo disparó. Bien es cierto que en sus primeros años en el oficio había exhibido el arma en algunas situaciones de extremo riesgo. Recordó que en algún episodio llegó a desenfundar. Incluso llegó a disparar. Pero lo hizo apuntando a las piernas, nunca a zonas vitales del cuerpo. Las pistolas —solía decir— las dispara el hombre por encargo del diablo.

Sacó la pistola de la cartera de mano con ceremonioso gesto, la limpió con un trapo —aunque no hacía falta— y comprobó su estado de funcionamiento. La montó y apuntó a varios objetivos de su dormitorio hasta topar con su reflejo en un espejo. Repentinamente, flaqueó. Replegó el brazo que sostenía la pistola con la que apuntaba al espejo y se volvió a ver reflejado.

Se hizo las preguntas que se haría un viejo en el recuento de su vida. Concluyó

que no tenía nada de que arrepentirse, nada que enmendar. Había tomado su camino, y era el mejor de los caminos...

Se había incorporado al Servicio de Investigación Militar, en funciones de seguridad interior y contraespionaje, en la primavera de 1936. Asumió también labores de coordinación con los servicios de información organizados en Cataluña y el País Vasco. No se sabía que tuviera o hubiera tenido, ni entonces ni antes, vida familiar o amorosa alguna. Sin embargo, quien le conocía bien sabía que Nelo no sentía aversión ni odio hacia las mujeres. Todo lo contrario. Lo que ocurría era que, en una ocasión, el amor se burló de él, tanto que decidió enterrarlo, aunque al parecer no se aseguró de cavar una fosa suficientemente profunda.

Curioso en el vestir, podía ser el espía en traje de paisano o el caballero disfrazado de obrero. Dado a la conversación en un círculo de íntimos amigos, era el perfecto tertuliano en esas situaciones. Sin embargo, cuando se hallaba entre extraños, era mudo como la esfinge. Era como un ventrílocuo: sabía estar presente y, a la vez, ausente, siendo él mismo y simultáneamente otro, según le conviniera. Discutía sobre cosas, jamás sobre emociones. Sobre emociones, dialogaba. Trataba siempre de comprender el punto de vista del otro sin que ello significase que estuviese de acuerdo con su interlocutor. Siempre trataba de exponer sus argumentos y, si no gustaban o no convencían, procuraba tener otros en la recámara, y llegaba a dominar el arte de la persuasión cuando el conflicto era de razones. Rara vez dejaba que opinase el corazón. En su cargo, no se lo podía permitir.

En soledad, sin embargo, podía expresar los cientos de ánimos de los que era capaz e incluso podía romper a llorar ante el arbitrio. De esta manera, aprendió a pensar alto, sentir hondo y hablar claro. Si hacía falta, podía ser ingenioso y vivaz, y gozaba además de una memoria prodigiosa. Siempre que archivaba algo en ella recordaba dónde lo había guardado.

¿Qué olvidaba? Se puso en pie, en medio de la habitación, se palpó todos los bolsillos con ambas manos mientras intentaba recordar qué olvidaba. Al fin reaccionó, se dio una palmada en la frente y se dirigió al dormitorio, y allí, en el cajón de la mesita de noche, lo encontró: el cargador. Junto a él, una caja con cincuenta cartuchos. Se aseguró de que estuviera lleno y lo guardó en la cartera de mano. La caja la dejó.

Nelo siempre estaba de parte de los vencidos. Y a sus ojos, los republicanos eran los eternos vencidos. Muy dado a rebelarse contra la tiranía, tenía una válvula de seguridad para los ataques de indignación, lo que, probablemente, le había salvado la vida más de una vez. Por ello, sabía comportarse como un tipo normativo que rara vez se extralimitaba en sus funciones.

Gozaba de poder, pero sabía utilizarlo. Tenía potestad para hacer favores a magistrados, jueces y autoridades con mando, y la utilizaba con dignidad y sumo

respeto. Se contentaba con la justicia posible, aquella que se impartía con rectitud, saber relativo, probidad y austeridad. Con todo, vindicaba, como diezmo, la cabeza de los corruptos. No entendía por qué no se podía juzgar a quien juzgaba, a quien disponía con arbitrariedad de la libertad de los demás.

Se sentía cansado. Era ese cansancio que dejaba, como resaca, la angustia de la partida. Volvió al dormitorio y se sentó en la cama. Del bolsillo del pantalón sacó los avíos de fumar. Un ritual. Extrajo con sumo cuidado un papel del librillo, fino y suficientemente resistente para que no se rompiera al liar. Acostumbraba a emplear un papel que se anunciaba como inofensivo y no irritante para la garganta, de combustión lenta, que no se apagaba al no dar una calada y que no se consumía por sí solo. Según el anuncio, con ese papel el cigarrillo lo paladeaba la persona y no se lo fumaba el viento. Sacó entonces el tabaco del paquete en pellizquitos y lo distribuyó a lo largo del papel, deshaciendo con calma y pericia los grumos gruesos hasta el punto de lograr la conveniente homogeneidad. Acto seguido, apretó el tabaco y lo envolvió con el papel, como si con los dedos de ambas manos hiciera el gesto del dinero, y aplicó cierta presión con las yemas para darle la mejor forma cilíndrica posible. Comprobó la textura y la uniformidad del cilindro, corrigiendo aquellas zonas más desprovistas de tabaco debido al proceso manual que había llevado a cabo. A continuación, pinzó el extremo con los pulgares, los corazones y los índices haciendo girar el cigarrillo y, por último, procedió a pasar la lengua por el borde encolado. Se recreó entonces con su forma y su aroma, olisqueando con parsimonia el tabaco varias veces. Por fin lo encendió con su mechero; la primera calada no la tragó, para evitar los vapores de la gasolina. La segunda la saboreó.

Se echó en la cama. Deseaba dormir.

Barcelona

Una parte de su vida más reciente estaba en Barcelona. Solía vestirse en la sección especial a medida de la sastrería de los hermanos Pantaleoni, en el 13 de Puertaferri, donde le confeccionaban los trajes como a él le gustaban, elegantes, prácticos y cómodos. ¿Por qué se le ocurría aquello a aquellas horas, la víspera del viaje? Era un ejercicio de memoria, de recuperar la identidad que guardaba en aquella ciudad.

Cuando estaba de servicio vestía, impecable, traje y corbata acordes con su talle gallardo y esbelto, pero en sus momentos de ocio, que eran pocos, prescindía de normas y etiquetas para vestir camisas y pantalones de tejidos ligeros y frescos. No soportaba los tirantes. Jamás lo había visto nadie sino con la cara perfectamente rasurada. Era atractivo, incluso podría decirse que muy atractivo. Su piel era cobriza, casi tostada, como si siempre estuviese dorada por el sol. Sus ojos eran marrones,

oscuros, tan expresivos como tranquilos, tan cariñosos como afilados.

Sí, volvía la memoria. En Barcelona, Nelo se alojaba en una casa particular, en el número 143 de la calle Aribau. La encontró en otoño de 1934 merced a un anuncio en la sección de huéspedes del diario *La Vanguardia* que decía: «Dos hermanas honorables y solas ofrecen habitación elegante y confortable con balcón a caballero, señora o matrimonio (sin hijos) distinguidos y serios. Con derecho a baño, teléfono y cubierto completo. Finca con ascensor». Nelo visitó la vivienda y enseguida le complació. El precio inicial —ciento veinticinco pesetas mensuales— le pareció excesivo, pero pronto llegó a un acuerdo con la propietaria principal, la señora Josefa Castellá, que rebajó la cantidad a ciento cinco pesetas al considerar a aquel hombre el huésped ideal, no sin antes haberle sometido a un minucioso examen sobre qué hacía, de dónde venía, a quién frecuentaba e incluso a qué partido votaba y a qué dios adoraba. Nelo, claro está, tuvo que mentir.

Se esforzó un poco y consiguió incluso recordar el rostro de aquella mujer. Sonrió. El cigarrillo humeaba indolente entre los dedos amarillentos del agente. Revivió aquella sensación extraña, recordó que la mujer siempre lo trataba como a un familiar más, se cuidaba del lavado y el planchado de su ropa, por lo que él pagaba, complacido, un dinero adicional. Para la señora Josefa Castellá él era Francisco Bravo, un agente comercial activo, inteligente y bien relacionado en círculos financieros. De hecho, el agente poseía unas pocas pero escogidas inversiones en bolsa de las que llevaba cuenta a diario.

El anuncio no engañaba. Allí disponía de una gran habitación con acceso a ducha e, incluso, baño. Se trataba de un amplio piso —en realidad eran dos viviendas unidas por el pasillo del vestíbulo—, generosamente iluminado y con techos altos, adornados y rematados con cornisas decoradas, rosetones, arcos y columnas en yeso que, junto a las persianas de madera, le otorgaban un encanto de épocas pasadas. En la galería que daba a la calle, rehabilitada por su propietaria, había dos cómodas y un reloj de péndulo de incalculable valor. Por esta estancia se accedía al balcón principal del piso, con barandillas centrales de hierro forjado ornamental, y alineado en perfecta simetría con otros dos, más pequeños, también en rejería de forja. Lo veía todo como si solo se hubiera ausentado unos días.

En la alcoba de la casa también había una radio de seis válvulas con la que, según proclamaba doña Josefa, se podían oír todas las emisoras del mundo. En el lujoso comedor, vestido con muebles de estilo renacentista, destacaba un piano de caoba *chaissagne* que el agente nunca había visto tocar a nadie. La habitación de Nelo era prácticamente un regio despacho con una cama, un gran armario, un secreter, un bargueño y una butaca en piel del siglo pasado.

La señora Castellá procuraba que en la casa no faltara de nada. En el baño había ordenado instalar un calentador de cobre de la mejor marca francesa, *Le Progrés*, y

también había comprado aquel verano el último modelo de refrigeradores de General Electric, el Frigidaire, que, según alardeaba, ofrecía las delicias de los manjares frescos y sabrosos, hielo puro a todas horas y bebidas exquisitas.

Era como un trance, un estado en el que la conciencia de Nelo se dirigía a los recuerdos, a los detalles de su pasado y los revivía, para recuperarlo. Recordaba, así, que en los desayunos de verano siempre le servían sólidos ligeros y un vasito de Ovolmatina fría, de fácil y rápida digestión, deliciosa y benévola para el estómago. La leche podía ser de vaca o de almendras que, según decía la señora de la casa como una charlatana vendedora de mercado, contenía los mismos componentes alimenticios y era más digestiva y agradable. Él detestaba aquel sucedáneo de la leche, aunque en alguna ocasión la probó para complacer a la mujer.

En realidad, doña Josefa almacenaba en casa todos los reconstituyentes y específicos habidos y por haber. Solía verter en el vino de las comidas y de las cenas un vasito de un preparado llamado Quintonine para que el huésped tuviese más apetito, durmiese mucho mejor y calmase los nervios. Quizá le faltase bienestar, pero si una cosa le sobraba al agente era vigor. En la casa también había botellas de moscatel de Málaga, que al parecer daba salud, fuerza y belleza, y si nadie tosía era gracias a un balsámico —Kasuga de nombre—, sencillo y sin igual remedio, que la mujer administraba incluso a los primeros síntomas de afección catarral o gripal.

Sí, ciertamente la hospitalidad se palpaba en cada detalle de la casa, y Nelo se sentía muy afortunado de que así fuera.

Necesitaba dormir. Ahogó la colilla de apenas un centímetro que aún guardaba entre sus dedos y apagó la luz. No tenía ganas de desvestirse; se limitó a desabrocharse los puños y el cuello de la camisa y cerró los ojos. Pero en ese instante, justo cuando recuperaba el recuerdo íntimo de una Barcelona que siempre le había resultado hospitalaria, se resistía a volver a perderlo. Las señoras Castellá, ¡menudas eran!

Doña Josefa vivía con su hermana, doña Rosa, doce años mayor que ella. La mujer apenas salía ya del piso de la calle Aribau, aquejada como estaba de artritis, reuma y otros achaques fruto de sus años de labor en los barrios desfavorecidos del distrito Quinto como buena carmelita terciaria que era.

Doña Rosa tenía algo que la distinguía de los demás. Nelo recordaba que cuando la conoció aún era una persona fieramente laboriosa. En sus ojos se podía leer todo lo que ella había visto. En sus manos se podía palpar todo lo que había tocado. En su alma se podía descifrar todo lo que había llorado. Le pesaban más los daños que los años. Siempre trató de remediar la necesidad, más allá incluso de sus fuerzas, allí en aquel desdichado distrito barcelonés donde se acumulaban las heces y los detritus de la sociedad, donde incluseros, míseros, harapientos, prostitutas, *mariconas* y niños, muchos de ellos hijos de todos y de nadie, que crecían a marchas forzadas y gastaban

alpargatas usadas hasta la vergüenza, convivían entre el eterno olor a cálida orina, la sangre de las llagas y las puñaladas, las mugrientas tascas y el vapor de caldibaldos de puerros y nabos —porque muchas veces no había otra cosa que echar al caldero— y el desprecio del mundo.

Para todos aquellos desgraciados seres, la señora Rosa Castellá era la mitad del cielo que les faltaba. Sólida y resistente como roca que parte la corriente del río, hizo de aquel mundo su patria y pagó con su salud su empeño en dar un sentido a una realidad tan mísera.

La vieja carmelita doña Rosa trataba siempre de seguir el ejemplo de la olotense Lliberada Ferrarons, laica y también carmelita terciaria, obrera, pobre y enferma. A todo aquel que se cruzaba en su camino, doña Rosa le explicaba la misma historia: el día en que Lliberada Ferrarons murió, el 21 de junio de 1842, la campana del santuario de Santa María de Finestres, situado en el corazón de los bellos parajes volcánicos de la comarca gerundense de la Garrocha, repicó ella sola veintisiete veces en alabanza de la Santísima Trinidad, de la que la pobre olotense era muy devota. La señora Rosa se enfadaba muchísimo cuando Nelo le decía que aquella historia no era más que un cuento surgido en el imaginario de un pueblo necesitado de una heroína o de una mártir.

Toda la inteligencia y la astucia que le faltaban a la señora Josefa Castellá, que era la quintaesencia de la ingenuidad, las tenía su hermana. Por eso, intuía —si no lo sabía ya, aunque guardara prudente silencio— a qué se dedicaba en realidad Nelo. A doña Rosa no se le conocía filiación política alguna, pero, como el huésped, era partidaria de los derrotados y recelaba de los felones.

Con los ojos cerrados, casi en duermevela, Nelo rememoró aquella ocasión, hacía unos meses, en que se encontraba en Barcelona a propósito de una misión. Durante una cena en la casa de la calle Aribau, la traviesa de doña Rosa, con segundos pero bienintencionados propósitos, le recitó a san Mateo entre las cucharadas de un sabroso caldo que había preparado la asistente doméstica —la joven Rosario— y un traguito de Vino Vial, un tónico reconstituyente que, sin imponer trabajo alguno a sus órganos digestivos, le proporcionaba los principios vitales indispensables para el mantenimiento de su delicada salud.

—Recuerde usted —le dijo la mujer eludiendo su nombre y apellido, porque sabía perfectamente que aquella identidad de Francisco Bravo era tan solo una tapadera—: guárdese de los falsos profetas que encuentre en el camino con pieles de ovejas, más por dentro son lobos feroces. Por sus frutos los conocerá. Todo árbol bueno no puede dar frutos malos, ni árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no dé buenos frutos deberá ser cortado y echado al fuego.

Josefa Castellá afeó a su hermana la cita por inconveniente, mientras Nelo y doña Rosa reían casi maliciosamente de la ingenuidad de aquella.

—¿No creerá usted, doña Rosa, en esa milonga de las veintisiete campanadas en la muerte de esa tal Lliberada Ferrarons? —le preguntó Nelo durante aquella cena para irritarla.

—Lo que le hace falta a usted es una buena misa votiva, porque tan misterioso es el Señor como usted —le respondió con ironía y picardía la carmelita terciaria nuevamente entre los reproches de su hermana por su descaro.

Nelo, que era más agnóstico que creyente, le respondió con la certeza de un virtuoso:

—¿Por qué creer en Dios si se puede ser bueno por el solo hecho de ser bueno?

Al concluir la cena, la señora Rosa Castellá, con verbo afilado y ladino, le espetó:

—¡Vaya usted con Dios!

A lo que él respondió con una leve sonrisa, una mirada de reojillo y un comentario no exento de certeza divina:

—¡Dios me perdonará, es su oficio!

Capítulo 3

4 de julio de 1936

En algún lugar en el cielo entre Madrid y Barcelona, nueve y cuarto de la mañana

Nelo no pudo evitar una poderosa e inquietante sensación de incertidumbre, incluso de desasosiego. Y no lo provocaba el frío intenso, el ensordecedor ruido de los motores ni las vibraciones que sacudían el precario fuselaje.

Miró al infinito por la ventanilla del avión estafeta y, sin saber por qué, se encontró pensando en el valor de la vida. Tuvo la extraña impresión de que se avecinaban tiempos en que la vida tendría escaso valor. Era un hecho —analizó aún con la mirada perdida en el nítido cielo azul— que el Gobierno había cerrado los ojos a la realidad durante los últimos meses, que sus decisiones, sus actitudes, seguían los dictados de los que se decían amigos y que se evidenciaban cada vez más como auténticos enemigos.

Bajó la vista y murmuró para sí algo que el capitán Martín Abasolo le enseñó al ingresar en su equipo: «¡Los amigos de la cena pueden ser los enemigos del desayuno!». Eso es lo que le había ocurrido a la República, se dijo con esa inquietante sensación de que se avecinaban tempestades cargadas de un aire adverso, casi asfixiante.

«¿Qué les digo a mis colegas de Barcelona?», se preguntó buscando respuestas con la vista perdida ahora entre el pasaje del pájaro de hierro.

Sus colegas de Barcelona estaban lejos, a centenares de kilómetros, pero no eran tontos; todo lo contrario, se dijo. No les podía mentir. Sería una falta de respeto a su inteligencia. Les diría la verdad, aunque un tanto descafeinada, con un discurso retórico, para no inquietarles aún más.

Esa verdad era que el Gobierno parecía pensar y, en consecuencia, actuar, a un ritmo mucho más lento que el que marcaban los acontecimientos. Les diría que la sensación era de preocupación, pero no de desplome. Les hablaría del complicado juego de equilibrios que intentaba el Gobierno para ser fuerte y decidido ante el extremismo de derecha, faccioso, y el radicalismo obrero, marxista y anarquista, que, para su ceguera, le dictaba cómo actuar y no lo trataba como lo que era, un enemigo del régimen. No les diría, en cambio, que el Gobierno se había situado en un peligroso desvarío por su debilidad ante esos dos extremos.

Nelo sacó de su cartera las notas que Estremera le había confeccionado sobre el atentado contra el coronel Moracho. Decían los informes que los hechos acaecieron la noche del jueves 2 de julio, cuando el militar, su hijo, el médico del Hospital Clínico, y Juan Amer, capitán del Regimiento de Infantería Badajoz —ambos libres de cualquier sospecha ideológica—, se encontraban en la plaza de Cataluña, de espaldas

a las balaustradas, frente al Centro Cultural del Ejército y la Armada.

El hecho de que se encontrasen de espaldas a las balaustradas, frente al edificio militar, no constituía, en principio, un indicio valioso para la investigación del caso, pero Nelo siempre deseaba conocer todos los detalles acerca de los sucesos que debía investigar, por muy baladíes que parecieran. La presencia en el lugar del capitán Amer respondía, al parecer, a motivos puramente circunstanciales, pues residía en uno de los pabellones militares de la calle Sicilia, próximo al que ocupaba el coronel. Posiblemente Moracho ofreció a Juan Amer acompañarlo hasta su residencia en el automóvil del regimiento, pensó Nelo sin extraer otra conclusión que le hiciera sospechar al respecto.

El automóvil que les esperaba lo ocupaba el chófer del Regimiento de Infantería Alcántara, el cabo Campamans Martínez. Una vez en el interior del auto —según el atestado que leía con atención pese a las intermitentes turbulencias que sacudían la aeronave a su paso por suelo aragonés— se oyó una fuerte detonación en la parte posterior del vehículo, seguida de otras producidas por el reventón de un neumático y dos cámaras. La explosión la originó una granada lanzada contra la parte trasera del auto; se trataba de una bomba de mano del tipo Laffite.

—¡Laffite! —soltó, sobresaltado, llamando la atención de algunos pasajeros. Material del Ejército, pensó. El explosivo no alcanzó su objetivo, los ocupantes del auto, pues el cristal no se rompió y el artefacto no entró. El autor o los autores del atentado lanzaron dos bombas más, sobre la parte delantera del coche, una a cada lado, sin que hicieran explosión. De inmediato, Crispulo Moracho, su hijo y el capitán Amer descendieron del vehículo y buscaron refugio en las balaustradas de la plaza de Cataluña sin observar a nadie que les infundiera sospechas.

El informe recogía las manifestaciones que, sobre el suceso, prestaron los afectados horas después del atentado ante el juez de guardia, quien la misma noche del jueves dispuso la instrucción de las oportunas diligencias, tras mantener sendos contactos con la máxima autoridad militar de la ciudad, el general Francisco Llano de la Encomienda, y el auditor de la División, coronel Ricardo Ferrer.

El togado militar llevó a cabo una inspección ocular en el lugar del suceso. Las primeras indagaciones arrojaron como resultado el hallazgo en la acera de la horquilla de seguridad de la bomba que impactó contra el auto y explosionó. Las otras dos bombas, una de las cuales llegó a penetrar en el interior del coche, aún llevaban puestas las horquillas, motivo por el cual no llegaron a explotar. Aquel material, junto con restos del explosivo que detonó, había sido enviado a las dependencias del equipo militar experto sitas en el Campo de la Bota.

El juez también recibió declaración la misma noche del atentado del chófer del regimiento, cabo Campamans, y de un transeúnte, el vendedor ambulante José Carretero, herido leve por la explosión. Nada más pudieron aportar sobre lo sucedido

que no hubieran manifestado ya el coronel, su hijo y el capitán Amer.

A pie de página de la última del informe, García Estremera había anotado un dato que podía parecer insignificante, pero que explicaría por qué el coronel Moracho había sido objeto no de uno ni dos, sino de tres atentados: era el oficial al frente de las fuerzas del Ejército alojadas en la estratégica guarnición del paseo de Pedralbes de Barcelona.

Barcelona, aeropuerto de La Volatería, diez y media de la mañana

El avión había viajado buena parte del trayecto con viento de cola y se había anticipado quince minutos a su horario. Nelo tuvo tiempo de recomponer el cuerpo y admirar el trabajo que habían hecho los catalanes al transformar aquel pequeño aeropuerto en esas nuevas instalaciones. Podía ver el hangar donde se guardaban los aeroplanos del servicio a Mallorca, y más allá, a un par de kilómetros, las instalaciones militares. Se le acercó un mozo de cuerda con la intención de hacerse cargo de su equipaje.

—No hace falta, pesa poco.

—¿Le busco un taxi? —le preguntó el hombre.

—No, vienen a buscarme.

El mozo seguía junto a él e imaginó que esperaba algo. No iba a darle una propina puesto que nada había hecho, así que sacó su petaca de tabaco y se la ofreció. Él extrajo un buen pellizco, pero rechazó el papelillo que le daba y prefirió usar uno que guardaba en el bolsillo de la pechera de su mono de trabajo. Vio entonces que por ella asomaba un panfleto con los colores rojo y negro de la CNT.

—Dígame ¿qué tal se llevan con ellos? —preguntó entonces el agente, señalando hacia los hangares de la aviación militar.

—Ni bien ni mal —respondió el hombre—. Los soldados vienen a nuestra cantina porque en la suya no les sirven vino. Y los oficiales... Oiga, ¿no será usted...?

—Soy civil y republicano —respondió Nelo.

—Ah, bueno. Pues yo pienso que los oficiales están con sus máquinas que no duermen, vamos, que no creemos que estén por la labor de conspirar, ya me entiende.

—Ya.

El agente y el mozo se observaron unos instantes en silencio mientras encendían sus cigarrillos y aspiraban el humo del tabaco. El primero reflexionaba sobre el poder de los sindicatos, seguro; el segundo, al parecer, se arrepentía de lo que había dicho, pues inconscientemente dio un paso atrás, como si quisiera guardar las distancias.

Para tranquilizarlo, Nelo le preguntó:

—Por cierto, ¿por qué llaman a este aeropuerto La Volatería? ¿No tiene eso que ver con las aves?

—Verá, señor —respondió el mozo, con una media sonrisa en los labios—, aquí, en El Prat, abundan las granjas avícolas, ¿sabe?, y supongo que a algún gracioso se le ocurriría que como los aviones también tienen alas...

—Ya veo... Ah, ahí está mi transporte. Gracias por todo.

—A mandar.

Era un automóvil del Servicio de Inteligencia Militar, conducido por el chófer que siempre le acompañaba en sus estancias en la Ciudad Condal. De inmediato se dirigieron a la Comisaría General de Orden Público, sin detenerse en la casa de la calle Aribau, donde la señora Josefa Castellá ya le esperaba.

A las puertas de la comisaría, el joven Querol hacía guardia en busca de nuevas noticias cuando el vehículo del Servicio de Inteligencia —que tenía apariencia fúnebre— se detuvo y de él se apeó el agente Nelo, tocado con un sombrero gris oscuro. Querol lo vio llegar. El contumaz informador tomó buena nota de su rostro. No debía de ser un cualquiera, porque salieron a recibirlo a la puerta de la comisaría los colaboradores directos de Escofet, barruntó el periodista.

Allí se quedó, en la calle, gastando suela. Hubiera dado la paga de una semana por saber más de aquel tipo bien trajeado y por meterse en el despacho del Jefe con él, aunque ya presentía el cariz que tomaba la investigación. Si no, ¿por qué el comisario, la noche del jueves, poco después del suceso, cortó por lo sano cuando le insinuó la posibilidad de que fueran los militares los instigadores del atentado con el que se pretendía quitar la vida a don Crispulo Moracho?

A sus colaboradores directos, Escofet les explicó que Nelo era un oficial de la Inteligencia Militar que acababa de llegar de Madrid para «ayudar» —el agente no supo identificar si el énfasis puesto en «ayudar» tenía alguna relevancia— a resolver los atentados. Por si acaso, Nelo aseguró:

—Señores, vamos en la misma barca, así que valdrá más que nos pongamos a remar todos en la misma dirección. En Madrid querían que alguien les informara directamente de los avances que se hacen aquí, y por eso me han mandado. Les ofrezco sinceramente mi colaboración y les pido la suya.

—En fin, no sé cómo podría usted ayudarnos, señor Nelo...

—También tengo mis contactos, comisario Escofet, mis fuentes de información. No las desprecie.

—Discúlpeme, no lo haré.

—¿Pueden ponerme al día?

El comisario parecía nervioso, aunque quizá solo estaba cansado e irritable, porque cuando hablaba iba alzando el tono de voz, seguramente sin darse cuenta.

—En fin, en las actuales circunstancias y a la vista de que el material utilizado en el atentado es el reglamentario en el Ejército, me he visto obligado a ordenar averiguaciones y registros en domicilios de determinados jefes del mismo.

Lamentándolo mucho, se deben adoptar medidas extremas —explicó Escofet.

Nelo esbozó una mueca de disgusto.

—¿Acaso lo desaprueba?

—Solo pienso que hay que cuidar las formas y los tiempos —apuntó Nelo. Mantenía un registro de voz bajo, calculado, como su respuesta, para forzar a su interlocutor a bajar el suyo, a hablar con ponderación.

—¿Qué quiere decir?

—Comisario —respondió el agente—, creo que antes tendríamos que haber tocado otras teclas, ir sobre seguro.

—Ya... ¡qué fácil es decirlo para usted! Por cierto, ¿qué se piensa en Madrid?

—Hay preocupación en el Servicio Central de Información y en los ámbitos del Gobierno por la situación que se está creando en Barcelona.

—¿Saben ellos algo que nosotros ignoremos?

—No ha habido tiempo, Escofet. De momento todo son conjeturas. Por eso en Madrid piden prudencia. No quieren que una reacción desproporcionada incendie aún más los ánimos

—Prudencia, prudencia... —se quejó Escofet—. Guante de hierro y paredón... —Volvió a alzar la voz, aunque a continuación, como si se avergonzara de lo dicho, se levantó de su mesa y se acercó a la ventana del despacho.

—¡Tranquilo, el jefe es de los que se enfadan, pero no se vengan! —susurró al oído de Nelo el secretario del comisario mientras este miraba a la calle, de espaldas a su interlocutor, quizá recordando otros tiempos, mejores.

—Dígame, comisario, ¿cómo definiría al general Llano de la Encomienda? —preguntó Nelo interrumpiendo las reflexiones de Escofet. El comisario se llevó la mano a la barbilla y murmuró antes de ofrecer una imagen harto elocuente del oficial:

—Podría decir de él que es el hombre tranquilo. Primero, decide si debe adoptar una decisión o no. Luego, qué debe decidir, y entonces se toma su tiempo. No sé si me explico, al general le cuesta entender dónde está y qué papel debe desempeñar... lo malo es que quien duda está perdido. Y si él duda, señor Nelo, los que estamos perdidos somos nosotros.

No era lo que le hubiera gustado oír a Nelo. Esperaba encontrar a un militar capaz de asumir los riesgos, enérgico y decidido, y no a un pusilánime, más aún cuando estaba al frente de un estamento al que el pueblo debía seguir rindiendo pleitesía para vivir en paz y que contaba con un importante factor a su favor, el de las armas.

Muchos de los militares que había conocido Nelo eran de aquellos que nunca tenían razón, pero siempre mandaban; de los que perdonaban, pero nunca olvidaban; de los que, en tiempos de paz, se sentían como serenos sin calles que rondar ni vecindario por el que velar.

Nelo puso al comisario al corriente de las sospechas que traía desde Madrid. Por

alguna razón insondable, Federico Escofet ya presentía el alcance de la situación.

—Hace ya mucho que se oye ruido de sables, Nelo. ¡Malditos chusqueros! Pero en esta ocasión la República es fuerte —respondió Escofet.

—No sé qué quiere que le diga —añadió el agente—. Es como la fábula de *Pedro y el lobo*: de tanto avisar de que llegan los militares, cuando lleguen de verdad no nos lo creeremos.

En ese instante sonó el teléfono y uno de los ayudantes de Escofet, el más joven, atendió la llamada. Poco después, y en actitud casi de firmes, dijo:

—Es el muy honorable presidente de la Generalitat, señor comisario.

Escofet se abrochó la americana, se acercó al aparato, tapó con la mano el auricular y dijo a Nelo:

—Me disculpa, ¿verdad?

—Saldré a liarme un cigarrillo —respondió el agente.

* * *

Nelo salió a la puerta de la comisaría a pelo, sin su sombrero, dejando al descubierto su refinado corte de pelo cobrizo, a juego con su piel y sus ojos, y la frente y la nuca perfectamente despejadas. Lio un cigarrillo y lo encendió. Fumó con tranquilidad tratando de empaparse de aquello que le rodeaba.

Por sus anteriores visitas a Barcelona tenía la impresión de que era una ciudad diferente. Quizá fuese el influjo del mar, aunque sus gentes seguían viviendo de espaldas a él. Observó, casi vigilante, el trajín de la ciudad vieja en la que se encontraba la comisaría, en la confluencia de la amplia Vía Layetana con la calle Joaquín Pou. Observó el ajeteo en algunos comercios y cafés. Estudió a sus gentes, leyó sus rostros, incluso su forma de vestir. En ese momento logró percibir que, en efecto, y pese a todo, la ciudad daba la sensación de reinventarse a diario, con vitalidad y también con serenidad.

Querol seguía allí, apoyado en una farola, con cara desesperada. Hizo ademán de acercarse al agente. Arrestos no le faltaban, pero se exigió compostura. El agente regresó a la comisaría. Querol marchó, farfullando maldiciones.

Después de recibir las disculpas del comisario por la interrupción, Nelo preguntó:

—¿Qué se sabe del asesinato de míster Mitchell? Ya sabe, me gustaría informar a Madrid de los últimos avances.

—Está la cosa complicada. Descartamos el simple robo o el secuestro por motivos económicos; he ordenado investigaciones en dos sentidos: en primer lugar, en el entorno de la compañía, por si hubiera sido un acto de venganza, un acto de fuerza de los sectores más revolucionarios de los sindicatos, aunque no lo creo. Y en

segundo, en el entorno familiar. Nunca se sabe, tal vez hubiera disputas entre ellos... Y no se puede dejar ningún cabo suelto.

—¿No es, pues, un asesinato político?

—Si por político quiere decir una provocación, un intento de desestabilización contra el Gobierno, la respuesta es que no lo creo.

—Lo decía en el sentido de que se trata de un extranjero, y de que la noticia llegará como poco a Inglaterra... Ya sabe, el caos y la anarquía en España, dirán...

—Los periódicos han comentado que las sospechas se centran en elementos incontrolados de los sindicatos. Y estos, por su parte y sin ofrecer pruebas de ello, señalan con dedo acusador a elementos de la derecha, quienes, a su vez, apelando a la lógica de la lucha de clases, apuntan a la izquierda, en especial a los elementos más descontrolados de los cenetistas y de los anarquistas ibéricos. En medio de los dos extremos, los empresarios de la ciudad han empezado a hablar de cerrar fábricas por temor a perder no solo sus negocios, sino sus propias vidas, arrastrando con ello a comerciantes. En fin, que incluso los ingleses de Barcelona piensan ya en hacer sus maletas.

—Y eso es lo que menos nos conviene.

—Ni más ni menos. Así que cuanto antes lo solucionemos —y Escofet dirigió a Nelo una mirada de urgencia, una petición de ayuda—, mejor.

—Por supuesto, comisario.

—Ah, por cierto, lo entierran esta tarde.

Calle Aribau, dos y media de la tarde

Tras el despacho urgente con el comisario, Nelo se presentó en la casa de la calle Aribau. La señora Josefa Castellá le esperaba desde hacía un buen rato, con la comida en la mesa. Y se lo reprochó.

—Lo lamento mucho, señoras, pero, ya saben, los negocios son los negocios.

—Ya, ya... negocios —respondió doña Rosa.

—Ay, hija, déjalo, que nosotras, las mujeres, no entendemos de estas cosas. El caso es que ya está aquí... aunque... ¿Ha adelgazado usted, señor Bravo? ¿No come bien?

—No, no he adelgazado, doña Josefa. Y, de hecho, traigo apetito.

—Pues vamos, que la mesa está dispuesta —añadió doña Josefa.

—Si me lo permiten, antes iré a asearme un poco.

Con la maleta en una mano y el maletín en la otra, Nelo se dejó acompañar hasta su habitación. Ya en ella, cerró la puerta, vació con cuidado la maleta sobre la cama y sacó la pistola de la cartera. Como siempre hacía en aquella casa, la encajó en el sombrero y lo guardó en el estante más alto del armario, junto a las toallas. Allí,

dentro del sombrero, nadie la vería, y no se olvidaría de ella cuando saliera. Tomó una toalla, se lavó manos y cara y se miró unos instantes en el espejo: «Hola, señor Bravo, ¿cómo está usted hoy?», se dijo. Se pasó un peine por el pelo y se dispuso a salir al comedor.

Ya en la mesa, doña Rosa le saludó con un gesto de la cabeza y una frase dicha entre dientes, en voz muy baja.

—¡Vaya con el bala perdida, ya lo tenemos otra vez en casa! —que Nelo atinó a entender a medias.

—¿Cómo dice, doña Rosa? —le preguntó entonces, sabedor de que la mujer, en el fondo, se alegraba de verle.

—¡Ay!, no le haga usted caso, don Francisco —medió la señora Josefa, y suspiró—. Debe de ser una de sus pullas, déjela...

Tomó entonces la mujer la barra de pan de la cesta, dibujó con el dedo índice una cruz en la base para bendecirla y se dispuso a cortarla. Y mientras lo repartía volvió a suspirar, esta vez de manera más ostensible.

Nelo se la quedó mirando. Esperaba que después de los meses transcurridos desde su última estancia en la ciudad lo asaltarían a preguntas o le contarían las últimas novedades del vecindario, pero doña Josefa, al menos, la más parlanchina de las dos, parecía afligida.

—¿Se encuentra bien, doña Josefa? —le preguntó Nelo.

—¡Ay, Dios mío, líbranos, Señor! —y la mujer se persignó.

Lo hizo tras la primera cucharada del consomé frío que había preparado Rosario Chacón, la asistente doméstica. Por el tono de la invocación Bravo pensó que había sucedido algún tipo de desgracia familiar de la señora de la casa.

—¿Se encuentra usted bien? —insistió—. Dígame, por favor... —Nelo empezaba a preocuparse.

—¡Ay!, señor Bravo —se quejó la buena mujer, dirigiéndose a Nelo—, es el fin del mundo. ¡Virgen gloriosa y bendita, apártanos del peligro! Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

—¿De qué peligros habla, doña Josefa? —insistió Nelo, que estaba a punto de levantarse ya y miraba a la otra hermana, quien daba cuenta del consomé frío sin alterarse en absoluto.

—No le haga usted caso a la vieja estúpida de mi hermana —apuntó doña Rosa con su viperina lengua—. Se pasa el día rezando desde que mataron a ese ciudadano escocés, el director de esa fábrica de blondas y visillos. Sí, hombre, el señor... de La Escocesa. —Nelo se relajó. Había creído que doña Josefa estaba aquejada de una dolencia terminal.

—Lo sé, lo sé... Era amigo de uno de mis mejores clientes y esta tarde tendré que asistir al entierro. Pero no se preocupe usted, doña Josefa. Nada malo nos ha de

suceder. Son cosas que pasan... Tal vez algún día se acabe el mundo, pero ni usted ni yo lo veremos —le dijo el huésped con voz tierna para tranquilizarla. Sus palabras obraron el efecto calmante que perseguía el agente Nelo, al que ellas conocían como Francisco Bravo.

Ya más tranquila, doña Josefa formuló sus observaciones de costumbre cada vez que pasaba un tiempo sin verlo.

—¡Está usted más delgado, por Dios! ¿Acaso no le dan de comer allí, en Madrid? Mírese, ¡qué carita de pena trae! —comentó, como una madre que recuperara a su hijo descarriado—. ¿Se quedará usted un tiempo con nosotras? —preguntó entonces la mujer, con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

Nelo se encogió de hombros. Doña Rosa sonrió, no sin cierta malicia, pero calló. El huésped comió a toda prisa el segundo plato, un bistec de ternera de Gerona con guarnición, y no aguardó los postres.

La candidez de aquellas ancianas obraba en él un efecto balsámico, le ayudaba a alejarse del mundo de conspiradores y traidores, a creer que la violencia que crecía por el país no llegaría nunca a extenderse porque personas como aquellas lo impedirían. Con la excusa del entierro —y el agente Nelo era un maestro en inventar excusas— se levantó de la mesa y se retiró a su habitación.

Cuando salió, poco después, llevaba el sombrero en la mano. Las dos ancianas comían unas lionesas que, por sus gestos de satisfacción, se podía deducir que estaban deliciosas.

—Usted se lo pierde —dijo doña Josefa, mientras su hermana, con delicadeza y con la esquina de una servilleta de hilo, le limpiaba un poco de crema de la comisura de los labios.

Sintió entonces el deseo de despedirse de aquellas mujeres con un beso en la frente. Por supuesto, no lo hizo.

Avenida Catorce de Abril, cinco y media de la tarde

Vientos que soplaban en varias direcciones traían consigo la amenaza de tormentas de diferente intensidad al paso del cortejo fúnebre que portaba el cadáver de mister Joseph Mitchell Hood, gerente de la fábrica de blondas y visillos Johnston Shields and Company, más conocida como La Escocesa, cuyo asesinato, acaecido el mismo día en que se atentaba contra el coronel Moracho, había contribuido a complicar aún más la situación y a exaltar unos ánimos ya de por sí enardecidos.

Nelo contempló el gentío congregado frente a la residencia de los Mitchell, en el 433 de la avenida del Catorce de Abril. Enterrados ya los restos mortales del finado, la familia se recogía en la vivienda familiar, mientras la ciudadanía rendía homenaje al industrial congregándose en los alrededores. El agente prestó atención a todos y

cada uno de los detalles que acontecían. Desde las ventanas de la casa de los Mitchell distinguió, entre cortinas y visillos, ojos de adolescentes y de mujeres que observaban la silenciosa muchedumbre agolpada en el bulevar para condenar tan irreparable pérdida y tributar recuerdo a un buen hombre.

En la puerta de la residencia, convertida en casa mortuoria, pudo oír los murmullos de oraciones por el muerto. Todos estaban allí. Políticos, significados industriales, comerciantes, representantes obreros.

También se encontraba en el meollo del cortejo fúnebre el inevitable Querol. Al llegar junto a la casa del difunto se hizo a un lado, se apoyó contra una pared y, con su letra diminuta y clara, se puso a escribir en su cuaderno de notas un esbozo de su crónica:

La bulliciosa y elegante avenida del Catorce de Abril se ha convertido en el gran bulevar del silencio y del dolor para rendir tributo al director de la fábrica de blondas y visillos La Escocesa, míster Joseph Mitchell Hood, muerto por las balas de desconocidos pistoleros el jueves, cuando se dirigía a su despacho de trabajo. Una multitud de barceloneses se ha congregado en la gran avenida, ocupando el paseo central y las vías laterales, frente a la casa del caballero, escocés de nacimiento y barcelonés de adopción.

En el portal de la casa se han colocado diversos pliegos que rápidamente se han llenado de firmas. Firmas de pesar. Firmas de dolor. Firmas de condena. Un grupo de obreros y de obreras de La Escocesa han acudido en delegación a depositar un ramo de flores rojas anudado con un crespón de gasa. Luego de estampar su firma en un pliego, bisbisearon, casi con vergüenza, casi pidiendo disculpas por hablar, aunque fuese en voz baja: «¿Quién ejecutó y por qué a quien les daba de comer?». Diríase que aquellos trabajadores y trabajadoras sintieron como propias las heridas que acabaron con la vida de quien les dirigía. «¿Qué será de nosotros?», se decían con temblorosa voz. Peor aún, respondía otro: «¿Qué será del mundo?». Había preocupación en sus rostros y también cierta sensación de desplome.

Querol se llevó el lápiz a los labios, releyó las últimas líneas e hizo un gesto de aprobación. Levantó la mirada del cuaderno, hacia el gentío que llenaba las aceras, como si buscara allí inspiración para seguir escribiendo. Si hubiera estado más atento seguramente habría visto a aquel personaje, bien vestido y tocado con un elegante sombrero, que, sin apenas dejarse notar, se abría camino entre la gente para entrar en la casa. Y seguramente lo habría identificado como el hombre que esa mañana recibían los subordinados de Escofet. Siguió escribiendo:

En medio de un sobrecogedor silencio, frente a su residencia, las familias

Mitchell Hood y White Porter —esposa del fallecido— se hicieron cargo del cadáver, trasladado desde el depósito judicial en un coche furgón. Hacia las cuatro de la tarde, como estaba previsto, partió la fúnebre comitiva que escoltaba el cuerpo acribillado por el plomo homicida. En representación de la firma de la que era gerente el muerto, presidió el cortejo mortuorio míster Shields, llegado expresamente desde Londres para asistir al entierro. Junto a los familiares más próximos del finado, y en las primeras filas de la comitiva, se encontraban el hermano político del desaparecido, míster White, su hijo, el reverendo Jones, director espiritual de la familia, y el comandante Herrando, jefe de las Fuerzas de Asalto, en representación del comisario general de Orden Público.

También figuraban en la presidencia del acto el señor Geranghen, cónsul general accidental de Gran Bretaña en Barcelona; el señor Escalas, por la Cámara de Comercio; el barón de Cuadras, por el Fomento del Trabajo Nacional; el señor Miró y Sans, de la Asociación de Fabricantes de Hilados; el barón de Terrades, de Industrias Complementarias, y otros destacados miembros de la industria y del comercio de Barcelona. En segunda fila se situó una representación de otros estamentos vitales de la ciudad.

La mirada del agente Nelo se desplazaba entre el bullicio, barría aquel escenario como haría una de esas modernas cámaras del cinematógrafo que pretendiera captar todos los rostros, las expresiones de dolor y horror, las de desesperación e impotencia o, por qué no, aquella de satisfacción o complacencia, aun de arrepentimiento, que delatara alguna autoría o complicidad con aquel desastre.

El féretro —continuó anotando Querol— fue tomado en hombros por empleados de la fábrica La Escocesa, a los que seguía un nutrido grupo de trabajadoras de la firma. Por fin, tras ellas, arrancó una multitud silenciosa y emocionada, camino del Cementerio del Suroeste. Los más devotos elevaban plegarias al cielo, aunque hubo sensación de que no había cielo ni Dios al que encomendarse. Muchos avanzaron con la mirada perdida en lo incierto, en la nada, como si, de repente, no supieran enfocar su horizonte, como si sus almas hubieran de renunciar a sus cuerpos, como si no se atreviesen a asomarse al futuro y prefiriesen vivir y regatear con el pasado. Algunas obreras de La Escocesa no paraban de llorar, hasta que un grupo de mujeres, rosario en mano, les instó a rezar cuantas avemarías fuesen capaces de pronunciar para ahogar la pena. El problema es que muchas de aquellas infelices trabajadoras no sabían rezar y siguieron llorando. Sus sollozos empezaron como una cantinela y acabaron siendo una letanía. Se comportaban como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente.

El cortejo, en el que se pudo ver a muchos miembros de la colonia inglesa en Barcelona, siguió por la avenida Catorce de Abril hasta la plaza de Alcalá Zamora, donde se despidió el duelo. Aun así, gran número de personas quiso acompañar el féretro hasta el cementerio, donde se repitieron las sentidas manifestaciones de pésame.

Luego, la ciudad quedó en extraña quietud de convalecencia. La luctuosa ceremonia —acabó escribiendo Querol en su crónica— constituyó una gran manifestación de duelo en muda condenación de los hechos. El triste momento se podía resumir en una sola palabra: protesta. Callada protesta por el execrable crimen. Barcelona, siempre una víctima propiciatoria en estas luchas fratricidas, reaccionó de forma cívica y doliente. Pero ¿será bastante? Barcelona necesita que la vida de todos sus ciudadanos sea un hecho garantizado plenamente. Y que esa plena garantía la dé, o mejor la demuestre con actos, quien debe hacerlo.

Pensó Querol en poner un punto final emotivo, llegó incluso a plantearse recoger alguna declaración, aunque solo fueran unas palabras, de la esposa del fallecido, pero al levantar la mirada del cuaderno comprendió que sería tarea imposible. Aunque el gentío empezaba a dispersarse —en un silencio que le sobrecogió—, entrar en la casa y acercarse a la familia sería una temeridad. Suspiró, y comprobó inquieto que aquel gesto automático de tomar aire y soltarlo para aliviarse le costaba algún esfuerzo. Llegó a creer que ciertamente el aire de Barcelona estaba enrarecido, pesado, plomizo.

En ese instante percibió por el rabillo del ojo una sombra. Levantó la mirada y allí estaba el tipo aquel, el de cabello cobrizo que se había plantado de buena mañana en la comisaría. Y vio también que se acercaba por detrás a un personaje conocido, el delegado especial del Gobierno de la República en Cataluña, don José Casellas Puig de Massa. ¿Se conocían? Al parecer, sí, pues tras la sorpresa inicial, el delegado estrechó la mano del hombre. Los siguió con la mirada: se fueron apartando de la muchedumbre hasta perderse calle abajo. Fue tras ellos, algo le decía que aquel tipo era alguien importante.

* * *

El agente Nelo tenía pensado ir a ver al delegado del Gobierno, cuando tuviera tiempo, a su despacho. Pero el funeral le había dado la ocasión de saludarlo, como le había pedido el capitán Abasolo, y obtener información, su versión, del momento que vivía Barcelona.

Las calles vecinas al domicilio de los Mitchell eran un hervidero, así que decidieron sentarse en la discreta terraza de un restaurante para tomar un café, en un rincón que quedaba protegido por unos setos.

—Evidentemente, hay fuerzas del mal que tienen envidia del oasis catalán —empezó a decir el delegado—. No se entiende si no el asesinato de Mitchell. Otra cosa es el atentado a Moracho, por lo demás previsible, o al menos justificado por la lógica fascista.

Nelo asintió con un gesto de la cabeza.

—Han querido romper de forma trágica la normalidad que tanto costó devolver a la ciudad tras las últimas huelgas obreras —siguió José Casellas—. Es sorprendente, extraña y preocupante la coincidencia en el tiempo de los dos sucesos.

—Son obra, sin duda, de dos extremismos —añadió el agente Nelo—, uno blanco y otro rojo, opuestos ideológicamente, pero que prácticamente se tocan.

—Hay que frenar como sea esta espiral de violencia —advirtió el delegado—. No podemos permitir que se instale en la ciudad.

—A mí me preocupa tanto la escalada del terror como la verbal —apuntó Nelo.

Iba a seguir, pero una sombra, a su derecha, un hombre joven sentado a una mesa vecina y que torpemente trataba de disimular hojeando las páginas de un periódico que acababa de sacarse del bolsillo de la americana lo interrumpió.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó entonces Casellas.

—Pienso —y Nelo miró de reojo al tipo que leía el periódico—, en la bochornosa impresión que habrán causado en la ciudadanía determinadas palabras y gestos de ciertos políticos que han perdido hasta las formas. Me refiero al diputado socialista Fronjosá, quien hace días, en la Cámara, ha puesto en tela de juicio el prestigio de la Casa de la Caritat, de tan gloriosa tradición barcelonesa.

Dicho esto, Nelo hizo un gesto al delegado, para señalar al individuo de la mesa vecina. Lo había visto en el funeral... y en algún otro lugar. Y siguió hablando:

—¿Recuerda que ese diputado preguntaba por qué la Casa conservaba ese nombre y por qué la República no había reorganizado la asistencia social prescindiendo de monjas, sacerdotes y señoras caritativas?

—Ajá —dijo por respuesta José Casellas, e hizo un gesto para que el agente se acercara. Entonces, en voz baja, susurró—: Lo conozco. Es periodista, uno novato, y aún no ha tenido tiempo de pervertirse. No se preocupe.

Hizo una mueca de desdén, volvió a apoyarse en el respaldo de su silla y siguió con el tema que los ocupaba:

—¡No veo mayor problema! —contestó, a propósito de la intervención del citado diputado socialista.

Pero Nelo se sentía incómodo; sabía que el joven periodista procuraba no perderse detalle de lo que allí se decía. De modo que el delegado del Gobierno en

Cataluña soltó en voz alta:

—¡Querol!

Pero el periodista se escudaba tras las páginas abiertas del periódico y no se dio por enterado.

—¡Vamos, muchacho, acérquese!

Por fin dobló el periódico, se levantó y se dirigió a la mesa que ocupaban aquellas personalidades. Y debió de pensar que iban a hacer alguna declaración, porque sacó del bolsillo interior de su chaqueta el cuaderno y un lápiz.

—Quite, quite, hombre. Este no es momento ni lugar, pero pásese mañana por mi despacho y si hay novedades, usted será el primero en enterarse, ¿de acuerdo?

Nelo estudió la expresión del tal Querol. Se encogía de hombros y ponía cara de resignación. Y finalmente, sin decir nada, echó a andar calle abajo. No le parecía un tipo peligroso, en el sentido de que no lo creyó un infiltrado de la derecha; por cómo vestía debía de gastar bastante poco en vestuario, y seguramente en comida, porque era flaco y desgarrado. Aunque sí reconoció una determinación en la mirada que le sorprendió en un joven que él definiría como «poca cosa».

—Bien, pues como le decía —retomó Nelo la conversación—, más allá de la grosería de las palabras, se evidencia una grosería del pensamiento que, a ojos de la opinión pública, no es más que un lamentable exponente de la mentalidad de nuestros diputados socialistas. Esas palabras, delegado, traerán cola. Esa expresión de odio que transmiten hacia una obra que, según tengo entendido, ha merecido el respeto y la admiración de todas las personas sensatas, con independencia de creencias y opiniones políticas, pasarán factura.

—Creo que exagera, Nelo —lo tranquilizó José Casellas—. No sea catastrofista. Pero, dígame, ¿qué lo trae por aquí? Porque no me creo que en Madrid les preocupe tanto que se rompa la paz en el oasis catalán, ¿no lo llaman ustedes así?

—La coincidencia, señor delegado. La coincidencia de esos dos atentados, el mismo día, con pocas horas de diferencia.

—Ya veo.

—Me parece que no.

—¡Ustedes, los de Madrid, siempre tan alarmistas, tan catastrofistas! —le espetó el señor Casellas.

Nelo prefirió tomárselo como un cumplido y dio por concluida la conversación. El delegado del Gobierno se ofreció a acompañar al agente adónde fuera en su coche oficial, y él aceptó la oferta.

Comisaría General de Orden Público, últimas horas de la tarde

En cuestión de horas, las pesquisas comenzaron a dar sus primeros frutos, agrios,

desagradables. Para Nelo cada vez cobraba más validez la sospecha de que la trama iba mucho más allá de la orquestación de un mero atentado contra un oficial. A medida que iba atando cabos, sobre la base de informaciones contrastadas y luego cruzadas, advirtió que se hallaba ante una conspiración de gran alcance que, como intuyó, trascendía del estamento militar para anclarse en dispersos pero firmes colectivos de la población civil.

El mismo día que se enterraba al gerente de La Escocesa, la Comisaría General desataba una operación sin precedentes. Escofet, movido por la necesidad de obtener resultados, de ofrecer respuestas a la sociedad, decidió llevar a cabo acciones por sorpresa, que pillaran desprevenidos a sus oponentes. Los agentes de los servicios de Orden Público, que se contaban por decenas, llegaron a incautarse en domicilios particulares, centros y oficinas de organizaciones afines a la derecha catalana y española de centenares de armas cortas, fusiles, ametralladoras, así como de munición en abundancia, banderas bicolors, sellos de cotización de Falange y documentación de distintas estructuras antirrepublicanas.

Las detenciones se sucedían en constante goteo; hasta sesenta y nueve arrestados se agolparon esa tarde en los calabozos del sótano de la comisaría. Se procedió también a la clausura de locales, oficinas y centros de grupos de derecha. La información que llegaba a manos de Nelo y de sus camaradas catalanes era tan abundante, constante, diversa e intrincada que apenas daban abasto para su análisis, clasificación y comprobación.

El agente sentía que el tiempo se echaba encima inexorable, presagio de una gran tragedia que parecía imparable, inalcanzable. Solo entonces comprendió el apremio del comisario Escofet. En el despacho que le habían cedido en la comisaría, leyó y analizó cada papel, cada dirección, cada nombre, cada fecha que caía en sus manos. La trama se iba complicando, aún más si cabía.

Nelo necesitaba a alguien de su total confianza que contara con gran capacidad de análisis, así que reclamó con urgencia la presencia en Barcelona de Gonzalo García Estremera, su más fiel colaborador, que se había quedado en la capital de la República. Por teléfono, Estremera explicaba que le resultaba difícil atar cabos sobre el supuesto enlace de los conspiradores, pues parecía moverse con la agilidad de una sombra. Cuando se le creía en Barcelona, se le detectaba en Madrid, y cuando se le buscaba en la capital, ya había vuelto a Barcelona.

Había oscurecido y el agente ni se había apercebido de ello cuando aún seguía tratando de poner orden a la abundante documentación que había recibido y que seguía recibiendo. Se lió un pitillo con la misma parsimonia de siempre, intentando descifrar las claves del informe de un registro efectuado en un local de un centro cultural afín al partido Renovación Española, sito en la calle del Taquígrafo Garriga, en la barriada de las Corts. Entre los papeles intervenidos en esa sede había muchas y

extrañas anotaciones. Todas ellas llevaban a una misma dirección, un piso en Cortes Nuevas.

El agente tomó la decisión de proceder al registro de ese domicilio, y hacerlo en solitario. Tuvo la deferencia de comunicárselo al comisario.

—Como quiera, Nelo —le respondió Escofet—. Ordenaré que lo acompañe una escuadra.

—En esta ocasión no, Escofet. Prefiero actuar con discreción, no quiero levantar la liebre.

—Es su piel, Nelo, pero vaya con cuidado.

Sin embargo, el comisario ordenó a dos de sus hombres que le siguieran, a modo de contravigilancia, con la orden expresa de intervenir únicamente en caso de peligro para el agente. Al llegar a las Cortes Nuevas, Nelo percibió que le seguían. Detuvo el automóvil que conducía, un coche corriente que la comisaría empleaba para la distribución de correspondencia y oficios por la ciudad. Aguardó a que los dos policías mandados por el comisario también detuviesen su automóvil, un inequívoco vehículo del parque móvil de Orden Público. Nelo se apeó y se dirigió decidido al coche de los dos policías de paisano, que trataron de disimular.

—¡Caballeros, pueden ustedes retirarse! —les ordenó.

—¡Solo obedecemos al comisario! —justificó uno de ellos, sin apearse del auto y con la ventanilla bajada.

—¡Pues díganle al comisario que me han perdido de vista, que han pinchado, que... qué sé yo, pero márchense! ¡Y esta es una orden directa!

Los dos policías obedecieron a regañadientes. Nelo no retomó su misión hasta cerciorarse de que ya no le seguían. Iba armado. En ningún momento se desprendió del sombrero.

La dirección sospechosa le condujo a un edificio de fachada vieja de cuatro pisos de altura. Había dos viviendas por rellano. Su objetivo, la segunda puerta del primer piso. No había nadie en la calle. Tampoco en el piso, aparentemente, había señales de vida, según el primer vistazo que echó desde la acera de enfrente. Accedió a la finca sin dificultad. La escalera ofrecía un aspecto deteriorado. El suelo era de un pavimento formado por chinas de mármol aglomeradas con cemento, en algunos tramos sin pulimentar.

Los peldaños de la escalera eran de una madera que había perdido el genuino color que algún día tuvo, ajados por el tiempo, las pisadas y el descuido. La barandilla, con pasamanos también de madera sobada, era de forja de hierro cubierto de herrumbre. No había ascensor. El silencio era sepulcral y solo lo rompió el crujir de sus pasos sobre los imprevisibles peldaños. En el descansillo de la escalera del primer piso, un aplique de pared de hierro, también desgastado, imitación de los candelabros antiguos, proporcionaba una luz pobre, pero suficiente para sus

propósitos. La bombilla emitía un tímido y persistente runruneo que anunciaba que su vida se acababa.

Nelo echó una mirada más por el hueco de la escalera, hacia abajo, hacia arriba. Se colocó frente a la puerta del primero segunda. La puerta del piso era tan vieja como la escalera. La cerradura, sin embargo, no. Era prácticamente nueva, sólida y habilitada para llaves dentadas. Extrajo un llavero en piel de ocho mosquetones. De él colgaban unas llaves nada corrientes y unos ganchos a modo de ganzúas. Seleccionó una de las ganzúas y procedió a manipular el mecanismo del cierre de la puerta. Lo hizo con suma cautela, aunque no pudo evitar los continuos e inevitables clics. Ante la resistencia que ofrecía la cerradura, forzó los movimientos.

De súbito, la puerta del piso de enfrente se abrió. Nelo se giró y se topó de bruces con un hombre enjuto, con un bigote fino y largo, ligeramente apaisado, para disimular la asimetría del labio superior y su mandíbula inferior alargada y de marcada osamenta. Vestía un ridículo pijama de rayas en popelín. El vecino blandía en su mano derecha una olla de aluminio compacto con la que parecía dispuesto a golpear a Nelo. En un santiamén, sin que al vecino le diese tiempo a reaccionar, el agente desenfundó. Nelo no tenía la intención de disparar. Solo quería asustarlo. El vecino se quedó inmóvil, aturdido y alelado por el miedo. Sin dejar de apuntarle, Nelo emitió un sonido para imponer el silencio llevándose el dedo índice de su mano izquierda a los labios. Hizo un gesto felino y arrebató al vecino la cacerola que aún mantenía brazo en alto. El vecino seguía inmóvil, y Nelo le ordenó que siguiera en silencio.

—¡No dispare por Dios! —musitó implorando, ya con las rodillas hincadas en el suelo.

Nelo apartó su arma. El cuerpo del vecino se aflojó; aún temblando ostensiblemente. El agente extrajo de su chaqueta una credencial de policía y se la mostró. El hombre se postró aún más, suspirando. Nelo le susurró al oído que nada malo le iba a suceder si regresaba a su domicilio sin llamar la atención.

—¿Sabe usted quién vive en este piso? —preguntó Nelo apenas con un hilo de voz señalando la puerta del primero segunda.

Con voz entrecortada, temblorosa, susurrando, el vecino intentó satisfacerle:

—La casa ha estado vacía mucho tiempo, hasta hace un mes aproximadamente. No estoy muy seguro de lo que se cuece en su interior, pero hace unos días, ya de noche, a estas horas, observé a través de la mirilla de la puerta de mi casa a unos hombres que trajinaban unas cajas de cartón que debían pesar lo suyo, porque las acarreaban entre dos individuos. Recuerdo, eso sí, que tras los hombres entró en el piso una mujer joven y elegante, creo que rubia, aunque tal vez esté confundido porque al salir me pareció castaña. Lo que sí puedo asegurarle es que era muy hermosa. Imagínese... —El vecino dibujó entonces en el aire las sugerentes curvas de

la linda mujer...

—Ya imagino, señor —le interrumpió Nelo, siempre susurrando.

—Debieron de transcurrir unos diez o quince minutos y luego esas personas marcharon y no... no puedo decirle más —acabó explicando el vecino. Nelo agradeció a Melquíades su colaboración y con un gesto le indicó que olvidara el encuentro y entrara en su vivienda.

—¡Descuide, señor... señor policía! Yo no lo he visto jamás y usted nunca ha estado aquí. —El vecino tomó su olla y obedeció sin rechistar.

Nelo volvió a centrarse en la maldita cerradura, que se le resistía. El vecino seguía sus movimientos a través de la mirilla de su puerta. El agente pudo percibir que su ojo estaba allí. También su respiración jadeante le delataba. Quizá no acababa de creer que fuera un agente de policía. Tal vez lo hiciese únicamente por curiosidad.

Transcurrieron todavía unos minutos. Por fin, la condenada cerradura cedió. Nelo accedió al piso con su arma desenfundada. Revisó estancia por estancia, aún en penumbra, en busca de alguna señal de vida. Solo a través de las ventanas del comedor y de una de las habitaciones, por las rendijas de los listones de las persianas que daban a un balcón huérfano de elementos vegetales o decorativos, penetraban tímidos y finísimos haces proyectados por las luces de las farolas de la calle.

Olfateó como un perro adiestrado. Alguien había estado allí aquel día. A lo sumo, el día anterior. Habían ventilado el piso. El único signo de vida que atisbo fue una araña y una procesión de diminutas hormigas.

Nelo percibió en aquel piso una falsa e inesperada quietud. Nada ni nadie alteraba la tranquilidad que reinaba en la vivienda en aquel momento, sin embargo...

Supo enseguida que la casa no constituía un hogar habitual de uso diario. En el comedor apenas había unos cuantos muebles viejos, algunos desvencijados, una mesa y cuatro sillas. De la pared colgaba un reloj de péndulo que siempre marcaba la misma hora: las ocho y treinta y cinco. Registró el mueble del comedor. Estaba vacío. No había, siquiera, una vajilla. Comprobó también que el cuarto de baño no se usaba con frecuencia. En la cocina descubrió una alacena abierta en un hueco de la pared con anaqueles y puertas ciegas de madera. Las abrió. Halló media docena de vasos. Dos de ellos aún retenían el rastro reciente de gotas de agua secas, como si los hubieran lavado sin secar en las últimas horas, tal vez en los últimos dos o tres días. Los otros cuatro vasos estaban cubiertos de polvo, de varias capas de polvo, según pudo comprobar.

En una estancia más pequeña del piso, que en su tiempo posiblemente hizo las veces de saloncito de estar, en un cenicero de metal sobre un pie de madera torneada, descubrió el rastro de unas colillas de cigarro, una de las cuales aún señalaba la huella de unos labios pintados de tono carmesí. Pensó en la mujer joven y elegante de la que le había hablado el vecino.

Acto seguido se encaminó a uno de los tres dormitorios del piso, el único amueblado. Encendió una luz de una lámpara de pared adornada con una pantalla de vidrio en forma de tulipa y cubierta también de polvo en abundancia y vio una cama, la única en la casa, con un colchón raído. En la habitación también había un armario ropero. Lo abrió y lo encontró vacío. Miró al suelo. Luego a la pared. Sospechó, por las marcas silueteadas por el polvo en la pared y en el suelo, que el mueble había sido desplazado recientemente. Quien lo hizo no lo devolvió a la posición exacta en la que había estado. Volvió a ojear el suelo y comprobó que la pieza había sido desplazada de derecha a izquierda y nuevamente vuelta, casi, a su posición original. Movié el armario. Pese a su aparente robustez, no pesaba en exceso.

Su intuición tuvo su recompensa. El armario ocultaba un burdo boquete practicado en la pared, posiblemente a golpe de maza. Hizo unos cálculos a ojo. Era un agujero lo suficientemente grande para que una persona pudiera meter medio cuerpo. Encendió su mechero y se deslizó tanto como pudo a través de la hueca cavidad que existía entre los tabiques de las paredes del comedor y de ese dormitorio. A la luz de la mecha impregnada de gasolina descubrió dos cajas de cartón, una grande y otra más pequeña, selladas las dos únicamente con cuerda fina de paquetería.

Salió del agujero, se despojó de su americana, se remangó la camisa y volvió a deslizarse por el hueco. Con una mano palpó una de las cajas. Intentó moverla y comprobó, como le dijo el vecino, que pesaba demasiado. Tuvo que emplearse a fondo para extraerla del agujero. Lo hizo reptando, a tientas. No podía sostener el mechero con una mano y con la otra arrastrarla. Además, el agujero no era lo suficientemente grande para ponerse de rodillas y desplegar una mayor energía. Su camisa y su pantalón sufrieron varios desgarros, al punto de quedar inservibles. La otra caja pesaba menos y pudo hacerse con ella con mayor facilidad.

Extenuado aún por el esfuerzo físico, se recostó sobre la pared y reposó unos instantes. Sudaba por todos los poros de su cuerpo. Empapó su pañuelo. Por fin, recuperó el aliento y abrió una de las cajas, la más grande y pesada. En su interior, entre trocitos de papel de embalar despedazado, encontró seis pistolas del calibre 7,65 milímetros, dos culatines para pistolas, tres cargadores y seis cajas de municiones con ciento diez cartuchos.

Abrió la otra caja. Entre más papeles triturados aparecieron dos pistolas ametralladoras y dos bombas de mano como las empleadas para atacar contra el coronel Moracho. Las reconoció de inmediato. Eran propiedad del Ejército.

Siguió removiendo entre el papelerío y, en el fondo de la caja, palpó lo que parecía un maletín. Estaba protegido con un cierre de seguridad. Lo forzó con una de las llaves maestras que llevaba junto a su juego de ganzúas. En el interior había una carpeta de cartulina en cuya cubierta figuraba el nombre de lo que parecía ser una

sociedad mercantil denominada La Española. Ojeó el contenido de la carpeta. Había documentos varios y cuartillas sueltas de un libro de contabilidad de esa empresa cuyo objeto social, al parecer, era la importación y exportación de mercancías diversas de ultramar.

En una de las hojas sueltas, con fecha del mes de abril, aparecía una anotación, como poco curiosa, en lenguaje telegráfico: «Inminente compra resmas papel STOP Confirmar pedido Barcelona». Sería con seguridad la copia manuscrita de un telegrama y no le hubiera dado mayor importancia de no haber encontrado, en otra hoja suelta, con fecha de primeros de mayo, la anotación: «Adquiridas resmas papel STOP Confirmado pedido Barcelona». Nelo siguió buscando y halló una tercera anotación de parecido tenor y que databa de finales del mes de mayo: «Resmas papel preparadas». Así que revisó otras hojas y encontró una cuarta, fechada a finales de junio, que decía: «Resmas papel llegarán pronto Barcelona STOP Fecha y hora por determinar STOP Estén pendientes notificación STOP».

Nelo sintió un extraño apremio. Aún sudoroso, guardó los papeles en la carpeta, recogió el armamento hallado y lo transportó todo al vehículo de la comisaría en el que se había desplazado. Lo hizo en dos tiempos, repartiendo equitativamente la carga. En cada ocasión notó que el vecino seguía espiando por la mirilla de su puerta. Cuando hubo cargado en el vehículo toda la mercancía regresó al piso y colocó en su posición original el armario ropero tras el cual había descubierto el agujero. Se aseguró también de dejar todo tal y como lo halló. Cuando marchó, el dichoso vecino aún fisgoneaba.

Regresó a la Comisaría General de Orden Público pasada la medianoche. Por las calles por las que transitó solo vio almas en pena: unas, prostitutas o por prostituirse; otras, perdidas en su pequeño mundo, que debía de ser un gran infierno; otras, borrachas y sujetas a sus botellas como si fueran su mejor tesoro, su único tesoro. Los teatros y los cines ya habían cerrado. Los cafés con espectáculo del centro de la ciudad, también. Esas calles, a esas horas, habían perdido su ángel y no eran más que una fractura de cemento por la que transitar como autómatas.

Barcelona dormía, mal que bien, entre pesadillas o deseos soñados de una paz que se alejaba cada día que pasaba. Solo había animación, a esas horas, en el Teatro Griego de Montjuic, donde tenía lugar un fastuoso y exclusivo baile de gala y etiqueta, acompañado de cena fría de madrugada, y amenizado por la renombrada orquesta del Hot-Club con sus veinte *jazzmen*, cuyos ritmos se extendían sobre el inquieto silencio de la urbe como un delicioso velo musical. Seguramente, el joven Lorenzo Mitchell no se lo hubiera perdido, en otras circunstancias.

Dos agentes del servicio de guardia nocturno de la comisaría ayudaron a Nelo a descargar el material intervenido. El agente aún permaneció dos horas más en la comisaría, leyendo y releendo la documentación, intentando interpretarla y

descifrarla. Tenía una extraña sensación: muchos datos, demasiada información, cabos sueltos que no le era posible atar. La palabra que mejor describía el estado de su mente era confusión. Y frustración, la que mejor encajaba para definir sus sentimientos. Llegó un momento, incluso, en el que su ánimo se encendió, perdió los estribos y empezó a propinar puñetazos sobre la mesa, cada cual más duro, cada vez más colérico. Hasta que la razón y el dolor se impusieron.

En apariencia, los documentos reflejaban la idea de un vasto negocio de transporte de mercancías y animales de un lado a otro del país cuyas notas figuraban en códigos alfanuméricos. Quizá fueran fechas, o precios, o series, pero ¿de qué? Apuntes como «Transportar los caballos a España», «Organizar un transporte urgente entre Palma de Mallorca y Barcelona» o «Cobrar los efectos al consejero y al laureado». También aparecían algunos nombres, quizá de clientes: Bresolini, Llopis, Urrea, Asacal, Odina —identidad esta que figuraba tachada—, y Jeanne G., este último nombre subrayado con grueso trazo de tinta. Algunos de los códigos numéricos sugerían, incluso, pasajes evangélicos: d. C. 26.6, d. C. 2.3, d. C. 14.27.

Consciente de que en su estado le resultaría difícil sacar nada en claro, lo dejó para el día siguiente. Pero antes de irse aún dedicó unos minutos a ojear los últimos partes policiales del día emitidos por la Comisaría General de Orden Público que el comisario le había dejado sobre su mesa de trabajo.

El último de ellos ponía de manifiesto la excéntrica deriva que tomaba la ciudad, la ciudadanía, y el mundo, la humanidad. Un recadero de Gerona, Jorge Maurici, había muerto asesinado a tiros en el transcurso de una violenta discusión con otro recadero del mercado del Borne de Barcelona, un tal Ramón Torra. Según el parte, el enfrentamiento pasó de los gritos a los golpes, momento en que el recadero Torra logró desasirse, sacó una pistola de su bolsillo y descerrajó todo el cargador sobre el recadero Maurici, que cayó al suelo bañado en sangre.

Según las primeras indagaciones, todo sucedió porque el interfecto afeó al acusado que trabajase en plena huelga del ramo mercantil. El inculpado, que se entregó voluntariamente a la policía tras el crimen, dijo en su primera declaración que era trabajador por su cuenta y alegó en su defensa que el muerto le ofendió en lo más íntimo, llegándole a tildar de fascista, mientras intentaba asfixiarlo, por lo que empleó una pistola que días atrás había encontrado escondida entre unos matorrales en el municipio próximo de San Cugat y que decidió guardar por estar amenazado.

Al acabar la lectura del parte, Nelo ya no sabía si era él o el mundo el que estaba al revés. En aquel instante sus pensamientos le condujeron hasta su jefe y mentor, el veterano Abasolo, quien le enseñó a ser precavido, tanto ante los fascistas como ante los revolucionarios. El capitán sostenía la teoría de la «enfermedad revolucionaria». A su juicio, los grandes revolucionarios de la historia eran enfermos de la mente que, empujados por la tuberculosis o el alcohol, contagiaban las mentes del populacho

hasta el delirio. El resultado no podía ser otro que una locura revolucionaria que impelía tanto a sus líderes como a la multitud al sadismo, al vandalismo y a la destrucción. En cuanto al fascismo, Abasolo creía que no era más que la prueba de que el socialismo se equivocaba.

Calle Aribau, de madrugada

Decididamente, había sido un día duro.

Nelo llegó a la casa de la calle Aribau pasadas las tres, y procuró evitar cualquier ruido para no despertar a las hermanas Castellá. Iba con la camisa y los pantalones sucios luego de bregar con denuedo para hacerse con las cajas con las armas y la valiosa e inquietante información intervenidas en el piso de Cortes Viejas. Por fortuna, doña Josefa no despertó. ¿Cómo le habría explicado su aspecto desaliñado? ¿Qué excusa habría inventado? No se encontraba en disposición de ofrecer explicaciones.

El cansancio hizo mella en él, y pronto llegó un sueño que duraría hasta que las primeras luces del día penetraron a través de los listones de la persiana de su dormitorio.

Durmió poco y descansó aún menos. Las hermanas Castellá, no; ellas se despertarían tarde, pues era su costumbre los domingos alargar el sueño y preocuparse solo por llegar a tiempo a misa de doce, aseadas y desayunadas; además, Rosario Chacón, la asistenta doméstica, libraba los fines de semana y regresaba con sus padres a la finca de Villanueva y la Geltrú, propiedad de doña Josefa.

Capítulo 4

Barcelona, 5 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, primeras horas de la mañana

Nelo aún sentía en la boca el sabor amargo de todo el tabaco fumado horas antes, sentado a la mesa del despacho prestado que ocupaba en la comisaría..., y la amargura en el ánimo, porque lo que estaba descubriendo no le conducía a ninguna parte. Esa ansia lo llevó a desayunar ligero y con prisa. Aunque a las hermanas no les gustaba que trasteara por la cocina, se había preparado él mismo un café, y eso desayunó, junto con un bollo con mantequilla que encontró en la panera.

Salió de la casa de la calle Aribau y dilató instintivamente las aletas de la nariz para respirar el primer aire libre de la mañana. La luz de un cielo claro, de intenso azul, le obligó a entrecerrar los ojos, a detenerse un instante, a pesar de que un torbellino de pensamientos e ideas en su mente le urgía a ponerse en acción. Por un lado, tenía una cita con el comisario Escofet en el Casino de San Sebastián, para intentar establecer una estrategia común y presentarle a Estremera, que llegaba esa mañana; por otro, la inquietud de que los papeles encontrados la víspera ocultaran una clave, indicios que le ayudaran a comprender qué estaba sucediendo, qué iba a suceder. Pensó en parar un taxi y, al no encontrarlo, a punto estuvo de echar a andar con su paso vivo al centro de la ciudad, pero consideró que sería mejor dirigirse a la comisaría y pedir allí un automóvil. Sí, haría eso; no había tiempo que perder. Miró una vez más las calles vacías y se detuvo unos instantes, algo no encajaba, demasiada quietud alrededor. ¿Qué ocurría?

Cayó en la cuenta de que era domingo.

A veces valía la pena detenerse y observar. Se apoyó en una farola, sacó el tabaco y el librito de papel y se entretuvo en liarse un cigarrillo. Había poca gente, algunas familias vestidas de fiesta que desfilaban hacia la iglesia, una sirvienta con un paquetito de la pastelería —el postre de aquel día—, un niño vestido de monaguillo que corría porque llegaba tarde a misa, una anciana que volvía de la lechería con un plato de nata montada... Todos ajenos a lo que estaba ocurriendo. Quizá no sabían, quizá no querían saber.

En Barcelona se palpaba el ambiente veraniego. Algunas familias acomodadas habían salido hacia sus residencias estivales, pero la conocida como «desbandada elegante» aún no se había iniciado. Faltaban todavía dos semanas. Era extraño para Nelo el contraste entre lo que él sentía y lo que sentía la ciudad.

A pesar del atentado, del asesinato y del gran incendio, la vida seguía. Y a falta de concurso hípico, como era tradición los domingos y los festivos de junio, y finalizados los torneos del Tenis Barcelona y del Tenis Club del Turó, incluido uno de

bridge, así como los té concierto del Hotel Ritz y de la Granja Royal, y otras actividades matinales diversas del Teatro Barcelona y del Palau de la Música, la gente tomaba contacto con la montaña y, aún más, con el mar. Quizás inmunes ya a la desdicha, al mediodía, aristócratas, burgueses y polloperas se lanzarían al aperitivo distinguido en la terraza Oshima, de Casa Llibre, o irían a los elegantes jardines de la Font del Lleó, indudable punto de reunión para todo evento de relieve de la gente de sociedad. También el ciudadano de a pie haría lo propio, a la medida de sus posibilidades y recursos. Muchos visitarían alrededores pintorescos de Barcelona y otros harían excursiones, es decir, marcharían lejos de la urbe.

«¿En esto consiste el oasis catalán? —pensó Nelo—. ¿En que la ciudad sabe abstraerse de todo, sentirse ajena de los males del mundo y vivir el día a día sin dejarse atemorizar por el ayer, sin preocuparse del mañana? Tal vez esta pauta de comportamiento, la de seguir los hábitos de siempre, pese a quien pese, se ha convertido ya en un instrumento de supervivencia, en un modo de no perder cordura».

«En fin, que así sea, dejémonos contagiar».

Nelo se dejó contagiar, sí. Echó a andar calle Aribau abajo, hacia el mar, con paso tranquilo, disfrutando de su pitillo.

Muchos barceloneses salieron ese día para tomar baños de mar. Las carreteras, ya desde primera hora de la mañana, estuvieron muy transitadas. Saliendo de Barcelona por la de Francia resultaba casi imposible avanzar. En los límites con Badalona, a lo largo de toda la carretera, a un lado y a otro, había numerosísimos coches parados y muchos de sus ocupantes saltaron de ellos para sentarse junto al mar e, incluso, bañarse. Los trenes iban tan atestados como lo estaban las carreteras. Barcelona resultaba insuficiente y, desgraciadamente, carecía de una playa donde uno pudiera darse un baño sin prisas ni apreturas, y sin hacer colas para entrar al agua. Por eso, muchos de los que disponían de coche marchaban a las playas menos concurridas y más vírgenes de los alrededores y se servían del propio auto como improvisada caseta para mudar su traje de excursión por el de baño.

* * *

Nelo llegó antes de tiempo a su cita en el monumental Balneario y Casino de San Sebastián, en el paseo Marítimo. Comprobó que nadie le esperaba y se ubicó en la terraza, en un rincón de temperatura ideal, en la zona de pérgolas del patio mexicano, donde podía sentir el olor y el color del mar.

Solicitó un aperitivo y le sirvieron un vermut a base de Martini Rossi, aceitunas rellenas y pastelitos de jamón. Una notable orquestina creada por cuatro alumnos del

Conservatorio de Música, todos ellos vecinos y amigos de la barriada de Gracia, amenizaba el momento con una selección de dulces y suaves melodías de Broadway para ganarse unas pesetas extraordinarias.

Tomó un diario y abrió el ejemplar por la página de la vida económica. Se confirmaron sus sospechas.

—¡Maldita sea! —exclamó.

La semana bursátil se había caracterizado por una languidez y una paralización generales. A partir del primero de julio la mayoría de los valores cortaron el cupón acentuando la nota de parálisis, e incluso de depresión, en las últimas sesiones. «¡Mal asunto, muy malo!», se dijo. Hasta las obligaciones de empresas puramente industriales, las únicas que hasta la fecha venían ofreciendo cierta resistencia a la caída, comenzaban a debilitarse.

Nelo profirió más expresiones maledicentes a medida que avanzaba en la lectura de la prensa. Mientras la bolsa se desplomaba, y con ella sus inversiones y sus ilusiones, los movimientos al alza eran claros, e incluso preocupantes, en los precios de los mercados centrales de frutas y verduras y en los del pescado.

—¡Doscientas pesetas cien kilogramos de manzanas! —soltó.

La semana anterior costaban ciento veinticinco, recordó. En realidad, los tomates, los melocotones, las judías finas nacionales, las coles y otras verduras de consumo diario se habían encarecido de manera sobresaliente en los últimos siete días.

Desvió la mirada del diario y la clavó en una aceituna rellena, que se llevó a la boca, y la acompañó con un trago de vermut, el principal valor de que disponía en ese instante. «¡Quizá mañana, ni esa aceituna será posible!», pensó.

En el plano internacional, Nelo leyó en las «Crónicas de Inglaterra», que el diario traía en su edición dominical, que los ingleses habían creado un extraordinario sistema que habría de revolucionar los mercados de economía de todo el mundo: la finanza. «¡Qué tipos más espabilados estos británicos!», se dijo, alabando el ingenio inglés para las cuestiones monetarias. La finanza, interpretó el agente, permitía el transporte de mercancías de un lado a otro del globo sin pasar por Londres. Lo que sí seguía pasando por la capital británica era el dinero de la operación.

—¡Ay, si los hubiésemos derrotado en Trafalgar... otro gallo nos cantaría! —suspiró Nelo.

Sin embargo, la información del extranjero que más le llamó la atención no era una buena noticia, ni para él ni para el mundo. El diario destacaba el incidente que días atrás habían protagonizado un círculo de periodistas italianos durante la reunión, en Ginebra, de la asamblea de la Sociedad de Naciones a propósito del conflicto italoetíope. Esos periodistas, según el cronista español, provocaron un gran escándalo cuando el negus etíope, Haile Selassie, intervenía ante la Liga de Naciones. Tal fue la magnitud del incidente que, por primera vez en su historia, la gendarmería suiza se

vio obligada a intervenir para expulsar del Palacio de las Naciones a los provocadores periodistas italianos.

Nelo calculó que la rechifla de los corresponsales italianos no respondía a algo espontáneo y pasional, sino a un acto consciente y premeditado, de naturaleza fascista, cuyas consecuencias estaban previstas y habían sido asumidas e incluso celebradas en Roma. Mussolini ya se ofrecía como el mejor antídoto contra los graves problemas de que dependía el porvenir no solo de Abisinia, sino de Europa y el mundo entero.

—¡Fascistas! ¡Cerdos! —gritó, mientras machacaba un pastelito de jamón en su boca como si se lo hubiera servido uno de aquellos periodistas italianos. En ese preciso instante se reafirmó en su creencia de que el fascismo, aparte de su estilo, de su modo de ser externo, de su forma de expresión, no había inventado nada—. *Nihil novum sub solé!*^[1] —siguió su diatriba solitaria al abordar la información nacional.

Leyó que en Madrid, según las crónicas, la vida pública había entrado en un período de languidez después del debate del miércoles anterior sobre la situación en el campo español, que duró once horas y agotó la resistencia física de los diputados a Cortes.

Tampoco parecía que la semana siguiente fuera a ser especialmente ajetreada en el Congreso. Incluso se hablaba de dar el cerrojazo a la actividad parlamentaria hasta otoño. Contrastando con el desánimo de la vida política, el orden público en la capital se presentaba sensiblemente perturbado por choques entre grupos de diversa tendencia sindical y política que, en las últimas jornadas, habían sido aún más frecuentes e, inusitadamente, más violentos.

Nelo se movió inquieto en su silla, incluso soltó algún «¡No puede ser, no puede ser!», y con la mano abierta dio una palmada con rabia sobre la mesa. El camarero que le servía, un hombre ya maduro y manso, reaccionó lentamente.

—Disculpe, caballero, ¿algo no es de su gusto? ¿Quizá los pastelitos no son...? ¿Tal vez desea cambiar de mesa? —preguntó el pobre hombre.

—¡Insensatos! —protestó el agente, mientras apuntaba con el dedo al diario que tenía en sus manos. Por primera vez la prensa apuntaba la posibilidad de una guerra civil.

A falta de una cara amiga, conocida, Nelo se dirigió al camarero.

—¡Lea, lea usted! —le pidió el agente, como si ya lo conociera de siempre, en un gesto de confianza impropio en él.

El camarero echó un vistazo a su alrededor. Se aseguró de que el encargado del negocio no le miraba y atendió el ruego del alterado cliente. Por cortesía, tomó el diario, con un ojo puesto en la página y el otro en el entorno y leyó en voz baja para no llamar más la atención.

—«... La situación preocupa hondamente al Gobierno, sobre todo porque no se

ve el medio eficaz para acabarla y porque se tiene la certidumbre de que, si no se hace algo que la ataje enseguida, degenerará en una franca y abierta guerra civil...».

El camarero en absoluto se alteró. A Nelo, al oír juntas las palabras «guerra» y «civil», se le agrió el paladar.

El empleado movió la cabeza hacia atrás para mirar por encima de su hombro, buscando siempre al encargado a fin de evitarlo. Al personal del local no se le dejaba intimar con los clientes.

—Si me permite el caballero, yo solo soy un humilde camarero que no entiende de política. Mejor es estar en paz que en guerra pero si se debe luchar, se lucha..., siempre que merezca la pena. ¡De algo habrá que morir! —le contestó el hombre con un voluntarioso castellano con cerrado acento catalán.

Cosida a la pechera de su chaqueta de servicio colgaba una etiqueta con su nombre que delataba su origen catalán, Sebastià Puigdomènech. Aquel hombre sereno, sosegado, solemne e incluso simpático le recordó por el gesto, la expresión e incluso el tono de voz al capitán Abasolo y la templanza con que se expresaba.

Sebastià Puigdomènech hablaba con asombrosa mansedumbre, como si su vida hubiera sido una constante brega. Como quiera que el encargado siguiera sin aparecer por allí, Puigdomènech se permitió la licencia de entablar una breve conversación con el cliente. Más que conversación, un monólogo.

—¡Mire usted! —le señaló el camarero, adueñándose de la venia para hablar—: He cumplido cincuenta y cinco años, y cincuenta y cinco son las veces que doy gracias a la vida cada día por haberme dado una familia y seguir vivo. ¡Pobre, pero vivo!

Antes de que Nelo pudiera reaccionar, el camarero le soltó:

—¿Sabe lo que decía mi difunta madre? Que llega una edad en la que la vida deja de ser una preocupación en un mundo en el que no es fácil que la vida se prolongue tanto. ¡Así pues, cada día doy cincuenta y cinco veces gracias a la vida por haberme dado el tiempo suficiente para ver todo esto!

El camarero hizo una pausa, inspiró con fuerza y soltó:

—Caballero, *qui dies passa, any empeny*!^[2] Cincuenta y cinco años después, hoy soy y tengo todo esto, un mundo. ¡Mañana, ya veremos!

Nelo seguía mirándolo, esperando algún comentario más. Y Sebastià Puigdomènech lo hizo con palabras que intentaban endulzarle el momento.

—Usted, que aún es joven, ¿no tiene deseos, ilusiones? A su edad, mi vida era un constante deseo, una constante ilusión.

Nelo se encogió de hombros. No estaba preparado para una pregunta de tal envergadura. El camarero le regaló un consejo:

—¡No olvide nunca usted que los deseos son los dulces del destino!

El agente abrió la boca como si fuera a hablar, pero el automatismo no funcionó:

no encontró respuesta a aquella sentencia. Y ya la iba a cerrar cuando, por encima del hombro del camarero, vio la figura de su compañero y aprovechó para exclamar:

—¡Gonzalo!

El camarero se volvió, sorprendido, y solo atinó a decir:

—Si el señor no desea nada más... —y se retiró.

Llegaba Gonzalo Estremera —pulcro como siempre, que su traje parecía nuevo por lo bien planchado, aunque Nelo ya se lo conocía— con una sonrisa en la boca y los brazos abiertos como para dar un abrazo, y eso recibió de su compañero de servicio. Y allí estaban, aún de pie, cuando apareció el comisario Escofet, y esta vez el saludo y las presentaciones fueron más formales. Se sentaron todos y los recién llegados pidieron a un servicial Sebastià Puigdomènech sendos vermouths, mientras Nelo optaba por un vino frío de Jerez, ideal para abrir boca.

Y al parecer les dio pereza, ese domingo cálido y luminoso de verano, ponerse a hablar de inmediato de lo que importaba, porque el agente de Madrid abrió el periódico por una página determinada, lo dobló y lo dejó sobre la mesa.

—¡Señores, permítanme que les explique una historia! —empezó a decir Nelo—. Es una crónica, no, un relato humano que habla de hasta qué punto nos hallamos en una precaria situación. La firma un tal Querol.

—¡Querol! —exclamó Escofet—. ¡Es como una pesadilla! —agregó. Nelo se puso a hablar, mirando de reojo el diario para no obviar ningún detalle.

—Buenaventura Pons —empezó a contar— es un humilde trabajador del ramo de las artes gráficas que ya ha cumplido los cincuenta años. Percibe un sueldo escaso. Tiene mujer, cuatro hijos y, no solo eso, sino también una octogenaria suegra a su cargo... De modo indefectible, se queda sin dinero el veinte de cada mes, por lo que se ve compelido a aceptar, cuando surgen, algunos trabajos nocturnos. Buenaventura vivía allá por San Andrés del Palomar, a un paso de la parroquia del Buen Pastor, erigida hace un año con vocación misionera porque, según su rector, mosén Ballart, allí, a las puertas de la ciudad de Barcelona, aún hay tierra de misión sin evangelizar...

—¡Estos curas! Creen que la tierra es suya... —protestó Estremera, con ojeriza hacia la Iglesia.

—Como les iba diciendo —prosiguió Nelo—, Buenaventura llevaba a sus hijos a la escuela católica de la parroquia, sostenida con el esfuerzo de las señoras catequistas del centro de Nuestra Señora de Lourdes, quienes hacían lo humanamente posible por llevar a Dios al corazón de los pobres niños del barrio y, de paso, a sus familias. El párroco siempre trataba de buscar el bien espiritual del alma de Buenaventura, pero este solía decirle que no tenía tiempo para Dios y sus detalles. Buenaventura no era de izquierdas ni de derechas. Era un trabajador que solo llegaba al veinte de cada mes...

Escofet y Estremera se miraron preguntándose adónde pretendía llegar Nelo. El agente les pidió paciencia con un gesto y continuó:

—El modesto Buenaventura gastaba demasiado en transportes, por lo que decidió buscar vivienda en un barrio más céntrico. Cerca del Arco del Triunfo, en la azotea de una finca moderna, encontró un piso amueblado, pequeño pero suficiente y alegre, con baño y teléfono. Era como vivir tocando las nubes, pero con ascensor. También disponía, de noviembre a marzo, de un sistema de calefacción central, aunque no siempre funcionaba. En cualquier caso, era preferible al viejo método del brasero y de la mesa camilla del lejano piso de San Andrés del Palomar. El día que se marchó del barrio, el tal mosén Ballart elevó al cielo sus preces por el alma de Buenaventura y su familia. «¡No descuide usted su alma!», le suplicó el párroco... Pero bastante tenía Buenaventura con salvar el veinte de cada mes.

»Por aquel pisito-azotea, Buenaventura pagaba entre treinta y treinta y cinco duros al mes. Demasiado para sus posibilidades, por lo que hubo de redoblar esfuerzos. Sin embargo, creyó que valía la pena. Disponía de una terraza en la que, con la llegada del buen tiempo, sus hijos jugaban al regresar del colegio y su esposa, y también su suegra, plantaban flores de temporada. Tenía además un canario que parecía un tenor. Buenaventura, hombre humilde y mañoso, puso luz eléctrica en la terraza y allí cenaban todos, bajo el cielo estrellado y el guiño ladino de la luna blanca. Después de cada cena, se recostaba en una mecedora, con el cielo como techo, y tarareaba cancioncillas de su apacible juventud. A su lado siempre se tendía Rosa, la resignada y dulce esposa y madre. Casi se sentía dichoso...».

—¿Casi? —preguntó el comisario con aire de exclamación—. ¡Es para sentirse absolutamente feliz y orgulloso! —afirmó sin esperar a conocer el desenlace de la historia.

—¡Aguarde, comisario, no se precipite! —pidió el agente, quien retomó el relato con voz y gesto teatrales, tragicómicos—. Un buen día, Buenaventura, al salir del trabajo, sintió una fuerte opresión en el pecho. Quiso esperar al tranvía, incluso al autobús, pero había huelga en el sector. Como quiera que la fatiga aumentara, el bueno de Buenaventura decidió llamar a un taxi. Le dolía el pecho, pero más le dolía tener que pagar el servicio del taxista. El portero de su casa le ayudó a alcanzar casi en volandas el ascensor. «¡Si hubiese tenido que subir andando...!», suspiró el hombre. Tranquilizó a su esposa. «¡Solo es una disnea!», le dijo. Por si acaso, avisaron a un médico. Llegó el doctor. Lo examinó. Dictaminó que el corazón estaba flojo. Le recetó unas medicinas para restablecerlo. Días más tarde, un especialista privado le diagnosticó irregularidades coronarias. Aquello le costó veinte duros, que Buenaventura pagó tras empeñar un reloj, su único reloj, y unos pendientes de oro de su mujer. Su médico de cabecera le indicó que debía reposar. No preocuparse de nada. Seguir un estricto régimen alimentario. No fatigarse...

La cara del señor Escofet comenzó a cambiar de registro. Estremera, por su parte, exclamó:

—¡No sigas, Nelo, no me gustan los finales tristes...!

Nelo continuó.

—Al cabo de unos días, una tarde, al regresar del trabajo, Buenaventura vio sobre el ascensor de su casa un lacónico letrerito: «No funciona». Se puso lívido. Azorado, le preguntó al portero qué ocurría. El portero le acabó de sumir en el aturdimiento: «¡Hay huelga de ascensoristas! Esta mañana se han fundido los plomos y ¡vaya usted a saber cuándo lo repararán...!». «¿Y cómo subo yo ahora...?».

El agente hizo una breve pausa y tomó un sorbo de la copita de vino de Jerez. En los rostros de sus acompañantes vio la curiosidad por conocer el final de la historia.

—Y Buenaventura subió, despacio, muy despacio, deteniéndose en cada rellano, luego en cada escalón. Un sudor frío recorría su rostro. Jadeaba, tanto que se oía en toda la escalera. Veía lucecitas de diversos colores. Por fin, al cabo de un rato, de mucho rato, alcanzó su casa. Se sentó frente a ella, sin fuerzas siquiera para abrir la puerta o llamar al timbre...

»Durante días —siguió Nelo, rebajando el tono de tensión—, Buenaventura no pudo ir al trabajo. Sufría, sufría de manera atroz. ¿Y si lo despedían? —gritó el agente. Volvió a bajar la voz y explicó—: El médico de cabecera de Buenaventura le ordenó reposo, reposo absoluto. Una mañana, a los pocos días, el portero le comunicó la feliz noticia de que los ascensoristas habían puesto fin a la huelga y habían reparado el ascensor. Buenaventura pudo regresar al trabajo, y recuperó la sonrisa».

Estremera y el comisario pusieron cara de alivio, creyendo que la historia había concluido felizmente. Pero no era así.

—De nuevo, tras la jornada de trabajo —continuó relatando Nelo, otra vez con tensión—, Buenaventura volvía cada tarde a casa risueño, tarareando sus cancioncillas de juventud. Hasta para él, con problemas de corazón y económicos, la vida también podía ser bella... Una tarde, al regresar a casa, su sonrisa cayó a plomo. De nuevo el maldito letrerito sobre la puerta del ascensor: «No funciona». Aquel día tampoco funcionaron los transportes, pero su optimismo le proporcionó la energía necesaria para regresar caminando, aunque no sin grandes dosis de esfuerzo, de esfuerzo adicional. Avisó al portero. «Y ahora, ¿qué ocurre?».

»El portero respondió con voz temblorosa: “Hoy han venido unos individuos con malas intenciones, han quitado los plomos del ascensor y se han llevado la llave. Han dicho que regresarían y si veían el ascensor en marcha me costaría carísimo... Yo tengo hijos, ¿sabe?”, se justificó el portero. ¡De nuevo a pie siete pisos! ¡Siete inacabables pisos! Solo de pensarlo, palideció. Inició la ascensión. No pudo pasar del cuarto piso. Un vecino, que lo oyó hipando y lo vio macilento, descolorido, avisó a su familia. Entre este vecino, la esposa y la suegra de ochenta años lograron llevarlo a

rastras hasta su casa, en el séptimo piso. Al llegar, Buenaventura imploró agua, un poco de agua. Pero no había agua. Se había roto la cañería que abastecía a la zona y los huelguistas del ramo de la construcción impedían que los operarios de las redes de distribución reparasen la avería».

—¡Malditos huelguistas! —bramó el comisario.

—¡Veinticuatro horas al día los ponía a trabajar yo...! —terció Estremera, indignado.

—Aún hay más —insistió Nelo.

—Durante días, cada tarde, a las tres, el portero avisa a todos los vecinos del edificio. De los pisos salen en tropel niños, muchachitas, madres de familia y viejas cargadas con cubos, botijos y baldes y, en la calle, forman la cola del tanque. Cuando les llega el turno, llenan sus cacharros y emprenden la lenta y penosa ascensión a sus pisos. Sin ascensor. «¡Qué suerte los vecinos de los bajos y del primero!», dicen que exclaman cada día a las tres las señoras de los pisos superiores. ¡Y repiten la operación tres o cuatro veces!

»La esposa, los hijos y hasta la suegra de Buenaventura se pasan las tardes porteando agua. El verano se ha echado encima y el calor en su piso de la azotea es insoportable. Llegado el fin del día acaban exhaustos. Doloridos, llagados, malhumorados. Ni siquiera tienen fuerzas ni ánimos para una cena en la terraza. La luna blanca se ríe de ellos. Y Buenaventura sigue sin poder acudir a su trabajo. Cada vez que suena el timbre de casa, tiembla. Cree que será la cesantía, que le persigue y asfixia. Ayer sonó el timbre. Era el tal mosén Ballart, que venía a comprobar si Buenaventura cuidaba su alma y la de su familia. Ahora, el bueno de Buenaventura solo sale a su terraza para llorar al cielo impasible: “¡Soy pobre!”, gime...

Nelo calló unos instantes, depositando también la mirada en el cielo.

—¿Por qué otros pobres hacen sufrir al pobre de Buenaventura? —se preguntó.

El comisario y Estremera también se lo preguntaron con acento urgente. La salvación de Buenaventura era la suya, la de toda la ciudad, pensaron...

—¡Ay!, ¿qué será de mi Barcelona..., que se torna en una mujer descuidada, una puta, de bellos ojos...? —lamentó con hondo pesar el comisario.

Sobre aquella mesa, con el vino de Jerez y los vermouths tan deprimentes e insípidos como su ánimo, los tres servidores públicos se pusieron al día. Los objetivos eran cada vez más.

—En fin, cuando decidimos vernos hoy, fuera de la comisaría, pensé que sería para otra cosa. No es que me queje, entiéndame, Nelo...

—Claro, claro, Escofet. Vayamos al grano.

—Pues vayamos. Para empezar, no me gustó que despidiera a los hombres que mandé como apoyo.

—No sabía si eran de «apoyo» o de control, Escofet, pero no se enfade. Hay

cosas que es mejor hacerlas solo. Fui a un piso de la calle Cortes Nuevas. Allí encontré armas, munición y granadas, y lo que parecían unos papeles de contabilidad.

—¿Un piso franco? ¿De quién? —preguntó el comisario.

—De los fascistas, por supuesto —intervino Estremera.

—¿Cómo lo sabe?

—Ese material es de origen militar, y no suele caer en manos de sindicalistas, señor —respondió el ayudante de Nelo.

—Es lo que yo pienso, Gonzalo, gracias. Además, eran las mismas granadas que se utilizaron en el atentado de Moracho. Y sería bueno saber qué unidades disponen de ellas y cómo salieron de los cuarteles. Necesito, además, que sus hombres comprueben a los arrendatarios, que pregunten a los vecinos y que vigilen el lugar discretamente unos días, las veinticuatro horas. Quién sabe, puede ocurrir incluso que alguien se acerque allí para recoger el material.

—No caerá esa breva —dijo Estremera.

—Bien, ningún problema —asintió Escofet—. ¿Algo más?

—Sí, los militares. Quiero ir a ver a Queipo de Llano.

—No veo ningún problema. Vaya. Tenemos buenas relaciones con él y si quiere le preparo una cita.

—No hará falta, ya me las arreglaré.

—Bien, entonces, si no me necesitan, caballeros, hoy es domingo y me gustaría comer con la familia.

—Lo entendemos, Escofet —respondió Nelo—. Nos mantendrá informado de lo que vaya surgiendo, ¿verdad?

—Claro —dijo Escofet, sin demasiado entusiasmo—. Y ustedes a mí, ¿no?

Nelo asintió con una sonrisa y un gesto de la cabeza.

Tras la despedida de Escofet, Estremera acercó su silla a la de Nelo, quien sacó un cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta y una pluma. Escribió: «Pedido de resmas de papel», y se lo dio a su compañero.

Antes de que él lo leyera comentó:

—Necesitaba otro par de ojos, Gonzalo, espero que no te haya supuesto ningún problema venir.

—Ninguno, no te preocupes. Además, empezaba a asfixiarme la atmósfera de Madrid. ¿Qué es esto? —preguntó ante la anotación de Nelo.

—¿Qué te sugiere a ti?

—¿Así, sin más? Bueno, una resma de papel son cinco manos, vamos, un término que se utiliza en las imprentas —respondió Estremera.

—Lo encontré en el registro de anoche. Entre anotaciones de pedidos de una empresa mercantil llamada La Española, ¡vaya también con el nombrecito! Hablaban de resmas, de pedir las y enviarlas, pero todo suena muy raro. Quiero que vayas a la

Comisaría General de Orden Público. Que te lleven a mi despacho; allí, en un cajón metálico, encontrarás los documentos que incauté. Échales un vistazo, a ver si entre los dos sacamos algo en claro. Ojea también los informes de los demás registros que se hicieron ayer.

—¿Qué busco?

—Una conexión. Algo que sugiera que hay una relación entre los atentados; mira nombres, localizaciones, si hay coincidencias, ya sabes, todo eso. Y asegúrate de que se organizan las vigilancias.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú?

—Aclarar las ideas. Ayer fue un día de locos y necesito un poco de paz para ponerme en orden. Nos vemos mañana por la mañana en la comisaría y decidimos una línea de acción, ¿de acuerdo?

—Tú mandas.

Nelo llamó al camarero, a aquel bonachón Sebastià Puigdomènech, le pagó la cuenta, le dejó una generosa propina y le guiñó un ojo.

* * *

Lo bueno de Barcelona era que, sin conocerla a fondo, le resultaba fácil orientarse, trasladarse de un punto a otro de la ciudad sin perderse. Para ir a la casa de la calle Aribau solo tenía que salir de la Barceloneta, tirar calles arriba, hacia la montaña, para, a continuación, dirigirse hacia el oeste, hasta encontrar la que buscaba. Evitó las Ramblas y se metió entre las estrechas calles de la ciudad vieja, y así llegó a la plaza del Rey. La señora Josefa Castellá le había hablado de ella, bella no por lo que contenía, sino por lo que sugería. Esperaba encontrar algunas respuestas en la tranquilidad de esa plazoleta apacible perdida entre las encrucijadas del barrio más antiguo de Barcelona.

Sin embargo, lo que encontró fue una plaza envuelta en un misterio impenetrable, el que proporcionaban unas vallas metálicas y opacas provistas de letreros imperativos que obligaban al transeúnte a detener el paso y a renunciar a la natural curiosidad. Nelo se preguntó si no le estarían practicando a la plaza alguna urbanización, por las nuevas necesidades circulatorias, o algún vituperio de brujería o magia que fuese forzoso practicar lejos de las miradas compasivas de los buenos paseantes.

En su cabeza se mezclaban misteriosas ideas sobre la suerte de esa plaza y los códigos casi evangélicos anotados en la documentación de La Española. Por alguna razón insondable, los vinculaba con determinados militares de elevado rango de la guarnición de Barcelona. Había oído hablar de uno en especial, el general Fernández

Burriel, de quien, sin apenas conocerlo, ya sospechaba que se trataba de un felón. Nelo dio vueltas y más vueltas en su cabeza al significado de aquellas otras claves mientras liaba un pitillo apostado en un rincón de la —en aquellos días— impenetrable plaza.

De repente, el aire se saturó con el olor de algo fuerte, indescifrable. Dios compareció en esa plaza sin ser llamado. En aquel momento, un grupo de fieles de Orientación Católica, por un lado, y trabajadores garajistas y del ramo del transporte, afiliados todos ellos a la CNT, por otro, irrumpieron en el lugar con intereses opuestos.

La grey católica seguía en fila de dos a su guía espiritual, un reverendo salesiano. Repartían la *Hoja Dominical* al tiempo que predicaban el evangelio según san Mateo:

—¡Hermanos todos! —gritó el sacerdote con vehemencia y ardor, como si fuera Juan el Bautista proclamando en el desierto de Judea.

El rebaño de seguidores se detuvo para escuchar con reverencial y sumisa atención a su pastor. Todos ellos alzaron los brazos al cielo cuando el cura les volvió a gritar con voz aún más estridente:

—¡Convertíos porque el reino de los cielos está próximo!

El eco de aquellas palabras recorrió la plaza estremeciendo a los transeúntes, tanto a los despistados e indiferentes como a los que prestaban atención.

Los motivos de los segundos, los cenetistas, eran más terrenales: pedían dinero para su fondo de acción social y explicaban, tratando de convencer al ciudadano, los motivos de la crisis del mundo obrero que les habían llevado a presentar un oficio de huelga.

Unos y otros se encontraron y se alinearon, como si se esperasen desde hacía tiempo, como aqueos y troyanos en defensa de una tierra, para librar una batalla, en realidad una desigual batalla. Nelo imaginó al reverendo avanzando hacia las huestes obreras, enervando su excitación y corriendo la misma suerte que Protesilao, el primer griego que murió al pisar tierra firme a manos de los troyanos, como si algún oráculo hubiera profetizado que en aquella plazoleta se desencadenaría una tragedia.

El salesiano, correctamente aseado, con alzacuellos y camisa gris limpia, dio unos pasos al frente. Hizo lo propio un obrero, de ojos tristes y barba rala, de varios días. El trabajador gobernaba con sus labios y rara destreza un cigarrillo. A veces, el pitillo se le quedaba pegado solo al labio inferior, pero seguía encendido. El humo le hacía guiñar el ojo derecho. Iba ataviado con una desgastada camisa que otrora fuera blanca y unos tirantes negros que sujetaban un pantalón jironado y embadurnado de tizne. También sus manos estaban ennegrecidas por una mezcla de grasa y hollín.

En la plaza se hizo un silencio abrumador. El sacerdote alargó su mano derecha con el fin de entregar al trabajador la *Hoja Dominical*. El obrero dio una profunda calada al cigarrillo, que, por el olor, era de basta picadura de guitarra, y exhaló el

humo sobre el rostro del cura que, por lo menos, le sacaba un palmo. El salesiano tosió entre las quejas de su grey, pero reclamó paciencia, con los brazos abiertos en parsimonioso gesto evangélico. Parecía dispuesto a poner la otra mejilla, pero se echó la mano al bolsillo y extrajo unas cuantas monedas que ofreció al obrero.

Nadie abrió la boca. El cenetista repitió por segunda vez el efluvio tabaquero sobre la cara del reverendo y, sin desprenderse del cigarrillo, gargajeó y esputó un amarillento salivazo a un lado del paciente religioso, como si fuera una declaración de guerra. Las espadas estaban en alto. Algunos obreros sacaron sus navajas y comenzaron a pelar naranjas y manzanas. Varios católicos se agazaparon, unos tras el reverendo y otros tras las vallas que ocultaban los misterios de la plaza.

Nelo meditó la posibilidad de intervenir para pacificar el momento. El trabajador giró la vista sobre sus incondicionales, que rieron del acobardamiento de los católicos, todos muy bien puestos y vestidos.

—¿Dónde está tu Dios? —preguntó el obrero al religioso mientras alargaba su mano para recoger las monedas que el cura le ofrecía.

—¡Dios está en todo y por todos! —respondió el reverendo en una frase que al cenetista le sonó a cuento chino.

—¡Mi patrón también dice estar en todo y por todos! Míranos. Dile a tu Dios que tenemos hambre —le espetó el sindicalista mientras el resto de obreros le secundaban:

—¡Eso, dile a tu Dios que dé la cara!

Algunos alzaban sus navajillas como clamando contienda al grito de «¡Dios es fascista!».

—Dios es misericordioso y no olvida a ninguno de sus hijos —contestó el salesiano ante el clamor de la recua que pedía guerra.

—¡Nuestro dios es el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos! —replicó el rudo obrero, quien, a renglón seguido, impetró al sacerdote su mediación para que Dios, el dios de los católicos, no olvidase los estómagos vacíos de las gentes trabajadoras.

—¡Rezaré por vosotros y por vuestros hijos! —prometió el reverendo, como si con ello hubiera de caer del cielo el alimento que aplacase la miseria y el hambre, en algunos casos, hambruna ya, de aquellos obreros.

Durante unos instantes volvió a hacerse el silencio en la plaza, aunque ya no semejava tan abrumador como el anterior.

El agente Nelo vio en aquella plaza el desbarajuste que atenazaba a la ciudad y convulsionaba al país entero. Pensó en las palabras del capitán Abasolo: «¿El oasis catalán? ¡Quizá cabría hablar de milagro!». Barcelona seguía latiendo con la vitalidad de siempre, pero comenzaba a sufrir los efectos de las sacudidas políticas y de los conflictos sociales que amenazaban con sumir la gran urbe en una endémica

depresión moral y económica y en un diluvio de calamidades, preludio del caos. Tanto que ya nadie se atrevía a aseverar en sus vidas que tras la noche vendría el día.

Por fin, los inquietos trabajadores emprendieron su callejera marcha por el lado opuesto por el que habían irrumpido en la plazoleta sin provocar derramamiento de sangre. Nelo sintió optimismo. No era desbordante, pero optimismo al fin y al cabo. Los obreros dejaron la plaza abandonando en los suelos los ejemplares de la *Hoja Dominical* que el salesiano les había entregado con el fin de que hiciesen suyas sus creencias y principios.

«Ingenua pretensión la de este religioso —pensó el agente— cuando el estómago vacío de los machacados obreros les impide ver más allá de este día y creer más allá de lo que ven».

El agente tomó una de aquellas hojas del adoquinado pavimento para descubrir qué interés tenía el opúsculo religioso. Comprendió entonces la indiferencia casi displicente de los trabajadores. En sus dominicas del mes, la «Voz del Pastor» señalaba algunos de los peligros de las vacaciones estivales, tan merecidas y provechosas para el cuerpo como peligrosas para el alma. La *Hoja Dominical* apuntaba algunos de esos peligros:

... Ni el calor ni el descanso ni un pretendido aburrimiento justifican ni autorizan las lecturas impías o inmorales. Desgraciadamente, hay tal profusión de lecturas frívolas, descaradas y aun pornográficas que impera la tolerancia por encima de la moral con tal de seguir la corriente y enterarse de todo. La moral de Cristo siempre ha condenado y condenará esas publicaciones, cualquiera que sea la corriente del mundo, porque empiezan por excitar la curiosidad, luego ensanchan las conciencias y acaban por desorientar la mente y pervertir el corazón...

Para combatir ese vicio presentado como pecado mortal, la *Hoja* alentaba, como remedio, la lectura de la prensa católica, de las publicaciones católicas, de los libros instructivos católicos y con ellos el libro de la sólida piedad, siempre escogido con el consejo del confesor.

Camino de la casa de la calle Aribau volvió a percibir el milagro de Barcelona. La metrópoli vivía desde hacía días sin una jornada de tranquilidad y sin poder fiar nada al mañana incierto y, sin embargo, ni se detenía ni desfallecía. La gente se echaba a la calle como nunca en verbenas y ramblas, quizá para olvidar, y parecía no perder el buen humor. Por doquier se construían nuevos edificios. El tránsito rodado era cada vez más intenso. Los comercios más importantes se habían renovado para modernizar su decoración. Crecía el número de restaurantes, cafés y salones de té y abundaban las grandes fiestas y los eventos deportivos.

Nelo se preguntó si se podía ser optimista ante tal escaparate. Concluyó que sí. Le

vinieron a la memoria las palabras de Puigdomènech, el camarero, y alimentó su ánimo: «La vida hace su camino y, a pesar de los pesares, es preferible vivirla», se repitió a sí mismo con entusiasmo.

Calle Aribau, dos y media de la tarde

Aquel domingo comió en compañía de las hermanas Castellá y de un invitado y amigo de ellas, el señor Pedro Delage. Ese caballero era como Rosa Castellá: también creía en los milagros, en tanto que hecho sobrenatural de origen divino.

Como era costumbre en aquella casa —costumbre que Nelo siempre respetaba, aunque no compartía—, al inicio de la comida se bendijo la mesa y sus alimentos con una oración que más parecía un sermón y que el invitado consagró a la divina providencia.

—¿Qué sucederá hoy, Dios mío? Lo ignoro. Lo único que sé es que nada sucederá que no hayáis previsto, regulado y ordenado desde la eternidad. ¡Basta esto, Dios mío, basta esto! Adoramos vuestros eternos e imperecederos designios; nos sometemos a ellos con toda nuestra alma por amor vuestro. Lo queremos todo, lo aceptamos todo. En nombre de Jesús, nuestro Salvador, y por sus méritos infinitos os pedimos la paciencia en nuestras penas y la resignación en todo lo que os plazca que nos suceda y que bendigáis los alimentos que habéis tenido a bien darnos. ¡Amén!

El señor Delage relató en aquella mesa, con pelos y señales, cómo días antes un milagro obrado por san Juan Bosco le libró a él y a sus convecinos de perecer en las llamas del vasto incendio declarado en los almacenes de maderas y depósito de muebles El Globo, situados en la calle Sepúlveda, el mismo día en que mataron a míster Mitchell y atentaron contra el coronel Moracho:

—Me encontraba yo plácidamente en casa cuando se oyeron unos disparos. Salí rápidamente al balcón creyendo que se trataba de una refriega pistolera de esos indeseables demonios, los anarquistas —comenzó explicando el señor Delage. Nelo lo miró con un gesto de reprobación.

—Disculpe, ¿no es necesario el insulto! —advirtió Nelo en su papel del señor Bravo.

El señor Delage le devolvió una mirada retadora y le ofreció unas desganadas disculpas. Sin más, prosiguió con su relato.

—¡Imagínense! —gritó el invitado puesto en y pie gesticulando como una marioneta—. Había llamas por doquier. ¡Parecía que todo iba a volar por los aires!

—¡Por el amor de Dios! —vociferó la señora Josefa. Junto a ella, su hermana, doña Rosa, le decía al señor Delage que exageraba.

—¡Imagínense qué infierno! —continuó aullando el señor Delage, sin haber probado apenas el exquisito arroz que, en ausencia de Rosario Chacón, la asistente

doméstica, había preparado doña Josefa Castellá—. ¡Y en medio de ese infierno el estú..., el dueño de la vaquería de la calle Floridablanca, preocupado por sus vacas y sus balas de alfalfa! —gritó el invitado a modo de queja. Doña Rosa, por su parte, rio imaginando el pintoresco momento de las vacas estacionadas como automóviles en la calle.

—¡Virgen santa! —volvió a exclamar doña Josefa cuando, en el epílogo de la narración, el señor Delage dio cuenta de que un niño de trece años resultó con heridas en la cabeza al caerle encima un cascote del edificio en el que habitaba.

—¡No se alarme, señora! —dijo el invitado a doña Josefa cuando esta ya se disponía a rezar todas las oraciones que conocía—. Al parecer, la criatura se encuentra fuera de peligro, según mis últimas noticias —aclaró. La señora Josefa respiró aliviada.

—¡Bendito sea Dios!

—¡Gracias a san Juan Bosco hoy podemos contarlo...! —añadió el invitado, suspirando y mirando al techo del comedor.

El señor Delage se explicó. Dos días después de lo sucedido, cuando se había recobrado la calma, decidió enviar una nota al director de las Escuelas Salesianas de la calle Rocafort para que, a su vez, lo remitiera a la prensa con ruego de publicación, lo que se produjo aquel mismo domingo. En ese escrito, se afirmaba que, gracias a la intervención de san Juan Bosco, los vecinos de la zona pudieron librarse de caer envueltos en el pavoroso incendio declarado en los almacenes de El Globo. La nota concluía con palabras de gratitud hacia el santo y también a María Auxiliadora por los favores alcanzados en aquella horrible noche.

Nelo no ocultó un cierto disgusto porque en ese escrito no se mostraba gratitud alguna hacia los bomberos, los policías e incluso los vecinos, cuya terrenal intervención evitó una mayor tragedia. Preguntó al invitado por la relación de san Juan Bosco con las tareas de sofocación del incendio. El señor Delage explicó que cuando mayor era el peligro, dos vecinas, madre e hija, invocaron al santo salesiano y, como por milagro, cambió la dirección del viento y, por consiguiente, pudo atajarse el fuego.

El agente ahogó su enojo y eludió discusión mayor con el invitado y, de modo educado, se retiró a su habitación, donde echó una siesta con el fin de intentar recuperar las horas de sueño perdidas en días precedentes.

Ya por la tarde, después de ponerse el sol, cuando los barceloneses que habían salido a la costa llenaban la carretera para volver a la gran urbe, intentó descifrar, sin conseguirlo, aquellos nombres en clave descubiertos en la documentación de la compañía La Española.

Cayó la noche y él también cayó rendido sobre la cama, aún vestido con el traje fresco de domingo, con una hoja repleta de notas en su mano derecha y un pitillo

acabado de liar en la izquierda. Pese a ser festivo, había sido otro día de prueba para él —sabía que le esperaban otros aún más duros, de pruebas y dificultades—, pero no descorazonaba. Tenía la certeza de que el traje de espía le venía a la medida y esperaba actuar con la máxima eficacia a fin de garantizar la paz y la tranquilidad de la República y de sus ciudadanos.

Doña Josefa Castellá echó un vistazo a la habitación y, al verlo dormido como un niño, ordenó sigilosa y cuidadosamente los papeles, apartó el cigarrillo y, pese al calor, le cubrió con una sábana.

Por un instinto aguzado por la experiencia, Nelo alcanzó a oír cómo la mujer cerraba la puerta tras ella. No se despertó, pero si alguien hubiera estado suficientemente cerca de su rostro hubiera visto tras aquellos párpados cerrados un involuntario movimiento de los ojos; y si esa cercanía pudiera llegar a su pensamiento, quien tuviera ese poder comprobaría que por su cabeza rondaba, como un suplicio, el convencimiento de que en aquellas hojas de papel sueltas hallaría la solución al drama que presentía.

Capítulo 5

Barcelona, 6 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, primeras horas de la mañana

García Estremera se alojaba en una pensión céntrica, en el paseo de Gracia, 16, con derecho a todas las comidas del día, baño y teléfono. Nunca lo reconocería, pero había mentido a Nelo: odiaba dejar su Madrid natal, su rutina diaria, la recopilación de información y la redacción de dossiers. Lo suyo era el orden, conjuntar las piezas de un rompecabezas y encajarlas, y lo hacía con una habilidad pasmosa. Esperaba resolver aquel asunto pronto y volver a su tierra. En esta, en Cataluña, la gente le hablaba en una lengua rara que le costaba entender.

Aquella mañana Nelo lo había dejado solo en su despacho con la documentación de los registros; conocía su método de trabajo y sabía que eso era lo mejor. Una vez se lo explicó, pero no llegó a entenderlo del todo. Le contó Estremera que «introducía» en su cerebro una imagen de las distintas piezas, de las distintas pruebas con que contaba y que, una vez allí, las iba moviendo hasta que encajaban. Le dijo incluso que era capaz de rehacer uno de esos puzles de muchas piezas en su cabeza, sin tocar ni una de ellas, y formarse en su mente la imagen que representaba.

El agente Nelo se entretenía en elaborar un inventario de las armas encontradas en los distintos allanamientos: anotaba los números de registro de fusiles y pistolas, la marca y el año de fabricación de los cartuchos y describía incluso el estado de conservación. Esperaba de este modo saber algo acerca de su procedencia.

Tenía en las manos una pistola semiautomática de 9 mm de ordenanza en el ejército alemán, una P 08, conocida también como Luger, cuando se presentó ante él un ordenanza, que señaló con el dedo a un militar de baja graduación que aguardaba en posición de firmes a unos pasos de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó el agente Nelo.

—Un señor, que quiere ver con urgencia a un responsable de la comisaría. Le he dicho que había una reunión arriba y que esperara, pero me ha respondido que era muy urgente.

El ordenanza parecía nervioso, como si pensara que estaba dando un paso en falso y esperara una reprimenda.

—En primer lugar, no es un señor, es un cabo del Ejército.

—Lo siento, señor.

—No importa, ha hecho usted bien. —Y, dirigiéndose al cabo, añadió—: Preséntese.

—Cabo Carmelo Santamaría, del Regimiento de Caballería Montesa, de Barcelona, señor, y he venido a denunciar unos hechos de extrema gravedad.

—De acuerdo —dijo Nelo, y dirigiéndose al guardia ordenó—: avise a Estremera, está en mi despacho.

A continuación, Nelo miró de arriba abajo al cabo. Evidentemente parecía nervioso, inquieto, pues sudaba profusamente y mostraba un tic en el ojo izquierdo. Se levantó de la mesa en la que estaba e hizo pasar al cabo a una sala de reuniones en la que, por falta de otros espacios, también se llevaban a cabo interrogatorios.

El cabo Santamaría se sentó a un lado de la mesa larga y rectangular. Nelo, en la cabecera. Al cabo le temblaban las manos y las piernas. Gonzalo Estremera se presentó de inmediato y se situó en un rincón de la dependencia con el fin de anotar todo aquello de interés que declarara el denunciante.

El agente Nelo le ofreció su paquete de tabaco y el librillo de papel.

El soldado lo aceptó, pero fue incapaz de liarlo, de modo que lo hizo el propio Nelo, y se lo dio. Pero ni aun así logró templar los nervios.

—Usted dirá —soltó entonces Nelo con un golpe seco de voz.

—Deseo confesar un delito —anunció el voluntario compareciente con voz entrecortada y bajando la cabeza. Nelo y Estremera se miraron asombrados.

—Tranquilícese y cuéntenos —insistió Nelo. El cabo Santamaría se balanceaba sobre la silla, a punto de perder el equilibrio. Estremera le sirvió un vaso de agua fresca que el testigo bebió atropelladamente, derramando parte del líquido sobre la pechera de su guerrera militar.

—Yo... yo..., hace un tiempo, proporcioné unas armas, dos pistolas y dos fusiles, a un individuo que dijo ser amigo de un amigo del general Fernández Burriel. Vestía de forma muy elegante y dijo ser abogado. Me entregó una..., una importante suma de dinero..., y me dijo que quería más, que quería granadas de mano —empezó el deponente con voz ya espasmódica. Nelo y su colaborador volvieron a mirarse, más curiosos que intranquilos.

—¿Cómo se llama ese individuo? —preguntó García Estremera desde su rincón.

—No pregunté ni él dijo. ¡Estúpido de mí! Al nombrar al general yo..., yo..., me confié —explicó con tono arrepentido.

—Siga, por favor —le incitó Nelo. En todo momento el cabo mantuvo cerrado con fuerza el puño de su mano izquierda.

—Hace dos meses —prosiguió el declarante— tuve conocimiento de que aquellas armas debían servir para atentar contra el presidente de la República y otros destacados políticos de izquierda, según..., según los planes de un capitán llamado Díaz Criado...

—¿Díaz Criado? ¿Está usted seguro? —insistió Nelo. El cabo asintió con su cabeza, que mecía como si la sala diese vueltas a su alrededor como un carrusel. Por un momento, Nelo y Estremera pensaron que aquel testigo iba desmesuradamente ebrio.

Nelo recordó que Díaz Criado era el militar conocido como «Terror Caliente», a quien su jefe y mentor, el capitán Martín Abasolo, responsabilizaba de su cojera a raíz de un disparo que recibió en su pierna cuando perseguía a un grupo de extrema derecha por la calle de la Victoria de Madrid. Estremera no perdía detalle de la declaración y anotó todos los datos que, con muchas dificultades, facilitaba el cabo.

—Ayer, ayer... mismo, ese sujeto, el abogado, se presentó en el cuartel y lo descubrí conversando con el general Burriel. Yo... yo quise advertir a mi general, confesar, pero me mandó callar y me amenazó con abrirme un consejo de guerra por insubor... insubordinación. —No pudo acabar la frase. Su cuerpo entero se estremeció y cayó al suelo sin sentido.

Los dos agentes se levantaron de inmediato de sus sillas para auxiliar al cabo. Estremera comprobó que tenía pulso, aunque respiraba con dificultad. Dieron aviso a los servicios médicos para que lo atendieran y ordenaron que bajo ningún motivo abandonara la comisaría hasta que lo volvieran a interrogar.

Nelo, por su parte, llevado por la intriga, abrió la mano izquierda del denunciante y descubrió un trozo de papel en el que había anotada una dirección, en la calle Tarragona de Barcelona.

Calle Tarragona, al filo del mediodía

La dirección anotada en el trozo de papel que el cabo Santamaría escondía en su puño correspondía a un garaje. Hasta allí se desplazaron Nelo y Estremera. Iban armados. En esta ocasión, el agente evitó dar cuenta del registro al comisario Escofet, aunque Estremera dudaba de que fuera una buena idea acudir al lugar sin refuerzos.

Parecía un local abandonado; se accedía a él por una puerta estrecha. Tras ella había un pasadizo a cielo abierto, largo y sucio. A la izquierda del pasillo, que desprendía hedor a orín de animal, había otra puerta de madera que daba a un garaje. Por el fondo del pasadizo, subiendo una escalera de unos diez peldaños, se llegaba a un patio. A la derecha otra puerta comunicaba con un edificio de viviendas contiguo. Esta última puerta estaba cerrada y contaba con una sólida cerradura. La que daba acceso al garaje estaba protegida tan solo por un candado que Estremera abrió con una de sus ganzúas.

Abrieron la puerta con suma cautela, aunque no pudieron evitar que chirriase. A simple vista, en aquel local no había actividad industrial alguna, al menos en las últimas semanas. Nelo entró primero, empuñando su arma. Estremera le siguió. Era un lugar húmedo, sombrío. En el suelo había restos de grasa ya seca.

En el centro del garaje había un camión Chevrolet. Nelo se acercó, palpó la carrocería y comprobó que el motor aún estaba caliente. El agente abrió el portón posterior del furgón y descubrió unas cajas de madera. Estremera, por su parte,

registraba el garaje.

Nelo buscó alguna herramienta con la que hacer palanca. Encontró un destornillador. No era ni muy largo ni muy sólido, pero para los fines que perseguía sería suficiente. Tras varios intentos logró abrir la primera caja. Lo que a simple vista vio le asombró, pero no le convenció.

—¡Arena! —exclamó.

—¿Arena? —preguntó Estremera.

—¡Montones de arena! —repitió Nelo.

Nelo se quitó la americana, se remangó la camisa y escarbó entre la arena. Su mano derecha topó con un objeto, duro, compacto, envuelto en papel de estraza. Lo extrajo.

—¡Una granada de mano!

—¿Una granada de mano? —repitió Estremera.

—¡Sí, una bomba de mano!, como las empleadas para atentar contra el coronel Moracho —aclaró el agente.

—¡Material del Ejército! —gritó el colaborador. Nelo introdujo de nuevo su mano derecha entre la arena de la primera caja que había logrado abrir y encontró cinco granadas más. Y cuatro pistolas. Y munición. Y un maletín, parecido al que había encontrado en el hueco practicado en la pared de aquel piso de Cortes Nuevas.

De súbito, se oyó un ruido. Nelo y Estremera se pusieron en actitud de alerta. No vieron nada sospechoso. Tal vez algún gato que merodeaba por el lugar en busca de ratones. Sin embargo, desde la puerta de madera que daba acceso al local, aquella cuyo candado habían reventado, sonó un ruido metálico, el característico «clac» de la corredera de una pistola al empujar una bala a la recámara.

Estremera actuó por puro instinto: miró en dirección a la puerta y, en un tris, se giró y empujó violentamente a Nelo para hacerle caer al suelo, justo cuando sonaba el estrépito de un primer disparo... y de un segundo. El colaborador también se arrojó al piso, protegido solo por la peligrosa caja llena de granadas, pistolas y munición. Los dos permanecieron en esa posición unos instantes, que se convirtieron en más de un minuto, casi dos. No hubo más tiros.

Estremera se incorporó resoplando y vio a su jefe, caído. Y vio también el rojo de la sangre

* * *

Ya a esas horas el sol caía con fuerza, casi vertical, y los viandantes agradecían la sombra de los árboles dispuestos a lo largo de la amplia avenida del Catorce de Abril. La hubieran agradecido también los soldados del escuadrón de caballería que, en traje

de faena, polvorientos y sedientos después de unas maratonianas maniobras, aguardaban en fila de a dos a que el oficial al mando, un teniente, terminara de cortejar a una agraciada jovencita que descansaba, junto a su aya, en un banco.

—Así pues, ¿nos conocemos?

—Por supuesto, señorita —el oficial se quitó la gorra, apoyó la suela de una bota sucia en el banco, a un palmo de la joven, y sobre la pierna así levantada descansó los brazos, inclinándose hacia delante, de modo que sus ojos quedaran a la misma altura que los de ella—. Del concurso de saltos, en la hípica, ¿recuerda? Nos presentó el general Burriel, que conoce a los padres de usted.

—Vagamente. Tal vez si le viera vestido de persona...

—De civil...

—Sí, claro. Pero, dígame, ¿le ha parecido oportuno dejar a esos muchachos ahí con el calor que hace?

—¡Son soldados españoles! —exclamó—. Y aguantarán hasta que yo lo ordene.

—Pues parece que ese de ahí ya no aguanta más.

Y la joven alzó su brazo para señalar a uno de los jinetes que, desfallecido, acababa de dar con sus huesos contra el suelo de adoquines. La anciana que la acompañaba dejó de darse aire para taparse la boca con el abanico y ahogar así un grito.

El teniente se alzó como movido por un resorte y, con cuatro largas zancadas, se acercó hasta el caído. Lo observó un instante y, a continuación, con la puntera de la bota le dio la vuelta para que quedara boca arriba. El joven tenía los ojos a medio abrir, estaba consciente, y le dirigía una mirada de súplica.

—¡De qué clase de sustancia estás hecho tú, imbécil! —soltó—. ¡Sargento! —ordenó entonces—, que lo ayuden a montar. Volvemos al cuartel.

Con un gesto ridículo, por lo teatral, el oficial montó su caballo y sostuvo las riendas con la izquierda, mientras se llevaba la derecha a la visera y saludaba marcialmente.

—Nos veremos pronto, Enriqueta —prometió, antes de gritar—: ¡Marchen!

* * *

—¡Jefe, jefe!, ¿te han dado? —preguntó temeroso el fiel colaborador.

Nelo tardó un rato en reaccionar. Primero miró a Estremera, luego notó la humedad en el brazo y se lo tocó, y fue entonces, cuando comprobó que apenas le dolía la herida, cuando apartó a su compañero, se levantó y salió corriendo a la calle por la puerta por la que habían entrado.

No vio a nadie sospechoso. Algunos transeúntes se habían escondido tras unos

automóviles estacionados en las inmediaciones al oír los disparos.

—¡No teman! ¡Soy agente de policía! —tuvo que gritar Nelo para tranquilizar a los ciudadanos que permanecían ocultos.

Cuando estuvo seguro de que el peligro había cesado, uno de los peatones asomó la cabeza y vio al agente herido en su brazo izquierdo y con una pistola en la mano derecha. Se le acercó.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el transeúnte.

—¡No es nada, no se preocupe! —respondió él.

—¿Ha visto usted...? —solicitó el agente.

El peatón acertó a decir que, tras las detonaciones, vio salir corriendo del local a una persona que montó en un automóvil que le aguardaba a la puerta.

—No se lo creerá, pero ¡era una mujer! ¡Atractiva! De cabello castaño, largo. El coche era de color negro, de aquellos del tipo americano, un sedán, de lujo.

El peatón no pudo ver ni la matrícula ni a la persona que lo conducía. Nelo regresó al interior del garaje.

—¡Uuufff!, ¡por los pelos, jefe! —exclamó suspirando Estremera—. ¿Te encuentras bien? —preguntó acto seguido.

—¡No es más que una rozadura de bala! —respondió Nelo mientras examinaba la herida. También inspeccionaron el escenario del suceso. Lo cierto era que su compañero, posiblemente, le había salvado la vida. Uno de los proyectiles quedó incrustado en una pared, en una sección reblandecida por la humedad. Por su trayectoria, a buen seguro, habría hecho impacto en el cuerpo de Nelo, probablemente en el pecho, de no haber sido por el violento empujón que le propinó Estremera. El otro proyectil también pasó muy cerca. Sin embargo, rebotó en un paño de pared aún en buen estado y se alojó en la parte lateral del furgón, cerca del depósito de combustible. Estremera recuperó las dos balas para su análisis.

—¡Uuufff!, ¡por los pelos, jefe! —repitió Estremera llevándose el antebrazo a la frente para secar el sudor que fluía constante—. Yo no estoy hecho para estas cosas, Nelo, de verdad. No me ha dado un ataque al corazón de milagro.

—No exageres, Estremera —lo tranquilizó el agente, mientras secaba la sangre del brazo con un pañuelo e indicaba con un gesto de la cabeza el maletín que había encontrado.

—¡Aquí hay dinero! ¡Mucho dinero! —gritó una vez más el colaborador.

A simple vista, en el maletín había una sensacional cantidad. Podría decirse que había una fortuna. Unas quinientas mil pesetas, calcularon, en moneda española y en francos franceses y suizos. Sobre los fajos de billetes había una tarjeta de color azul con una anotación manuscrita: «Corretaje total Jeanne G.».

Nelo necesitaba urgentemente fumar, así que recogió su chaqueta y sacó el tabaco. Releyó entonces la nota y se la guardó en el bolsillo interior de la americana.

Se sentó en una silla apartada en un rincón del garaje y empezó a liarse el cigarrillo, con la pistola, aún montada, y fría, sobre su regazo.

—Está bien, Nelo, tú descansa, fuma un pitillo y yo iré a buscar un teléfono. ¿Cómo estás?

—Contento —se limitó a responder el agente. Una sonrisa traviesa se dejó ver entre los gestos de dolor de su rostro.

—¿Contento? ¡Tú estás loco! —exclamó Estremera.

—Ni hablar. Que te peguen un tiro significa que estás haciendo bien tu trabajo, que vas por el buen camino.

Estremera sacudió la cabeza para dar a entender que daba al agente por un caso perdido y salió del garaje.

En realidad le dolía la herida. Y tenía sed, y si le pusieran un plato de arroz a la cazuela delante, como los que preparaban las hermanas Castellá, se lo comería. Pero, sí, estaba satisfecho. Tenía el nombre de un militar implicado, un testigo de cargo en la Comisaría General de Orden Público, un buen fajo de billetes y, ¡por fin!, un informe consistente que redactar para enviárselo al capitán Abasolo.

* * *

Los primeros en llegar al garaje fueron los integrantes de una sección de la brigada de Espectáculos de la comisaría —las otras brigadas de Asalto, Seguridad y Orden Público se encontraban de servicio en operaciones de búsqueda de sospechosos, en su mayoría de filiación fascista—, que se hicieron cargo del furgón descubierto en el garaje de la calle Tarragona.

Nelo les pidió que buscaran los casquillos de las balas disparadas y que manejaran con precaución las cajas. Estremera le acercó un botijo con agua fresca.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una vecina que nos observaba desde la ventana. Le he preguntado si tenía teléfono, y cuando ya estaba arriba me ha dicho que si podía ayudar en algo más... y aquí está.

Nelo bebió con ganas, aunque, como no estaba habituado a beber por el pitorro, se mojó la camisa. Se miró y vio el desgarró en la tela de la manga y las escandalosas manchas de sangre.

—¿Y ahora qué? —preguntó entonces Estremera.

—Hay que ir a la Delegación del Gobierno.

—De acuerdo.

—Habla con Casellas, que te proporcione hombres para organizar una discreta vigilancia a Burriel.

—De acuerdo.

—Y, otra cosa. No puedo volver con esta camisa a casa de las Castellá. ¿Te importaría ir a la tienda de los hermanos Pantaleoni, en la calle Puertaferri para comprarme una?

—¡Joder, Nelo!

—Gracias, Gonzalo.

—¡Ni que fuera el chico de los recados! —protestó—. De acuerdo —añadió, ya con otro tono de voz—. He hablado con Escofet, viene hacia aquí con el médico de la comisaría. Dice que lo esperes, que no se te ocurra marcharte.

—De acuerdo. Nos vemos en la comisaría.

Cuando Escofet llegó empezó a dar órdenes con grandes gestos y la tarea de cargar las cajas y remolcar el Chevrolet quedó lista enseguida. El médico que lo acompañaba se acercó a Nelo, le echó un vistazo a la herida y, sin más, le rasgó la maltrecha manga. Quedó al descubierto algo más que un rasguño, un corte bastante profundo; el galeno vertió sobre la herida una solución antiséptica y la limpió con gasas. La volvió a mirar.

—Creo que la dejaremos así. Un buen vendaje, un par de días con el brazo en cabestrillo, y listo.

Cuando el médico terminó su trabajo se acercó a Nelo el comisario Escofet. El agente le explicó que habían decidido seguir la pista del cabo Santamaría, que habían tomado todas las precauciones para entrar en el garaje y que, cuando ya parecía que no había nadie, desde la puerta les habían disparado.

—¿Y dice que un testigo identificó a una mujer subiendo a un automóvil de lujo?

—Así es.

—Más piezas para el rompecabezas —se quejó Escofet.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra el cabo?

—Ha muerto, en los calabozos.

—No me diga que...

—No, no, nosotros no hacemos eso. Lo llevaron allí para que descansara, para que durmiera la mona, porque todos pensaban que iba como una cuba. ¿Le fue útil?

—Él nos trajo hasta aquí. Y confirmó que el general Burriel está implicado.

—¡Lo sabía! ¡Maldito Burriel! —exclamó el comisario—. Ordenaré que lo detengan de inmediato.

—No puede hacer eso, Escofet.

—¿Por qué no?

—Porque hemos perdido al único testigo que podía incriminarlo en una conspiración. Quiero saber de qué ha muerto.

—He ordenado que trasladaran el cadáver al Hospital Clínico para que le hagan la autopsia, no se preocupe. ¿Quiere que le acompañe allí para que le miren mejor la

herida?

—No hará falta. Aguantaré.

—De acuerdo. Entonces, pondré al general bajo vigilancia, si a usted no le importa, claro —dijo Escofet, con un deje sarcástico que mostraba su frustración.

—No se ofenda, Escofet, pero prefiero que lo hagan hombres de mi servicio.

No se ofendió. Solo alzó los brazos a la altura de los hombros y los dejó caer sobre los costados en un gesto de impotencia.

—¡Vámonos! —exclamó.

Nelo se puso en pie, se colocó como pudo la chaqueta sobre los hombros y acompañó al comisario a su coche oficial.

Club Marítimo, al atardecer

Con la llegada de la canícula, la oficialidad castrense establecida en Barcelona solía frecuentar los lugares de moda más frescos de la ciudad. Se la podía ver en el Tibidabo, en Vallvidrera, en la Font del Lleó, en el Casino de San Sebastián o en el Club Marítimo. Aquel día, al caer la tarde, el club organizaba una fiesta para dar la bienvenida al verano. Sin embargo, no era un secreto que esa fiesta, anunciada como benéfica, era, en realidad, un escaparate para que las señoras más pudientes de la ciudad lucieran los últimos trajes de los modistos franceses y los matrimonios presentaran en sociedad a sus hijas adolescentes para procurarles un futuro. Y una oportunidad para que militares de alto rango se vieran, hablaran... y conspiraran sin despertar sospechas.

Fuera como fuese, Nelo debía estar allí. El dolor en el brazo se resumía en ese momento en un latir potente alrededor de la herida y un escozor bastante difuso y molesto. Se había cambiado de camisa y se había tomado dos cafés y una copa de coñac; y eso ayudaba.

Como era de esperar, encontró al general Francisco Llano de la Encomienda, a quien tenía por republicano convencido y antifascista declarado, y también por masón y pusilánime. A dos pasos de él, en otro corrillo, con sus respectivas familias, se encontraban el general de la Guardia Civil José Aranguren y el coronel Crispulo Moracho.

Continuó echando un vistazo a la concurrencia de la animada fiesta, con una copa de cóctel francés helado en su mano derecha. Había renunciado a llevar el brazo en cabestrillo en aras de la discreción, aunque apenas podía moverlo. Cada vez que lo intentaba sentía que se le abría la herida.

En otra sala del club identificó al general Fernández Burriel. Como si tramaran algo, el general conversaba solo con los oficiales de su círculo más estrecho de acólitos. El comisario Escofet le había puesto en antecedentes: el capitán López

Belda, el comandante Fernández Unzúe y el coronel Francisco Lacasa.

Burriel era el más veterano de la guarnición de Barcelona, hombre adusto, de recia actitud y garantía de eficacia en su labor y que, según algunos, trabajaba en equipo solo porque ello le permitía echar la culpa a los demás si algo salía mal. También decían de él que no solía dar ni los buenos días.

Los otros dos generales con mando en plaza, San Pedro Aymat, jefe de la brigada de Infantería, y Justo Legorburu, al frente de la brigada de Artillería, se mezclaban con gente escogida. Legorburu, acompañado de su esposa e hijas, charlaba animadamente con el notable mecenas barcelonés Francisco Sangrá y sus hijos, los condes de Daya Nueva.

Nelo se aproximó a Llano de la Encomienda, acompañado en aquel momento por algunos mandos de inferior graduación.

—Si me lo permiten, caballeros... —dijo, mirando con determinación a los militares, que se apartaron de ellos—. Permítame que me presente general: Carlos Nelo, del Servicio Especial de Inteligencia Militar.

El general lo saludó con cierta indiferencia y ni se molestó en comprobar su identidad. Obligado por aquel gesto de disgusto, explicó:

—Hace días ya que quería hablar con usted...

—Pues póngase en contacto con mi secretario, en capitanía...

—Ya lo he intentado, mi general. El caso es que, al parecer, su agenda social está llena y...

—¿Y tiene que venir a molestarme aquí?

—Iré al grano, no se preocupe. —Nelo decidió dejarse de formalidades—. Permítame decirle, general, que hemos reunido, con el comisario Escofet, pruebas suficientes e irrefutables de un complot militar que pretende, entre otros objetivos, la muerte del coronel Moracho y, mucho me temo, la de usted.

Llano de la Encomienda miró al suelo, más por no creer —o no querer creer— lo que escuchaba que por falta de interés. A continuación, irguió la cabeza y cruzó los brazos a la altura del pecho, a la defensiva. Se encontraba allí para divertirse y no creía que fuese momento de pensar en conspiraciones. Así se lo hizo saber a Nelo:

—¡Sandeces! —exclamó.

—¡Vamos, general! Los atentados contra los Mitchell y contra el coronel Moracho y el gran incendio en los almacenes de madera. ¿Le suena de algo? ¿Tres graves incidentes el mismo día?

—Casualidad.

—¿Y si le dijera que hemos encontrado documentos en los que aparece, precisamente, esa fecha? ¿Y que, precisamente, con ese documento aparecieron granadas de origen militar? —aventuró Nelo.

—Es un asunto feo, de acuerdo, y lo condenamos enérgicamente. Pero sepa usted

que yo confío plenamente en los hombres bajo mi mando directo —contestó, tratando de zanjear el asunto.

—Sin embargo, no basta con condenar los atentados, general, y no debería depositar su confianza en quien no es de fiar —insistió el agente.

—¿Adónde pretende llegar señor..., señor..., como se llame? —el general parecía cada vez más molesto con aquella discusión.

—En mi modesta opinión, general, se encuentra usted, y nos encontramos todos, en una precaria situación —le advirtió Nelo, que añadió—: Tenemos la obligación de tomar todas aquellas iniciativas de orden preventivo y policial a nuestro alcance que ayuden a esclarecer estos crímenes y lleven a sus autores ante los tribunales y evitar de este modo su repetición.

—¿Quién se ha creído que es usted para decirme lo que yo, el general Francisco Llano de la Encomienda, debo hacer?

Nelo no se contuvo.

—Soy aquel al que llaman cuando las cosas van mal... ¡Y aquí las cosas van francamente mal! —le contestó el agente con cierta y deliberada impertinencia.

—Va usted demasiado lejos..., señor Nelo, ¿verdad? Ve fantasmas donde no los hay. Si conociera la historia reciente de esta ciudad sabría que está plagada de hechos dramáticos, sanguinarios diría yo. Estamos viviendo ahora una calma envidiable, un equilibrio de fuerzas que yo, por supuesto, no pienso romper con medidas..., como poco, inoportunas.

—Convendrá conmigo, general, que los de estos últimos días no son actos espontáneos, ¿verdad? ¿Sabe que hay elementos bajo su mando que...?

—Vamos, vamos, amigo mío —lo interrumpió el general, apoyando su mano en el hombro de Nelo, que tuvo que reprimir un gesto de dolor—. ¿No le han dicho en Madrid que esta es la mejor época del año para disfrutar de Barcelona? Sus bellas mujeres, sus paseos, el mar... ¡Diviértase, señor Nelo, diviértase! —le dijo el general a modo de despedida.

Nelo se giró y apretó los dientes para soportar el dolor. Presintió que aquel general se iba a convertir en un elemento a la deriva en el puerto de su paciencia. El agente se retiró frustrado, con las manos cruzadas a la espalda, y se situó en un punto del salón principal desde el cual tenía una excelente visión de los invitados. No encontró a Escofet, y supuso que estaría con el coronel Moracho. Su mirada se detuvo en el sospechoso círculo que formaban el general Burriel y los oficiales López Belda, Unzúe y Lacasa, que departían con distinguidas personas de distintos orígenes y linajes entre carcajadas, como si se mofaran de la concurrencia. Junto a ellos, un grupito de mujeres jóvenes los miraban y escondían sus sonrisas con un gesto de la mano.

«¡Quizá saben algo que los demás desconocemos! —pensó Nelo—. ¡Nada de

quizá, seguro que saben algo!», concluyó. A todo esto, los generales San Pedro Aymat y Legorburu seguían a lo suyo, como si nada sucediera o fuera a ocurrir.

Vio entonces que una de aquellas jóvenes dejaba el grupito y se acercaba al de los militares. Todo de lo más natural, como si quisiera preguntar algo o llamar su atención. Pero le resultó sospechoso que tomara del brazo al general Burriel con demasiada familiaridad y se lo llevara a un rincón para hablar a solas con él. Tuvo que moverse para seguir la escena, pero pudo ver con claridad que la joven mujer entregaba al oficial una cuartilla de papel de color azul, cuidadosamente doblada, que Burriel ojeó mientras miraba a un lado y a otro. A continuación, se lo devolvió a la dama.

Volvió junto al general Llano de la Encomienda para preguntarle si conocía a aquella mujer. Negó con la cabeza.

Tampoco el coronel Moracho ni el mismo Escofet, que charlaban animadamente unos pasos atrás, conocían a la mujer.

Cuando se giró de nuevo hacia el punto donde se había encontrado con Burriel, había desaparecido. La buscó entre el gentío y en los alrededores. Salió a la terraza que daba a la calle a grandes zancadas y alcanzó a verla cuando abandonaba el Club Marítimo en dirección a un automóvil en el que aguardaba un hombre, de quien solo pudo advertir su gorra de oficial.

Al acceder al interior del coche, la mujer giró la vista y puso sus ojos sobre Nelo.

Duró un instante, pero el agente alcanzó a leer su rostro. Ciertamente era una mujer de raro encanto, de belleza lánguida. Destacaba su cutis mate y afelpado, su cabello dorado y sus grandes ojos azul pálido. Nelo quedó atrapado en esos ojos que parecían transmitir pasión y drama, que denunciaban un oscuro pasado y un futuro inminente y, de algún modo, trágico, ¿o qué reflejaba si no la languidez de aquella media sonrisa apenas insinuada? Lucía un elegante vestido de *soirée*, de estival inspiración parisina, en marrón y rojo, de una tela vaporosa y líneas sueltas, vagas, exquisitamente femeninas, y un no menos elegante sombrero en forma de turbante. Bajo ese vestido se adivinaban unas estrechas caderas, unos senos pequeños, firmes y turgentes, y unas redondas nalgas.

La joven mujer también quedó atrapada en la conquistadora y expresiva mirada y el porte esbelto y gallardo de Nelo. Jamás recordaría cómo iba vestido aquel hombre, si era civil o militar, si señor o criado, pero nunca olvidaría su cara. Prendada, presintió que no tardarían en volver a encontrarse.

Nelo regresó al club y, con temerario arrojo, se aproximó al general Fernández Burriel. La mujer le serviría de excusa para interrogar al militar. Fingiéndose ebrio, casi a trompicones y con voz pastosa, interrumpió la conversación que en ese momento mantenía el general con sus subordinados, apoyó la mano derecha en el hombro del militar y, de tú a tú, el agente soltó, con algún balbuceo:

—Dígame que no es su hija, mariscal.

—¡Joven, usted está borracho!

—No demasiado, no lo suficiente para no saber admirar una belleza cuando la tengo delante. No será su amante, ¿verdad?

—¡Caballero! ¿Por quién me toma?

Burriel se sentía acosado y reaccionó de forma irascible, no tanto por la intromisión de un borracho, dedujo Nelo, como por las indiscretas preguntas que le dirigía. Los otros mandos que lo acompañaban se erigieron en barrera frente a Nelo y lo apartaron a empujones.

Nelo volvió a fingir, esta vez que recobraba la compostura, y, con la cabeza gacha, se acercó al general y le pidió disculpas. El general las aceptó para zanjar el asunto; tampoco le interesaba llamar la atención, pensó Nelo. Vio en los ojos del general inquietud y tensión, y comprobó que era incapaz de sostener su mirada. Nelo optó por no insistir, aunque tomó buena nota de la reacción del oficial.

* * *

En la fiesta del Club Marítimo también se encontraba Querol, el persistente periodista. Por supuesto, no había sido invitado al evento, aunque él no precisaba de invitación para acceder allí donde pudiese fraguarse una noticia. El reportero había presenciado la escena. Decidido, se aproximó a Nelo.

—¿Quiere que le vaya a buscar otra copa o ya ha bebido bastante? —le preguntó en un arrebato de cinismo que incluso a él mismo le sorprendió.

A Nelo le hizo gracia la ocurrencia y el descaro de aquel tipo, y no pudo evitar que un asomo de sonrisa se dibujara en sus labios.

—A punto ha estado de ganarse una paliza, ¿sabe? —añadió Querol.

—Eso me hubiera gustado —respondió Nelo, casi sin pensarlo. Miró de arriba abajo al periodista—. Y a usted lo encuentro en los lugares más insospechados.

—¿Sabía que del general Burriel dicen que cuenta con la simpatía de hombres tan importantes como los generales Mola y Sanjurjo? —preguntó, haciéndose el listillo para llamar la atención de Nelo.

El reportero le tendió la mano esperando la misma respuesta. Llevaba días observándole y siguiéndole y aquella se presentaba como una inmejorable ocasión para trabar contacto con aquel extraño personaje.

—Disculpe —añadió el informador—, Eduard Palmés, Querol para usted. Periodista.

Nelo permaneció quieto. Dudó entre ignorarlo o estrechar aquella mano aún tendida que esperaba un apretón. El agente sabía que si respondía al gesto, aquel

momento podía ser el inicio de una comprometida relación. Sin embargo, no pudo obviar el comentario de las amistades del general Burriel con dos de los hombres que más detestaba en esta vida, los felones Mola y Sanjurjo.

Querol acercó aún más su mano derecha buscando la de Nelo e hizo otro comentario en un intento de vencer su reticencia y ganar su confianza:

—¡Ese Fernández Burriel no es de fiar!

El agente dudó aún unos instantes antes de ofrecer su saludo, tiempo que aprovechó para escrutar al tal Querol.

Vio un tipo enjuto y alto —tanto como él—, de perfil afilado. Sin embargo, a su traje le sobraba una talla, como si lo hubiese comprado a ojo. Evidentemente, el periodista daba poca importancia al vestir. La corbata en forma de pala ancha parecía comprada en algún saldo del mercado de trastos viejos. Su corte de pelo era de cincuenta céntimos, y su barba, rala y deficientemente rasurada.

El agente estrechó la mano de Querol. Éste respiró. Lo hizo con tal hondura que su cuerpo se aflojó, como si en alguna parte de su cuerpo hubiera estallado una válvula capaz de liberar toneladas de tensión. Querol dio un firme apretón de mano tratando de ofrecer la mejor impresión de sí mismo y retuvo la de Nelo —que aún no se había presentado formalmente— como si no fuera a soltarla jamás, y estuvo en un tris de darle también un abrazo, como si el agente fuera un ídolo. La mano del periodista ardía. En ningún momento Querol perdió el contacto visual a la espera de que se presentara. Por fin lo hizo.

—Pedro Bravo, viajante de comercio, de Zaragoza. Un placer —anunció Nelo, recurriendo a una de sus variadas personalidades en un intento de sacudírselo de encima. Soltó la mano del periodista, quien reaccionó lanzándole una mirada incrédula y una sonrisa.

—¡Usted no es quien dice ser! —observó el periodista plantándole cara. Nelo intentó amagar de nuevo haciéndose pasar por un cargo ministerial que había venido a Barcelona a negociar asuntos políticos con el Gobierno catalán. El quiebro tampoco convenció al persistente reportero. Querol lo intentó de nuevo:

—Dicen que últimamente el general Burriel arenga a sus tropas del cuartel de Caballería contra la anarquía y a gritos de ¡Viva España!

Nelo encontró interesante la observación y formuló la pregunta que el periodista esperaba:

—¿Qué España?

—Posiblemente la fascista —contestó Querol. Nelo esperaba esa respuesta.

Entre ambos volvió a hacerse el silencio. Nelo reexaminó al joven y, por fin, alcanzó un veredicto: aquel muchacho, pese a su atrevimiento, parecía un tipo cabal y determinado. También asumió que, a partir de aquel momento, no podría librarse de él. Ahora sí, por segunda vez, ofreció su mano derecha para estrechar la del

informador con decisión y firmeza, aunque no con absoluta sinceridad.

—Nelo, agente de seguridad. ¡Encantado!

Querol se dio por satisfecho, aunque intuía que Nelo no había sido totalmente franco acerca de la importancia de su rango.

—¿No cree usted que es extraña, sorprendente y preocupante la coincidencia en el tiempo del asesinato de mister Mitchell y del atentado contra el coronel Moracho? —preguntó Querol, utilizando las mismas palabras que había oído pronunciar a Nelo en su encuentro con el señor Casellas en un café de la plaza de Alcalá Zamora, tras la ceremonia fúnebre por el director de La Escocesa.

El agente dio la razón al periodista sin pronunciar palabra, pero el cronista aún fue un poco más lejos, exponiendo una teoría cuando menos sorprendente:

—Digamos que elementos del extremismo obrero conspiran para ejecutar y ejecutan al señor Mitchell por motivos sociales. Digamos que elementos de la extrema derecha aprovechan tal circunstancia para generar confusión y sumir a la ciudad en un estado de mayor alarma perpetrando el atentado contra don Crispulo Moracho. Digamos que para ello se valen de material explosivo proporcionado por ciertos elementos militares con mando en plaza y rango de oficialidad. Digamos, también, que el incendio en la calle Sepúlveda es una cortina de humo que contribuye a proporcionar ese escenario de revuelta. Digamos, por fin, que el intento de acabar con la vida del coronel Moracho no es un hecho aislado, sino que forma parte de una trama de tal envergadura que no hace sino presagiar que lo peor está por venir... Nelo hizo honor a su prudente talante: —Señor periodista, para no pecar de alarmistas, digamos que, a estas alturas de la investigación, todo lo que se diga o se escriba a este respecto no deja de ser más que mera especulación.

Lo de «señor periodista» satisfizo sobremanera a Querol; no así el resto de la respuesta.

—Sea como sea —retomó la palabra el agente—, comprenderá que no sería prudente que le diera una opinión para que usted la publicara en su periódico. Por cierto, no conocerá usted a la joven con quien hablaba el general, ¿verdad?

—La verdad es que solo he conseguido ver su torpe intento de entablar amistad con él.

—¡Bah! Solo quería tantearlo, provocarlo. Y ahora, si me disculpa... ¿Querol, verdad?... tengo otras cosas que hacer.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted? —insistió el periodista.

—Descuide, que si le necesito ya me encargaré yo de encontrarle.

—¿Y me deja así, sin más?

—De acuerdo, una primicia, y me deberá una: las granadas de mano del atentado al coronel Moracho salieron de un cuartel de Barcelona. No cite la fuente, por favor.

Querol se apresuró a sacar su cuaderno y un gastado lápiz de punta roma para

tomar nota literal de lo que acababa de oír. Bien, eso daba para un titular, pensó satisfecho. Pero cuando levantó la mirada de las frases escritas en el papel ya solo vio la espalda de Nelo, que se dirigía a la salida. Había dejado de parecer borracho, claro, pero se llevaba la mano derecha al antebrazo izquierdo, justo por debajo del hombro, en un gesto poco natural.

Sí, estaba cansado. Y dolido. Le pidió al taxista que se dirigiera a la calle Aribau, sin darle un número, y que le acercara el periódico que reposaba entre el volante y el cristal parabrisas.

Dedicó un ratito a comprobar el estado de sus finanzas en bolsa. Quizás el mercado de valores conocía algo que los demás desconocían, pensó. La jornada bursátil había transcurrido con escaso y prudente negocio con papel. La prensa especializada lo achacaba al período estival, pero Nelo sospechaba de otros factores. A medida que la temperatura, no solo la ambiental, sino también la política y la social, iban en aumento, los precios decaían en sintonía con la depauperación del negocio. El corro especulativo aparecía muy apagado esa semana. Los Explosivos estaban dominados por la desgana y Minas del Rif y Platas cotizaban a la baja. Tampoco había nada nuevo en Ferrocarriles. En el sector de obligaciones ferroviarias, en el que Nelo tenía intereses, el silencio era absoluto. Los cambios oscilaban entre un cuartillo y medio entero, lejos de sus mejores tiempos.

Dejó el periódico sobre el asiento y suspiró. Sentía húmeda la herida; seguramente sangraba. Se sacó el pañuelo del bolsillo y lo colocó de barrera para que no manchara la tela de la chaqueta. Por precaución, antes de llegar a destino hizo parar el automóvil y pagó la carrera.

Capítulo 6

Barcelona, 7 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, diez de la mañana

Quien no le conociera diría, al verlo llegar con sombras alrededor de los ojos, el sombrero calado hasta las cejas y un andar pausado, que Nelo aún estaba saliendo de una buena resaca. Sabía que no era el caso, pero su amigo Estremera no desaprovechó la ocasión:

—Vaya, veo que la fiesta en el Club Marítimo dio bastante de sí.

—¿Es eso café? —preguntó sin más el agente mientras se quitaba el sombrero y se dejaba caer sobre la silla.

—No exactamente. Debería serlo, dicen que lo es, pero mis sentidos del gusto y del olfato lo ponen en duda.

—¿Me despertará?

—Sí, eso sí.

—Pues ponme una buena taza, por favor.

Estremera sacó de un cajón de la mesa una taza, limpió los bordes con una cuartilla y vertió el líquido negruzco.

—Me han dicho que ayer te vieron borracho —dijo Estremera mientras le ofrecía el brebaje.

—Eso dice mucho de mis cualidades interpretativas.

—Y que te enfrentaste a Burriel.

—¿Sabes que Llano de la Encomienda no se entera de nada? —cambió de tercio Nelo—. No quiere enterarse, vive en la ilusión de un mundo ideal en el que lo peor que puede pasar es que la banda de música del cuartel desafine. ¿Te lo puedes creer?

—Hay mucha gente así —respondió Estremera.

—Ya. El caso es que sin su colaboración frenar a los sediciosos será mucho más complicado.

—Cada cosa a su tiempo, no te preocupes. Y acábate el café, que Escofet quiere vernos a los dos.

—¿Parecía enfadado?

—No exactamente. Agobiado, supongo. ¿Y tu brazo?

—Mejor.

Nelo apuró el contenido de la taza —fuera lo que fuera, parecía que la sangre empezaba a correr con fuerza por sus venas— y siguió a su compañero por el entramado de pasillos de la comisaría hasta el despacho de Escofet. La puerta estaba abierta, así que Estremera asomó la cabeza:

—Entren, entren, por favor. Y cierren.

Los dos agentes obedecieron y se sentaron a una indicación de Escofet, aunque él permaneció de pie.

—Señores, ayer por la noche hablé con su superior, el capitán Abasolo, quien me puso al día de su verdadera misión aquí...

—Verá, Escofet —empezó a decir Nelo.

—No, no, no... No se disculpe, Nelo, lo comprendo, de verdad. De hecho, ahora las cosas encajan, y lo que para mí fue ayer una deplorable actitud en el Club Marítimo es hoy una acción inteligente. Es más, valiente.

—No sé si el general Burriel habrá atado cabos, pero cuento con que a partir de hoy tenga una preocupación más en la cabeza. Y que eso le haga cometer un error, que se precipite.

—Si es así, lo sabremos. Le tengo vigilado y, al primer tropiezo, será nuestro. Más noticias —siguió Escofet—: en primer lugar debo comunicarles que el cabo Carmelo Santamaría falleció por envenenamiento, según el primer dictamen forense y a tenor de la gran cantidad de oxígeno y de ácido láctico hallados en las venas del finado.

—¡Veneno! —exclamó con disgusto Estremera.

—Sí, veneno —repitió el comisario—. En concreto, un tipo de cianuro en el que, según nuestras informaciones, trabajan los alemanes.

—¡Los nazis! —gritó Estremera con alarma.

Nelo caviló y ofreció una hipótesis. Era una teoría, pero plausible:

—Trabajamos con la idea de que el enlace al que buscamos es de origen extranjero, europeo, claro, con contactos en Alemania. Nuestros colegas británicos disponen de fundados indicios de la existencia de un grupo de médicos y científicos reunidos en una sociedad a la que llaman Verschuer, de la que se sospecha que experimenta con nuevos y terribles métodos de envenenamiento, como en el caso del cabo Carmelo Santamaría.

—¡Nazis, los odio! —ladró Estremera.

—Hay más —siguió el comisario—: las armas descubiertas en el garaje de la calle Tarragona pertenecen al depósito del Regimiento de Caballería.

—¡El Regimiento de Caballería! —gritó de nuevo Estremera.

—¿Saben ustedes quién manda dicho regimiento? —les preguntó el comisario.

—Por supuesto, ¡el general Burriel! —contestó Nelo con tranquila resignación.

—¡Odio al general Burriel! —bramó el colaborador apretando dientes y puños.

—¿Algo más? —solicitó el agente.

El comisario pensó durante unos segundos.

—¡Sí... lo olvidaba! Los casquillos de las balas disparadas contra ustedes en ese garaje pertenecen a una pistola Walther PPK, de pequeño calibre, discreta y cómoda de llevar. Es la que emplea la policía secreta alemana. La otra noticia que debo

comunicarles y que deberían poner en conocimiento del capitán Abasolo con la máxima urgencia es que, según un soplón, el conspirador Manuel Díaz Criado estuvo hace unos días en Barcelona y luego se dirigió hacia Sevilla.

—¿Ves, Nelo?, vuelve a aparecer el maldito capitán —apuntó Estremera.

El comisario extrajo de un cajón de su mesa de trabajo un frasco de Tónico Nervioso Cera, especialmente indicado, según la etiqueta, contra el abatimiento, el exceso de trabajo, las neuralgias y el vértigo. También sacó un vaso... dos... tres.

—¿Un trago, caballeros? —Nelo y Estremera declinaron el ofrecimiento. El comisario se sirvió medio vaso y se lo tomó de golpe—. ¡Ah... excelente este *brandy* francés, excelente!

El comisario Escofet los miró y los vio sorprendidos.

—¡Guárdenme el secreto, señores!

Nelo parecía ausente. Sacó la petaca de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo.

—¿Qué barruntas, jefe? —le preguntó Estremera.

Una vez encendido el cigarrillo, el agente aceptó finalmente el trago de *brandy* que le ofrecía el comisario. Lo sorbió delicadamente, lo paladeó. Seguía en silencio, de modo que Escofet y Estremera lo miraron, expectantes.

—¿De qué se trata, jefe? ¡Me tienes en ascuas! —insistió su colaborador.

—No lo sé exactamente. Las notas, las armas, el dinero... —dudó Nelo.

Estremera también se sirvió un dedo de *brandy*.

—¡Bien! —exclamó el agente captando toda la atención de su fiel colaborador y del comisario—. Existe una remota posibilidad y debemos investigarla a fondo. ¿Y si el tal Díaz Criado fuera el enlace? ¡No! No serían tan estúpidos estos fascistas para encomendar una tarea tan sumamente delicada a un tipo tan, tan...

—¡Tan torpe y monstruoso! —apuntó Estremera, al quite.

—¡Efectivamente, Estremera! Debe de ser alguien más refinado. Tal vez ajeno al estamento militar. Incluso ajeno a la ciudad. Alguien capaz de pasar desapercibido, que no llame la atención. ¡Alguien como tú, Estremera, por ejemplo! —bromeó Nelo mientras miraba a su colaborador.

—¡Jefe, no se te ocurra hacer bromas con estas cosas! —respondió serio Estremera, poco amigo de las risas cuando trabajaba. Nelo sonrió a costa de su leal ayudante. Hacía horas, días, que no reía, que no se permitía un momento de humor. Sin embargo, en su mente seguía trazando el perfil del enlace.

—Bien, caballeros —intervino entonces el comisario Escofet—. Después de hablar con el capitán Abasolo me reuní con el presidente Companys para ponerle al día. Estuvimos de acuerdo en que los últimos sucesos que han sacudido la ciudad apuntan a una estrategia de provocación, de generar el caos para justificar una intervención militar. De modo que el presidente ha ordenado hacer todos los esfuerzos posibles para mantener la calma. Si quieren una excusa, no se la daremos.

Y espero que, sin ella, se muestren abiertamente como son para poder, entonces, enjuiciarlos.

Escofet hizo una pausa para que aquellas palabras llegaran a sus interlocutores.

—Importantes representantes de la sociedad civil catalana nos reuniremos esta tarde para tomar medidas que aseguren la paz. Nelo, es mi deseo que asista usted para convencerlos de la importancia y la urgencia de estas acciones. Esta es la dirección —le entregó un papel doblado al agente—. Le espero a las cinco. Sea puntual.

Nelo tomó el papel y lo guardó en su chaqueta.

Salieron del despacho de Escofet, algo más reconfortados que cuando entraron, aunque solo fuera por el trago de *brandy* del comisario.

—Vamos, Estremera, te invito a una tapa de bacalao *a la llauna*. A cien metros de aquí hay una tasca donde lo preparan divinamente.

—Deja, deja, Nelo. Tengo que anotar lo que nos ha dicho Escofet y preparar un informe para Madrid.

—Invito yo.

—Si es así...

Calle Muntaner, cinco menos cuarto de la tarde

La cita era en un rascacielos de la parte más alta de la cuesta que constituía la calle Muntaner. Estremera se ofreció a acompañar a Nelo con un coche del parque móvil de la comisaría. Ya en el interior, el agente se encontró con un sobre que llevaba escrito su nombre.

—¿Y esto?

—Ah, sí. Lo ha traído el botones de un periódico; es para ti. El agente abrió el sobre y se encontró con una tira de papel impreso, una galerada con la tinta aún fresca de un artículo de Querol que, por lo que dedujo, saldría publicado al día siguiente. Lo leyó:

Aún se puede percibir en la atmósfera la zozobra por el asesinato de míster Mitchell y por el atentado contra el coronel Moracho cuando un nuevo y sangriento suceso, en esta ocasión en la cercana Terrassa, ha extendido la alarma entre nuestra sociedad.

Dos sujetos de entre dieciocho y veinte años, discretamente vestidos y de estatura alta, irrumpieron en la mañana de ayer en una torre, sita en la calle Virgen del Pilar, en las proximidades del cementerio viejo de dicho municipio, y acabaron con la vida de su propietario, el octogenario Magín Rodó. El finado era hombre respetado y querido en la vecindad por lo que nadie se explica el porqué de este crimen...

En la crónica de sucesos cabe anotar también la explosión de un artefacto en una alcantarilla de la plaza Iberia, en el barrio de Sants. Nada se sabe de sus autores ni de sus motivaciones.

Al pie de la prueba, manuscrita, una anotación que rezaba «Suma y sigue» y una Q como firma. No era capaz de imaginar qué relación tendría ese hecho con la conspiración militar ni por qué Querol se había tomado la molestia de hacerle llegar la noticia. Tal vez el periodista quería reafirmar la relación que habían iniciado en el Club Marítimo o quizá creyera que el río, ya revuelto, amenazaba con salirse de madre. Fuera como fuera, no estaba para acertijos y se centró en buscar argumentos para exponer en la importante reunión que tenía por delante. Y un nombre acudió a su cabeza: Primo de Rivera.

—No llegues a la puerta —dijo Nelo a Estremera—. Déjame en esa esquina, ya buscaré yo el número de la calle. Ah, y mírate lo que me manda este periodista, a ver si tú le encuentras sentido.

—De acuerdo, jefe. ¿Te vengo a buscar?

—No. No sé a qué hora terminará esto. Volveré andando a casa.

Mientras salía del coche, Nelo cayó en la cuenta de que había dicho «casa», y tuvo que reconocer que las hermanas Castellá, además de ofrecerle una habitación, un refugio, le ofrecían algo de la calidez que se suponía proporcionaba un hogar. Ni en Madrid ni en Sevilla... Dejó de pensar en ello.

Tardó apenas unos minutos en dar con el número. El encuentro era en la última planta. Al acceder al portal, a pie de calle, Nelo reparó en el refinamiento de la finca. Las paredes del zaguán estaban decoradas con pinturas alegóricas, unas en bajorrelieve, otras, estarcidas. Tomó el ascensor, que disponía de un banco forrado en una tela marrón de delicioso tacto. El elevador le dejó en el último piso.

Se encontró de bruces con un excéntrico y antiguo portón de madera del que colgaba una aldaba en bronce con forma de mano que sujetaba una bola. Buscó un timbre. No lo halló. Llamó golpeando la aldaba con suavidad, casi con vergüenza. Como quiera que pasaran unos segundos sin que nadie abriese, volvió a golpear con la aldaba, ahora con algo más de firmeza, aunque procurando no llamar la atención en exceso. Escofet salió a recibirle.

Al acceder al vestíbulo, aumentó su asombro. Pinturas, esculturas, muebles, lámparas, mármoles... Una fortuna había allí. «¡No es una reunión más de un grupo de funcionarios!», pensó.

Siguió al comisario por el camino que le indicaba. Miraba a un lado y a otro, aún más maravillado por la colección de arte de la señorial residencia. Subió por una bella escalera de cuyas paredes colgaban monumentales pinturas, en tonos sepia oscuro, sobre fondos de oro.

—¿Son de Josep Maria Sert? —preguntó Nelo al comisario, haciendo gala de sus conocimientos en la materia.

Escofet se sorprendió por el comentario del agente.

—Podríamos decir que son del mismo estilo, incluso de la misma escuela, pero son obra de Muntané —aclaró.

—¡Maravilloso! —exclamó Nelo al llegar al comedor—, ¡Ahí... un Rubens extraordinario, como todos los Rubens! —añadió sin salir de su asombro.

Siguió escrutando como si estuviera inmerso en una misión. Otras tablas y lienzos antiguos y modernos cubrían y llenaban el resto de paredes, como en un museo. En aquella casa no solo había riqueza, sino comodidad y buen gusto que se manifestaban en la decoración de dormitorios y baños, de diferentes estilos, ninguno reñido.

—¡Apresúrese! —le gritó Escofet desde los primeros peldaños de otra escalera privada de la residencia que daba a una azotea habilitada a modo de terraza, con piso de baldosas irregulares, entre las que asomaba, con moderación, un poco de hierba. A la izquierda, en un rincón confortable y protegido por cristales, se veían arbustos y un sofá de jardín para balancearse; a la derecha, sobresalía un templete en cuya concavidad se advertían vitrinas con peces. Un surtidor de agua daba alegría y frescura al sitio. Aún debió atravesar un solárium porticado, como un atrio romano, y otra terraza a la que se accedía por una pequeña escalinata de jardín con bellos rincones, en uno de los cuales se apreciaba una rara planta japonesa que debía de tener centenares de años y costar miles de pesetas.

Por fin llegaron a un patio con una pérgola y un generoso surtidor de agua, que ayudaba a refrescar el ambiente, todo ello circundado por un mirador desde el cual las vistas eran incomparables. Desde allí se podía divisar Barcelona entera. Aún había otra terraza más alta, desde la cual las vistas eran aún mejores. La curiosidad le llevó a echar una ojeada rápida mientras seguía al comisario Escofet.

—¡Preciosa! ¿Verdad? —observó el comisario sobre el conjunto de la vivienda.

—¡Cierto! —apuntó Nelo.

El agente quiso conocer algunos detalles del propietario de tan majestuosa mansión. El comisario se limitó a comentar que pertenecía a un industrial francés bien relacionado en las altas esferas políticas y económicas de Cataluña. En aquellas fechas, ese industrial, cuya identidad no le fue revelada, se encontraba en su primera residencia, en París, por asuntos de negocios.

Nelo intuía que la cita era importante. Pero al ver a las personas allí congregadas supo que se trataba de una reunión al más alto nivel y, sobre todo, secreta.

—¡Solo un grupo reducido, muy reducido de personas escogidas por el propio presidente Companys están al tanto de este encuentro! —le susurró Escofet, antes de presentarle a los allí congregados.

En aquella bella terraza de aquella preciosa tarde se encontraban, entre otros, el

señor Durán Comas, consejero de Justicia y Derecho; los diputados Estanislao Ruiz Ponseti, de la Unión Socialista de Cataluña; Ramón Nogués, de Izquierda Republicana, y el siempre beligerante Joan Fronjosá, considerado del ala más extrema del socialismo. No los conocía en persona y los saludó con cortesía.

También se habían dado cita en aquella preciosa atalaya un grupo de militares afectos a la República a los que, por diversos motivos relacionados con los asuntos de la seguridad nacional, sí conocía: los oficiales Pérez Farrás, jefe de los Mozos de Escuadra, y Vicente Guarner.

—¡Felicidades, comandante Guarner! —le dijo Nelo, y le estrechó la mano de modo efusivo. El señor Guarner le correspondió con un abrazo. Aquel mismo día, el presidente Companys le había comunicado su nombramiento como jefe de los servicios de Orden Público de la ciudad, el segundo de Escofet.

Nelo también estrechó la mano del consejero de Gobernación, Josep Maria España, y del oficial al mando de la Guardia Civil en Barcelona, el general Ramón Aranguren. No estaba presente el general al mando de todas las fuerzas del Ejército en Barcelona, don Francisco Llano de la Encomienda. No le extrañó. Lo que sí le llamó la atención fue la presencia del señor Joan Casanellas, recién elegido subsecretario del Ministerio de Trabajo por expreso deseo del nuevo ministro, el colega y compatriota catalán Lluhí Vallescá.

—El comisario Escofet nos ha puesto en antecedentes de su brillante currículo y de las implicaciones de los últimos sucesos acaecidos en la ciudad en los últimos días. Díganos, señor Nelo, ¿cuál es su análisis de la situación? —inquirió el consejero de Gobernación, cómodamente instalado en una butaca tapizada de ocre bajo la pérgola de dicha terraza.

Nelo meditó la respuesta desde un sillón de mimbre oriental, con cojín y respaldo acolchados, igualmente a juego con el conjunto.

—Señores, sin duda nos hallamos en una situación tremendamente delicada.

—Vamos, sea usted un poco más concreto —le rogó el señor España.

—Al grano, pues —respondió Nelo, incorporándose en su sillón—. Partamos de la hipótesis de que las casualidades no existen.

Quien más quien menos, los allí reunidos se mostraron de acuerdo.

—Por una parte tenemos el asesinato de un industrial del textil, que algunos podrían atribuir a la izquierda, a los sindicatos; por otra, el atentado contra un militar comprometido con la República, que podríamos achacar a la extrema derecha, ¿de acuerdo?, incluso a militares facciosos.

—¿Y si no existen las casualidades, señor Nelo? —apuntó el diputado Ponseti, no demasiado conforme con la argumentación.

—Deje que termine, diputado, porque hay un tercer aspecto que hay que tener en cuenta.

—Ahora nos saldrá con lo de la conspiración, ¿verdad? —añadió Ramón Nogués, que compartía postulados con Ponseti.

—De momento le estoy hablando de hechos —replicó Nelo, dirigiéndose directamente a su interlocutor—. Luego hablaremos de teorías. Y el caso es que el tercer aspecto es, quizás, el más preocupante. En diversos registros realizados por fuerzas a las órdenes del señor Escofet y por mi propio equipo hemos encontrado en distintos pisos francos armamento de guerra procedente de acuartelamientos de Barcelona, así como una gran cantidad de dinero en efectivo. Lo cual sugiere, como ustedes intuirán, un pago por servicios.

Nelo guardó silencio unos instantes, para que aquella información calara en sus interlocutores. A continuación se puso en pie ceremoniosamente, sacó del bolsillo de su chaqueta los utensilios de fumar y, cuando volvía a sentarse, convencido ya de que la atención de los presentes se centraba en su persona, soltó:

—Primo de Rivera.

Los políticos presentes en la cita reaccionaron alterados. Los demás, no. Joan Casanellas, a quien el propio presidente de Cataluña había puesto en antecedentes, tampoco. Los consejeros de Gobernación y de Justicia, por su parte, creyeron que el agente Nelo exageraba la nota.

—¡No es posible! —gritaron casi al unísono los diputados Ruiz Ponseti y Ramón Nogués.

—¡Los militares no se atreverán de nuevo a...! —añadió el primero.

—¡A eso y más aún! —le contestó el señor Escofet.

El consejero de Gobernación se levantó de su sillón y pidió calma con ostensibles gestos de las manos.

—¡Caballeros, serenidad! Creo yo que al señor Nelo le asiste... parte de la razón. Analicemos la situación actual: los pequeños conflictos obreros existentes en Barcelona se van solucionando satisfactoriamente. Yo personalmente he mediado en el conflicto de los barcos de la Trasmediterránea y les puedo asegurar que los correos saldrán prestos a su destino. El conflicto de los buques de Transatlántica también está en vías de solución. La huelga del ramo mercantil de Lérida se resolverá en breve. Ciertamente ha habido pequeños incidentes... los cuales, sin embargo, no permiten extraer tan grave conclusión.

Nelo pensó que juzgar los atentados del día 2 de julio como «pequeños incidentes» era, como poco, temerario.

—Por otra parte —añadió el consejero— debo manifestarles que durante el viaje que ayer realicé a Madrid, para reunirme con el ministro de la Gobernación, observé una situación de absoluta tranquilidad, tal como él me lo expresó. Tanto es así que dedicamos la jornada de trabajo a ultimar algunos detalles referentes al traspaso de los servicios de Orden Público. ¡En fin, señores, no veo motivos para tanta

preocupación!

Nelo juzgó que era el momento para volver a intervenir.

—Primo de Rivera —empezó a decir— supo utilizar a su favor una situación de caos en la política española. Los continuos enfrentamientos entre facciones, las animosidades personales e ideológicas impidieron una reacción contra su levantamiento.

—Y el rey de España lo apoyó desde el primer momento —añadió Escofet.

—Y la burguesía catalana, no lo olviden —apuntó Casanellas.

—Y, por supuesto, el estamento militar —siguió Nelo—. Recuerden que estaba pendiente el expediente Picasso, que pretendía exigir responsabilidades a los militares tras los desastres del norte de África y que fue convenientemente aparcado por Primo.

—Vamos, vamos, señor Nelo, no se dan las mismas circunstancias —sugirió Ramón Nogués—. La República está más consolidada y cuenta con más apoyos que la monarquía parlamentaria de 1923. Es muy distinta la deriva política de la nación.

—De eso se trata, precisamente —replicó el agente—. Con los actos de estos días pretenden crear las condiciones para un alzamiento militar, señores. Y tengan muy presente que hoy las consecuencias de ese alzamiento serían mucho más dramáticas que las de 1923. Partidos y sindicatos están mejor organizados, y la sociedad civil se opondría, sin duda, incluso por las armas.

Hubo quien se mostró de acuerdo con las tesis de Nelo; otros recelaron de lo que juzgaban bienintencionados pero equivocados vaticinios. Ya todos los reunidos estaban en pie y hablaban al mismo tiempo, discutiendo de forma desordenada, como en una sesión del Parlamento de aquellos días.

—¡Orden, caballeros! —gritó con voz atronadora el comisario Escofet—. ¡Mal haremos si entre nosotros no hay unidad!

Escofet alertó entonces de la inminente huelga anunciada por el Sindicato Único del Transporte y la persistencia de los paros en fábricas de tanta significación, por su simbolismo y por el número de trabajadores, como Uralita, Riviere y Asland.

—¡Una huelga del ramo de los transportes sería una hecatombe social! —observó el diputado Ruiz Ponseti.

—¡No se alarme! —apuntó el consejero de Gobernación—. Eso no ocurrirá. Ya trabajamos para pacificar el asunto.

Sin embargo, ese día, a esas horas, los poderosos sindicatos del sector aún mantenían su oficio de huelga y no parecía que tuvieran la intención de retirarlo, pues la patronal se había levantado de la mesa de negociaciones tras calificar de inadmisibles las demandas obreras.

Se hizo un temeroso silencio en la terraza, como si todos los presentes imaginaran una ciudad absolutamente paralizada, sin abastecimiento, sin autobuses, sin el metropolitano...

—¡Caballeros, les ruego que se calmen! ¡No sean ustedes como los de Madrid, tan catastrofistas! —volvió a apuntar el señor España apelando al espíritu del dichoso oasis catalán.

Nelo irrumpió en ese instante con un factor que, hasta ese momento, no había aparecido en el encuentro.

—¡Caballeros! ¿Y la Iglesia?

—¿Qué ocurre con esa gentuza? —preguntó el diputado Fronjosá.

—¡Les recuerdo que, oficialmente, España ya no es católica... y está partida en dos! —respondió el agente.

—¡Ni falta que hace! —le replicó el diputado Nogués.

—Mucho me temo que aquellas palabras del cardenal Segura al proclamarse la República recobran hoy su vigencia. Y ya sabemos que, cuando la Iglesia advierte, sus palabras no tienen descuento y su amenaza es tan real como cierta...

—¿Y qué dijo el infame cardenal? —preguntó de nuevo el señor Fronjosá. Nelo le refrescó la memoria.

—«Cuando los enemigos del reinado de Jesucristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo...».

—¡Sandeces! Mientras quienes deben llorar no lloren y sus lágrimas de sincera y cristiana contrición no purguen y laven la mancha inferida por años, por siglos de expolio y barbarie en nombre de Dios..., ¡que callen! —dijo el diputado, con el mismo tono y la arrogancia que solía usar en la tribuna del Congreso.

—¡Disculpe, diputado! No se ofenda usted, pero creo que no es la persona más indicada para... He oído por ahí que le llaman «el cazador de monjas»... —le espetó Nelo, pensando en la monumental trifulca que inició el diputado Fronjosá días atrás al interpelar al Parlamento por las razones por las cuales la Generalitat aún no había cambiado de nombre la Casa de la Caritat ni había prescindido de las monjas, de los sacerdotes y de las señoras caritativas, soliviantando con ello a gran parte de la sociedad barcelonesa—. Se trata precisamente de eso, señor Fronjosá, de no excitar los ánimos con discursos incendiarios.

El diputado se lo tomó como algo personal y respondió con aspereza:

—Mi oficio consiste en denunciar lo denunciabile, señor mío, y el suyo, imagino, en evitar que cuatro militares golpistas anulen la voluntad popular.

—¡Caballeros! —gritó entonces el consejero de Gobernación—. Parece que olvidan ustedes que estamos en el mismo bando.

El diputado socialista aún lanzó a Nelo otra mirada desafiante. Por unos momentos, el resto de los asistentes pensaron que el señor Fronjosá cogería por la pechera al agente, que se enzarzarían en una disputa y llegarían a las manos.

Nelo permaneció impávido, con los brazos caídos. El parlamentario mostraba su puño derecho cerrado, casi bajo la barbilla del agente. Fue un instante. Al fin el

diputado se relajó, y reculó maldiciendo a los curas, a las monjas... y a Nelo.

Apaciguada la situación, Nelo tendió la mano al diputado, y él la aceptó, aunque en silencio, casi con indiferencia.

—¡No le tenga en cuenta su vehemencia! Fronjosá es así... —le susurró el comisario.

Nelo, a continuación, tomó la palabra con la confianza de haberse ganado el respeto de sus interlocutores, incluso el del señor Fronjosá.

—¡Señores! Debemos contar aún con otro factor de desestabilización: el súbito encarecimiento de la vida, tanto en Madrid como en Barcelona. Muchos artículos de primera necesidad han experimentado un aumento de precios superior al veinte por ciento. Otros acusan subidas menos intensas, pero sostenidas, y una inclinación muy acentuada al alza.

El consejero de Gobernación intervino para zanjar la cuestión económica con una fórmula que, en principio, parecía sencilla.

—¡Frente a las huelgas y conflictos obreros, debemos constreñir las concesiones a lo justo e indispensable! Créanme: la ligera intervención, no del Estado, sino de las autoridades subalternas, bastará para detener la ola amenazadora de la carestía de la vida.

—¿Qué opina usted de los últimos acontecimientos en Madrid? —le preguntó a Nelo el diputado Ruiz Ponseti, mientras Nogués asentía con la cabeza.

—Las noticias que llegan de Madrid tampoco son nada alentadoras... El gobierno de Casares Quiroga parece abocado al fracaso...

Los diputados no insistieron. Con los ánimos más calmados, Escofet, que actuaba a modo de anfitrión, pidió a los asistentes a la reunión que se acercaran a un bar instalado en un rincón de la terraza y puso a su disposición un ligero refrigerio.

Nelo aprovechó la ocasión para comentarle al comisario la noticia que le había proporcionado Querol y preguntarle si tenía relación con los atentados.

—Según los primeros indicios —le respondió Escofet—, el móvil del crimen sería el robo. Difícilmente puede admitirse otra explicación por las circunstancias personales que concurren en la persona del señor Rodó, que alejan toda suposición relacionada con fines políticos o sociales de ninguna clase. Por cierto, ¿cómo se ha enterado usted?

—Tengo mis fuentes...

—¿«El Pelmazo»?

—Querol.

—Ya.

—Tengo la sensación, Escofet, de que entre los ciudadanos se extiende una preocupación cada vez mayor por lo incierto de sus vidas.

—Lo sé, Nelo, lo sé. Esta misma mañana unos niños que jugaban en un cañaveral

de la barriada de las Corts, cerca de la avenida del Catorce de Abril, han encontrado un paquete con cuatro pistolas, cargadores y diez cajas de munición.

—Tenemos que parar esto como sea —le urgió el agente.

Escofet respiró hondo. Aquel hombre llegado de Madrid, al que apenas conocía y ya respetaba, tenía razón. Levantó los brazos, dio una sonora palmada para llamar la atención y dijo:

—¡Caballeros!

Todos comprendieron lo que deseaba el comisario.

—Ha llegado el momento. El momento de mostrar nuestra preocupación por los difíciles momentos que atravesamos y nuestra responsabilidad de estar a la altura de las circunstancias —reflexionó en voz alta—. Debemos ser nosotros quienes con nuestra decidida actuación atajemos los problemas. ¡Detentamos el poder y eso es lo que espera y desea la ciudadanía!

—Díganos, señor Escofet, ¿qué propone? —preguntó el consejero de Justicia en su primera intervención en aquella reunión.

El comisario hizo una pausa para medir sus palabras, no fuera que alguno de los allí presentes, por afinidad, sintiera ofensa, y miró lejos, al cielo, cuando el atardecer comenzaba a cerrar el día.

—Creemos —y miró a Nelo— que debemos actuar en dos sentidos: en primer lugar, evitar que se creen las condiciones para que un levantamiento militar tenga éxito, y esto significa, señores, frenar como sea los conflictos sociales. En segundo lugar, lucharemos para detener y enjuiciar a los conspiradores que actúen en Cataluña, aunque tengamos que vérnoslas con la apatía y la indecisión del general Llano de la Encomienda a la hora de actuar contra algunos de sus subordinados —dijo con convencimiento el comisario.

—¿Tienen base sus sospechas? —preguntó por segunda y última vez el señor Comas.

El comisario, en esta ocasión, no vaciló al responder.

—No se trata ya de sospechas, señor consejero. Son pruebas incontrovertibles de un complot para acabar con la República —respondió tajante el comisario general de Orden Público. Sus palabras sonaron a veredicto contra el que no cabía apelación alguna.

En aquel encuentro, con el visto bueno de todos los presentes, se tomó la decisión de volver a interpelar al general Llano de la Encomienda, a modo de ultimátum, para que procediera con firmeza y ordenara el arresto de sus oficiales insurrectos y cerrara filas en torno al Gobierno de la Generalitat y de la República.

Ramón Aranguren, en tanto que general al mando de la Comandancia de Caballería de la Guardia Civil, tomó entonces la palabra para asegurar su lealtad a los gobiernos catalán y español y la de sus dos colegas, los coroneles al frente de los

tercios del benemérito instituto en plaza, señores Escobar y Brotons.

El comisario susurró al oído de Nelo, que se sentaba a su lado, su recelo respecto tanto del general De la Encomienda como de Aranguren y Brotons. Nelo le contestó que no había de qué temer. Los diputados apuntaron entonces:

—Supongamos que el general mantiene su titubeante actitud...

El comisario anunció entonces sus intenciones para someterlas a la consideración de los presentes:

—No cabrá, entonces, otra solución que poner los hechos en conocimiento del Gobierno de la República para que proceda en consecuencia y con urgencia. ¡El presidente Companys ha dado su aprobación! Yo mismo redactaré un detallado informe de todo lo acontecido y averiguado para que el señor Casanellas lo entregue en persona al presidente del Consejo de Ministros...

Una vez más, Escofet levantó los brazos para reclamar la máxima atención de los concurrentes:

—¡Caballeros! No hace falta que les pida la máxima discreción. ¡Esta reunión no ha tenido lugar nunca!

Los presentes, como niños en un juego de guardar secretos en el que les fuera su inocente vida, juraron silencio de todo lo que allí se habló y se decidió.

Nelo había dicho cuanto tenía que decir, pero aún guardaba en su boca el sabor de la impotencia, el de las palabras que había tenido que tragarse. Se alejó del grupo, frustrado, y dejó que la belleza de las obras de arte de aquel inmueble actuara como bálsamo para su ánimo. Y el comisario Escofet debió de pensar que el agente deseaba irse, porque se acercó a él, lo tomó por el brazo derecho, el bueno, y le dijo:

—Hoy hemos adelantado un poco, Nelo.

—¿Usted cree? —respondió el agente.

Escofet inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento y, sin apenas disimulo, lo acompañó escaleras abajo hasta la puerta del ascensor.

—Lo haremos —dijo entonces—. Pondremos a los facciosos entre rejas.

La puerta del ascensor se cerró sin que Nelo dijera nada más.

«¡Qué raros son a veces estos catalanes!», pensó. Pero estaba harto de conspiraciones, de discusiones, de tratar de abrir los ojos a quienes se regocijaban en su ceguera.

Llegó a la calle y miró al cielo, hacia la terraza en la que había estado hasta entonces, y se sintió pequeño, muy pequeño, y muy cansado. Vio que por la calle Muntaner bajaba, en dirección al mar, una mancha amarilla, un automóvil; supo que era un taxi y decidió pararlo.

Normalmente pasear le relajaba; se fijaba un destino, un punto, dirigía hacia allí sus pies y su mente quedaba libre para digerir, para compensar sus tribulaciones. Pero ese día había sido especialmente duro y solo deseaba llegar a «casa», darse una ducha

y descansar.

Se sentó en la trasera del automóvil y dio instrucciones al chófer de que se dirigiera calle Muntaner abajo, sin especificar. Cerró los ojos y suspiró, aunque ni así consiguió templar su respiración. Sintió el pulso en las sienes y un escalofrío en la nuca; supo que algo no iba bien. Abrió los ojos y miró atrás; un vehículo los seguía, o eso creyó.

—La primera, a la izquierda —ordenó al taxista.

—Quien paga manda.

La maniobra sirvió para confirmar sus sospechas.

—Vuelva ahora a Muntaner.

—Allá vamos —respondió el taxista, acostumbrado, por lo visto, al capricho de los clientes.

Ahí seguía el coche, a una veintena de metros. Nelo acarició la culata de su arma reglamentaria, aún en su funda de cuero, bajo la axila.

—Oiga, no estará preocupado por ese coche, ¿verdad? —le preguntó el chófer.

—Pues la verdad es que estoy un poco escamado.

—¿No será usted de la patronal?

—Más bien lo contrario.

—¿Sindicalista?

Nelo pensó la respuesta.

—Funcionario.

—Ah, ya...

El taxista aminoró entonces la marcha, sacó el brazo izquierdo por su ventanilla e hizo gestos al conductor que les seguía para que los adelantara. Circularon durante unos instantes los dos vehículos a la par y Nelo pudo ver que uno de los ocupantes del otro hacía un claro gesto al taxista de que fuera con cuidado, que lo vigilaban.

—Es por la huelga del transporte, ¿sabe usted? —le explicó a Nelo—. Se han empeñado en que todos la secundemos y nos siguen para advertirnos, para que sepamos que no nos podremos escaquear.

—¿Son del sindicato del transporte?

—Eso es. ¿Qué se había imaginado?

—Cualquier cosa. En fin, tire ahora a la izquierda y déjeme en la calle Aribau, por favor.

Nelo se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. Volvió a cerrar los ojos. Intentó dejar la mente en blanco, serenarse, pero no pudo. Como si aún la tuviera ante los ojos, vio la galerada que le había hecho llegar el periodista, y entre aquel puñado de líneas, de palabras, destacaban dos: asesinato y explosión.

Capítulo 7

Barcelona, 8 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, nueve y media de la mañana

Montones de expedientes, de copias al papel carbón de inventarios de registros y de denuncias se acumulaban sobre la mesa del improvisado despacho de Nelo en la Comisaría General de Orden Público.

—¿Sabemos algo del atentado de ayer en Sants? ¿Los autores..., el objetivo del explosivo...? —preguntó Nelo a su compañero.

—¡Vete a saber, jefe! Los anarquistas, para hacer volar por los aires un camión del Ejército; los fascistas, para atacar contra los sindicalistas; los sindicatos, para liquidar a alguien de la patronal... Hemos arrestado a tres individuos en relación con el asunto de mister Mitchell —añadió a continuación Estremera.

—¿Y...? —insistió Nelo.

—No parece que estén directamente implicados en el crimen. Son obreros de los que se sospecha que poseen información de los preparativos del asesinato. Pero el magistrado Ferré Duat los ha enviado a prisión a la espera del resultado de las nuevas diligencias encargadas a la comisaría.

—¿Algo nuevo del asunto Moracho?

—Poco más. El magistrado del juzgado número 11 de la ciudad, don Manuel Montero, acordó ayer, a instancias del fiscal, el ingreso preventivo en la prisión celular de Barcelona de un individuo llamado Ernesto Sola...

Estremera repasó sus últimas notas y añadió:

—El juez también ha ordenado nuevas diligencias con relación al capitán retirado López Llinas, que ha estado en arresto domiciliario en las últimas horas. Pero, por lo visto, el capitán dispone de una sólida coartada, así que el magistrado, pese al criterio del fiscal, ha ordenado su puesta en libertad.

—¿Y respecto de ese individuo... Ernesto Sola?

—Nada, jefe. El juez también lo ha puesto en libertad esta mañana... Por cierto, ¿cómo fue la reunión celebrada ayer en...?

—¡Algunos no solo piensan, sino que lo creen! —exclamó Nelo, aún enojado—. Creen que viven en un oasis, aislados completamente del mundo. Y solo faltó ese demagogo de Fronjosá, ¡el cazador de monjas...!

Estremera agachó la cabeza, como para protegerse del chaparrón que había provocado su pregunta.

—Disculpa, pero no soporto los callejones sin salida. Veamos lo que tenemos.

Estremera sabía qué quería el jefe, un ritual al que solían recurrir cuando se quedaban sin ideas. Empezó a despejar la mesa de papeles y a continuación se puso a

arrancar las hojas de su cuaderno de notas y a colocarlas ordenadamente en hileras.

—Esta es la documentación de La Española —dijo Estremera, mientras colocaba papeles y más papeles con su pulida caligrafía sobre la mesa.

«Organizar transporte urgente, Palma a Barcelona».

«Cobrar los efectos, consejero, laureado».

«Transporte de caballos a España».

«Bresolini, Llopis, Urrea; Odina».

«Corretaje Jeanne G.»

«d. C. 26.6.»

«d. C. 2.3.»

«d. C. 14.27.»

«coste, flete y seguro 13.7.»

«coste, flete y seguro 13.11.»

—Hay otros —añadió—, pero estos son los más significativos.

—Bien, empezaremos con estos. Revisaremos los datos que nos han llegado desde Madrid; hay que repasar la prensa de estos días y las operaciones mercantiles del puerto y del aeródromo de El Prat. La idea es cotejarlo todo para encontrar coincidencias. Si un dato, una cifra o un nombre aparecen repetidos en documentos distintos, tendremos algo por donde empezar.

—¡Uf! —resopló Estremera—. Esto me va a llevar siglos. —No quiero que lo hagas tú. Llama a la Delegación del Gobierno, habla personalmente con Puig de Massa y dile que Nelo necesita a media docena de los hombres que tenía en reserva. Tú y yo empezaremos por los Evangelios.

Era mediodía ya cuando llegaron los hombres de la Delegación del Gobierno y los pusieron a ojear periódicos, estadillos e informes con instrucciones precisas de buscar coincidencias. Hacía más de una hora que Nelo y Estremera se aburrían leyendo el Nuevo Testamento. Sobre el cenicero de la mesa, seis colillas muy apuradas del tabaco de Nelo.

—«Las semillas del sembrador cayeron entre abrojos, los abrojos crecieron y las ahogaron...» —leyó Estremera a Mateo, en su capítulo trece, versículo siete. Se encogió de hombros y se preguntó—: ¿Quién es el sembrador?, ¿y los abrojos? Tal vez tendríamos que llamar a un cura...

—¡Los abrojos son los fascistas! —dijo uno de los recién llegados, que apartó un instante la mirada del periódico que leía.

—¡Sí, son las malas hierbas! —apuntó otro.

San Mateo no les sacó de sus dudas.

—Vamos a ver si esto tiene sentido —siguió Estremera—: Lucas, en el mismo capítulo del mismo versículo, habla del hombre que tenía una higuera plantada en su

viña y pensó en cortarla porque a los tres años aún no daba fruto alguno. Es posible que..., que... no, ¡olvida lo que he dicho!

Por unos momentos creyeron que san Juan y san Marcos les podían dar alguna clave para tirar, al menos, de una hebra del hilo de la madeja fascista. Juan, en el mismo versículo de idéntico capítulo, escribió sobre aquella vez en que Jesús lavó los pies a Simón Pedro y le dijo: «Tú no puedes comprender ahora lo que estoy haciendo. Lo comprenderás más tarde». Por su parte, según Marcos, Jesús se dirigió a sus discípulos y les dijo: «Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os alarméis; porque eso es necesario que suceda, pero no es todavía el fin». Por más vueltas que le dieron al asunto, cualquier esfuerzo resultó vano.

—Y el «d. C.», ¿qué demonios significa? —se preguntó Estremera, ya al borde de la desesperación.

—¡Después de Cristo! —sugirió con lógica uno de los colaboradores.

—¿Después de Cristo, qué?

La pregunta de Nelo quedó sin respuesta, y aquel silencio sabía a derrota. Sin tener la certeza siquiera de que aquellos códigos podrían tener su correspondencia en los Evangelios comenzó a cundir en la comisaría una sensación de grima, casi de pánico.

* * *

Más tarde llegaría una información procedente de un confidente de los servicios de Orden Público, un artista del género frívolo, que facilitó la detención de dos individuos. Se trataba de dos supuestos viajeros de comercio de Badajoz que acababan de llegar a Barcelona y que, siempre según ese soplo, tenían previstos diversos manejos de carácter fascista en la Ciudad Condal.

La jornada siguió entre análisis hasta que, a media tarde, uno de los ayudantes ocasionales de Nelo creyó dar con una pista. En un ejemplar de un diario de dos jornadas atrás, en las páginas de anuncios, disimulado entre decenas de reclamos de compra y venta de objetos diversos y ofertas de empleo y de enseñanzas, en apenas cuatro líneas, un anuncio rezaba:

Urge vender resmas de papel. Razón, Consejo de Ciento, 261, segundo, segunda.

Nelo y Estremera salieron a la carrera. El resto permaneció revisando aún más datos. A las puertas del edificio de la comisaría se encontraba en actitud de guardia permanente el joven Querol, quien trató de obtener alguna información. Siguió a Nelo hasta su vehículo, momento en que frustró sus intenciones:

—¡Ahora no, Querol, ahora no!

Al informador le pasó por la cabeza la idea de seguirlos, pero decidió no tentar a

la suerte y siguió aguardando frente a la Comisaría General de Orden Público. Quizás el comisario saldría a recibirle y le haría alguna declaración.

Nelo y su colaborador llegaron pronto a aquella dirección. Iban armados. Se valieron de sus juegos de llaves maestras y de sus ganzúas para acceder al piso.

La casa, amueblada, estaba vacía. Sin embargo, ciertos detalles delataban que alguien la había ocupado en las últimas horas: la disposición de unas sillas en el comedor, dos de las cuales se situaban frente a un sofá, en lugar de su habitual ubicación en torno a la mesa de la estancia; la esencia a perfume de mujer que aún flotaba en el ambiente de uno de los dormitorios, que no había sido convenientemente ventilado, y unos utensilios de afeitar y unas toallas aún húmedas en el baño.

—¡Jefe!, se han deshecho de las basuras. Tampoco hay trajes o vestidos... —apuntó Estremera durante el registro.

—Busca mejor en armarios y muebles, algún cajón oculto, un escondrijo, una falsa pared... ¡algo!

«¿Qué sentido tiene alquilar un piso como este si no lo vas a utilizar?», se preguntó Nelo. Comprobó los suelos, por si había arañazos que delataran que se habían movido cajas pesadas, o incluso los muebles. Nada.

—Otra vez tarde —dijo para sí.

De súbito sonó el timbre de la casa. Los agentes se colocaron a un lado y otro de la puerta de entrada, con sus armas reglamentarias desenfundadas y preparadas para entrar en acción. La puerta carecía de mirilla y Estremera acercó la oreja a la madera para tratar de descifrar algún sonido. Nada. Silencio absoluto.

Volvió a sonar el timbre. Nelo susurró a su colaborador un par de instrucciones urgentes para actuar. El agente contó hasta tres con los dedos de su mano izquierda y abrió violentamente la puerta. Estremera encañonó en la frente al visitante, una mujer de unos sesenta años que vestía completamente de negro. El ayudante siguió apuntando al inocente bulto como si hubiera visto en él al más peligroso de los malhechores. La mujer se desmayó sin proferir grito ni lamento alguno. Enfundaron sus armas.

—¡Una vecina! —calculó Nelo. La puerta del segundo primera estaba entreabierta.

Estremera cargó a la mujer en brazos, la llevó al interior del piso y la tendió sobre un sofá del comedor. Nelo intentó reanimarla. Le dio unos leves cachetes en las mejillas. Probó también con agua, salpicando su rostro. Aliviado, pues por un momento pensó que había muerto del disgusto, Estremera comprobó que la mujer tenía pulso.

Por fin, la mujer volvió en sí. Abrió los ojos, aún echada sobre el sofá, y al ver a aquellos dos hombres rodeándola hizo ademán de gritar. Estremera le tapó la boca mientras ella mascullaba chillidos de auxilio.

—¡Señora, tranquilícese! Haga el favor de no gritar. No le ocurrirá nada, se lo garantizo —le aseguró Nelo con voz reducida, cariñosa. La mujer asintió con la cabeza varias veces. Su compañero le apartó la mano de la boca.

—¿Cómo se atreven, criminales? ¡Avisaré a la policía si no se marchan de inmediato!

—¡Mujer!, ¡nosotros somos la policía! —le advirtió Nelo mostrándole una credencial de agente del orden público, una de las varias que poseía. La vecina, lejos de quejarse por el proceder del agente y de su ayudante, sintió una vergüenza infinita.

—¡Ay, madre mía! ¡Disculpen, señores! ¿Qué puedo decirles yo...? El miedo, qué sé yo... Sepan ustedes —explicó para justificarse— que en los últimos días husmean por el barrio gentes con muy mala pinta. El otro día quisieron entrar en casa de la señora Josefa Gatell, la del cuarto segunda; eran un hombre y una mujer, con un niño de teta, y pedían limosna. ¡Los muy criminales le mostraron un cuchillo! Pero ella pudo cerrar la puerta a tiempo. ¡Pobrecita Gatell!, la tuvieron que llevar al hospital del susto...

—Señora, somos nosotros quienes nos disculpamos por tan torpe atropello... debido a un imperdonable malentendido del que ruego sepa dispensarnos. No tengo palabras para expresarle mi angustia por haberla asustado —manifestó arrepentido Nelo—. Deje que la acompañemos a su casa.

La mujer se puso en pie, se pasó la mano por la falda del vestido para alisarla, se atusó el pelo y con una sonrisa dijo:

—Son ustedes muy amables.

Nelo la tomó por el brazo y la acompañó. Estremera recogió del suelo, junto a la entrada del piso, el bolso de la mujer y se lo tendió. Ella comprobó que no faltaba nada y se dirigió con paso tambaleante a su casa.

—Disculpen, aún no me he presentado. María Fuster, ¡para lo que ustedes deseen! Pero pasen, pasen.

Los dos agentes se miraron. Estremera se encogió de hombros y obedeció las indicaciones de la mujer.

—¿Me disculpan unos instantes? —La mujer desapareció del comedor y, al cabo de unos minutos, regresó con una bandeja en la que había unas galletitas, una botella de vino de moscatel y tres vasitos.

—No tendría que haberse molestado —dijo Nelo.

—¡No es molestia en absoluto, por Dios! —respondió ella. Él cogió una galleta. Su colaborador miró la botella de vino dulce.

—Díganme, señores agentes, ¿qué les ha traído a nuestra comunidad?

—Señora, ¿sabe usted quién vive en el segundo segunda? —le preguntó Estremera.

—¡Ay, pobre de mí! Yo apenas sé nada... —dijo, mientras se llenaba el vasito con

el vino dulce—. Desde hace unos días... tal vez semanas, he visto con frecuencia a un hombre bien parecido y bien vestido. Un día lo encontré en la escalera y yo, que soy buena vecina, me presenté con mucha educación. Dicho hombre dijo llamarse... ¿cómo dijo que se llamaba?... Quesada, Ramón Quesada. Yo le dije, como muy buena vecina que soy de todos, que estaba a su disposición para lo que precisase. Él, muy amable, comentó que era un comerciante de Madrid que pensaba quedarse un tiempo en nuestra ciudad...

La mujer hizo una pausa. Bebió el moscatel casi de un trago. Se levantó de su silloncito de estilo francés, tapizado en cordero y estampado en una amplia gama de rosados y morados, volvió a acicalarse el pelo y se compuso su vestido de austero patrón y riguroso color negro, como si fuera de luto. Cuando se sentó de nuevo llenó los vasitos y los ofreció a los agentes, a los que trataba ya como invitados. Nelo y Estremera rehusaron educadamente.

—Sepan ustedes, señores míos, que no soy amiga de entrometerme en casa ajena. ¡Por Dios!, con los tiempos que corren hoy en día. Vaya usted a saber con qué te puedes encontrar... Sin embargo, ahora que caigo en la cuenta, les puedo decir que el tal señor Quesada tenía aires de distinguido caballero y en la solapa de su elegante americana brillaba la insignia de la cruz de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro.

—¿Cómo sabe usted que se trataba de esa insignia? —preguntó Estremera, a la vez que anotaba todo aquello de interés que manifestaba la señora Fuster.

—Mi difunto hermano, que Dios lo tenga en su seno, era caballero del capítulo de Cataluña de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro y siempre la exhibía —respondió con conocimiento de causa la señora Fuster.

—¿Algún detalle más que recuerde? —preguntó Nelo, haciendo gala de una extraordinaria paciencia. Su colaborador comenzaba a desesperarse.

—Pues ahora que lo menciona usted, creo recordar que hace unos días ese señor Quesada llegó al piso acompañado de una mujer. ¡Cómo le diría yo! Era guapa, muy guapa. Tenía aire de bailarina... Mejor dicho, de actriz. Y, por su acento, no era de aquí.

Nelo archivó convenientemente todos estos datos en su memoria.

—¡Creo yo que en ese piso se han cometido actos sucios e impíos! Alguna noche escuché varias voces. ¡Por lo menos tres o cuatro de hombre y una, femenina! —añadió la mujer susurrando, avergonzada, sonrojada. Se santiguó.

Nelo y Estremera se disponían ya a abandonar la casa de la señora Fuster cuando esta les rogó un ratito más de compañía para pegar la hebra. Hacía poco que había fallecido su esposo y no se había acostumbrado aún a su nuevo estatus de viuda.

El agente tuvo la gentileza. Estremera hizo algunos ademanes de impaciencia, pero obedeció a su jefe.

—¡Ay, Señor, esto acabará como el rosario de la aurora! —lamentó la mujer

mientras suspiraba.

—¿Qué le preocupa, señora Fuster? —se interesó Nelo, atento y cortés.

—No se lo va a creer... Hoy he vuelto a la peluquería, como cada quince días, y me han cobrado diecisiete pesetas por lavar, ondular y decolorar las raíces. ¡Diecisiete pesetas, por Dios!, cuatro pesetas más, cuatro, en dos semanas...

—¡Tiene usted toda la razón del mundo! —reconoció Nelo. Estremera le secundó.

—Espere, espere, que eso no es todo. Luego fui al mercado y con las mismas pesetas que la semana anterior solo pude llenar medio cesto. ¡Los huevos, a dos pesetas y media! ¿Y qué me dice de las fresas? ¡A cinco pesetas el kilo! ¡Con lo que me gustan a mí las fresas! Y las patatas, los tomates, los guisantes, las lechugas, las cebollas... ¡por las nubes! Como lo oye, ¡todo por las nubes!

Razón no le faltaba a la vecina, pensó Nelo, pero puso fin a la conversación. La señora Fuster intentó abrir un nuevo monólogo, a propósito de la cruel decisión del Gobierno —según sus palabras— de sustituir al personal religioso en las escuelas y establecimientos benéficos.

Sin embargo, Nelo la interrumpió.

—Señora, su compañía es muy agradable. Nos quedaríamos horas escuchándola, pero el deber nos llama... No obstante, si usted recuerda algo más a propósito de los extraños vecinos del segundo segunda, llame a la Comisaría de Orden Público y pregunte por el agente Nelo... Disculpe una vez más nuestra intromisión y, descuide, haré todo lo que esté en mi mano para reforzar la vigilancia en el barrio y ahuyentar a los criminales...

Calles del Ensanche, siete y media de la tarde

Dejaron el inmueble de la calle Consejo de Ciento bastante confundidos. No hablaron del registro fallido ni de las inquietudes de la buena mujer que les había dado de merendar. De hecho, Estremera empezó a quejarse, sin más, de que no acaba de hacerse un hueco en la ciudad, de que no se hacía con el carácter de su gente y de que le costaba entender el catalán. Y de que no soportaba pasar las horas muertas en la pensión.

Nelo sabía cómo se sentía su compañero y le ordenó que volviera a la comisaría, que averiguara lo que pudiera del tal Ramón Quesada y si algún mando del Ejército pertenecía a la Orden del Santo Sepulcro. También, que se enterara de si había ocurrido algo en su ausencia y que lo avisara, si era necesario. Solo si era realmente necesario.

Él paseó.

* * *

Nunca antes había sufrido la carga del paso de los días como en aquellas fechas. Tenía la sensación de que cada hoja del calendario que caía era una oportunidad malgastada, que cada pista fallida era como un borrón en una cuartilla ya demasiado enmarañada.

Empezaba a sentir la asfixia de un ambiente que le negaba el aire y la luz. Y era algo más que un estado de ánimo. Se apoderaba de él una extraña sensación de vértigo que nunca antes había experimentado. Era como si su ser no formase un todo y sus órganos trabajasen de forma aislada, que no colaboraran entre ellos para la bondad de su salud.

Parecía que los males del país se reflejaran en su cuerpo. Su corazón latía acelerado y algunos músculos palpitaban sin obedecer las órdenes del cerebro, que les pedía sosiego. Sus piernas andaban malhumoradas. Era un mal que abarcaba todo su organismo, como el que sacudía a Barcelona, a España entera.

Al llegar a la casa de la calle Aribau trató de evitar a las hermanas Castellá. Necesitaba relajarse. Llevaba una cara que parecía que iba a su propio entierro.

Se abandonó a una ducha. Durante un buen rato dejó su trastornada máquina humana bajo los chorros de agua cada vez más fríos gracias a la acción del aluminio pulido del conducto adosado a la pared por el que circulaba el líquido elemento, que lo aislaba de la cálida temperatura exterior. Durante bastantes minutos el agua impactó sobre su nuca para luego deslizarse sobre sus cansados músculos. Poco a poco la sangre comenzó a circular de nuevo con fluidez, poco a poco recobró la energía y el optimismo, y se alejaron el mal humor y las preocupaciones. Por fin, en su interior estalló una espita que liberó toneladas de aire ansioso.

Al salir del baño le aguardaban en el comedor las hermanas Castellá, con la mesa preparada para la cena. Se sentó con el cuerpo aflojado y las piernas blandas como gelatina. Doña Josefa le había servido un dedo del reconstituyente Quintonine en una copita de las de vino de postre —hasta en eso era puntillosa doña Josefa—, para que pudiera combatir la depresión por la canícula, la falta de apetito, la agitación del sueño y la pérdida de energía. Nelo, en esta ocasión, siguió los consejos de su casera. Ambas hermanas hicieron lo propio.

—Le encuentro cada día más desmejorado —comentó, como ya temía Nelo, doña Josefa—. ¡Debe cuidarse usted más!

El agente cabeceó en señal de conformidad.

—Dígame, don Francisco, ¿cómo siguen los asuntos de cambio y bolsa? —preguntó la ingenua casera, aún convencida de que Nelo era el activo e inteligente

hombre de negocios Francisco Bravo, con escogidas inversiones en el sector bursátil.

—Falto de órdenes y concurrencia. Débiles, cada vez más débiles —respondió Nelo, en su papel de empresario.

Rápidamente, doña Rosa Castellá, que parecía ausente, irrumpió en la conversación con un agudo comentario de los suyos.

—¡Como el gobierno! —dijo la ladina anciana entre sonrisas.

Su hermana la reprendió.

—¡Ya te he dicho mil veces que a don Francisco no le interesan los asuntos de la política! Discúlpela, don Francisco, la pobre ya pierde la cabeza —señaló la Cándida doña Josefa—. Y dígame, ¿a qué es debido ese debilitamiento en la bolsa? —insistió.

—Quizás a cierto nerviosismo y a cierta indecisión —manifestó Nelo a modo de reflexión.

—¡Como el gobierno! —replicó de nuevo doña Rosa.

Su hermana volvió a reñirla como a una niña traviesa que dijera sandeces en un corro de adultos.

—Y el gobierno del señor Companys, ¿qué piensa de todo cuanto acontece? —intervino de nuevo la señora Rosa, lo cual provocó una nueva expresión de disgusto de su hermana.

La carmelita terciaria estaba convencida de que don Francisco —es decir, Nelo— no solo conocía a los miembros de la Generalitat, sino que trataba con ellos a menudo.

El encubierto hombre de negocios respiró profundamente para ganar tiempo y ofrecer una reflexión sin ponerse al descubierto. Pensó, y pensó más y empleó como escudo unas manifestaciones que los consejeros de Economía y de Trabajo, los señores Prunés y Barrera, habían efectuado durante una reunión con representantes de los más importantes círculos empresariales de la ciudad.

—Verán, en una reunión con los empresarios, los consejeros Prunés y Barrera —empezó a decir con aires de discurso institucional— han comunicado que la Generalitat está determinada a hacer cumplir la ley y a poner fin a esta perpetua inquietud y a este estado de alarma. Estos consejeros han comprometido su apoyo al cumplimiento de las leyes sociales, pero también han reclamado a los dirigentes del proletariado que aparquen sus exorbitantes demandas y otorguen un margen de confianza para realizar una obra constructiva. En caso contrario...

—En caso contrario, ¿qué? —preguntó, atemorizada, doña Josefa, y empezó a entonar un avemaría.

—Nada, nada, señora Josefa, que no llegará la sangre al río —la tranquilizó Nelo.

—¿Ha oído usted hoy al señor Companys por la radio? —insistió ella—. ¡Ay, Dios del cielo y de la tierra, ampáranos! El presidente ha dicho que Barcelona, la región y el país viven en una especie de guerra civil. ¿Es cierto, señor Bravo?

—No haga usted caso. Es una expresión... cómo le diría yo... una expresión exagerada.

—¡Tranquila, Pepita! *Fins a la mort, tots arribarem vius!*^[3] —le soltó su hermana.

—¡Tú, cada día más bruja, Rosa! —la reprendió de nuevo doña Josefa.

Lo cierto era que las palabras del presidente catalán habían corrido como la pólvora por toda la ciudad. Cabía, pues, que se impusiera la sensatez y la calma. Nelo pensó que no era momento de adoptar decisiones precipitadas que obligasen a dar un paso atrás irremediable. Era el momento de que las entidades obreras, a fin de fortalecer la economía catalana, y de este modo al propio gobierno, fueran moderadas, no en sus demandas, sino en la oportunidad de sus reivindicaciones. Era también el momento de que los patronos permaneciesen del lado de la ley. La situación exigía prudencia, a todos. También a la Iglesia.

—¡Quizás si los obispos catalanes no estuvieran todo el día repartiendo indulgencias por los muertos y se preocuparan un poco más por los vivos, las cosas irían un poco mejor! —criticó Nelo.

La señora Josefa se santiguó y reprendió a su huésped al creer que había arremetido contra la Iglesia con retintín.

—¡Cómo se atreve! —le riñó—. ¡Sepa usted que cuando mi difunto esposo falleció, y que Dios lo tenga en su seno, el señor obispo de Barcelona se dignó conceder la indulgencia!

—Le ruego que me disculpe, doña Josefa. No era mi intención ofender la memoria de su esposo, a usted ni a su fe. Únicamente he pretendido referir que la Iglesia catalana debería tomar ejemplo del cardenal de París...

—¿Qué ha dicho ese santo varón? —preguntó doña Josefa sin saber siquiera quién era el prelado parisino.

—Lo que debería decir todo buen cristiano. Ha llamado a los católicos a crear una atmósfera de paz y fraternidad, sacrificando soluciones partidistas, rencores, preferencias políticas y hasta sus propios intereses. ¿Sabe usted que hasta la Iglesia ha reconocido los derechos de los obreros?

—¡Por Dios! —exclamó la mujer, como si el reconocimiento de dichos derechos fuera una barbaridad.

—La cuestión —prosiguió Nelo— estriba en no confundir comunismo con comunistas, como ha dicho el cardenal de París. Al fin y al cabo, los comunistas, como los católicos, son hijos de un mismo Dios.

—¡Bien dicho! —exclamó doña Rosa, con un golpe de cuchara sobre la mesa. Nelo vio a doña Josefa alarmada.

—¡Señora, tranquila! Es lógico que la Iglesia se empeñe en combatir al comunismo en tanto que doctrina inconciliable con el catolicismo y que los católicos

quieran salvar del error y del mal a sus hermanos comunistas, pero deben hacerlo con el poder de la oración y no de las soflamas.

Doña Josefa aceptó tanto sus disculpas como su análisis y, pendiente como siempre del bienestar de su huésped, le convidó a un cigarrillo.

—¡Usted siempre tan atenta! —le agradeció el gesto Nelo. Su cara cambió cuando doña Josefa le obsequió con un cigarrillo balsámico del Doctor Andreu que había comprado expresamente para él.

—¡Me han dicho en la farmacia que es otra forma de continuar fumando sin lastimar los bronquios! —explicó, sonriendo, la mujer.

Nelo valoró el gesto, pero lo rechazó, al tiempo que se ponía a liar, con su disciplinado método, un pitillo de tabaco *de consejero*.

Acabada la cena, la señora Josefa se acicaló, tomó su bolso y dijo que se iba. Su hermana la miró con expresión de censura y gritó:

—Pero ¿adónde vas a estas horas con tanta premura, alma de cántaro?

—¡A salvar a los comunistas y a implorar el perdón de nuestro Señor para don Eugeni Castell! —contestó la bobalicona mientras cerraba la puerta de golpe.

Nelo preguntó a doña Rosa qué había sucedido con el bueno del señor Castell, el amo de la lechería del barrio.

—Parece ser que el bueno del señor Castell era un diablillo. El Ayuntamiento ha procedido al cierre de su establecimiento por adulterar la leche, ¡de forma reiterada!

Doña Rosa aún hizo otra observación, en su insidiosa línea:

—¡Es asombroso cómo crecen las mentiras! —Rio y añadió—: Uno empieza con una mentirijilla que parece fácil de ocultar, pero de repente se encuentra acorralado y cuenta otra, y otra...

Nelo también sonrió y se retiró a descansar. Lo necesitaba. Sabía con certeza que las jornadas siguientes serían aún más intensas.

Capítulo 8

Barcelona, 9 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, diez y cuarto de la mañana

Como era de prever, nadie respondía a la identidad de Ramón Quesada, y el piso sospechoso de la calle Consejo de Ciento llevaba muchos años cambiando de inquilinos sin que nadie supiese dar razón certera de su propietario natural. En las oficinas de arrendamiento de la ciudad no existía ningún dato acerca de los últimos alquileres de la vivienda. Era como si esa casa nunca hubiera existido.

La actividad en la comisaría se paralizó durante unas horas con motivo de la toma de posesión del nuevo jefe de los servicios de Orden Público, el comandante Guarner. Arropando al nuevo cargo estaban, entre otros, el comandante Bosch, de los Somatenes; el también comandante Herrando, de las fuerzas de Seguridad y Asalto; el comisario Escofet; el consejero de Gobernación, señor España; varios jefes de los Mozos de Escuadra y de la Guardia Civil, entre ellos el general Aranguren. También estaban presentes Querol y otros periodistas locales. Sin embargo, no hizo acto de presencia el general de división, Llano de la Encomienda.

—¡Tal vez anda enfrascado en atender asuntos más importantes que estrechar lazos y defender la República! —observó, irónico, el comisario.

Por supuesto, tampoco acudió al acto —aunque ni fue convocado ni tampoco se le esperaba— el segundo y más veterano oficial de la guarnición, el general Fernández Burriel.

Antes de que nadie pudiera decir nada, el comisario Escofet tomó la palabra.

—No os preocupéis —dijo para alivio de los invitados, que se esperaban una de sus largas peroratas—, no voy a haceros un discurso. Hace pocos días vine aquí a tomar posesión del cargo que ocupo y hoy tengo el honor, en nombre y representación del Gobierno de la Generalitat, de dar posesión del cargo de jefe de servicios al comandante Guarner. No creo necesario haceros la presentación del señor Guarner, pues lleva ya un año en esta casa. Todos conocemos su brillante carrera militar y su gran republicanismo. Hemos pasado por momentos de júbilo y de amargura. Aún recuerdo aquel 12 de octubre, frente al tribunal, a la espera de recibir la última pena^[4]. Y hoy me reafirmo en aquellas palabras que pronuncié en tan dramático momento: No rehuiré nunca mi responsabilidad. He sacrificado mi vida por España, por la España republicana, y por mi amada Cataluña, y lo seguiré haciendo...

Dirigiéndose al comandante Guarner, le dijo:

—He de advertiros que en vuestro cargo habréis de pasar momentos de sinsabores. Yo, en los pocos días que estoy aquí, he pasado ya horas amargas, pero no

descorazono por esto, antes al contrario, vuestra presencia aquí me fortifica. Vuestro nombramiento me ha llenado de satisfacción y espero que vuestra colaboración me sea preciosa.

A continuación, el señor Guarner hizo uso de la palabra:

—Hace unos días recibí la inesperada llamada del presidente Companys rogándome que fuera a verle. Acudí a su despacho y, con su habitual simpatía, me comunicó que había pensado en mí para este cargo. Yo me negué, diciéndole que ya estaba destinado en un puesto militar que era de mi satisfacción y, además, ya disponía de piso en Madrid y tenía la vida organizada. También pensé que el cargo lo debía desempeñar un civil...

El señor Guarner miró al jefe Escofet y añadió:

—El presidente Companys dijo entonces que entendía y compartía mi opinión, y que si bien era válida para tiempos normales, no lo era para los que vivimos ahora. Insistió en que contaba conmigo porque importantes asuntos se advertían para el devenir de la República. Lo que definitivamente hizo que aceptara este cargo fue la presencia del comisario Escofet. Me preguntó el presidente si yo me avendría a servir a sus órdenes; yo le contesté que no tenía ningún inconveniente en servir a las órdenes de tan gran persona como es el señor Escofet.

Los invitados aplaudieron con fervor esas palabras de elogio.

—¡Y aquí estoy, dispuesto a cumplir un deber! ¡Procuraré hacerlo lo mejor que me sea posible! Al igual que el comisario, yo pido a todos la mayor disciplina, tanto de los superiores como de los subordinados. Estoy dispuesto a exigir un verdadero esfuerzo a todos. Todo lo que se ordene se ha de cumplir, cueste lo que cueste... Y para terminar, quiero pedir, no por puro formulismo, fríamente, sino de todo corazón, que todos gritéis conmigo: ¡Viva la República!, ¡Visca Catalunya!

Hasta Querol contestó los vítores, llevado por la euforia del momento.

El Pelmazo se aproximó al corrillo que formaban los señores Escofet, Guarner y Nelo, interrumpiendo la conversación, que parecía distendida y agradable.

—Disculpe, señor Guarner. Permítame que me presente: Querol, periodista. Ha dicho en su discurso que el presidente Companys le insistió en contar con usted porque hay importantes asuntos que se advierten para el devenir de la República. ¿A qué asuntos se refiere?

—Señor Querol, no creo que sean estos el lugar ni el momento más oportunos para... —empezó a decir el comisario, al quite del comandante Guarner.

—¿No serán estos asuntos la existencia de indicios de que se prepara un movimiento militar en...? —insistió el periodista.

Querol tampoco pudo acabar su pregunta. En esta ocasión fue el propio Nelo quien, con cierto enojo por la terca insistencia del joven, lo apartó del corrillo.

—¿Quién es? —preguntó Guarner.

—No se preocupe, comandante. Es un periodista de confianza, de entera confianza, aunque algo testarudo —aclaró Nelo para su tranquilidad.

—Por cierto, señor Nelo, a mis oídos ha llegado que se encaró usted con el general Burriel —comentó el nuevo jefe de los servicios de Orden Público.

—Debemos andarnos con ojo, con mucho ojo, con este general. ¡Si pudiéramos echarle el guante! Estoy convencido de que trama algo, algo muy serio —apuntó el comisario con rostro grave.

* * *

De poco servía que la Generalitat tomara en serio los informes de los servicios de seguridad si en Madrid se miraba hacia otro lado para no ver la conspiración. Si de él dependiera, si él fuera ministro, por ejemplo, Nelo hubiera llamado a la capital del Estado a Llano de la Encomienda y lo hubiera puesto firmes. Le habría ordenado una investigación en profundidad de los hombres a sus órdenes y, por supuesto, a la vista de los indicios, habría abierto un expediente al general Burriel. Si de él dependiera... Pero querían pruebas.

Nelo decidió recabar el apoyo de sus colegas de Madrid para tratar de identificar a la joven y fascinante dama que, días atrás, en la fiesta del Club Marítimo, fue vista en compañía del general. Tal vez se tratara de la misma mujer que la señora Fuster había situado en el 261 de la calle Consejo de Ciento, junto a un caballero con aires de marqués y una insignia con la cruz de la Orden del Santo Sepulcro que se hacía llamar Ramón Quesada.

Un agente de la Comisaría General de Orden Público con extraordinarias habilidades para el dibujo le ayudó a trazar un perfil a lápiz del rostro de la mujer. El parecido con la realidad era asombroso. A medida que el dibujo tomaba cuerpo, en su memoria también cobró vida el rostro de caprichoso encanto de la mujer. Y sus grandes ojos azul pálido, en los que quedó atrapado y que le sugirieron pasión y drama.

Junto a la copia en papel carbón del dibujo adjuntó un informe dirigido al capitán Abasolo. Estremera sería el encargado de llevarlo, y para ello debía tomar el primer medio de transporte disponible con destino a la capital de España. Su leal colaborador tomó el primer y único vuelo de la tarde, una aeronave que partió del aeródromo de El Prat y transportaba a otros siete pasajeros y mercancías diversas.

Esa tarde, sin previo aviso, Nelo se personó en la sede de la Capitanía General a fin de entrevistarse con el general de división Francisco Llano de la Encomienda. Su secretario le preguntó si tenía cita concertada. El agente, por supuesto, dijo que no. Nelo deseaba jugar con el factor sorpresa y no había anunciado con antelación su

presencia.

—En este momento el general se encuentra en otros menesteres más importantes —le comunicó su secretario.

—¿Qué puede haber más importante que atender los asuntos de la guarnición militar en Barcelona? —preguntó Nelo.

—¡La misión del capitán don Antonio Olivé Magarolas! —respondió el secretario.

—¿Quizás el capitán Olivé Magarolas ha venido a Barcelona apremiado por algún asunto de la máxima urgencia? —cuestionó Nelo.

—¿Qué entiende usted por urgencia? —preguntó el secretario.

—¡Aquello que urge, que corre prisa por su trascendencia y necesidad!

El secretario era un mandado y, pobre de él, dijo lo que sabía, aunque hasta él mismo comprendía que el asunto que distraía el interés del general Llano de la Encomienda era una mamarrachada:

—El capitán Olivé —explicó—, en tanto que jefe del servicio colombófilo del Ejército, ha venido a Barcelona en comisión de servicio, por orden del Ministerio de la Guerra, para asistir a la suelta de cinco mil palomas mensajeras de las sociedades colombófilas belgas que tendrá lugar la próxima madrugada en el estadio de Montjuic. El señor Llano de la Encomienda ha puesto su máximo interés en el asunto para que todo salga a pedir de boca...

—¿Y luego de tan trascendental evento, habrá un hueco en la agenda del general? —insistió el agente, no sin cierta sorna.

—Mucho me temo que no —respondió su secretario—. Después de la suelta de palomas se ha convocado la reunión del tribunal para escoger al nuevo custodio de las llaves de la prisión de Montjuic y mi general desea estar presente por considerar que se trata de una designación muy importante.

—¿Quizá más tarde? —insistió Nelo.

—Imposible —volvió a contestar el secretario—, se ha convocado al personal que compone la Junta de Arriendos de Hierbas y Pastos y mi general nunca falta a la cita... Pero si usted lo desea le puedo reservar cita para el próximo... el próximo día diecinueve de julio —dijo el secretario después de consultar la agenda del general.

—¡Para esa fecha quizás estemos todos muertos! —murmuró Nelo.

—¡Disculpe!, ¿qué ha dicho usted? —preguntó el secretario del general.

—¡Olvídelo! ¡Olvide mi presencia aquí! —le rogó.

* * *

Nelo, finalmente, desistió del intento. Agradeció al secretario su atención y su

sinceridad y abandonó la Capitanía maldiciendo a las palomas, al general, al custodio de las llaves, al castillo de Montjuic y a un escalón cuya presencia no advirtió y que a punto estuvo de hacerle caer de bruces en la calle.

Era como una marea. Aquel vértigo iba y venía, aparecía, se desvanecía, y le dejaba agotado. Nelo regresó a la comisaría con el amargo sabor de la frustración en la boca. Volvía también a su mente y a su cuerpo aquella sensación de angustia que le impedía pensar con claridad. Su estómago era una madeja de hebras ardiendo al rojo vivo. Tampoco comió.

«¡Resmas de papel! ¿Qué demonios significará eso de las resmas de papel?», se preguntaba una y otra vez, tratando de descifrar un enigma al que concedía la máxima importancia. En su resolución podía estar la clave de todo.

El comisario general de Orden Público puso a su disposición más hombres, y de inmediato ordenó que revisaran las hojas de control de los movimientos del puerto de los últimos treinta días. A otro grupo lo puso a inspeccionar las últimas naves arribadas: los motores postales procedentes de Canarias y Cádiz, los vapores españoles llegados desde el Cantábrico, los pailebotes de las Baleares e, incluso, los veleros de recreo procedentes de otros puntos de la costa catalana y del Mediterráneo.

Investigaron todas las operaciones de comercio con resmas, de papel o de cualquier otro material, de las que tuvieron conocimiento.

Indagaron en un gran almacén, en el número 20 de la calle Pelayo, que liquidaba, a cinco pesetas, lotes de lápices, telas, cuadernos de dibujo, cuartillas, resmillas y resmas de quinientas hojas de papel comercial. Rastrearon en un apartado de correos de un ciudadano que respondía por las iniciales B. G. y que, a través de un anuncio en prensa, demandaba la compra de ciento cuarenta y cinco resmas de papel de registro de determinadas medidas.

Interrogaron a un vecino de la calle Paradís que, en otro anuncio, demandaba la compra urgente, para antes del cinco de julio, de papel en resmas. Ninguna de las pesquisas dio resultado.

También investigaron, sin mayor fortuna, el resto de nombres en clave que aparecieron en los documentos de naturaleza presuntamente mercantil hallados días atrás en la casa vacía de la barriada de las Corts, junto a una caja con armas y munición: Odina, Bresolini, Jeanne G. y Llopis... Y otra vez las impertinentes resmas de papel.

¿Qué más podía hacer? Necesitaba ideas, y a él ya no se le ocurría ninguna. Había perdido perspectiva y necesitaba una visión nueva, distinta.

«Querol», se dijo de inmediato.

No lo pensó dos veces. Tomó su chaqueta del respaldo de la silla y salió a buscarlo, convencido de que lo encontraría, como siempre, junto al portal del edificio. No estaba. Volvió a entrar para preguntar en el cuerpo de guardia si sabían

algo de él, y allí lo vio: sentado en una silla, con el cuaderno en el regazo, sacando punta a un gastado lápiz con una pequeña navaja.

Apoyó su mano en el hombro del joven y entonces le hizo un gesto para que le siguiera. Le llevó a un bar de coqueo y comidas económicas situado al inicio de la calle Pelayo. El periodista iba, como siempre, desgarrado en el vestir y por un instante Nelo estuvo tentado de presentarle al sastre de los hermanos Pantaleoni.

Hacía calor, cada vez más. El día había amanecido con veinticuatro grados en el centro de la ciudad y, al atardecer, los termómetros se habían disparado hasta los treinta y tres. Además, los vientos soplaban flojos y la humedad iba en aumento. No apetecía hacer nada que conllevara un esfuerzo, ni mental ni físico.

—¿Qué le dice a usted la expresión «resmas de papel»? —preguntó Nelo a Querol.

El periodista cerró los labios durante unos instantes, miró su vaso de cerveza helada y con voz apagada y tono de obviedad respondió:

—Una resma equivale a veinte manos de papel... Murmurando, el agente hizo sus cálculos mentales. —Bien, una mano de papel es igual a la vigésima parte de una resma... una resma...

El dato, por sí solo, no le dijo nada. Querol siguió:

—Una mano puede equivaler a unos veinte cuadernillos. El agente pensó que esa cifra tampoco le aportaba pista alguna. El periodista añadió:

—Un cuadernillo consta de cinco pliegos. El apunte volvía a situar a Nelo en el mismo punto del inicio, bloqueado.

—¿Pero cuánto es un pliego? —preguntó, con ganas de llegar al fin de la cadena de posibles soluciones.

—Un pliego es una pieza rectangular de papel, lo que llamaríamos una hoja completa, extendida tal y como sale de fábrica —le explicó el joven Querol, con un bigotito de espuma de cerveza en su labio superior y cara de no entender nada.

El nuevo interrogante que se abría era si un pliego podía tener diversos tamaños. Lo único que surgió de aquel galimatías fue una sucesión de conceptos y palabras encadenadas por caminos insospechados que no llevaban a ninguna parte en los propósitos de Nelo.

El agente puso en antecedentes al periodista, rogándole, prohibiéndole publicar nada en absoluto de todo lo que se dijera en aquella mesa. Querol se quejó.

—¿Ni un detalle? —suplicó el cronista.

—¡Ni una leve insinuación! —sentenció el agente.

Resignado, miró al techo. El vaso de cerveza estaba vacío y pidió otro. Nelo, un té frío. Entonces, con gesto y voz enérgicos, el periodista sugirió analizar la cuestión en clave de calendario.

—¿Cinco pliegos? —se preguntó.

—¿Cinco de julio?

Hicieron un repaso mental. Ese día no sucedió nada extraordinario que no fuese la detención de un par de individuos por repartir hojas clandestinas en el Teatro Novedades, la colocación de un petardo sin mayores consecuencias en el Centro Federal de la calle Gravina y una reyerta a botellazos y silletazos en una taberna de Somorrostro.

Querol revisó su cuaderno de notas buscando otros eventos de interés informativo del cinco de julio. Encontró uno, de carácter social, que nada tenía que ver con el orden público.

—Fue en el Barcelona Lawn-Tennis Club —empezó a explicar el periodista—. Se trató de un simpático acto, el último de la temporada, que congregó a las guapas señoras y señoritas de su comité de honor. Realmente aquello rebosaba belleza.

Nelo observó, conmovido, cómo el joven se entusiasmaba a medida que avanzaba su relato. Algo debía de recordar, algo realmente hermoso, porque apoyó los codos en la mesa, la barbilla entre las manos y dejó que la mirada se perdiera, ensoñadora, hacia el infinito.

—Pero había una que destacaba entre todas. Se llama Enriqueta y es hija de los señores Palau y López de Salas.

El agente supuso que era cosa de la cerveza, la temperatura y la ausencia de vida social del periodista, porque el caso es que el hombre hablaba y no paraba, y aunque lo que decía parecía congruente no tenía nada que ver con lo que les había llevado allí.

—Nunca he hablado con ella, claro —siguió su monólogo—, pero hace tiempo la cité en un reportaje a propósito de la irrupción de la mujer joven en el deporte. Enriqueta tiene diecisiete años y es una gran deportista. Sus padres, de honda tradición monárquica, quieren casarla con un teniente, un tal Crespo de Olarte, hijo de un linaje navarro de rancio abolengo militar y oficial del Regimiento de Caballería de la ciudad al mando del general Burriel.

—Señor Querol, ¿podríamos centrarnos en la cuestión? —reclamó Nelo.

—¡Disculpe! ¿Qué decía...? —preguntó Querol volviendo de su dulce sueño.

—¿Le ocurre algo? Parece que la cerveza no le ha sentado bien.

—No, no, será el calor... ¡Ah!, sí... estábamos analizando el asunto en clave de calendario... Quizá la clave sea el número veinte, por aquello de que una resma son veinte manos de papel —observó el periodista apurando su segundo vaso de cerveza helada.

El sudor empapaba sus lentes. Se despojó de su americana, se remangó la camisa y aflojó el nudo de su estrafalaria corbata. Nelo, ya desesperado, hizo lo propio.

—¡El veinte!, ¿qué ocurrirá ese día? —volvió a preguntarse con inquietud Nelo.

—¡Solo Dios... y, tal vez, los militares y los fascistas, sepan lo que ocurrirá el día

veinte! —exclamó Querol para mayor desasosiego del agente.

Nelo pensó que el reportero le podía ser útil para sus fines y le entregó una copia con el listado de claves y códigos de la documentación de La Española con la finalidad de que indagase. El periodista sabía moverse tanto en los ambientes de sociedad como en los barrios más deprimidos.

—Búsqueme algo, encuéntreme un nexo, pero, Querol, le ruego la máxima discreción y prudencia. Hay mucho en juego.

Capítulo 9

Barcelona, 10 de julio de 1936

Calle Consejo de Ciento, mediodía

El encuentro lo había organizado el consejero de Gobernación, el señor España, y tuvo lugar en un salón privado de un restaurante situado en la confluencia de la calle Consejo de Ciento con la Rambla de Cataluña. El propietario era amigo íntimo del consejero y la discreción estaba garantizada.

En la mesa también se encontraban el delegado del Estado para los servicios de Orden Público no traspasables, señor Casellas, Escofet y el segundo de la comisaría, el comandante Guarner. El agente Nelo asistía porque Escofet se lo había pedido, aunque creía que esas reuniones eran inútiles, una pérdida de tiempo. En ese instante hubiera preferido conocer los detalles del parte que había llegado esa mañana a la comisaría: la policía había hallado una bomba, con la mecha apagada, colocada frente a la puerta de la casa del número 15 del paseo de Maragall, residencia de un individuo apellidado Martí, elemento considerado próximo al presidente de la sección catalana de la Falange, el señor Bassas Figa.

Escofet le había explicado que el consejero había mantenido en las últimas horas intensos contactos telefónicos con Madrid con el fin de acelerar una serie de traspasos a la Generalitat, en especial los de Orden Público, de los que solo quedaban pendientes unos flecos, y que tal vez tuviera noticias. Pero Nelo no le vio relevancia.

A él le preocupaban el asesinato del gerente de La Escocesa y el atentado contra el coronel Moracho, que permanecían aún sin esclarecer. En el primer caso las pesquisas se centraban en antiguos obreros de la fábrica que habían sido despedidos. En el caso del coronel, los avances en la investigación eran escasos, insustanciales. En su última declaración, Moracho recordó que en los últimos meses había recibido varios anónimos amenazadores, el último en junio. Sin embargo, no les hizo mayor caso y los rompió.

Un grito sacó a Nelo de sus pensamientos y lo devolvió a la realidad.

—¿Quién manda en España? —vociferaba el consejero de Gobernación, propinando un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo temblar platos y copas.

El resto de comensales guardó silencio, entre el estupor y la inquietud por la reacción del señor España, hombre muy poco dado a las manifestaciones exaltadas y salidas de tono.

—¿Quién manda en España? —volvió a preguntar de modo retórico el consejero, en esta ocasión con tono pausado y, quizá, resignado.

Él mismo se respondió:

—¡Señores!, esa es la pregunta que me hago yo y que se hacen todos los

ciudadanos a diario e inútilmente desde las elecciones de febrero.

El consejero deshizo el nudo de su corbata. Desabrochó el primer botón de su camisa. Se remangó y prosiguió.

—Todos esperábamos que nos gobernase quien venció en las urnas, el Frente Popular. Hasta los derechistas, aun a disgusto, hubiesen saludado una cara que gobernase... Sin embargo, ¿qué ha ocurrido, señores míos?

Todos callaron; esperaban la reflexión del consejero.

—¡Yo lo diré! Lo que ha ocurrido, señores, es algo extraordinario, desagradable, inesperado incluso para la derecha. Los gobiernos habidos desde febrero han hecho muchas cosas, en efecto, pero gobernar, lo que se dice gobernar, ¡no, no y no!

«¿Adónde quiere ir a parar?», se preguntó el agente.

—¿Y saben ustedes qué es lo más doloroso de este asunto? —insistió el consejero—. ¡Yo lo diré! Que esos gobiernos del Frente Popular han podido gobernar plenamente, a sus anchas... porque ¿dónde están los verdaderos rivales políticos?

—La derecha... —se atrevió a replicar el señor Casellas, que no pudo proseguir al ser interrumpido por el consejero.

—¡La derecha, dice usted! —contestó el señor España entre risas irónicas—. Los derechistas, amigo Casellas, aún no se han rehecho de la derrota de febrero y son incapaces de afrontar y, mucho menos, oponerse a una obra de gobierno.

—¿Y quién pues...? —preguntó ahora el delegado del Gobierno en Cataluña.

—Sus propios correligionarios, con sus turbas, sus manifestaciones, sus presiones continuas, sus conflictos diarios, sus querellas intestinas, sus peticiones absurdas, sus huelgas a granel...

Tal fue el sofoco del consejero en la enumeración de los problemas que debió dar descanso a su enojo ante el riesgo de que sus venas y arterias, que se manifestaban extremadamente palpitantes, explotasen. Tomó un trago de agua y, acto seguido, de vino, casi todo el vaso, de un sorbo.

Nelo no estaba allí para asistir a un mitin político, así que urgió al consejero a que se definiera:

—Disculpe, consejero. ¿Qué propone usted entonces?

—Señores, la Generalitat, nuestro Gobierno, está resuelto a dirigir la vida pública y no irá más a remolque de Madrid. ¡Seriedad y firmeza, caballeros!

El consejero abandonó la reunión sin concretar cómo el Gobierno de Cataluña iba a hacer frente a la situación que, sin ser nueva, era insólita y había sorprendido a los gobernantes a contrapié.

Parecía una declaración de intenciones, quizás una amenaza... o un farol... de que el consejero, y aún más gente en la Generalitat, buscaban, por qué no, el camino de la secesión. Sabían los allí reunidos que él mandaría un informe a Madrid, y tal vez fuera eso lo que pretendían, meter el miedo en el cuerpo al Gobierno central para

que, de una vez por todas, actuara. De todos modos, todo le pareció demasiado inconsistente, y dudaba de que mereciera la pena elaborar siquiera ese informe.

Nelo salió del restaurante escoltado, a lado y lado, por Escofet y Guarner.

—¡Mucha grandilocuencia, poco provecho! —susurró al comisario, quien le invitó a no perder el optimismo, aún.

En ese momento, ya en la calle, el comisario apoyó su mano en la espalda del agente con la intención, al parecer, de encaminar sus pasos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nelo, consciente de la maniobra.

—¡A Capitanía!

* * *

Era una habitación pequeña, con un ventanuco que daba al patio de luces y que no servía para airear si no se abría también la puerta. Sobre una mesa camilla, también de reducidas dimensiones, un costurero abierto con una buena colección de hilos y agujas y un dedal de latón. La mujer zurcía una media negra por el talón, y lo hacía con esmero, con un huevo de madera metido en la prenda para mostrar mejor la trama y asegurarse de que cosía donde debía para tapar el agujero.

—¡Aya! —gritó una voz juvenil desde el pasillo para anunciar su llegada.

—Estoy aquí, pequeña —respondió la anciana.

La joven asomó la cabeza primero, y luego se quedó en el umbral. Vestía una larga falda blanca plisada y un jersey deportivo de lino, y llevaba una raqueta de tenis en la mano. El pelo, sujeto atrás en una cola, y la frente, húmeda de sudor.

—¿Dónde está el vestido nuevo, el que compramos el otro día?

—Lo puse en el armario de tu habitación, querida. Te lo vas a poner hoy, ¿verdad? Ya sabes que a tu madre le gusta que vayas bien arreglada cuando hay que recibir visitas.

—¿Quién viene?

—Aquel soldadito, ¿lo recuerdas? El de la hípica, el que te saludó cuando estábamos sentadas en el banco.

—Bah... Ése... Un arrogante, un abusón al que se le caen los tirantes cuando saluda a su general, que lo vi yo. ¿Sabes a quién me gustaría conocer? Al que escribió aquello de las mujeres deportistas en el periódico.

La anciana levantó la vista de la costura y le dirigió una mirada y una sonrisa. Y la joven Enriqueta se lo tomó como una invitación a hablar, así que entró, se sentó en la cama, se arregló los pliegues de la falda y se dispuso a hacerlo.

—Ya sabes que mi compañero de pupitre es hijo del director del periódico, ¿verdad?

—Que chicas y chicos vayáis juntos a clase no puede ser bueno.

—No seas anticuada, aya. Le pedí que me consiguiera un ejemplar del periódico y que, si podía, averiguara quién lo había escrito. Yo pensaba que sería un señor serio, ya sabes, de esos de chaleco de once botones y sombrero, y resulta que no, que es un joven que hace poco que ha llegado a Barcelona y que es muy listo y que escribe muy bien. ¿Te imaginas que además fuera guapo?

—Anda, anda, que ya eres mayorcita para contarte cuentos... Y haz el favor de ducharte, has sudado, y ponte el vestido nuevo. Antes de que tu padre se levante de la siesta. Se enfadará si te ve así.

—Pues que se enfade, porque no pienso cambiarme. No por el membrillo del teniente.

Y dicho esto, Enriqueta se levantó y salió de la habitación, con la raqueta apoyada en el hombro y la cabeza bien alta.

Capitanía General, cuatro y media de la tarde

Cuando entraron en Capitanía, los soldados de guardia en la puerta se cuadraron y saludaron, no tanto por el uniforme que lucía el comandante Guarner como por la actitud determinada de Escofet. Nelo los seguía a un paso de distancia.

—Haga el favor de comunicar a don Francisco que el comisario general de Orden Público desea verle —anunció con voz marcial el señor Escofet al secretario del señor Llano de la Encomienda.

—Mi general no se encuentra en Capitanía. Está atendiendo otros asuntos que requieren su presencia —contestó el secretario, diligente, pero apocado.

—¡Ayer fue la suelta de las palomas belgas! ¿Qué distrae hoy al general? —gritó el comisario.

El secretario se achicó un poco más. Redujo la voz y anunció de corrido, como si se tratara de una lección aprendida:

—Mi general se ha trasladado al Ayuntamiento. A una recepción. Lo habrá leído usted, la ciudad rinde tributo a los aviadores Calvo y Arnaiz, que han aterrizado a primera hora de la mañana en el aeródromo de la Volatería, ya sabe, por el raid aéreo entre Manila y Madrid.

El comisario salió de la comandancia refunfuñando.

—¡Maldito general! ¡Estúpido general!

—Ya le dije yo que sería inútil —observó Nelo—. Y, ahora, ¿adónde vamos? —preguntó el agente.

—¡Al Ayuntamiento! —exclamó Escofet.

Circuló rápido, muy rápido, como si fuera el único conductor en las calles. No estaba dispuesto a dejar pasar más tiempo sin estrechar el cerco al general.

Ayuntamiento de la ciudad, cinco y cuarto de la tarde

Los dos guardias urbanos de servicio, con su atuendo de gala, en la puerta principal del consistorio barcelonés pudieron ver cómo se abalanzaba hacia la entrada que custodiaban un hombre hecho una furia, que avanzaba con decisión, a grandes zancadas, seguido por un oficial de los Mozos de Escuadra y un civil bien trajeado. Aunque lo hubiesen querido, no hubieran podido detenerlos. Se apartaron, se cuadraron y saludaron llevándose la mano derecha a la sien.

—¿Dónde? —gritó Escofet.

A uno de los guardias, el de reflejos más rápidos, solo se le ocurrió señalar la escalera de mármol negro que conducía a la planta noble, y hacía allí se dirigieron Escofet, Guarner y el agente Nelo.

El comisario accedió al regio salón de ceremonias del Ayuntamiento con paso decidido, militar. Sus acompañantes quedaron a cierta distancia, tal vez impresionados por su despliegue de energía, tal vez intimidados por la gran cantidad de gente de calidad reunida allí.

El general Llano de la Encomienda departía en ese momento, de modo distendido y entretenido, con los aviadores Calvo y Arnaiz, que hacían las delicias de los invitados con el relato de sus peripecias, sobre todo las vividas en Rangún y Egipto, donde, según dijeron, a punto estuvieron de perder la vida por culpa de las severas adversidades climatológicas. En el distraído corrillo también figuraban el alcalde accidental, el señor Ventos, el consejero de Economía y Agricultura, señor Prunas, y el delegado del Estado en Cataluña para los asuntos de Orden Público no transferibles, señor Casellas, y algunos representantes de la Compañía de Tabacos de Filipinas.

Escofet se aproximó sin dudarlo al general, mientras Guarner y el agente Nelo permanecían unos pasos detrás, expectantes.

—¡Comisario, qué agradable sorpresa! —exclamó el general sin convicción alguna al verlo—. ¡Únase a nosotros! —le pidió, por cortesía, mientras con una mano sujetaba una copa de cóctel y con la otra un cigarro, gentileza de Tabacos de Filipinas.

El señor Escofet agarró de un brazo al general, como si fuera a proceder a su arresto, y lo llevó hasta un rincón del salón. Los demás invitados no se alarmaron, seguían embelesados con las historias de los aviadores en su periplo aéreo por medio mundo.

—¡General!, urge que tome cartas en el asunto... —le emplazó el comisario.

—Comisario, no creo que sean el momento y el lugar adecuados para... ¡Sea lo que sea, puede esperar!

—General, vengo de Capitanía y, al parecer, no habrá ningún momento adecuado

para hablar con usted hasta dentro de semanas. Y lo que tengo que decirle no puede esperar un minuto más. Hombres bajo su mando están conspirando, aquí y ahora, contra la República. Está en peligro la vida de miles de personas... el Gobierno de Cataluña... el de la nación.

—¡Sandeces! —se limitó a susurrar el general, procurando no llamar la atención de los invitados a la ceremonia, pero evidenciando su genio más áspero—. Tengo mis propias fuentes de información y si hubiera algo de eso que usted dice, habría sido informado.

El comisario hizo varios intentos de mostrarle los documentos que probaban la existencia de la trama facciosa. Don Francisco Llano se lo impidió.

—¡Compórtese, por Dios! ¡Un hombre de su posición...! —le reprendió el general—. Mis hombres me son leales.

—Y su lealtad, ¿con quién está?

* * *

A esa hora los edificios de la plaza de San Jaime daban unos metros de sombra, y hacia allí se dirigió el agente cuando salió del Ayuntamiento. Hacía calor, había mucha humedad y apenas soplaba una brisa que poco contribuía a refrescar el ambiente. No le apetecía volver al Ayuntamiento, al repleto salón de ceremonias donde tenía lugar la recepción. Pensó que un cigarrillo le templaría el ánimo y metió la mano en la chaqueta para sacar los avíos de fumar. Su mano topó entonces con una cuartilla doblada. La sacó. Era el retrato que había dibujado el artista de la comisaría, el original. Lo desdobló con cuidado y, olvidado ya el cigarrillo, dedicó un instante a contemplarlo.

Ciertamente había un gran parecido con la mujer que había visto en el Club Marítimo con el general Burriel. Aunque, a decir verdad, el retrato, a pesar de mostrar la belleza de aquel personaje, no le hacía justicia. La mujer que aparecía en el papel era hermosa, sí, pero de una belleza común, de rasgos que se podrían atribuir a cualquier mujer joven con aquel peinado, con aquellos ojos. Pero el recuerdo que guardaba él era el de una mujer excepcional. Le diría al artista que lo retocara.

En ese instante pensó que sería una buena idea mostrarle el retrato a la vecina del inmueble de la calle Consejo de Ciento, la del segundo primera, Fuster, por si ella reconocía en el dibujo a la mujer que había visto en el piso que registraron. Sería una buena pista.

Si el agente Nelo hubiera aguardado solo unos minutos antes de ponerse en camino hacia el número 261 de la calle Consejo de Ciento habría visto cómo llegaba a la puerta principal del Ayuntamiento un lujoso automóvil americano de la

Compañía de Tabacos de Filipinas, del que descendió un chófer que dio un rodeo al vehículo para abrir, con gesto reverencial, la puerta a sus ocupantes.

Aparecieron primero unas estilizadas piernas de mujer. Aún en el umbral de la puerta del automóvil, la dama recorrió el entorno con su mirada. Por fin, asomó el cuerpo entero. Del lujoso coche también se apeó un elegante caballero, con aires de conde, que se situó a la altura de la mujer y le ofreció su brazo derecho. La muchacha vestía un original traje de calle en negro con detalles de terciopelo que realzaba todavía más su estilizada figura. Sin duda era bella la mujer. Nelo habría quedado prendado, de nuevo, de ella.

Un empleado de la Compañía de Tabacos de Filipinas salió a recibir a la distinguida pareja dispensando al caballero que acompañaba a la joven un trato de alta personalidad.

Calle de Consejo de Ciento, seis treinta de la tarde

Mientras se dirigía al piso, caminando por Consejo de Ciento, recordó que aún no había comentado con el comisario la conveniencia de reforzar la seguridad en el barrio. La calle ofrecía un aspecto casi desértico, pese a que el reloj aún marcaba las seis y media y, con la luz del verano, aún parecía media tarde.

No sentía las gotas de sudor que salpicaban su frente y seguramente no se daba cuenta de que aceleraba el paso. Una sensación de premura lo inquietaba, como si algo en su interior le avisara de que había pasado por alto algún detalle importante en su anterior visita a aquella dirección. El episodio con la señora Fuster sin duda había distraído su atención y la de su colaborador, Estremera. Deberían haber seguido con el registro de la vivienda, pensó.

Al entrar en el portal notó que la temperatura era varios grados más fresca. Se detuvo un instante para recuperar el aliento, pero no tuvo tiempo de sacar el pañuelo que guardaba en el bolsillo del pantalón para secarse la frente. El grito de una mujer, profundo, desgarrador, le heló la sangre. Procedía del cuarto o del quinto piso. Nelo desenfundó su arma y miró por el hueco de la escalera comunitaria, que en lo más alto tenía un tragaluz por donde entraba un haz de resplandor que le cegó. Creyó ver tres o cuatro cabezas que se asomaban por el hueco de la escalera, a distintos niveles.

Volvió a oír la voz dolorosa de la mujer:

—¡Socorro, socorro! ¡Ha sido un disparo!

Y, a continuación, el estruendo de puertas que se cerraban de golpe. Luego, silencio.

Subió al primer piso. En cada vuelta de la escalera se detenía. Mostraba la mano que sujetaba la pistola; luego, miraba de reojo. Lo hizo en cada uno de los tres descansillos que encontró. Procedió del mismo modo hasta llegar a la planta de los

segundos pisos.

La puerta de la casa sospechosa, la del segundo segunda, estaba cerrada. Todo parecía en aparente normalidad. Sin embargo, la puerta del segundo primera, el piso de la señora María Fuster, estaba entreabierta.

—¡Señora Fuster! ¡Señora...!

Nelo llamó a la mujer, pero no hubo respuesta. Abrió la puerta poco a poco, muy lentamente, en actitud de extrema vigilancia, apuntando con su arma a todos los recovecos posibles, y descubrió que la señora Fuster yacía de costado sobre el suelo, en el centro del pasillo. Su mano derecha, entreabierta, aún sujetaba el auricular del teléfono. Se arrodilló junto al cuerpo de la mujer. Cuando lo hacía notó una extraña presencia. Giró levemente la cabeza, sin convicción alguna, y solo alcanzó a percibir la sombra de un objeto en movimiento.

* * *

Nelo recobró el conocimiento al cabo de unos minutos. Vio unos ojos saltones, llorosos, que sobresalían en una cara huesuda que se asomaba temerosa por el marco de la puerta. Era la de una mujer esmirriada de unos cincuenta y tantos años que, pálida y muy nerviosa, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Se encuentra bien? Nelo sacudió la cabeza y sintió martilleo, aturdimiento, vértigo. Se llevó la mano a la frente y comprobó que sangraba. La mujer de los ojos saltones lo tranquilizó. La herida no parecía revestir gravedad. La mujer sacó un pañuelo de un bolsillo de su delantal y lo aplicó sobre la brecha.

—No sufra. Soy la señora Gatell, la vecina del cuarto segunda —dijo, atenta y servicial, la vecina, que siguió atendiendo la herida del agente hasta que detuvo la hemorragia. Nelo aún seguía conmocionado.

—Han vuelto —soltó.

—¿Cómo dice? —preguntó la vecina.

El agente comprendió que había expresado con palabras sus pensamientos y negó con un gesto de la cabeza. Le dolía. Le dolía mucho. Apartó la mirada de aquella mujer y la dirigió hacia la que yacía en el suelo, en el pasillo.

Y la señora Gatell, que hasta ese instante no era consciente de la tragedia, siguió la mirada del agente y vio a su vecina. Se abalanzó hacia ella, la tomó por los hombros y la zarandeó ligeramente.

—¡María, despierta!... ¡María, María..., por Dios, no me hagas sufrir!

La señora Fuster no contestó.

—Déjelo, señora. No insista.

La señora Gatell lo miró.

—Está muerta —sentenció Nelo. Había recobrado ya el sentido.

La vecina se arrodilló ante el cadáver. No quiso dar crédito a las palabras del agente y la zarandeó aún más. Luego lloró y rezó mientras acariciaba el rostro de la inerte mujer, como si intentara convencerla de que volviera a la vida.

—¡Pobre María! ¡Ayer me decía que un policía le había prometido que pondrían más agentes en la calle...! —lamentó la mujer. Nelo bajó la cabeza. El policía de la promesa era él.

De repente, la vecina del cuarto segunda comenzó a gritar, presa de un ataque de nervios. Los alaridos y bramidos de la mujer alertaron a algunos vecinos de la finca que, venciendo el pánico, se personaron en el lugar del hecho. Uno, dos... hasta cuatro acudieron. Nelo se identificó como agente de policía y les rogó que se hicieran cargo de la señora Gatell y dieran aviso a los servicios de urgencias médicas y a la policía.

* * *

Al parecer, alguien había llamado ya a los servicios del orden, quizá cuando sonó el disparo, quizá la señora Gatell antes de bajar, porque en ese momento el comisario Escofet irrumpió furioso en la escena del crimen acompañado de media docena de agentes.

—¿Usted, Nelo? ¿No aprenderá nunca...? ¡A usted le encanta jugar con el riesgo y la muerte! —le espetó Escofet en forma de severa reprimenda por no haber dado aviso en la comisaría de sus intenciones.

—Han vuelto —repitió Nelo, esta vez al interlocutor adecuado.

—¿Qué dice? Aún está aturdido, procure no hablar, enseguida le atenderá el médico.

Escofet dio una orden con un gesto de la mano y dos mozos de escuadra se acercaron para ayudar a Nelo a levantarse del suelo. Pero el agente rechazó la ayuda y se incorporó por sus propios medios.

—¡Estoy bien! ¡Déjenme en paz! —y, dirigiéndose al comisario, añadió—: No lo entiende, Escofet. Han vuelto.

—Vayamos por partes, por favor. ¿Quién es la difunta?

—Se llama María Fuster. Debió de oír que alguien abría la puerta del segundo segunda y, llevada por la curiosidad, posiblemente salió al descansillo... para descubrir a alguien que no quería ser descubierto —empezó a decir el agente, como si pensara en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto, ni aun al comisario, que seguía su discurso.

—Explíquese, hombre. ¿Conocía a la mujer?

—La dirección apareció en un anuncio sospechoso y Estremera y yo decidimos investigarla. Fue hace un par de días. Ella nos contó que los vecinos del segundo primera eran raros, que su comportamiento era muy peculiar. No encontramos nada, aunque me temo que tampoco buscamos a fondo. Al concluir la conversación le rogué que nos avisara si advertía movimientos extraños o personas que no fueran del barrio.

Nelo examinó nuevamente el rellano de la escalera y la entrada al piso de la fallecida y siguió conjeturando:

—Supongo que la señora Fuster vio algo sospechoso. Probablemente siguió mis instrucciones y decidió llamar a la policía. Entonces, el asesino, o la asesina, debió de salir detrás de ella y la sorprendió, le disparó por la espalda en el momento en que la mujer tomaba el teléfono para avisarnos.

—¿Asesina? —preguntó extrañado el comisario—. ¿Por qué una mujer?

—¡No lo sé! ¡No sé nada! Solo que esta bendita señora ha muerto y no entiendo por qué —se limitó a contestar Nelo.

—Y el asesino..., o la asesina...

—Supongo que yo llegué inmediatamente después. Y me pillaron por sorpresa.

—Es un buen golpe, será mejor que vaya al hospital.

—Ni hablar.

—Bien, entonces... —hizo un gesto a un policía de paisano para que se acercara y le ordenó—: Coge un automóvil y acompaña al señor Nelo a comisaría, que lo vea el doctor Comas —y, enfrentándose al agente, añadió—: esto es una orden.

Nelo estuvo a punto de recordarle que no recibía órdenes más que de Madrid, pero se calló. La herida había dejado de sangrar, pero le dolía terriblemente la cabeza y no tenía ganas de discutir con nadie. Se acercó al espejo que la señora Fuster tenía en el recibidor y comprobó que el corte era bastante discreto, aunque la zona que lo rodeaba aparecía enrojecida y algo hinchada. Limpió los restos de sangre seca con el pañuelo que guardaba en el bolsillo del pantalón y se dirigió a Escofet.

—Comisario, que revisen a fondo el segundo segunda. Que pregunten a todos los vecinos, y en la calle, por si alguien ha visto algo extraño. ¡Ah!, y si alguien reconoce a esta mujer —y sacó el retrato a carboncillo de la misteriosa mujer.

—No pretenda enseñarme mi oficio, agente —protestó Escofet—. Por cierto, al salir de mi despacho mi secretario me ha dado esto para usted —y le entregó un papel doblado.

Nelo lo cogió y lo guardó.

Ya salía en compañía del policía de paisano cuando oyó una vez más la voz del comisario.

—¡La próxima vez, comuníqueme sus intenciones!... No me gustaría devolver

al capitán Abasolo una caja con un cuerpo agujereado y una triste nota que dijera: era un hombre tan leal, tan bueno... y ¡tan estúpido!

* * *

El automóvil al que se subió era el más desvencijado de los que habían llegado al lugar. Tan pronto como el conductor puso en marcha el motor Nelo empezó a oler a gasolina. El carburador tendrá una fuga, pensó; cerró los ojos, empezaba a marearse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el guardia que conducía.

—Es este olor —se quejó Nelo.

—¿Prefiere que le acompañe al dispensario? Hay uno cerca de aquí.

—No, no. Cuando arranque y entre el aire se pasará.

Volvió a sacar el pañuelo para enjugarse el sudor frío que le empañaba la frente y vio la cuartilla doblada que le había entregado Escofet. Era una nota, escrita a mano en un impreso con membrete oficial y dirigida a él:

«De: Jacinto Alós. Para: Agente Nelo. Llamada recibida el 10 de julio, a las tres y media de la tarde. El señor Alós esperará al señor Nelo en el Casino de San Sebastián a las siete de la tarde».

«Así que está aquí...», pensó Nelo.

—¿Tiene hora buena? —preguntó entonces al conductor.

—No, señor, pero deben de ser las siete pasadas.

—¿Nos queda lejos el Casino de San Sebastián?

—Si el coche no se para y no nos encontramos ninguna manifestación, en veinte minutos podemos llegar.

—Vaya, un poco tarde. No importa, lléveme allí.

—Pero tengo órdenes del comisario de...

—Mire, Escofet lo ha dicho con la mejor intención del mundo, pero no sabía lo de esta nota. Así que... en marcha.

Nelo se recostó en su asiento y volvió a cerrar los ojos. La brisa que entraba por la ventanilla llegó a su rostro y le refrescó la piel; poco a poco la cabeza dejó de darle vueltas.

Sinto Alós, ¿quién lo iba a decir? Por un momento imaginó que podía desprenderse de su atuendo, de su máscara de profesional y atreverse de nuevo a soltar lo que llevaba dentro. Alós —quizá por su profesión de periodista— era uno de aquellos tipos que caían bien cuando los conocías, y aunque no lo conocieras; hablaba por los codos, y quizá tanta palabrería era una táctica, porque cuando callaba parecías obligado a remunerar su largueza con tu propio discurso. Y si el suyo era íntimo, personal, el tuyo también tenía que serlo. De hecho, salvo, quizás, Estremera

y el capitán Abasolo, era la única persona que podía alardear de conocerlo... mínimamente. Un tipo cabal, que si le decías que aquello quedaba entre los dos, jamás lo sacaba.

Ahí estaría, sentado en la terraza del casino, con su sombrero de fieltro y las gafas de gruesos cristales, husmeando el mundo con sus ojos miopes para comprenderlo mejor. Seguro que llevaba consigo su gabardina, a pesar del calor y de que el cielo estaba despejado como nunca.

Un frenazo le obligó a abrir los ojos. Una anciana, vestida toda de negro, cruzaba la calzada con paso atemorizado.

—¿Queda mucho? —preguntó Nelo al conductor.

—No, ya casi estamos.

—¿Sabe? Será mejor que me apee aquí. Igual mi contacto se ha cansado de esperarme y se ha ido. Recorreré lo que falta a pie, por si lo encuentro.

—¿Y qué le digo al comisario?

—Que yo asumo toda la responsabilidad.

—A sus órdenes.

Era una curiosa mezcla de olores la que desprendían las aguas del puerto de Barcelona, algo característico, que no había percibido en ninguna otra ciudad bañada por el mar. Inspiró con fuerza por la nariz y saboreó el salitre de las aguas, un inconfundible aroma a petróleo mal quemado y un tufo a alcantarilla, y tal vez lo que hacía que aquella mezcla no fuera del todo desagradable, que incluso se respirara sin aprensión, era que sobre estas sensaciones flotaba el olor a resina de pino, por una inmensa explanada, junto a los tinglados, llena de vigas y listones recién desembarcados.

Lo vio a considerable distancia. Andaba ligero, a pasitos cortos, inseguros, y se alejaba del Casino de San Sebastián, cansado ya de esperar. Supo que era él por el sombrero y por las gafas, y por esa mirada de ojos saltones que lo escrutaban todo sin apenas ver nada. Tanto era así que cuando se encontraba ya a un par de metros gritó:

—¡Sinto!

Y su amigo, periodista catalán destinado en Madrid, se sobresaltó como si un león hubiera apoyado la zarpa en su hombro. Evidentemente, no le había visto, y si lo había visto, no le había reconocido.

—¡Soy yo, Nelo!

—¡Joder, Nelo! ¿Eres tú? Un día me vas a matar del susto.

El hombre se acercó al agente; sin quitárselas, se levantó las gafas por encima de las cejas y escrutó el rostro de Nelo a solo un palmo para comprobar que, efectivamente, era él.

—Sí, eres tú. ¿Qué te ha pasado en la frente?

Nelo sonreía mientras su amigo daba un paso atrás y se preparaba para darle un

abrazo, que llegó sin aviso y fue un doloroso recordatorio de la reciente herida de bala.

—¿Y en el brazo? —preguntó al ver la mueca.

Nelo se había resignado a contarle sus andanzas, las que podía contar, y se disponía a ello cuando su amigo empezó a hablar.

—Pero volvamos al casino. Acabo de tomarme un café, no te creas, te esperaba para hacer una merienda como Dios manda, pero como no llegabas... Ahora me pediré un suizo, ¿qué te parece?

—¿Con este calor?

—Lo que cuenta no es que te caliente, sino que te alimente. ¿Sabes por qué estoy aquí? —Nelo negó con un gesto de la cabeza—. Por mis padres.

—¿No murieron por las fiebres?

—Sí, sí, el año pasado, pero tenía que ir al notario a hacerme cargo de la herencia, ya sabes, el papeleo, y me dije, ya que tienes que ir a Barcelona, aunque solo sea por un día, ¿por qué no vas a ver al solitario de Nelo?

—Y ¿cómo...?

—¿Que cómo supe que estabas aquí? Fácil. Ya hacía días que tenía ganas de verte, así que una tarde me pasé por aquella cervecería que hay cerca de la Dirección General, en Madrid, y, claro, no estabas, porque estabas aquí, aunque yo no lo sabía, pero sí estaba Estremera, ¡ay, ese Estremera!, no se pierde una, y después de la tercera me dijo que habías venido en «comisión de servicios», y aquí nos tienes. Por cierto, ¿ya está aquí?

—¿Quién?

—Estremera.

—Primera noticia.

—Te cuento...

—Espera, vamos a sentarnos y a pedir algo fresco, yo al menos.

Jacinto Alós siguió hablando y no paró ni cuando se acercó el camarero para tomar nota ni cuando les trajo lo pedido. Le contó que Estremera estaba desesperado, que no le apetecía volver a Barcelona, que no estaba hecho para la humedad del mar, pero que Abasolo no quería que él, Nelo, se quedara solo.

—Y a juzgar por tu aspecto —siguió Sinto Alós— sí parece que te hace falta que alguien cuide de ti. Con lo apañadito que vas siempre y mírate ahora, que ni la corbata te cabe en la camisa, arrugado y despeinado, además, con ese feo chichón en la frente...

—Últimamente no han ido muy bien las cosas, ya sabes, prendas del oficio.

—Y... no sé, te veo triston.

Nelo agachó la cabeza y suspiró.

—¿Nunca has tenido la sensación de que está a punto de ocurrir algo gordo, algo

dramático, y que estás en condiciones de evitarlo? ¿Sabes la frustración de tener entre tus manos la solución a un problema muy grande... y... que se te escape?

—¿Como el agua entre las manos? Claro que sí. Pero yo he aprendido a vivir con ello. Imagina que yo me sintiera responsable de todas las desgracias de las que soy testigo, porque estamos hablando de eso, ¿no? De que crees que no haces suficiente, de que es culpa tuya que el país esté como está. Y no lo es. Si quieres ser bueno en tu oficio tendrás que aprender a ser menos apasionado, de lo contrario...

—Pero ¿sabes qué hay en juego?

—Sea lo que sea.

—¡La libertad! ¡La vida de centenares, si no de miles de personas!

—Haz tu trabajo cada día lo mejor que sepas, Nelo, eso es lo que se te pide. Si te pones delante de una locomotora y te empeñas en pararla tú solito acabarás hecho papilla. Y si no tomas precauciones y te dejas golpear, si permites que te hundan las circunstancias, si agachas la cabeza en un gesto de desesperación y no eres capaz de volver a levantarla con más determinación aún... abandona, porque esto no es para ti.

—No sé qué hacer con mi vida... No, no he querido decir eso —se corrigió el agente—. Quiero decir que he dedicado mi vida a esta profesión y, más allá de ella, no tengo nada, no tengo a nadie. Hace unos días, aquí mismo, un camarero me comentaba que cada día daba las gracias por seguir vivo.

—¡Por supuesto!

—Que lo que tenga que pasar, pasará.

—Ni más ni menos.

—¡Pero eso es de un fatalismo insoportable! —se quejó Nelo—. Es... es como dejarlo todo en manos del destino, en manos... en manos de otros.

—¡Mira alrededor!

—¿Qué? ¿Me has escuchado?

—Te he escuchado y ahora quiero que me escuches a mí. ¿Qué ves?

Nelo se incorporó un poco en su asiento, miró a su amigo y luego más allá de la terraza. Hacía poco que habían empezado a llegar las barcas de los pescadores y había un cierto trasiego en los alrededores: hombres de piel curtida que tiraban de carretones llenos de cajas con pescado de costa, mujeres con cestas repletas apoyadas en la cabeza que andaban con un indecente balancear de caderas, niños de ropas desastradas que se movían alrededor de ellas y apostaban a que los peces caerían, un par de soldaditos con uniforme de paseo que pegaban la hebra con un grupo de mozas que no paraban de cuchichear entre ellas y de reírse con la boca chica...

Nelo vio una ciudad optimista. Por unos momentos se contagió del optimismo de los barceloneses. Lo necesitaba.

Vio también a la gente fina que frecuentaba el casino, jovencitas que lucían un amplio abanico de vestidos, en algodón, hilo, sedafil o chemister, lisos o estampados.

Niños y niñas de casa bien, con sus cubos y palas y sus helados de chocolate, nata, fresa o el de moda en aquella temporada, de *tutti frutti*, ponían el acento inocente a aquel juego de los sentidos mientras algunas madres se escandalizaban cuando sus hijas adolescentes dejaban acariciar sus cuerpos por los ojos de jovenzuelos que reían en corrillos y competían por las más guapas.

—Sí. Veo vida alrededor de mí. Gente que, a pesar de la carestía y las dificultades, disfruta de un día más de existencia. Pero veo también las dos Españas, la mísera y la pomposa.

—Que conviven, ¿verdad?

—Espera... y ahí está la España más terrible, la intolerante.

En ese momento llegaba a las puertas de la terraza del casino un grupo de jóvenes católicos de la Liga de la Perseverancia que irrumpió en el lugar como azote de clientes y bañistas. No solo repartían octavillas contra la inmoralidad y el paganismo que, decían, representaba el baño público, sino que clamaban contra los baños de mar, aire y sol que, según gritaban, tomaban sin recato alguno ni separación de sexos.

Uno de los jóvenes católicos hacía las veces de líder del grupo. Era un muchacho de unos dieciséis años, diecisiete a lo más, y su cuello era prisionero de una camisa blanca abrochada casi hasta la asfixia. Sin embargo, lo que más destacaba en esa camisa era la insignia de un escudo con un yugo y cinco flechas.

—¡Tiene que haber de todo! —se lamentó Alós, que presentía que aquellos jóvenes católicos eran el futuro que llamaba a la puerta del presente para borrar el pasado.

El joven se colocó en medio de la terraza y comenzó a gritar:

—¡Inverecundos hijos de Satanás, arderéis en el infierno! —Acto seguido se arrojó a las mesas ocupadas por los clientes más jóvenes y les soltó su amarga perorata:

—¡Vuestra juventud debe ser para Dios! ¿No veis, insolentes, que vuestro descaro enerva la inteligencia y corrompe los sentidos? ¡Sed castos! ¡La castidad es profecía de honradez y de virtud!

Los camareros del casino presenciaban la escena impasibles. Alguno parecía dispuesto a intervenir para desalojar a los exaltados católicos, pero debían de haber recibido órdenes de estarse quietos para que el episodio no derivara en una riña tumultuaria.

Uno de los jóvenes cuyo oído fue castigado con la cristiana soflama se levantó de repente y rogó al líder que no molestara más. Su aspecto era muy saludable, moreno y fuerte, y era mucho más alto. Por lo menos, le sacaba dos palmos de altura. Pese a ello, el muchacho de la Liga de la Perseverancia, de piel de harina, como si nunca hubiese visto el sol, no se arrugó e insistió, aún con más fervor:

—¡Tú eres la causa del castigo del Señor...!

El joven acosado, hastiado de tanta monserga, se encaró al muchacho católico que, para encender aún más el nervio de su oponente, le replicó con el saludo del fascio, brazo derecho en alto con la palma de la mano extendida. El otro mozo apretó con fuerza el puño derecho e hizo ademán de armarlo para golpear. El católico aún tensionó más su saludo fascista. El incidente congregó a un buen número de personas, clientes y otros curiosos, que, en su mayoría, jaleaba al joven más alto y fastidiado.

Viendo el cariz que tomaba el asunto, Nelo decidió intervenir. Lo hizo como un ciudadano más que intentaba pacificar la tensa situación. El mozo alto, fuerte y moreno se relajó. El iracundo católico, no. Sin mediar palabra ni provocación alguna, propinó un fuerte empujón a Nelo, que cayó al suelo. Alós hizo ademán de intervenir. El agente lo frenó con un gesto de mano. Nelo se levantó y volvió a colocarse frente al agresor, que puso de nuevo a prueba su paciencia cantando, aún más desafiante:

—¡Arriba, escuadras, a vencer, que en España empieza a amanecer!

Nelo tuvo la tentación de desfundar su arma para entregarla a aquel muchacho y comprobar de qué sería capaz. Hubiera sido un error, un tremendo error. Lo intuía y se contuvo.

También pensó en detenerlo. Podía hacerlo. Tenía autoridad y arrestos para ello. Sin embargo, miró al cielo y, con voz pausada, desconcertante, le soltó:

—¡Ya es demasiado tarde para un muchacho como tú! Deberías regresar a casa, ponerte el pijama, beber tu vaso de leche y acostarte. No hagas sufrir más a tu madre, que te espera con sus arrullos...

El joven de saludable aspecto aplaudió. El resto de público reunido, también. El católico miró a su alrededor. Aflojó la voz hasta caer en silencio. Bajó el brazo. Sintió entonces todo el peso de la humillación y de la vergüenza y huyó, abriéndose paso a empujones y entre un formidable abucheo.

Nelo regresó a la mesa que compartía con Alós.

—¡Si ese es el futuro...! —le espetó su amigo, que se levantó y pagó la cuenta.

—¡No era más que un crío! —respondió Nelo, aunque sin convicción.

—Vámonos, se hace tarde. ¿Damos un paseo hasta las Ramblas? Y de paso me cuentas qué te ha traído aquí.

—Ya sabes que no te puedo contar nada.

—Vamos, Nelo, no te pido que me cuentes secretos de Estado.

—Lo único que puedo decirte es que estamos tras una conspiración contra la República.

—¿Una más? ¿Y cómo te va con esta?

—Pues llevo casi una semana aquí y me han disparado, me han golpeado, apenas he dormido y habré perdido dos o tres kilos, ¿qué te parece?

—Que no me gustaría ser un espía.

—Cuéntame, en Madrid, ¿cómo van las cosas?

—Pues el jefe del Gobierno, Casares Quiroga, dice que ya no se ven aquellas multitudinarias manifestaciones con la mano extendida —apuntó Alós—. Es cierto que Falange ya no organiza sus alardes callejeros de otros tiempos y se ha visto constreñida a métodos más cautelosos, pero... —Alós se apretó la nariz, varias veces, y sentenció—: es, precisamente, en la clandestinidad donde radica su mayor peligro, como una conjura de necios.

—Y los socialistas y los comunistas ¿qué hacen? —preguntó Nelo preocupado por la deriva de los dos partidos de la izquierda, deriva tanto o más peligrosa que la de los derechistas.

—¡Ésos...! Con sus grandes concentraciones y demostraciones uniformadas, con sus vastos movimientos huelguistas, cada vez más incoercibles... esos son los que, de verdad, acabarán con la República —pronosticó el cronista mientras Nelo asentía con la cabeza.

—El problema, Sinto —dijo Nelo frunciendo el ceño—, es que nuestro Gobierno es incapaz de reconocer que tiene abiertos varios frentes hostiles y se obstina en atender con obsesión uno solo.

Alós se encogió de hombros incapaz de comprender el proceder del Gobierno de Casares.

—A regañadientes, Casares, por fin, lo ha reconocido. El problema, amigo Nelo, es que ya es tarde.

—Fascistas, anarquistas, monárquicos, socialistas, comunistas, izquierdistas, regionalistas, nacionalistas... ¡Demasiados gallos en el mismo corral, no puede ser bueno, nada bueno!

—Pero ¿qué carajo quieren esos que se proclaman amigos y defensores de la República? —exclamó Nelo en alusión a los elementos más radicales de la izquierda.

—Muy sencillo —apostilló Alós—: esos elementos que se dicen leales al Frente Popular hasta la muerte actúan convencidos de que el desorden y la anarquía son los estímulos que necesita el Gobierno para no incurrir en tibiezas. «Venga un poco de caos; venga un poco de anarquía» —gritó Alós.

Durante unos instantes callaron. Compartían, lo sabían, una visión que daba vértigo, una imagen de caos y anarquía que se asentaba en la trabucada situación por la que pasaba España: los cenetistas andaban buscando justificaciones a sus acciones, más de tipo económico que revolucionario; las milicias socialistas, con su táctica de mandar en la calle, habían usurpado el espacio de los anarquistas, mientras estos trataban de resituarse, y los fascistas, en silencio, entre bambalinas, afilaban sus cuchillos y tramaban una conspiración que, en el peor de los casos, llevarían hasta sus últimas consecuencias sin que la idea de una guerra los detuviera.

Ese era el juego. Nelo y Alós lo sabían, y solo quedaba por saber si el Gobierno de la República sería capaz de enfilear sus baterías contra todos sus enemigos para

descubrirlos y desarmarlos aun a riesgo de que el Frente Popular sufriera algún quebranto.

—¿Sabes? —dijo entonces Alós—. Hay quien piensa que una dictadura de izquierdas sería la solución.

—¿Existe esa posibilidad?

—Hace unos días —respondió el periodista— me acerqué a Blasco, el ministro de Justicia y, airado, lo negó tajantemente. El pobre iluso dijo que mientras el Gobierno contara como cuenta con el apoyo decidido del Frente Popular no necesitaba de otros resortes para gobernar. La cuestión, amigo mío, se plantea en términos de o vamos hacia los plenos poderes o vamos hacia la anarquía.

—¿Qué dicen los republicanos en Madrid? —sondeó Nelo.

—Salvo excepciones muy contadas, ya se inclinan abiertamente por esta solución.

—¿Y los socialistas?

—Ésos, ¡puaj! Dicen que si la dictadura es inevitable, que sea un gobierno del Frente Popular quien la aplique. Solo los comunistas y los socialistas del ala extrema del partido oponen una cerrada resistencia a la propuesta.

Alós miró su reloj. Era hora de partir hacia Madrid. Lo dijo como si iniciara un viaje al más allá. Se despidieron con un abrazo y un hasta la vista.

* * *

Era un fenómeno curioso, pensó Nelo mientras volvía a casa. Abría los ojos y veía a los operarios de la compañía del gas prender con la llama de sus largas perchas la luz de las farolas, y se preguntaba cuándo se pondrían en huelga ellos también; veía a un corrillo de chóferes junto a sus taxis, pintados de amarillo, bebiendo vino de una bota y cenando embutido con pan y se decía que estaban ultimando los preparativos de su lucha, y si se cruzaba con sotanas, imaginaba infiernos de guerra y destrucción y un paraíso solo para unos pocos elegidos, los privilegiados.

Acudían a su memoria un sinfín de imágenes, como un friso continuo de ventanas que se abrían y se cerraban y en las que aparecían personajes que reclamaban su pequeño papel en la historia: el joven católico del saludo fascista y la soflama cristiana; la fisgona señora Fuster, en el suelo, herida de muerte; las resmas de papel; el apocado general De la Encomienda; la bella y misteriosa mujer de la pálida mirada azul; el cabo Carmelo Santamaría; el felón general Fernández Burriel; el señor Escofet y sus prisas; el capitán Abasolo y sus consejos; el dichoso oasis catalán; Querol... y así, una y otra vez. Todo era torrencial.

Quizá Sinto Alós tuviera razón y debería evitar tomarse la vida como un reto. Que la viviera el hombre y no el espía.

Llegó cansado a la casa de la calle Aribau. Estaba en silencio y a oscuras. Se asomó al salón y luego a la cocina y dio la voz de que estaba allí, por si había alguien, y otra voz le respondió, la de la señora Rosa, desde su dormitorio. Se iba a levantar, le dijo, para prepararle algo para cenar. Él le rogó que no lo hiciera, que estaba cansado, se iba a duchar y se acostaría sin cenar.

Ya en su habitación, guardó la pistola en el armario, bajo el sombrero, se desnudó y se metió en la ducha. El agua fue una bendición. Echó la cabeza hacia atrás para que el potente chorro alcanzara la frente y permaneció así casi un minuto. Se secó con mimo, palpando más que frotando con la toalla, para ir descubriendo las zonas del cuerpo que le dolían, unas de puro agotamiento, las piernas, otras por las heridas. Sí, se sentía más relajado. Cuando empezó a ponerse el pijama oyó ruido procedente de la cocina, así que se puso su batín de lino y salió.

Se encontró a doña Rosa delante de los fogones, calentando algo en un cazo. En la mesa, un plato lleno de embutidos y otro con un par de rebanadas de pan untadas con tomate.

—Ha llamado su socio de Madrid —le dijo doña Rosa, sin mirarle.

—Ya... mi socio.

—Sí, un tal Estremera. Que acaba de llegar y mañana le espera en las oficinas de la empresa a las ocho. Eso ha dicho.

—¿No será para mí todo esto? —preguntó Nelo señalando el plato de vianda que había sobre la mesa.

—Claro que sí.

—Muchas gracias, pero ya le he dicho que...

—Tonterías. Si algo necesita hoy es comer... y, al menos, un plato caliente.

Doña Rosa le acercó una taza con el consomé y, a continuación, le sirvió un vaso de vino.

—Pero, hombre de Dios, si cada día llega usted más maltrecho. ¿Qué le ha pasado en la frente?

—¡Ah, nada! Tropecé con una puerta. ¿Y su hermana?

—En la parroquia, con los catequistas. Y no me esquivo la cuestión. A ella la podrá engañar, pero a mí no. ¿Sabe una cosa? Usted no se dará cuenta, claro, pero desde el día que llegó he visto cómo ha ido usted menguando, se lo digo de verdad. O muchas preocupaciones o mucho peligro. O las dos cosas. A eso se dedica usted.

—Vamos, doña Rosa, no exagere —protestó Nelo, que veía lo que se avecinaba.

—Oh, sí, un hombre de negocios —siguió su perorata la anciana—. De Madrid, oiga usted. ¡Y un pimiento un hombre de negocios! Yo sé a qué se dedica.

—No, no lo sabe —Nelo se puso serio.

—Lo sé, pero no lo diré. Por respeto. Solo me queda una cosa por averiguar. Dígame que lo que hace, sea lo que sea, es por el bien común y le dejaré en paz.

Nelo dejó la taza de consomé sobre la mesa, se secó los labios con la servilleta y miró a los ojos a su interlocutora.

—Trabajo por el bien común —respondió.

Doña Rosa tardó unos instantes en contestar. Sostuvo la mirada del agente, para descubrir si aquellos hermosos ojos mentían o decían verdad, y al final añadió:

—Con eso me basta. Otra cosa: sea lo que sea lo que haga, deje usted un rinconcito de su vida para el amor. Deje esta vida de vagabundo que lleva, cásele y tenga hijos. Se lo digo de verdad.

—Y por propia experiencia —añadió Nelo, con una sonrisa picara en los labios.

—No sea impertinente conmigo, joven. El periódico está en el salón.

Doña Rosa salió de la cocina, y Nelo no volvió a oírla.

Acabó el consomé, que estaba riquísimo y le confortó, bebió el vaso entero de vino y se fue a su habitación, con el periódico.

Leer las cotizaciones de la bolsa tenía un efecto balsámico en él. Aunque las últimas jornadas bursátiles no ofrecían nota de mayor interés que la paralización estival, algunos indicadores señalaban que era más acentuada que en otros años, debido a una latente debilidad en varios corros. Solo cabía destacar algunas mejoras en los sectores de «Municipios de Barcelona» y «Generalitat», que habían logrado contener el descenso ayudados por las últimas manifestaciones del presidente Companys, quien se había mostrado no solo decidido, sino comprometido a dirigir la vida pública sin el lastre titubeante del Gobierno de Madrid.

Mientras leía sentía la pesadez de los párpados y cómo el sopor nublaba su mente. A menudo ocurría que apagaba la luz y volvían los fantasmas de siempre para despejar la niebla del sueño. Intentó olvidarse de conspiraciones pensando solo en la misteriosa mujer de mirada azul. Recompuso los retazos de ella que guardaba en su memoria y logró un hermoso retrato.

Esa noche durmió.

Capítulo 10

Barcelona, 11 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, primeras horas de la mañana

La llegada de Estremera dio un nuevo impulso a las investigaciones. En Madrid, la Brigada del Alba, unidad de elite de los servicios centrales de información, seguía la pista de una mujer que respondía al nombre de Carmen Montesinos. Había sido vista en dos ocasiones en el aeródromo de Barajas, en compañía de tres militares, un hombre que empleaba tres o cuatro identidades distintas, entre ellas la de Ramón Quesada, elegantemente vestido con una capa negra y a quien se vinculaba con la Orden del Santo Sepulcro, y una mujer, desconocida para los agentes y que, por las características descritas, podía responder a las señas de la bella y misteriosa dama con aires de artista que atormentaba y fascinaba a Nelo. Los colegas de la capital la situaban esos días en Barcelona y, según sus informaciones, podía haber visitado con frecuencia la ciudad desde mediados del anterior mes de junio.

Por otra parte, el doctor Comas informó a Nelo de los resultados de la autopsia realizada a la señora Fuster en el Hospital Clínico: La vecina del 261 de la calle Consejo de Ciento fue asesinada con un arma del mismo calibre que la utilizada días atrás para atentar contra él y Estremera en el garaje de la calle Tarragona. Incluso se podía establecer que las balas encontradas provenían del mismo fabricante.

A poco de dar las nueve de la mañana, el comisario Escofet reunió en su despacho a los mandos de la policía catalana. Asistieron también Nelo y Estremera; poco antes le habían ofrecido la información confidencial procedente de Madrid y habían decidido que se imponía una amplia operación de control de salidas y entradas de la ciudad de Barcelona, con la excusa del asesinato de la víspera y el objetivo de localizar a la tal Carmen Montesinos. Sería un despliegue sin precedentes en la historia reciente de la ciudad: agentes uniformados y de paisano se desplegarían por estaciones de Metro y ferrocarriles, terminales de autobuses, carreteras, por el puerto y el aeródromo de El Prat. Nelo sospechaba que el homicidio había sido un «accidente profesional» y que el asesino o los asesinos de la inocente vecina tratarían de abandonar Barcelona. E intuía que, en su huida, cometerían errores, por pequeños que fuesen.

Las continuas batidas dieron lugar a decenas de detenciones de elementos de dudosa reputación y filiación sospechosa. Parecía que los individuos afectos al fascismo en la ciudad se reproducían como hormigas. Los había cedistas, falangistas, tradicionalistas, monárquicos, catalanistas de derechas, católicos... Hasta noventa y seis vecinos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pobres y no tanto, de múltiples y variados orígenes y apellidos fueron arrestados entre la hora del desayuno y la del

almuerzo.

Cada detención dio lugar a una nueva pista y, cada pista, a un nuevo arresto, como en un cuento de nunca acabar. Sin embargo, ninguna de esas pistas parecía conducir al meollo de la trama.

Estación de Francia, mediodía

Incapaz de permanecer inactivo en la comisaría a la espera de noticias, Nelo se desplazó, acompañado de Estremera, hasta la estación de Francia. Era un presentimiento. En esta ocasión sí que notificó sus intenciones al comisario y le emplazó a reforzar la vigilancia en la estación con una veintena de agentes más. Y pidió que fueran uniformados y armados.

La idea era que la presencia de los policías fuera evidente para poner nerviosa a la sospechosa. No disponían más que de una descripción aproximada de la mujer, que podría corresponder a la de una multitud de mujeres: morena, de cabellos castaños, de unos treinta años de edad, bien parecida y elegante en el vestir. El detalle del color del pelo resultaba engañoso, pues podía servirse de una peluca.

Nelo, no obstante, aportó un detalle que podía ser decisivo: un lápiz de labios en tono carmesí, señaló recordando una de las colillas con las huellas labiales hallada en un cenicero durante el registro del piso de la calle de Cortes Viejas.

Cuando llegaron a la estación los dos agentes se situaron en el vestíbulo principal, frente a los andenes donde morían las doce vías. Los guardias enviados por el comisario, en patrullas de dos, cubrían los andenes desde la zona más alejada de la entrada, los pabellones laterales y el frontal.

A los empleados de la estación se les dio órdenes de registrar cualquier clase de maletas y bultos de los viajeros que les resultaran sospechosos. Incluso se les adjudicó la potestad de retener e identificar a todo aquel viajero del que recelaran, de modo que también podían cubrir las dos vías de escape exteriores, un patio de llegadas con acceso a carga y descarga y las dependencias de correos, así como las cocheras, los muelles de carbón, los depósitos de agua y otras dependencias.

El hecho de que los edificios de la estación envolviesen las vías en forma de «u» facilitaba las cosas. Si la sospechosa intentaba retroceder al verse acorralada debía hacerlo por el edificio principal, vigilado por cuatro patrullas con ocho policías. Si intentaba avanzar, lo haría por el camino de las vías en una carrera en la que tendría las de perder.

El agente y su colaborador se situaron frente a las vías. Nelo vigilaba las seis vías que tenía a su derecha, caminando lentamente por el andén, hasta la cabeza del tren, regresando sobre sus pasos y repitiendo una y otra vez la operación. Estremera hacía lo propio por un andén paralelo, cubriendo las seis vías que tenía a su izquierda.

La gente iba y venía cargada de maletas y bultos, golpeándose a su paso. Acababa de llegar el expreso de Madrid y, en cincuenta y cinco minutos, partía otro con destino a la capital de la República. También tenía anunciada su salida otro tren con final en Zaragoza.

En los andenes no sucedía nada anormal. En los pabellones laterales, tampoco. Nelo y Estremera se desplazaron al vestíbulo principal de la estación. Frente a la oficina de despacho de billetes se formó una cola de viajeros que debían tomar el último expreso del día con destino a Madrid.

El agente escrutó la cola. La encabezaban dos sacerdotes vestidos con rigurosa sotana. Uno era joven, delgado y alto. Llevaba un sombrero con forma de hongo y su mirada era huidiza, humilde. Detrás había otro cura, mayor, orondo, bajito. Iba tocado de bonete negro. Mantenía en todo momento su barbilla un punto erguida, transmitiendo altivez y hostilidad, y apoyaba sus manos entrecruzadas sobre su prominente tripa.

Tras el sacerdote con pinta de mala uva había un caballero con aire inglés que siempre sonreía. Vestía una americana de cuadritos de gales blancos y negros de cuyo bolsillo superior izquierdo sobresalía un pañuelo cuidadosamente doblado, de color blanco, como su camisa. En la mano sujetaba un sombrero fedora de un gris muy oscuro. Le sucedía un joven repeinado que iba con la cabeza al aire y que vestía una camisa de seda de tono marfil a juego con un pantalón que no le llegaba a los tobillos y zapatos de charol negro. Miraba constantemente hacia atrás.

Nelo siguió examinando la cola sin advertir nada fuera de lo normal. Vio una mujer de unos treinta y tantos años que trataba de gobernar a su hijo pequeño, que se soltaba constantemente de la mano. Una mujer joven, no llegaría a los treinta, cabellos dorados, un vestido corriente en hilo crudo y una chaquetilla de punto gastada de color marrón. Sus zapatos eran también corrientes, baratos. Con una mano sujetaba una pequeña maleta de viaje y con la otra un vulgar bolso de mano. Siempre miraba al frente y parecía tranquila. Junto a ella, un joven con un traje de color café y un sombrero borsalino blanco con una banda marrón miraba constantemente la hora. Y detrás de él, otra mujer, de unos cuarenta años, bien parecida y vestida, de aspecto rollizo y cara de resignación. En la parte final de la cola, otras dos mujeres mayores, con vestidos de lunares y pañuelos a la cabeza y unas finas mantillas a los hombros que acarreaban dos grandes bolsas de tela de hatillo y hablaban a gritos.

El agente volvió a leer la cola con la mirada. La mujer joven, que parecía la más tranquila, mantenía una pose que le pareció demasiado refinada para la ropa que vestía y los zapatos que calzaba. Se fijó en sus manos y advirtió que estaban muy bien cuidadas y embellecidas. Su piel era fina, aterciopelada. Puso sus ojos en el principio de la cola, donde los sacerdotes ya adquirían sus billetes para el expreso de Madrid, pero devolvió la mirada a la joven tranquila. Advirtió entonces sus uñas

pintadas de un esmalte de tono carmesí. Se fijó en su rostro y vio que también llevaba los labios pintados de carmesí.

Nelo se apartó de allí y llamó con un gesto a dos empleadas de la estación, a las que impartió una serie de instrucciones para abordar a la joven de la cola. El agente y su colaborador permanecieron en un vigilante segundo plano.

Las dos empleadas hacían preguntas y solicitaban la documentación a los primeros de la cola, comenzando por los sacerdotes. El cura bajito y mayor protestó por lo que consideró una insolencia.

—¡No ven, señoritas, que somos representantes de la Iglesia! —exclamó el cura de la gran tripa.

El sacerdote joven rogó disculpas a las empleadas en nombre del orondo clérigo. La mujer de la aparente calma comenzó a perder los nervios. El niño travieso cuya madre apenas podía sujetar no paraba de molestar al resto de viajeros, a los que importunaba con el ronroneo de máquinas y ametralladoras de su avión de madera que hacía volar con sus manos mientras zigzagueaba entre los que hacían cola.

—¡Señora, haga el favor de sujetar a su hijo! ¿No ve que no para de incordiar con el dichoso avioncito? —soltó el hombre del traje de color café que miraba constantemente la hora.

Las señoras de los pañuelos a la cabeza y las bolsas de tela de hatillo seguían gritándose. No se decían nada importante, era su forma de hablar. Al ver que se aproximaban las dos empleadas que pedían la documentación y revisaban los equipajes, el joven repelinado de los pantalones que no le llegaban a los tobillos hizo ademán de abandonar la cola. Parecía que quería huir. De repente, una jovencita se le acercó y le dio un beso. Preguntado, el muchacho respondió a las empleadas mientras cogía la mano de la chica:

—¡Nos acabamos de casar y vamos de luna de miel a Madrid!

—¡Estos catalanes...! —se quejó de nuevo el hombre que no dejaba de mirar la hora.

La mujer de la aparente calma echó un vistazo a su alrededor y advirtió que la policía vigilaba los accesos, tanto a la calle como a los andenes. Las empleadas avanzaron hasta su posición, prescindiendo de los controles a otros viajeros que la precedían...

—¿Nombre? —preguntaron las empleadas a la joven guapa y mal vestida.

—Isabel. Isabel Mon... Martínez —contestó la viajera.

—¿Qué lleva usted en la maleta?

—¡Ropa! ¡Unas mudas!

—Sería tan amable de abrirla...

Con un gesto de la mano, Nelo llamó la atención de las empleadas para que se apartaran deliberadamente de la cola y acompañaran a la mujer a un rincón del

vestíbulo. Una vez a resguardo de las miradas ajenas, la mujer se giró levemente hacia un costado, removi6 en su bolso de mano y sac6 un fajo con cinco mil pesetas, que ofreció a las dos empleadas para que le dejaran pasar sin registrar su maleta.

Las empleadas rechazaron el dinero y, con la mirada, dieron aviso al agente Nelo. Al sentirse descubierta, la sospechosa intent6 huir, pero Estremera y otros cuatro policías, todos ellos armados y uniformados, le cerraron el paso y la rodearon cuando ya alcanzaba las puertas que daban a la avenida de Eduardo Maristany.

La detenida fue conducida a las oficinas de administración de la estación. Las dos empleadas la registraron y le hallaron ocultas en el pecho otras diez mil pesetas. Abrieron la maleta y, entre su ropa, encontraron quince mil pesetas más en títulos de deuda y otros valores y una pistola del mismo calibre que la empleada para asesinar a la señora Fuster y en el atentado en el garaje de la calle Tarragona.

Comisaría General de Orden Público, tres de la tarde

Seguramente aquella habitación había sido un calabozo: una única puerta, reforzada, sólidas paredes, una estrecha ventana enrejada que daba a la calle y un ventanuco protegido con un cristal, casi rozando el techo, que daba a la celda contigua. Pero alguien lo utilizaba para otros menesteres, pues en una de las paredes habían dispuesto grandes armarios y archivadores y una sencilla mesa, con dos sillas. En una de ellas, Estremera; en la otra, la sospechosa. De pie, apoyado en la pared maestra que daba al exterior y con los brazos cruzados, el agente Nelo.

—¿Isabel Martínez? —pregunt6 Estremera para darle una oportunidad de colaboración a la mujer.

Pero ella se limit6 a encogerse de hombros. Levant6 la mirada para enfrentarla a la del agente, pero fue incapaz de sostenerla siquiera un segundo.

—Esto no es lo que pone aquÍ, así que no me haga perder la paciencia.

Estremera hablaba con calma, aunque con un tono especialmente grave, profundo. Sac6 del bolso de la mujer la documentación y la agit6 delante de ella.

—Carmen Montesinos —solt6 ella entonces, con voz demasiado aguda.

—Bien, doña Carmen, ahora comenzamos a entendernos. ¿Para qui6n trabaja?

—Para unas personas que trabajan para otras personas... importantes e influyentes.

—¿Y qui6nes son esas personas tan importantes?

—Lo desconozco. Yo solo contactaba con unos hombres que actuaban como emisarios. Ellos me encargaban unos trabajos y yo los hacÍa y no preguntaba nada más. ¡Pagaban muy bien!

—¿Qué clase de trabajos?

—Traía y llevaba papeles y dinero de Madrid a Barcelona, ¡nada más!

—¿Y esa suma de dinero?

—Una herencia.

—¿Y qué pensaba hacer con esa cantidad?

—Alquilar un piso en Barcelona.

—¿Adónde iba cuando ha sido detenida?

—A Madrid.

—¿Por qué motivo iba usted a...?

—Resido en Madrid, pero me gustaría instalarme en Barcelona...

—¿Y la pistola...?

—¡Por mi propia seguridad!

—Por cierto, ¿usa usted con frecuencia lápiz de labios de color carmesí?

—¿Y qué importa eso?

—¡Le ruego que responda!

La detenida lo acabó reconociendo. Y no solo eso, sino también haber estado en el piso de la calle Cortes Viejas y en el de Consejo de Ciento en compañía de esos supuestos emisarios cuyas verdaderas identidades tampoco reveló.

En la celda vecina, el comisario Escofet asistía al interrogatorio cada vez más satisfecho. Las voces de Estremera y de la sospechosa le llegaban a través del ventanuco que comunicaba las dos habitaciones.

Estremera prolongó el interrogatorio más de tres horas. No dio tregua a la mujer, pero ni aun así pudo sonsacarle las identidades de los emisarios y de los hombres importantes e influyentes para los que trabajaba. Una y otra vez, Carmen Montesinos repitió la cantinela de que no era más que una mercenaria. También negó conocer a la misteriosa dama a la que Nelo seguía los pasos y al supuesto fascista que se hacía llamar Ramón Quesada.

Solo al final del interrogatorio confesó haber disparado a la señora Fuster.

—¡Lo hice en defensa propia! Eso contará, ¿no? —adujo Carmen Montesinos.

—Eso ya se lo dirá usted al juez...

Sin embargo, negó hasta la saciedad haber disparado contra dos hombres en un garaje de la calle Tarragona.

* * *

La declaración de Carmen Montesinos dio lugar a otra serie de registros. En una caja fuerte de una oficina del Banco de España en Barcelona Nelo y Estremera hallaron doscientas mil pesetas y un papel con la anotación «Barcelona acepta pedido resmas de papel».

Los registros, a su vez, facilitaron el arresto de los componentes de una cuadrilla

de elementos al servicio de organizaciones fascistas. Entre ellos figuraba un comerciante de Madrid llamado Miguel Picón que se reunía a menudo con determinados tipos sospechosos de los círculos del Ejército y de la Armada.

Los detenidos hicieron reveladoras declaraciones respecto de operaciones que se debían llevar a cabo en días siguientes en Andalucía, Madrid y Barcelona. Según ellos, se trataba de operaciones de tipo comercial de una empresa llamada La Española, supuestamente dedicada a traer y llevar productos de ultramar.

A otro de los arrestados en la capital, un tal Claudio Martín, un sujeto de mucho cuidado vinculado a la extrema derecha, le fue ocupada una circular con instrucciones reservadas de dirigentes fascistas que empleaban identidades falsas. Esas instrucciones iban encaminadas a promover y fomentar, con cualquier pretexto, huelgas y conflictos en servicios públicos importantes y en el mayor número posible, así como a dificultar los conflictos planteados hasta la fecha y que se mantenían vivos. El documento revelaba la existencia de agentes —en número y lugares indeterminados— que Falange Española había introducido con fines perturbadores en determinados organismos sindicales.

—¡Enhorabuena, señor Nelo! —le dijo ufano el comisario Escofet.

Nelo no acabó de entender el porqué de la felicitación.

—¡Debemos felicitarnos todos! Acabamos de detener al enlace de los conspiradores, hemos desbaratado toda su estructura y usted..., ¡impasible!

Nelo calló y se guardó sus dudas acerca del alcance e importancia de aquella detención.

* * *

Horas más tarde, el consejero de Gobernación organizó una conferencia de prensa triunfalista en la que el comisario Escofet se felicitó por el éxito de la operación y ofreció algunos detalles, pocos, de los resultados obtenidos. También asistió Nelo, aunque voluntariamente se desmarcó de las autoridades y ocupó un discreto lugar junto a los periodistas. Querol lo vio y, al terminar la rueda de prensa, cuando todos corrían a las redacciones de sus respectivos diarios para informar, él aguardó, se hizo el encontradizo y consiguió llevarse al agente a una cervecería. Allí Nelo le contó algunos detalles que reforzaban su idea de que solo habían destapado algunos flecos de una trama mucho más amplia y peligrosa.

Querol fue el periodista que más detalles publicó de la operación que dio al traste con los planes de la organización de signo fascista a la que supuestamente pertenecía la ciudadana Carmen Montesinos. Y el único que evitaba concluir que la organización había sido desmantelada.

Capítulo 11

Barcelona, 12 de julio de 1936

Centro de la ciudad, once de la mañana

Cuando esa mañana Querol comparó su crónica con la de los demás periodistas no pudo evitar la sensación —que seguramente compartiría su redactor jefe— de que Nelo lo había utilizado. Si bien era cierto que aportaba detalles exclusivos, la versión del agente difería de la oficial; podría incluso calificarse de derrotista, y en aquellas fechas aquel era un calificativo poco afortunado.

Nelo había salido de la casa de la calle Aribau con la firme intención de volver a la Comisaría General de Orden Público para ayudar a Estremera a redactar el informe que esa misma mañana debían enviar a Madrid. Lo que ocurrió, lo que solía ocurrirle cuando el hombre estaba confuso, fue que echó a andar con ese propósito, pero sus pasos no siguieron el camino adecuado. Parte de sus sentidos estaban pendientes del camino, sí, sabía más o menos dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía, pero demoraba inconscientemente la llegada porque aquel deambular pasivo le ayudaba a poner en orden las ideas.

Así llegó a una de las esquinas de la plaza de Cataluña, donde un grupo de jóvenes católicos que vestían con la seriedad de un abuelo llevaban la voz del pastor a la calle y predicaban a gritos el evangelio, como si el mundo se hubiera de acabar ese mismo día.

—¡Hermanos, escuchad! —vociferó uno de esos jóvenes con aspecto de seminarista severamente aleccionado.

Nelo lo oyó, pero no le escuchó. El muchacho llamaba a los transeúntes a reconciliarse con el prójimo y, una vez cumplida la penitencia, les pedía que presentaran sus ofrendas y respetos al Señor, como en su día hicieran los discípulos de Jesús.

Luego Nelo transitó frente a una perfumería —la antigua Casa Roig—, en cuyo viejo escaparate, a la izquierda de la ajada y astillada puerta de madera de acceso, una señora, con la cara tan gastada como el portón y como la luz de los dos farolillos que trataban de dar vida al comercio, colocaba con la paciencia de un santo los frascos de una nueva línea de productos, modernos todos ellos, para la belleza de la mujer.

Un cartelito anunciaba unos polvos de arroz que eran cuanto una señora o una señorita podían desear en alta cosmética para no pasar desapercibida en sociedad y convertirse en una dama sobresaliente y feliz. Como fondo de escaparate, la vendedora del rostro castigado alojó un gran cartel con una fotografía que presentaba a una jovencita infeliz, mustia, vulgar y, en el reflejo, la misma chica radiante, feliz, bailando con un caballero y con el cutis mate y afelpado.

Aquella imagen, vista y apenas percibida en un primer momento, le recordó a la muchacha de impresión bella y trágica a la que seguía los pasos. Cuando la vieja mujer de la perfumería hubo acabado de engalanar el escaparate, colgó de la portezuela de la tienda un cartelito, mucho más pequeño y modesto, que rezaba: «Por favor, señores ladrones, no entren a robar. No hay dinero y sí muchas facturas por pagar».

Nelo siguió paseando, calculando el tiempo que le quedaría a la República, tan castigada ya como la tez de la mujer de la perfumería. Sin alicientes que ofrecer, descuidada, sin finura, sin vida, vulgar. Las últimas noticias recibidas —y las que aún faltaban por llegar, según presentía— eran de aquellas que amargaban el tabaco, el vermut y el café como nunca antes le había sucedido. No sentía únicamente preocupación, era ya una sensación de desplome.

De la calle Vergara a la de Caspe, de la calle Princesa al paseo de Gracia, se palpaba la sensación de desbandada, de horror a local cerrado. En un tramo corto de acera había tres comercios en traspaso por «asuntos de familia»: una modernísima tienda de ropa ya sin género, una abacería y una confitería. Hasta la antigua farmacia de Pelayo, 1, cerraba por «ausencia por tiempo indefinido».

Aquellos días, la ciudadanía, los obreros sobre todo, volvía a confinarse en la densa atmósfera irrespirable de antros tabernarios o cafés que servían comidas más o menos populares, para ver pasar las horas jugando al mus o apurando sus pitillos. En la acera, un cómico de bodas, bautizos y comuniones se desgañitaba por unos duros. Aquel día no hubo las dos bodas, el bautizo y la actuación en la plaza que últimamente venía ganándose.

A veces la alegría dominaba el ánimo, sobre todo cuando el día era espléndido como aquel; entonces los barceloneses se echaban a las Ramblas y algunos, en un alarde de dispendio, como advirtiéndolo que ya llegarían los malos tiempos, se arrojaban al exceso de un aperitivo con toda la familia en torno a una mesa de fingido mármol en un restaurante con terraza que se anunciaba de postín. Siempre la misma escena. Mientras el camarero esperaba, bonachón y paciente, discutían el padre, la madre y los niños qué aperitivo acompañaría el vasito de vino y la gaseosa. Cada sugerencia originaba una polémica.

Nelo los vio. Disfrutaban de aquellos momentos, escasos, en que la vida fluía ajena al mundo, como si sus almas hubieran renunciado a evolucionar y prefiriesen la eternidad de ese presente. Aun así había hueco para el milagro. El entorno lograba reinventarse a cada paso y se hundía y se levantaba cien veces.

Caminaba por el paseo de Gracia y dobló la esquina hacia la calle Caspe. De repente se frotó los ojos, como si quisiera cerciorarse de que lo que ocurría era real y no fruto de un sueño, porque acababa de ver a la chica de la lánguida mirada azul que se apeaba de un Ford nuevo, reluciente. Un caballero mayor que ella y de elegante

porte se despidió de la mujer con sendos besos en las mejillas. No pudo apreciar si el hombre portaba alguna insignia de la Orden del Santo Sepulcro que le identificara como el faccioso del nombre falso, Ramón Quesada.

Nelo se mezcló con el gentío de un popular café situado en la acera de enfrente y vio que la muchacha se perdía en el vestíbulo del Teatro Novedades. En ese instante fijó su mirada en el cartel del programa del teatro que anunciaba el estreno de Asia, una tragedia en tres actos y diversos cuadros del pesimista Lenormand. Pero no era la obra lo que le llamó la atención. Era quién la representaba: la Gran Compañía Europea de Artes Escénicas, entre cuyas artistas figuraba la mujer trágica y fascinante de los ojos azul pálido. En el cartel se anunciaba como Vera Dannichesky, en el papel de la exótica princesa hindú Kata.

Decidió esperar a que saliera. Esperó por lo menos una hora, y cuando ya desesperaba Vera Dannichesky salió del teatro, sola. Iba a pie. Nelo la siguió, a una distancia prudente, mientras se dirigía con cierta prisa hacia la Puerta del Ángel. En algunos momentos la mujer debió de pensar que alguien la vigilaba porque se volvió. Lo hizo un par de veces. Sin embargo, no vio a Nelo en ninguna de las dos ocasiones. El agente se escondía en soportales y esquinas.

Vera aceleró el paso por la calle Puertaerrisa hasta alcanzar la Rambla. Allí se detuvo y volvió a mirar hacia atrás. Nelo aún doblaba la esquina de esa calle y al comprobar que la perdía de vista corrió. Al llegar al paseo ya no la vio. Fue Rambla arriba y abajo y callejeó por los alrededores del mercado de la Boquería. Después de treinta minutos, abandonó la búsqueda con sensación agridulce. Ya sabía quién era. Ahora solo le faltaba tomar contacto con ella.

Dirigió entonces sus pasos a la redacción del periódico en el que trabajaba Querol, pues pensó que él sabría darle más información de la obra de teatro y de sus protagonistas.

Lo encontró sentado a una mesa diminuta completamente cubierta de papeles, corrigiendo un juego de galeras.

El periodista logró averiguar, gracias al redactor de espectáculos, que Vera Dannichesky era bailarina y actriz y había intervenido en pequeños papeles en escenarios de Francia, Italia y Marruecos. En Barcelona tenía la oportunidad, su primera y gran oportunidad, de darse a conocer en España en un gran papel como primera protagonista de una gran producción.

No era mucho.

Hotel Ritz, suite Royale, dos de la tarde

—*Je suis arrivé, Manuelle!*

La joven actriz apareció en el saloncito de la suite como si hiciera su entrada en

escena en la obra que representaba en el Novedades, con grandes gestos, para que se la viera, y expresándose con voz clara y contundente. La sirvienta, adormilada en una butaca, con las piernas estiradas y las manos en el regazo, levantó una ceja y abrió a continuación un ojo. Luego, el otro, y, finalmente, los dos. Entonces, poco a poco, como si también sus articulaciones tuvieran que despertar, se puso en pie. Y dijo:

—Me llamo Manuela, señorita.

—*Mademoiselle* —respondió Vera Dannichevsky.

—De acuerdo.

—*D'accord*.

Entró en el dormitorio, dejó el bolso de mano sobre la cama y mientras se dirigía a la toilette vio la bandeja con la comida que le habían subido y añadió:

—Sí, sí, ya sé que llego tarde. Y no, no tengo tiempo para comer. *S'il vous plaît*, prepárame ese panecillo con mantequilla, ¿quieres? Voy a refrescarme un poco.

Mientras la sirvienta obedecía, la voz de la vedette seguía llegando desde el tocador.

—¿No quieres saber por qué llego tarde? Te lo contaré: he estado paseando... a un admirador. Oh, no, no uno de esos maduros encopetados... ¿se dice así *hautain*?

Manuela asintió con un gesto de la cabeza, que, por supuesto, la señorita no observó.

—Éste era joven, y bastante atractivo. Si fuera torero ya me habría enamorado de él. Me esperaba a la salida del teatro y yo hice como que no le veía y me puse a andar, para ver qué hacía. Y ¿quieres creerlo? Me siguió. Con disimulo, eso sí, como si fuera demasiado tímido para presentarse y se conformara con verme a distancia.

La actriz salió del tocador con la cara recién lavada y vestida solo con una enagua fina que apenas le cubría los muslos. Se sentó en la cama. Manuela le acercó un plato con el panecillo abierto por la mitad y untado con la mantequilla.

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, me cansé. Al llegar a esa calle tan ancha que va a dar al puerto decidí que ya había jugado bastante y lo dejé atrás. En fin...

La joven se puso a comer a dos carrillos, y entre bocado y bocado, añadió:

—Prepárame el vestido, ¿quieres, Manuela?

Calle Aribau, dos y media de la tarde

En las últimas fechas llegaba a casa cuando las hermanas Castellá dormían y madrugaba cuando ambas mujeres todavía seguían durmiendo, así que cuando lo vieron entrar las dos se apresuraron a poner un cubierto más.

Tomó una ducha fresca y se sentó a la mesa. Doña Josefa le reprendió como a un crío por su ritmo de vida. Sobre el mantel de un blanco inmaculado la mujer había

dispuesto un vaso de vino Vial para dar bálsamo y energía al cuerpo gastado de Nelo y un delicioso plato de merluza de costa capturada con palangre, acompañada de gambas, todo ello salpimentado y aderezado con vino blanco.

A doña Josefa no le faltaba el dinero, aunque le disgustaba malgastarlo. Al inicio de la cena se quejó de los precios en los mercados.

—¡Hágame el favor de comérselo todo, señor Bravo! —le ordenó la mujer, que pensaba en los precios que hubo de pagar por aquellos platos. Los había preparado ella misma, siguiendo una receta de su enciclopedia de cocina, pues Rosario Chacón, la asistente doméstica, disfrutaba de unos días de descanso con sus padres en la finca de Villanueva y la Geltrú.

El kilo de merluza de palangre se pagaba ya a quince pesetas, cuando el sábado anterior costaba diez, y las gambas, a ocho pesetas. Nelo hizo sus cálculos. Su plato costaba aquella noche unas veintitrés pesetas, prácticamente el doble del sueldo de un recadero y la mitad de lo que podía ganar un obrero o un camarero. Nelo apuró el pescado hasta las espinas.

Como siempre, la lenguaza Rosa Castellá abrió la conversación con sus afiladas preguntas.

—Díganos, señor... señor como se llame... —empezó la anciana, dirigiéndose a él como un demonio dispuesto a echarle a perder la cena.

Su hermana interrumpió la pregunta y la riñó, y pidió a su huésped que supiera disculpar su falta de memoria, que achacó a la senilidad. Nelo rio. Doña Rosa, también.

—Díganos —insistió la carmelita terciaria—, ¿cómo van los asuntos de la bolsa?

Nelo estaba preparado para responder:

—Muy a mi pesar, el negocio sigue escaso, con tendencia a la flojedad —comentó, utilizando el lenguaje propio de las crónicas bursátiles—. Los valores abren esperanzados, pero cierran a la baja. Las obligaciones de Ferrocarriles permanecen estacionarias. De esta manera pasan las jornadas los valores, en blanco y olvidados.

—¡Cómo el gobierno! —exclamó, sonriendo, como si esperara aquella respuesta para soltar su pulla.

Su hermana, nuevamente, la amonestó por traer a la mesa los asuntos de la política. Nelo aprovechó la ocasión, con la idea puesta en que se avecinaban días aún más revueltos, para sugerirles que salieran de la ciudad. Se dirigió a las hermanas con sutilezas, para no despertar sus temores.

—Deberían ustedes aprovechar para disfrutar de unos días en aquel balneario al que suelen acudir. Cómo se llama...

Doña Josefa, al quite, se lo indicó: Balneario de San Vicente, en la Seo de Urgel. Doña Rosa calló. A su hermana la idea la inquietó.

Nelo insistió con argumentos que ni él mismo creía: que si el calor en la ciudad

era excesivo; que si la salud de doña Rosa —que seguía callada— se resentía; que si la atmósfera de los Pirineos era ideal; que si era la mejor época para viajar; que si...

La señora Rosa Castellá abrió, por fin, la boca. Hacía rato que callaba y de tanto callar el silencio estalló en sus palabras, que parecían guindillas.

—Déjese de zarandajas. ¿No será el motivo de su insistencia que el ruido de sables y fusiles es cada vez más intenso?

A Nelo la cuestión le descolocó, aunque reaccionó a tiempo:

—¡Deje de hacer volar su imaginación!

—Pero ¿y los últimos acontecimientos? Tanto crimen y robo, tantas detenciones.

—Madre de Dios santísima... —intervino doña Josefa.

—No se preocupen, señoras —insistió Nelo—. La ciudad sufre los vaivenes propios de cualquier gran ciudad, más en una época convulsa como esta. Pero las autoridades pondrán remedio, ya verán —afirmó, a sabiendas de que mentía o, por lo menos, de que no decía toda la verdad.

Doña Rosa también lo sabía y por ello fue quien, en última instancia, tomó la decisión final.

—¡No se hable más, marcharemos! ¡Es una excelente idea! —exclamó, dirigiéndose a su hermana, aunque ella no lo tenía tan claro:

—No sé yo... no sé si deberíamos marchar. ¿Qué será de usted? ¿Quién le cuidará? ¿Quién le preparará el desayuno y la cena? ¿Quién le preparará la ropa?

Nelo impidió que formulase el enésimo comentario.

—No debe padecer por mí, señora Josefa. ¡Sabré cuidarme!

Aún doña Rosa formuló a Bravo una última pregunta para la que él no estaba suficientemente preparado.

—Dígame, señor como se llame, ¿y Dios de parte de quién está en todo este asunto?

—¡Vaya con la mujer, siempre malmetiendo! —balbuceó Nelo, cuyo disfraz de hombre de negocios de poco servía ante la insidiosa vieja—. Mucho me temo, señora, que nadie ha consultado a Dios sus planes, aunque contestando a su pregunta diría que si yo fuese Él estaría con los partidarios de la libertad, de la justicia, de la felicidad y de la verdad.

Nelo bajó la voz y la cabeza para volver a erguirla y decir, a modo de sentencia:

—De todos modos, yo creo que Dios está muerto o nos desprecia.

Doña Josefa, al quite, censuró sus palabras mientras se santiguaba y elevaba preces al cielo del techo del comedor.

—Tiene usted la lengua de un carretero y arderá en el infierno por ello. Debería usted saber que Dios, nuestro Señor, está en todo y por todos y si nos despreciara no nos hubiera dado un corazón tan fuerte.

En esta ocasión, Nelo entró al trapo.

—Con todos los respetos, señora Josefa, el mundo ha asistido antes a sueños de cambio, a promesas de que algo nuevo y mejor esperaba a la vuelta de la esquina. Pero siempre ha aparecido alguien que en nombre de un dios o de otro ha trastocado el orden natural de las cosas, ese orden que ha querido el pueblo.

Doña Rosa aplaudió. Su hermana oró. Nelo prosiguió.

—El pueblo tiene un sueño —agregó con un puntito de ternura—, pero unos cuantos lo quieren aniquilar arrogándose un derecho que no les pertenece en nombre de un dios que han creado a su imagen y semejanza para cumplir una tarea divina. Señoras —dijo para concluir, antes de retirarse a su habitación—, si Dios quiere hacerme creyente debería comenzar por destruir a algunos de sus pastores.

—¡Ay, ay, cuánta blasfemia! —gritó doña Josefa—. ¡Voy de inmediato a la parroquia a rezar por usted! ¡Desvergonzado!

Capítulo 12

Barcelona, 13 de julio de 1936

Calle Aribau, diez de la mañana

Resuelta la cuestión del viaje, aunque no la de Dios, las hermanas Castellá hicieron sus maletas y partieron hacia el Balneario de San Vicente. Nelo se aseguró de que tuvieran un placentero viaje encomendando la tarea a Gustau Fornés, el joven administrador de las finanzas de las señoras Castellá, quien las llevó en el cómodo Buick sedán de siete plazas propiedad de su padre y vecino, el abogado Fornés.

Al verlas partir Nelo tuvo la impresión de que no se ausentaban solo por una semana. Las echaría de menos; de algún modo apaciguaban aquella sensación de soledad que aparecía cuando dejaba de ser el funcionario de seguridad al servicio de la República. Le quedaban Estremera, claro, y quizás aquel periodista, Querol, y el recuerdo de una mujer.

Echó a andar por las calles de Barcelona con paso seguro. Sabía adónde iba, y qué le esperaba.

Comisaría General de Orden Público, once de la mañana

En la comisaría se encontró con un Escofet aún optimista tras la detención del supuesto enlace de los conspiradores. Aunque pronto todo empezaría a torcerse.

De hecho, transcurrida una semana desde la muerte del director de La Escocesa y el intento de asesinato del coronel Moracho las cosas seguían prácticamente igual que al principio, sin nuevas pistas sólidas ni firmes sospechosos. Además, a petición del propio presidente Companys, el comisario hubo de hacer pública una nota para decir que no había dicho lo que sí había dicho en relación con el criminal ataque contra el coronel, es decir, que el delito era militar y que las granadas de mano empleadas procedían del Ejército.

A las puertas de la comisaría, además, se organizó un tumulto. Era una ruidosa representación de los obreros de La Escocesa que portaban una nota para hacerla pública a gritos sobre lo que pensaban acerca de lo sucedido en su fábrica y con su director. En todo este asunto, creían que nadie les había prestado la debida atención y de este modo querían hacerse oír.

Escofet hizo de tripas corazón y salió a la puerta a recibir a los trabajadores, quienes le hicieron entrega de su escrito, en que le mostraban su pesar por la pérdida sufrida y rechazaban de plano la implicación de los empleados de La Escocesa, como ya hicieran a primera hora de la mañana en el palacio de la Generalitat y en la Consejería de Gobernación.

Cumplido su objetivo, que no era otro que llamar la atención de la prensa y de las autoridades del orden público, los obreros se fueron en silencio por donde vinieron y Escofet se encerró en su despacho. Fuera aguardaban algunos periodistas con la esperanza de obtener mayor aclaración que el comunicado que les habían repartido. En mal momento. La Comisaría General de Orden Público había sido puesta en alerta después de las impactantes y confusas informaciones que llegaban de Madrid: el asesinato a tiros en el corazón de la República del teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo, perteneciente a la Unión Militar Republicana Antifascista y miembro activo del Partido Socialista.

Al parecer, el crimen se cometió cuando el teniente Castillo salía de su domicilio para incorporarse al servicio en el cuartel de Pontejos, cuando cuatro individuos le salieron al paso y, al amparo de la noche, le descerrajaron varios disparos que acabaron con su vida. Escofet llamó a su despacho a «los madrileños», como conocían en la comisaría a Nelo y Estremera.

—¿Quiénes son los responsables de tan salvaje...? —preguntó el comisario a Nelo. El agente conocía bien los entresijos de las luchas homicidas y fratricidas en la capital de España.

—El teniente Del Castillo tenía un amplio elenco de enemigos —explicó el agente—. Desde los carlistas del tercio de requetés a los falangistas. De hecho, los fascistas de Madrid se la tenían jurada desde los sucesos de abril.

—Eso no es todo —intervino Estremera.

—¿Qué quiere decir? —exclamó el comisario.

—He hablado con el capitán Abasolo. Tú no estabas, Nelo —dijo, a modo de disculpa—. Aunque todo es muy confuso todavía, en Valencia han asaltado la emisora local de Unión Radio. Al parecer, cuatro individuos, por lo menos, armados con pistolas, han interrumpido la programación habitual y han leído una alocución en nombre de Falange Española en la que anunciaban la inminente intervención de todas las emisoras de radio y centrales de comunicación y de telefonía de España.

—Señores —dijo Escofet cuando recuperó el aliento—. Deben disculparme ahora. Esto hay que pararlo.

Cuando Nelo y Estremera salieron del despacho el comisario apoyaba con fuerza el auricular del teléfono contra su oreja derecha.

La noticia corrió como la pólvora, no solo en Valencia, también en Barcelona. Querol salió de inmediato a la calle a palpar el ambiente, con su libro de notas en mano:

En las casas, en los locales públicos, en las calles y, especialmente, en los centros políticos afectos al Frente Popular se producen movimientos de expectación que pronto se han traducido en nerviosismo entre la clase obrera y elementos de los partidos de izquierda. La confusión reina por doquier. En

los bares y restaurantes se sintonizan emisoras de radio, que emiten sus programaciones habituales como si los sucesos de Valencia nunca hubieran existido.

En Barcelona, en realidad, no ha ocurrido nada fuera de lo normal. Se tienen noticias de que en algunas vías de la ciudad se han organizado grupos de obreros en indignada protesta por lo que se sabía de lo sucedido. Los ánimos se han apaciguado cuando se ha tenido la certeza de que los rumores que circulaban sobre golpes de Estado en todo el país eran falsos. Sin embargo, en los principales edificios gubernativos, en la Comisaría General de Orden Público y en los cuarteles del Ejército en Barcelona se ha dado la voz de alarma y sus miembros han sido puestos en estado de alerta.

* * *

A las tres de la tarde Querol recibió un soplo de un limpiabotas con puesto habitual en el tramo final de las Ramblas: un carabinero de servicio en el muelle de Barcelona se había visto obligado a efectuar algunos disparos al aire al advertir la presencia de dos individuos que levantaron sus sospechas. Agentes de policía se personaron de inmediato en la zona y, cuando los sospechosos iniciaban la fuga, procedieron a su detención. Se llamaban Ángel y Eusebio, y portaban cinco tubos cargados con líquido inflamable. En el suelo fue encontrado otro tubo y un séptimo ya había prendido fuego en unas mercancías que eran cargadas en un camión.

El periodista telefoneó a Nelo un par de horas más tarde para confirmar la información.

—Señor Nelo, corre el rumor de que los detenidos por lo del puerto no son sindicalistas, ni siquiera son del ramo del transporte...

—En efecto.

—¿Y...? —exigió más que preguntó Querol.

—Imagínese... —le contestó el agente, como si estuviera jugando a las adivinanzas.

—¡Señor Nelo!, no dispongo ahora de tiempo para elucubrar... ¡Los detenidos eran fascistas!

—No exactamente.

—¡Vamos, dígamelo!

—¡Señor Querol, su tenacidad raya en el descaro! —le espetó. Pero no le podía reprochar nada. Cuando ejercía la profesión periodística, Nelo actuaba del mismo modo.

Finalmente, el agente le reveló la información.

—Los saboteadores han declarado que se encontraban en la avenida del Paralelo cuando un individuo, en nombre de Falange, se les acercó y les entregó los tubos con la instrucción de llevarlos al muelle para accionarlos, a cambio de una buena suma de dinero.

—¿Algo más? —insistió el periodista.

—¿No descansa nunca usted? El objetivo, según han confesado los malhechores, era destruir las mercancías del muelle para azuzar aún más el conflicto social del ramo.

—¡Gracias, señor Nelo! Le debo una...

—¡Me debe usted tantas...! Llámeme mañana, Querol. Por cierto, seguro que a usted no ha de costarle mucho hacerse con un estadillo de las fuerzas del Ejército aquí, en Cataluña, con los nombres de los mandos, ¿verdad?

—Supongo que algo encontraré en los archivos —respondió el periodista—. ¿Para qué es?

—Mañana se lo cuento.

Cuando Nelo colgó el teléfono, Estremera, que acababa de entrar en el despacho prestado que compartían en la comisaría, lo miró e hizo un gesto de interrogación.

—¿Has quedado con el periodista?

—Puede sernos útil, créeme.

—No, si te creo, pero no entiendo que teniendo a nuestra disposición los hombres que queramos tengamos que echar mano de un plumilla.

—¿No te das cuenta, Gonzalo? Se nos está yendo de las manos. Nosotros, dedicados a buscar un enlace de los fascistas que ni sabemos quién es ni aun si existe; Escofet y los catalanes, ocupados con que no se salgan de madre los conflictos sociales, y Llano, en la inopia. Y el capitán Abasolo...

—¿Qué ocurre con él?

—No lo sé, dímelo tú. Has sido el último en verlo, en hablar con él.

—¿Qué quieres que te diga, supongo que tiene otra visión... más de conjunto.

—Ya. Seguro que todavía cree que las cosas están bajo control.

—¿Tú no?

—Claro que no —respondió Nelo—. ¿Sabes qué tendríamos que estar haciendo tú y yo ahora mismo en lugar de buscar fantasmas? Hacernos acompañar por una sección de Asalto armada hasta los dientes y detener a Burriel.

—Y se liaba la de Dios es Cristo. No, gracias, no cuentes conmigo. Algo de esto me dijo el capitán, que te controlara.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y que cuidara de ti.

—Les estamos cediendo la iniciativa, ¿no te das cuenta? Golpearán cuando quieran y como quieran, y entonces será demasiado tarde.

—Yo solo soy un analista —se disculpó Estremera—. Y analizando el estado de la cuestión te digo que una acción como la que propones desencadenaría una reacción en cadena del estamento militar de consecuencias imprevisibles.

—Ya. Si no actuamos, malo; si lo hacemos, peor. Por eso necesito al periodista.

—¿Por qué?

—Para provocarlos. Tal vez un par de artículos, con nombres y apellidos, los obliguen a mostrar sus cartas.

Nelo se puso en pie. Se abrochó el botón del cuello de la camisa, recompuso el nudo de la corbata y recogió la chaqueta del respaldo de la silla para ponérsela.

—¿Te vas? —preguntó Estremera.

—Eso es.

—¿Adónde, si puede saberse?

—A tomar el aire.

Pero Estremera se lo quedó mirando, y en su cara se dibujó una expresión mezcla de curiosidad y preocupación.

—Tranquilo, ahora voy a casa de las Castellá a cambiarme y luego, al teatro.

Estremera cruzó los brazos sobre el pecho. Dejaba a las claras que quería más explicaciones.

—La mujer misteriosa. Te hablé de ella. La de la recepción, la que hablaba con Burriel. La encontré, es actriz y representa una obra en el Novedades. ¿Satisfecho?

—Y vas a verla porque...

—Porque quiero averiguar qué hacía ella con un general del Ejército sospechoso de sedición.

—Y no hay interés personal...

—No más allá de regalarme la vista con su belleza.

Nelo sonrió. Y más que las palabras de su compañero fue, al parecer, aquella sonrisa la que tranquilizó a Estremera.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Una carabina? No, gracias.

—Yo pensaba más bien en guardarte las espaldas.

Teatro Novedades, diez de la noche

Había bastante gente a la entrada del salón de platea haciendo tiempo. Una nube de humo de tabaco de calidad sobrevolaba el lugar, se oía el tintineo de copas de champán al entrecuchar y el murmullo contenido de conversaciones educadas. Con todo, desde el bar llegaba la bulla a voz alzada y alguna que otra risotada de un grupito de caballeros de aspecto marcial: de edad similar, jóvenes, el mismo corte de pelo, uniformidad en el atuendo, sin duda bien avenidos. Rodeaban a dos *vedettes* del

vodevil que se representaba en el Palace y que se dejaban pagar la función y las copas a cambio de soportar miradas lujuriosas y caricias atrevidas. Uno entre ellos destacaba por ruidoso, por su altura y porque el alcohol había desatado ya su lengua.

Nelo recorrió el lugar con la mirada y se sintió integrado, a pesar de que su traje de calle no era el más apropiado para la ocasión. Otros jóvenes vestían de manera informal, como él, y eso lo ayudó a sentirse cómodo. No oyó la algarabía del bar, o no quiso prestarle atención, porque si la curiosidad le hubiera acercado allí habría visto al teniente Olarte despotricar sin complejos contra la República, y el episodio hubiera podido acabar en un hospital o en comisaría.

Ajeno a lo que no concerniera a su propósito de conocer a Vera, se puso a buscar su butaca en las primeras filas. En ese momento se alegraba de no haber cogido la pistola. Resultaba sumamente embarazoso llevar encima aquel bulto, que lo obligaba a andar escorado a un lado y a sentarse con precaución, siempre pendiente de que no se notara. Sonó una campanilla, el primer aviso. Unos minutos más tarde sonó por segunda vez y, a continuación, por tercera. El espectáculo iba a empezar.

Se apagaron las luces y los focos. Solo quedó una tenue luz cenital sobre el escenario. Una profunda voz entre bambalinas anunció la llegada a Europa de un barco procedente de Asia con su carga de gentes, vidas y pasiones.

Según el programa de mano, en el transatlántico viajaba una extraña pareja: el aventurero marsellés Mezzana, que regresaba a casa luego de una prolongada estancia en Indochina, y la princesa hindú Kata. Y apareció ella, Vera, caracterizada para el papel de princesa, con su belleza lánguida y serena, ahora de cabellos negros como el azabache. Nelo se estremeció en su butaca.

Mientras la princesa paseaba por la cubierta con una mirada desmayada, ausente, la voz del narrador explicaba que Mezzana, soldado en Indochina, había hecho frente a graves peligros y a punto estuvo de morir. La princesa le salvó la vida, traicionando a su padre, un poderoso rey, y causando la muerte de su propio hermano, al que un día amara tiernamente. Kata dio al aventurero francés un amor sin límites y dos hijos.

Cuando el barco llegaba al final de su periplo, en los mares de Europa, resurgió en Mezzana el hombre europeo que fue y tomó cuerpo su ambición de recobrar en su patria la personalidad perdida: ser un gran comerciante que se unía a una mujer blanca y culta y tener con ella hijos que convertiría en perfectos europeos e intelectuales, quizá matemáticos o ingenieros.

Pero había algo que estorbaba el proyecto del aventurero: la princesa, que en un impetuoso monólogo, reivindicaba su amor, su pasión maternal, su espíritu, en todo opuesto al del aventurero.

La interpretación elevó la fascinación de Nelo por aquella mujer. Por sus palabras y sus gestos, por cómo exhortaba a sus hijos a que amasen los cuentos y no las matemáticas, a que creyesen en la magia y no en un dogma, a que soñasen con

fabulosos dragones y no con máquinas. Ella, todopoderosa princesa en *Asia*, transformada en mujer vulgar a medida que se acercaba a Europa. Ella, que lo había dado todo por el hombre que amaba, incluso abandonando su hogar, su tierra, era ahora un estorbo en los planes de su compañero.

El drama estaba servido: el hombre, Mezzana, reconquistado por su patria, enamorado de otra mujer, francesa, conminaba a Kata a que regresara a su país. Al no conseguirlo, lograba que Francia decretara su expulsión. Pero ella no podía volver a su reino, pues aquella que dejó atrás ya no era su tierra. Sus hijos tampoco eran ya sus hijos. Eran dos niños mixtificados, domesticados, pisoteados por el embrujo de Europa. El alma de los pequeños se había vuelto fría, dura como la de Mezzana, como la del hombre blanco. En la última escena, Vera —la princesa Kata— aparecía enérgica. Nunca, jamás, entregaría a sus hijos al hombre que la había repudiado: se los llevaría consigo al reino sinfín de la muerte.

Todos en el patio de butacas, puestos en pie, aplaudieron con sinceridad y fervor la representación, sobre todo la de Vera. Su labor fue magnífica, de gesto, de dicción, de vida, de actitud. Salió en diversas ocasiones para corresponder a los aplausos del auditorio. Y en una de ellas la actriz posó la mirada sobre Nelo, sentado en las primeras filas de platea, y la detuvo allí un instante, justo el tiempo necesario para mandarle un mensaje, o eso creyó entender él.

Pensó que debía hacerlo. En lugar de seguir a los espectadores que enfilaban ya las salidas del teatro, se dirigió hacia el escenario. Quería encontrar la zona de los camerinos y no sabía hacia dónde dirigirse, hasta que un mozo, casi un niño, vestido con un guardapolvo azul, con un ramo de flores tan grande como él se cruzó en su camino. Lo siguió, solo para descubrir que ya se le habían adelantado.

Ante el camerino de la actriz se arremolinaban media docena de hombres maduros, vestidos de etiqueta, que esperaban una oportunidad para entrevistarse con Vera Dannichesky. Una recia gobernanta, gruesa como un obispo, abrió la puerta para recibir las flores y se plantó con solidez en el suelo de madera a la entrada del camerino. Su misión: persuadir de entrar a los admiradores.

—*Mademoiselle* no recibirá hoy a nadie, señores. *Elle est très fatiguée* —decía en un francés macarrónico con acento andaluz.

Nelo se entretuvo en un rincón, al final del pasillo de camerinos, liándose un pitillo. Era lógico, pensó, que despertara tanto interés. Ya los figurantes se habían ido y quedaban solo un par de empleados del teatro cuando lo intentó. Tiró el cigarrillo a medio consumir al suelo y lo aplastó con el pie; entonces se acercó a la puerta y llamó. Apareció de nuevo la gobernanta, con cara de fastidio, que abrió apenas un palmo, para ver a Nelo y, sobre todo, su mano derecha, que esgrimía varios billetes.

—Solo quiero verla un instante —dijo, dedicando a la mujer la más tierna de sus miradas además del dinero.

Pero algo no había funcionado, y no era su encanto. La gobernanta desvió la mirada de Nelo a un punto por encima de su cabeza, y el agente supo que tenía que girarse, y cuando lo hizo se encontró, pegado a sus espaldas y con cara de malas pulgas, a un hombre que no cabría en el armario de una condesa, alto como era, un palmo más que él, y ancho, otro par de palmos más.

—*Ça va bien, Otto.*

Era la voz de Vera Dannichesky, desde el interior del camerino.

—Tendrá que disculparme, *monsieur*, pero esta noche ya no recibo a nadie.

—Permítame, entonces, que la acompañe hasta la salida —suplicó Nelo, con su mejor sonrisa en los labios.

La actriz parpadeó, coqueta, un par de veces y asintió con un gesto de la cabeza. Vestía de negro ceñido, con una especie de tul del mismo color que le cubría parte de la cabeza, y llevaba un coqueto bolso de mano con lo que parecían lentejuelas de nácar.

Se colocó junto a ella y le ofreció el brazo, pero lo rechazó.

Magnetismo. Esa era la palabra que Nelo buscaba para describir lo que sentía a tan corta distancia de aquella mujer, un magnetismo físico que lo impelía a acercarse; tal vez la tibieza de su piel, el sensual olor que desprendía o esa aura que la rodeaba y que lo obligaba a contenerse, a no dar un paso más para no tropezar con ella.

—¡Magnetismo! —exclamó, sin pensarlo.

—*Pardon?*

—Oh, nada, señorita, estaba pensando en voz alta.

—¿De magnetismo? ¿Es usted científico?

—Claro que no. Solo... solo que no me servía la palabra atracción para describir qué siento al estar junto a usted, y se me ocurrió que tal vez sería más acertado hablar de magnetismo.

La actriz se puso a reír con ganas, y el agente decidió aprovechar la ocasión.

—Si me lo permite, ha sido una actuación sobresaliente. Por cierto, ¿señora o señorita? —preguntó.

—¡Señorita, por supuesto! —exclamó ella, aún con la sonrisa en los labios.

—¿Me permitiría invitarla a una copa de vino? —se aventuró entonces Nelo con voz suplicante.

—¿Tendrá usted un nombre? —respondió Vera, indecisa, para ganar tiempo ante la iniciativa del hombre.

—Bravo. Me llamo Eduardo Bravo —señaló el agente, empleando una de sus diversas identidades—. Conozco un lugar tranquilo y agradable, cerca de aquí.

—Bien, ¿por qué no? —aceptó ella, y añadió—: Espere un momento.

Se detuvo un instante y se volvió hacia aquel al que había llamado Otto para susurrarle algo al oído. Luego volvió junto a Nelo y, esta vez sí, aceptó el apoyo de su

brazo.

Fueron a pie hasta la terraza del cercano café situado junto a los almacenes Jorba, en el acceso de la avenida Puerta del Ángel, un lugar tranquilo, confortable y de servicio esmerado.

Nelo pidió una botella de vino. Se trataba de un caldo de gran armonía, de expresividad frutal intensa y clara que lo hacía fácil de beber y comprender, sin renunciar a la elegancia.

—Excelente elección señor...

—Bravo, Eduardo Bravo.

—¡Ha sido una interpretación brillante! —exclamó Bravo para romper el silencio en la tranquila terraza.

—Eso ya lo ha dicho usted antes, señor... —respondió al quite Vera, que de nuevo no recordó, o no quiso recordar, la identidad de su acompañante.

—Eduardo Bravo —insistió el hombre sin dejar lugar a la duda.

—¿Y el señor Bravo es de algún lugar?

—De Madrid, de la mismísima capital de la República.

—¿Y qué trae al señor Bravo por Barcelona?

—Negocios. Asuntos de cambio y bolsa. Negociaciones y otras minucias... —Nelo no quería seguir ese camino—. Y usted... usted no es española.

—Cierto. Soy francesa de nacimiento, aunque mi lugar es el mundo. Ahora aquí, en Barcelona, mañana, ya veremos... —contestó la mujer mirando al cielo y haciendo aspavientos al aire.

—¿De qué parte de Francia?

—De la más bella y trágica: los Vosgos, la frontera natural entre las históricamente disputadas regiones de Alsacia y Lorena.

—¿Vera Dannichesky es su verdadera identidad? ¡Es poco común!

—¡No, por Dios! Es tan solo un nombre artístico.

—¿Y quién se oculta tras Vera?

Fue ella quien se mostró incómoda entonces con aquel juego del gato y el ratón de preguntas y respuestas, así que desvió la conversación.

—Para ser usted hombre de negocios pregunta demasiado. Dejémoslo en Vera si no tiene inconveniente. ¿Y hay una señora Bravo?

—No, no, no. Mis negocios, mis asuntos, me han impedido asentarme y establecer una familia —explicó Nelo, cuyas mentiras fluían con espectacular naturalidad y le proporcionaban la necesaria coartada de credibilidad—. ¿Y existe el hombre que ha robado su corazón?

Vera le respondió tajante, sin revelar nada en absoluto que pudiera comprometer su corazón y su pasado:

—Debe saber usted que a Vera nadie le roba su corazón. En cualquier caso, lo

entrega.

No había respondido a su pregunta, pero Nelo se dio por satisfecho. Tomó su copa y bebió un sorbo, sin dejar de mirar ni por un instante los radiantes ojos de la mujer. Pensó que necesitaba saber más de ella, averiguar qué había en su actitud, en su porte, en la seguridad que mostraba que no encajaba con su perfil, con el disfraz de actriz.

—Me mira mucho, ¿no? ¿Me queda alguna mancha de maquillaje en la cara? — interrumpió Vera los pensamientos del agente.

—Oh, no, nada de eso. Es que así, de cerca, me parece usted bellísima.

—*Enjôleur...*

—*Mais non, mademoiselle. Vous êtes vraiment charmante.*

—Y encima habla francés.

—Solo un poco. Lo aprendí en Marruecos.

—Ay, es la lengua de los enamorados, si me permite la expresión.

—*Pas d'autre pour exprimer les sentiments.*

—¿Y cuáles son sus sentimientos ahora? ¡No, no me responda! Antes quiero conocerle. ¿Sabe?, no suelo aceptar invitaciones de un desconocido. Y menos después de una función; acaba una tan cansada que lo único que desea es volver al hotel, tomarse un baño y acostarse. Pero tengo la sensación de que nos conocemos, de que le he visto en alguna parte, ¿es posible?

—Yo sí la he visto, ¡cómo olvidarla!

—*Mais, où?* ¿En el teatro? ¿En la calle? ¿En las Ramblas? ¡Oh, me encantan las Ramblas! Tanta gente, tan atareada, tan fácil perderse por allí.

Esa ironía al inclinar la cabeza, en el mohín de sus labios, dio a entender a Nelo que ella lo había descubierto cuando la siguió.

—Pensaba más bien en una recepción en el Casino de San Sebastián. Aún ahora la veo: saludando a un hombre con uniforme con aquel gesto tan recatado, tan inocente, tan naif. Me resultó llamativo ver cómo aquel militar de gesto adusto se deshacía en lisonjas cuando usted le tendió la mano. ¿Lo recuerda?

Vera hizo un gesto de disgusto.

—*Bien sûr, monsieur le générale.* ¿Así que usted también estaba? No lo vi.

—¿Lo conoce?

—*Mais non!* Me lo presentaron allí, me dijeron que le encantaba el arte dramático y que quería saludarme. Conocí a mucha gente esa noche, ¿sabe? Lo extraño es que no nos presentaran, porque eso sí que lo recordaría... *Un homme si fringant comme vous...*

—Ahora es usted quien me adula. Me hubiera atrevido a presentarme yo mismo, pero desapareció usted como la Cenicienta del cuento, ¿no perdió ningún zapato?

—No entiendo.

Nelo esbozó una sonrisa e hizo un gesto con la mano para quitar importancia a la broma. Vera, más que incómoda, parecía algo nerviosa; unas diminutas gotas de sudor perlaban su frente y le conferían un brillo que a Nelo se le antojó atractivo. En un gesto inconsciente, la joven mujer se llevó la mano a la frente y a continuación al pendiente que colgaba de su oreja izquierda.

—Si me disculpa —dijo, con una voz que había perdido buena parte de la entereza con que había hablado hasta entonces—, creo que iré a la *toilette* un momento.

—Por supuesto, *mademoiselle*.

De inmediato Nelo se puso en pie, rodeó la mesa y se situó detrás de la silla de ella para retirarla mientras se levantaba. Y seguramente Vera Dannichesky no esperaba aquel gesto, porque se puso aún más nerviosa y dejó que cayera al suelo el bolso de mano que guardaba sobre sus rodillas.

Nelo lo oyó. Oyó un sonido metálico cuando el bolso tocó el suelo. Y no lo dudó un instante. En un gesto que pretendía ser caballeroso y que obedecía más bien a la curiosidad, se agachó y lo recogió para volver a ofrecérselo a su dueña. Sus dedos tuvieron tiempo de palpar el bulto inconfundible de una pistola de pequeño calibre oculta en su interior.

El rubor en las mejillas de la mujer despertó en el agente Nelo una extraña sensación que en aquel instante no supo identificar, como si Vera Dannichesky le mandara un mensaje secreto que era incapaz de descifrar y que lo desarmaba.

Observó a la mujer mientras se dirigía al tocador: los hombros caídos, la cabeza ligeramente inclinada, las manos sosteniendo con fuerza el bolso, el andar indeciso, y vio a un ser indefenso, incapaz de representar una amenaza para nadie. Instantes después veía salir a una mujer recompuesta, muy erguida, segura de sí misma; se había pintado los labios con un rojo chillón y su sonrisa, así, resultaba artificial. ¿Ésta sí sería capaz?

—Señor Bravo —dijo, con frialdad, cuando llegó a la mesa en la que la aguardaba Nelo—, se ha hecho tarde y tengo que volver al hotel.

—Por supuesto, señorita. ¿Me permite acompañarla?

Vera aceptó. Anduvieron hasta el Hotel Ritz; él no le ofreció el brazo y ella se mantuvo a cierta distancia. No hablaron. Tal vez temían decirse demasiado, descubrirse, desenmascararse.

Capítulo 13

Barcelona, 14 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, nueve menos cuarto de la mañana

El agente Nelo había pasado mala noche. Por primera vez desde que llegara a Barcelona, su obsesión por contener las intentonas golpistas de un sector del Ejército había quedado relegada en su mente por un pensamiento más mundano. Y por mucho que tratara de convencerse de que su interés por Vera Dannichesky era meramente profesional, en el fondo no encontraba justificación a un hecho cierto: allí donde posaba la mirada en su habitación, en casa de las hermanas Castellá, veía un rostro, el de la actriz. En realidad, dos, pues se alternaban aquel arrebatado de rubor y aquel otro de sobresalientes labios rojos. Incapaz, pues, de dormir, y decidido a recuperar la cordura, llamó a la redacción en la que trabajaba Querol y habló con él. Tampoco el periodista dormía. Así que se citaron en la comisaría.

El periodista llevaba un pormenorizado análisis de la guarnición de la plaza de Barcelona.

—Hablamos —empezó a decir Querol— de dos regimientos de Infantería, dos de Caballería, un grupo de Información Artillera, un batallón de Zapadores, un grupo divisionario de Intendencia, un destacamento del Depósito Central de Remonta, un centro de Movilización y Reserva, la Caja de Reclutas, los servicios auxiliares correspondientes y los cuarteles de la IV División Orgánica, de la VII Brigada de Infantería, de la II Brigada de Caballería y de la IV Brigada de Artillería.

—Vaya, eres minucioso, Querol.

—Eso no es todo. Hay que sumar los dos Tercios y la Comandancia de Caballería de la Guardia Civil, a cuyo mando superior se halla el general Ramón Aranguren, con el auxilio de los coroneles Antonio Escobar y José Brotons. Al mando supremo de todas estas fuerzas está el general de brigada del arma de Infantería, don Francisco Llano de la Encomienda.

El periodista se tomó un respiro y observó al agente.

—Lo que no entiendo —siguió— es por qué me pide a mí esta información. Seguro que Escofet se la proporcionaría si se la pidiera.

—Eso es meterse en burocracias y tener que esperar. A ti te tengo más a mano y, además de ser una fuente fiable, me interesa tu opinión. Llano de la Encomienda.

—Republicano convencido, antifascista declarado, pero también apocado, indeciso —respondió casi sin pensarlo Querol—. Los otros tres generales con mando en plaza son Ángel de San Pedro Aymat, Álvaro Fernández Burriel y Justo Legorburu, jefes de las brigadas de Infantería, Caballería y Artillería —añadió el periodista, subrayando el nombre de Burriel.

—Digamos, entonces —propuso el agente Nelo, como si se tratara de un juego de estrategia en el que el tablero era España y Barcelona una importante pieza—, que organizamos una conjura para derribar a un gobierno. ¿A quién, con suficiente mando y ascendencia sobre las tropas, encomendaríamos la tarea de encabezar una sublevación en la ciudad?

Querol descartó al propio Llano de la Encomienda, a San Pedro Aymat y a Aranguren. Luego excluyó a los coroneles Escobar y Brotons y a otros jefes y oficiales, como el teniente coronel de Aviación Felipe Díaz Sandino, y a los militares que ahora servían al Gobierno de la Generalitat, Escofet, Pérez Farrás y Guarner.

Tras algunas dudas, también descartó al general Legorburu. El único de esa lista que quedaba era Fernández Burriel, tanto por su pasado junto a los generales Mola, Sanjurjo y Franco como por su presente.

—¿Recuerdas la actriz de la que te pedí referencias?

—Una tal Vera, sí —respondió Querol—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Se vio con Burriel en una recepción en el Club Marítimo.

—¿Casualidad?

—Lo dudo —respondió Nelo—. ¿Hay alguna manera de saber adónde irá la compañía después de Barcelona?

—Puedo preguntarlo en la redacción.

—No importa. ¡El problema lo tenemos con Llano de la Encomienda! Con su ayuda podríamos poner cerco a Burriel, seguir todos sus movimientos de cerca y evitar que conspirara, apartarlo incluso del mando de la tropa.

—¿Y si yo abordase a...? —propuso el reportero.

—Demasiado peligroso —le advirtió Nelo.

—Me refiero a Burriel.

—Este hombre no se anda con chiquitas. No. Estoy pensando más bien en elaborar un informe con sus movimientos, con sus contactos, poner al descubierto sus planes...

Oyeron en ese momento la puerta del despacho de Nelo. Los dos callaron y volvieron la cabeza, como si fueran ellos los conspiradores y temieran que los descubrieran en flagrante delito.

—¡Vaya, veo que alguien ha madrugado hoy! —saludó Estremera aún desde la puerta.

—Hola, Gonzalo. No podía dormir y he venido hacia aquí.

—Y yo acabo de terminar la jornada y he venido para contrastar unas informaciones con el señor Nelo —se disculpó Querol.

—Vete ya, descansa un poco. Seguiremos en contacto —despidió Nelo al periodista.

El periodista recogió precipitadamente su cuaderno y algunas cuartillas sueltas

que había dejado sobre la mesa y desapareció por la puerta que custodiaba Estremera. Este finalmente entró en el despacho.

—Parece que tú también has pasado mala noche, Gonzalo.

—No me hables...

—¿Ha ocurrido algo?

—Ayer por la noche estuve de servicio.

—¿De qué me estás hablando?

—De un compañero estúpido que se está metiendo en problemas y que necesita que alguien le cuide la retaguardia.

—¡Me seguiste! —exclamó, con un tono más de sorpresa que de enfado.

—Órdenes de arriba.

—De acuerdo. —Nelo volvió a sentarse, resignado—. ¿Y qué conclusión has sacado?

—Es pronto para conclusiones. Pero puedo decirte varias cosas —empezó a explicar entonces, con ese tono frío de análisis que tanto molestaba a Nelo—: primero, que resulta extraño que una primera actriz acepte una invitación de un desconocido; segundo, que es más extraño todavía que esa actriz tenga un guardaespaldas...

—Un *chauffeur* —lo interrumpió Nelo.

—Déjate de tonterías, un guardaespaldas con todas las de la ley, y tercero, y más curioso, que ese guardia de Corps prusiano de dos metros te siga hasta tu casa.

—Vaya, así que eso hizo...

—¿Me lo cuentas o no?

—No sé qué contarte. La cosa iba bien hasta que mencioné a Burriel. Entonces empezó a ponerse nerviosa; se levantó, se le cayó el bolso y juraría que dentro llevaba una pistola. Ya está, eso es todo.

—Luego la acompañaste hasta el hotel y no volvisteis a cruzaros la mirada. Lo sé. Bueno, tendrás bastante ya, ¿no?

—No sé qué quieres que te diga. Es una mujer extraña, cierto, pero sigo sin saber cómo encajarla en todo esto.

—Encaja perfectamente en el papel de enlace, del enlace que estamos buscando. ¿Recuerdas?, esa es nuestra misión.

—¿Y si no es un simple enlace, una mera portadora de noticias? ¿Y si actúa como espía al servicio de los militares?

—Podemos organizar un operativo de seguimiento. En cuestión de horas puedo poner en acción a media docena de hombres que no la dejarán ni a sol ni a sombra.

—No funcionaría. Yo la he seguido y se dio cuenta. Me perdió.

—Eso es que estás perdiendo facultades, Nelo.

—Además, si se siente vigilada es posible que huya o que, simplemente, no haga

nada. Y tampoco avanzaríamos.

—¿La volverás a ver?

—Quiero saber más, eso está claro. ¿Tienes tú novedades de Madrid?

—Hay que confirmarlo, porque la información se recogió en una taberna, pero parece que a primeros de julio se celebró una cacería en el término de Carcastillo, en la merindad de Tudela, a unos setenta kilómetros de Pamplona, que congregó a destacados oficiales del Ejército.

Gonzalo Estremera se sentó, cogió el tazón de café de Nelo y bebió un trago.

—Lo hicieron pasar por una montería entre amigos, pero allí estaban el gobernador militar de Navarra...

—¡Vaya, el general Mola!

—... y un grupo escogido de generales y coroneles, algunos procedentes de Barcelona. Se cree que también participaron elementos de la extrema derecha, así como un ciudadano que alardeaba de pertenecer a la Orden del Santo Sepulcro, al que acompañaba una bella y enigmática dama de ojos azul pálido.

La mirada acusadora de su amigo no pasó desapercibida para Nelo. Seguramente se trataba de Vera, aunque hubiera preferido que no fuera así.

—He hecho algunas comprobaciones —siguió Estremera— y por esas fechas el general Fernández Burriel se había ausentado de Barcelona con destino incierto con la excusa de atender asuntos familiares. Al menos, que se sepa, hizo dos viajes no programados, bajo pretexto de razones familiares. Creemos que uno de los destinos era Palma de Mallorca, viaje que realizó en compañía del capitán Belda.

—Está claro, ¿no? —soltó Nelo, con una voz que casi era grito.

Gonzalo Estremera lo miró, desconcertado.

—¿Tú lo tienes claro? —preguntó.

—Por supuesto. Tenemos el quién. El cómo, una tragedia: por la fuerza de las armas. Solo nos falta averiguar el qué y el cuándo.

—Te parecerá poco.

—Si por mí fuera, entraba a saco en los cuarteles hoy mismo y llenaba los calabozos de conspiradores. Se acabó el problema.

—Pero los políticos necesitan pruebas, Nelo.

—Y las tenemos en nuestras manos. Solo que no somos capaces de verlas. Hay que volver a los papeles requisados. Pídele a tu mente analítica que los procese, ¿de acuerdo?

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tranquilo, me quedo por aquí. Tengo que ver a Escofet.

Plaza de Cataluña, once y media de la mañana

Querol se paseaba por el centro de la ciudad con la cabeza bien alta y andares de señorito. Se sentía importante. Cada vez estaba más seguro de que Nelo era un agente especial enviado por el Gobierno de Madrid para desenmascarar un complot derechista. Y él se sentía como su hombre de confianza. Olía una exclusiva de colosales proporciones, podía ver los titulares en su periódico y escuchar los murmullos de admiración que despertaba a su paso entre los compañeros de profesión en la redacción. Pero ¿con aquellas pintas de provinciano? No. Tenía que cambiar de atuendo, dar otra imagen. Además, con aquella apariencia ¿cómo podría aspirar siquiera a acercarse a la joven Enriqueta Palau y López de Salas?

Lo primero que hizo fue cambiar sus viejas gafas por unas más modernas, que le proporcionaban un aire más cosmopolita, a lo que también contribuyó un corte de pelo a la moda, fresco, con las patillas y el cogote al aire. Luego recorrió el centro de la ciudad en busca de tiendas donde vestir mejor.

Se detuvo ante un gran bazar de confecciones de la avenida Puerta del Ángel. Se quedó unos instantes leyendo un gran cartelón que anunciaba: «Nuestras camisas, americanas y pantalones comprenden una minuciosa gama de tallas, porque aunque es indudable que todas las piernas llegan al suelo y todos los brazos llegan a las manos, su largura no es en todos los caballeros la misma». Era lo que buscaba, así que entró y a la hora y media salió a la calle tan mejorado que daba gusto verlo. Brillaba como una moneda nueva. Ahora sí que podía presentarse en el Barcelona Lawn-Tennis Club y galantear con altura de presencia y expectativas a la guapa Enriqueta.

Comisaría General de Orden Público, una y media de la tarde

El comisario Escofet entró en el despacho que ocupaba el agente Nelo agitando una hoja de papel en la mano.

—Señor Nelo, ¡acaba de llegar un telegrama en el que se afirma que han secuestrado al líder de Renovación Española!

—¿A Calvo Sotelo? ¿Y qué más dicen? —preguntó Nelo.

—Que los autores han sido guardias de asalto de la compañía a la que pertenecía el teniente Del Castillo.

—Cabía esperarlo. —Nelo se puso en pie y se llevó las manos a los riñones, en un gesto que denotaba cansancio, quizás hartazgo—. Cabía esperar una reacción así.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre? —exclamó Escofet.

—¿Qué esperaba? Madrid queda muy lejos en estos momentos, y aquí tenemos otros problemas.

—Creía que usted y... Estremera —añadió el comisario al comprobar que el compañero del agente Nelo ocupaba una mesa aparte, junto a la ventana, medio

oculto por un montón de expedientes— buscaban aquí al enlace de los facciosos. Y lo hemos encontrado.

—¿Carmen Montesinos? No, no me conformo. Ella solo es un peón.

—Sea como sea, ¿podría usted hacerme el favor de llamar a sus superiores para confirmar la veracidad de esta información?

Nelo asintió con un gesto de la cabeza y miró a Estremera, quien de inmediato descolgó el auricular del teléfono y marcó un número.

—Sea sincero, Nelo —insistió Escofet. Hablaba con un tono más calmado, casi confidencial—. Usted no ha venido aquí a buscar un simple enlace, ¿verdad?

—Sí, esas eran mis órdenes, Escofet.

—¿Entonces?

—¿Ve todos esos papeles? ¿Conoce los expedientes que hemos abierto a raíz de los allanamientos y las detenciones de elementos de la derecha radical? Todo apunta a un complot para acabar con la República, y hasta que no dé con los instigadores y no los meta en prisión no pararé. A no ser que en Madrid digan lo contrario...

En ese instante se oyó cómo Estremera colgaba el teléfono. Nelo y Escofet dirigieron a él la mirada y el agente confirmó la información con un gesto de asentimiento de la cabeza.

Escofet permaneció una hora en aquel despacho. El teléfono no dejó de sonar. A veces la llamada era para él mismo; otras, respondían Nelo o Estremera. Conocieron así que en una cámara del depósito del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena de Madrid había aparecido un cadáver, con un tiro en la nuca. Lo dejaron allí hombres uniformados y paisanos que se desplazaban en una camioneta de la Guardia de Asalto.

Se verificó que el cadáver era el del diputado monárquico Calvo Sotelo. La camioneta empleada en el secuestro y posterior crimen del político fue localizada en la ribera del río Manzanares y en su interior se hallaron restos de sangre. Pertenecía a la unidad diecisiete de la Guardia de Asalto. Su conductor y otros dos guardias habían sido detenidos.

Se supo, asimismo, que los asaltantes se detuvieron en el domicilio de Gil Robles, el líder derechista, que se encontraba de viaje en Francia, antes de dirigirse a la casa de Calvo Sotelo para secuestrarlo y matarlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Escofet a Nelo, junto a la puerta, a punto de irse para informar al consejero.

El agente suspiró, inició el rito de liar un pitillo y especuló:

—Puestos a suponer, me temo que ahora vendrá la suspensión de la actividad parlamentaria y la prórroga del estado de alarma.

En la redacción del periodista Querol, seis y media de la tarde

Querol, que había salido a la calle nada más conocerse la noticia, se sentó ante una mesa para repasar sus notas y el incendiario artículo que ese mismo mediodía había escrito para poner a caldo al general Burriel. Pero no le hizo falta releerlo para saber que no lo podía publicar, que no era momento de echar más leña al fuego. De la ventana de la redacción, abierta de par en par por las altas temperaturas, le llegaba el rumor calmo de una ciudad que se gustaba, laboriosa, un pálpito pausado que confirmaba que seguía viva, y con buena salud. ¿Por cuánto tiempo?

Dejó atrás su mesa y se acercó al ventanal. Ciertamente la gente seguía su ritmo vital ajena a todo. Volvió a su escritorio y se puso a escribir:

Barcelona, como no podía ser de otra manera, se ha apresurado a condenar los últimos crímenes ocurridos en Madrid. Y lo ha hecho con toda su energía, más allá de que las víctimas fuesen un reconocido republicano, por un lado, y un viejo monárquico y hombre fuerte de la derecha, por el otro.

Barcelona siempre ha protestado contra todo acto de violencia, fueran cuales fueran los autores, y las víctimas. Al fin y al cabo, han sido asesinados dos hombres. En esta hora, la muerte de ambos se ha tornado en símbolo trágico y sangriento. La sensación, desde la distancia, es que estos crímenes superan en horror todo lo que hasta ahora ha acontecido.

Uno, el teniente José del Castillo, por su destacado carisma en la Guardia de Asalto, en las filas socialistas, en la izquierda en general. Otro, el señor Calvo Sotelo, por su calidad de diputado a Cortes, por su condición de líder del Bloque Nacional. Ha concurrido, sin embargo, en el crimen del político de derechas la impresión de que ha concluido una época que dará paso a otra, incierta, preocupante.

En la jefatura del Partido Nacionalista Español de Barcelona, en la calle Cardenal Casañas, el jefe regional de la organización, señor López Manduley, expresaba el inmenso dolor de tan «irreparable pérdida para España». Manifestó el dirigente derechista que Calvo Sotelo era «un varón preclaro e inteligente. La suprema esperanza de los verdaderos españoles». En dicha sede se abrieron pliegos de firmas para transmitirlos a la familia del asesinado.

Por su parte, en las oficinas centrales de Derecha de Cataluña la pesadumbre era mayor. Durante toda la tarde hubo notable afluencia de público que se interesaba por los detalles del asesinato del líder de la oposición parlamentaria.

Dos miembros de las juventudes explicaban a los visitantes que el diputado monárquico debió de sostener una lucha desesperada antes de morir. Decían que, según las noticias procedentes de Madrid, el cadáver del señor Calvo Sotelo presentaba una pierna desgarrada y el rictus de su rostro era de

terrible crispación, con los dientes apretados y los labios hundidos, extremos que, en boca de aquellos dos jóvenes, habían sido exagerados, quizá para enardecer más los ánimos de cuantos acudían a la oficina de la organización en señal de duelo y protesta por el asesinato.

En uno de los salones de Derecha de Cataluña se ha instalado un retrato del diputado sobre un fondo conformado por una bandera bicolor y crespones negros. Varios integrantes de las juventudes de la organización daban guardia de honor. También en los balcones se colgaron crespones negros y en el vestíbulo se colocaron pliegos de recogida de firmas. Dichos pliegos estaban encabezados por el siguiente mensaje:

«¡Españoles!, el hombre ha muerto, pero nos lega sus ideales. Vivió por y para España y nos enseñó a servirla. Dio su vida como los mártires. Quería para España y las regiones que la integran variedad, dentro de la unidad indestructible. Era la flagelación de la masonería y del marxismo. Campeón de la lucha contra el Parlamento inorgánico. Adalid de la nueva España corporativa. Forjaba una nación fuerte y unida, contra la disolución y la anarquía. La religión tenía en él un capitán esforzado. ¡Viva España! ¡Viva Calvo Sotelo!».

Mientras redactaba su crónica, Querol, como Nelo, también tuvo la impresión de que algo trágico se iba a precipitar sobre Barcelona, sobre el país entero. Dejó la crónica sin terminar para dirigirse a la Consejería de Gobernación.

Consejería de Gobernación, siete y media de la tarde

Según costumbre, el consejero de Gobernación recibió a última hora de la tarde a los representantes de la prensa. Ese día tenía un especial interés en hacerlo.

El señor España ocultó a los periodistas que, en ese preciso instante, en su despacho, se encontraba el general de división Francisco Llano de la Encomienda, a quien trató de convencer por enésima ocasión, sin resultado alguno también por enésima vez, de proceder al arresto de determinados oficiales a sus órdenes.

El consejero recibió a los periodistas para desmentir una información que había generado un gran revuelo, tanto que hasta el propio comisario y Nelo habían recomendado dar explicaciones públicas. En el periódico *La Rambla* había aparecido una información que, decía, no sabía cómo calificar porque, según explicó con exaltado enojo, no le gustaba faltar a nadie.

—Un periodista de *La Rambla* dice que le han contado que, por recomendación mía, se ha concedido licencia de arma de fuego a determinados elementos de los Sindicatos Libres.

El consejero pasó del enojo a la ira.

—Quien tal asegure —añadió irritadísimo el señor España— o es un loco o un canalla, ya que no solo no se han concedido estos permisos, sino que se han retirado a todas aquellas personas que puedan constituir un peligro para la República. ¡Son estos momentos en los que se debe robustecer la autoridad y no desprestigiarla, y menos por un periódico de izquierdas!

Querol preguntó al señor España si se concedería licencia para el uso de arma a alguno de los citados elementos en el caso de ser objeto de amenazas. El consejero, lejos de enfurecerse, templó el ánimo y manifestó que se estudiaría caso por caso, aunque las órdenes al respecto eran concretas y tajantes. Por último, contestando a otro periodista, llamó a la calma ante ciertos rumores que corrían sobre la posibilidad de que las calles quedaran vacías de policías de la Generalitat.

—¡Señores —explicó—, no hay por qué temer! Los policías de la Generalitat van cobrando mensualmente sus haberes y después, conforme a lo que se acuerde, los atrasos que tienen pendientes.

Querol fue el primero en abandonar el acto. No sacaría nada de allí. Además, tenía que ir a su redacción para llamar al agente de Madrid y contarle una confidencia que le habían hecho.

Salón Iris Park, nueve menos diez de la noche

Como era habitual en él, Nelo llegó antes de la hora de la cita. Por precaución, para conocer el terreno, para intentar averiguar qué se iba a encontrar.

Supo así que el Salón Iris acogía aquella noche una velada de boxeo *amateur* dentro del programa de festivales organizado por el Sindicato de Periodistas Deportivos con motivo de las bodas de plata de la entidad. La velada enfrentaba a una selección de púgiles de Cataluña y otra española y también servía de escaparate a nuevos valores del cuadrilátero.

El periodista llegó también antes de hora, un par de minutos, y se encontró con un Nelo que fumaba, nervioso, a las puertas del local.

—¿Me quieres explicar qué diantre hacemos en una velada de boxeo? —le preguntó Nelo con gesto enojado.

—¡Usted calle y sígame!

Nelo se calló, tiró el pitillo y siguió a Querol. Entraron a la sala sin pasar por la taquilla, por la puerta de atrás, reservada para artistas y deportistas. El periodista conocía al vigilante.

—Me debe un par de favores —comentó el reportero, dándose importancia.

Nelo y Querol se sentaron en dos localidades reservadas a los promotores del pugilato y a dirigentes del boxeo catalán y español. El aire de la sala ya estaba

saturado del humo de decenas de grandes cigarros que encendía un entusiasmado público entregado a los púgiles catalanes. Sobre el cuadrilátero no había ningún contendiente y, sin embargo, los espectadores gritaban como en una partida de locos sueltos y desbocados.

—¿No le gusta el boxeo? —le preguntó Querol, que sí parecía entusiasmado.

—Confío en que, con la que está cayendo, no me hayas traído aquí para que vea cómo dos tíos se pegan de tortas.

Querol se llevó el dedo índice a los labios, para pedirle silencio, y a continuación unió las manos por las palmas para rogarle paciencia. Por megafonía empezaban a sonar las alabanzas que un locutor entusiasmado lanzaba de los dos púgiles que acababan de subirse a la lona.

Presenciaron tres combates del peso mosca que arrojaron el resultado de dos victorias para Cataluña y una para la selección española. Nelo comprobó que Querol disfrutaba; él se aburría. Para entonces, el local entero era como un gran recipiente de humo, y Nelo llegó a la conclusión de que aquella humareda y el profundo hedor a sudor debían de servir para excitar a los púgiles.

—¡Fíjese en el boxeador que pelea ahora! —le advirtió Querol.

Por Cataluña, en el peso gallo, competía un joven púgil del Boxing Club de Barcelona llamado Julio Rodríguez, que se hacía llamar «Julius Rodrigues». A través de un micrófono, el locutor anunció con atronadora voz, casi incomprensible, la filiación y el peso de los dos luchadores. El tal Julius era un tipo fuerte en un cuerpo bajito, ancho de espaldas y estrecho de cintura hacia abajo, y chato.

Querol lo conocía porque compartían pasillo en la pensión de la calle San Honorato en la que se alojaba el periodista desde que llegó a la ciudad.

—¡Ya verá, Julius es una bestia! Será un grandísimo boxeador —apuntó Querol. Nelo lo miró con cara de incrédulo.

Su contrincante era un tal Rafael Ríos, anunciado entre más abucheos que aplausos como «Falín», el emperador de Asturias, de similares características físicas que Julius.

En el primer asalto, Julius cayó al tapiz y le contaron ocho segundos. El público lo jaleó y Querol aún más, y al fin el púgil barcelonés se rehízo y plantó cara. En el octavo asalto volvió a caer dos veces a la lona, pero aún resistió, hasta que en el decimocuarto *round* recibió una certera derecha en la mandíbula que lo noqueó definitivamente. Dos asistentes hubieron de trasladar en volandas a Julius al vestuario.

—¡Una lástima! Parece que no estaba en su mejor momento —comentó Querol al concluir la pelea.

Periodista y agente dejaron sus localidades y se dirigieron al pasillo del vestuario y allí esperaron la salida del púgil. Apareció al fin, con la cara demacrada, la ceja

izquierda cosida y su nariz aún más chata, con uno de los orificios taponados con algodón porque persistía la hemorragia nasal.

—¡Gran combate, Julius! Ya verás como en la próxima ocasión... —le espetó Querol, lanzándole un gancho de derecha al costado que apenas le rozó, pero que provocó las quejas del boxeador—. Cuéntale a mi amigo lo que me explicaste anoche en la pensión —le pidió el periodista. Nelo se dispuso a escuchar atentamente, entre curioso y sorprendido.

Luego de la tunda de golpes recibida, Julius solo podía balbucir.

—Tengo un hermano en el Regimiento de Caballería, ¿sabe? Y los mandos del cuartel han comunicado que, a partir del día dieciséis, quedan suspendidos todos los permisos de la tropa.

—¿Sabes por qué? —preguntó Nelo al boxeador.

Julius se encogió de hombros.

—¡Lo único que sé es que cada día arengan a los soldados a defender España!.

—¿Defender España de quién? —preguntó Querol, al quite.

El luchador volvió a encogerse de hombros.

—¡Julio, nos has sido de gran ayuda! —reconoció Nelo.

—Disculpe, Julio no, ¡Julius! —puntualizó el boxeador, quien se dirigió a continuación a Querol—. ¡Recuerda nuestro pacto...!

—No sufras, Julius. Y cuídate esas feas heridas. ¡Fiera, que eres un fiero!

Querol y Nelo abandonaron el Iris Park. El agente marchó con la impresión de que había aprovechado el tiempo pese a la grotesca impresión que se llevó.

—Por cierto, Querol, ¿a qué asunto se ha referido el tal Julio? —preguntó Nelo, inquieto.

—Oh, nada. Le he prometido que usted lo colocaría en el sindicato de boxeadores para que pueda pelear en el Gran Price. ¡Pero olvide el asunto!

Nelo miró a Querol como si el periodista hubiese enloquecido.

—Conozco un sitio estupendo para cenar —respondió Querol a aquella mirada.

—No, compañero, esta noche estoy muy cansado.

Más que cansancio era derrota lo que expresaba el gesto del agente. El periodista lo comprendió. Hizo ademán de abrazar a Nelo para despedirse, y el agente sonrió y le tendió la mano.

Calle Aribau, doce menos veinte de la noche

Nunca antes en su carrera profesional el agente Nelo había experimentado aquella sensación de impotencia, de frustración. Saber lo que debía hacerse para parar aquel trágico despropósito y no poder hacerlo lo estaba conduciendo hacia el individualismo más feroz, a alejarse de normas y leyes, a plantearse reclutar por su

cuenta una fuerza de asalto y entrar a saco en los cuarteles para detener a los traidores. No le faltarían voluntarios, de eso estaba seguro.

La ducha fría había atemperado las tensiones de su cuerpo, y en ese instante, mientras liaba con parsimonia su segundo cigarrillo, intentaba templar su espíritu.

Se sentía un extraño en la casa de las hermanas Castellá cuando ellas no estaban. Se movía por las distintas habitaciones casi de puntillas, como si temiera perturbar el orden que ellas habían instaurado. Echaba de menos las pullas de la señora Rosa, la ingenuidad de doña Josefa, la insistencia de ambas para que se alimentara debidamente, aquella preocupación casi maternal capaz de disipar en él la bruma de la tristeza, el desapego por la vida que generaba la soledad. Imaginó que doña Rosa le preguntaba por la situación política del país y que él le respondía que necesitaría un batallón de barrenderos para acabar con toda la suciedad que se estaba acumulando en los cuarteles. Y que doña Josefa le sermoneaba porque no le veía intención de formar una familia, como Dios mandaba, y que él le hablaba de una chica extraordinaria que había conocido. Le ocultaría, claro está, que era actriz y que, posiblemente, una espía a sueldo de los facciosos. Le diría que era hermosa como la sonrisa de un niño, que olía a jardín en primavera y que la deseaba más que nada en el mundo. No. Eso no se lo diría.

¿Se estaba volviendo loco?

Solo era soledad.

Se dirigió al salón, tomó el auricular del teléfono y llamó a Madrid, a su amigo Alós. ¿La excusa? Conocer de primera mano qué ambiente se respiraba en la capital.

—Estaban los que se esperaba, los de siempre —dijo Alós, en respuesta a la pregunta del agente de cómo se había desarrollado el sepelio de Calvo Sotelo—. Los de Renovación Española, los tradicionalistas, los de Acción Popular, los agrarios, la Lliga Catalana. Gil Robles, De la Cierva, Salazar Alonso, Melquíades Álvarez, Antonio Goicoechea, los condes de Rodezno y Vallengano... ¡La derecha al completo!

—¿Y cómo reaccionó la gente? —insistió Nelo.

—Lo previsto para complacencia de la derecha y de la Iglesia. El público se arrodillaba al paso del féretro y rezaba el rosario. ¡Imagina!, abrían la marcha elementos del Bloque que portaban grandes coronas. Seguía un enorme crucifijo y un sacerdote que vestía capa pluvial negra y, a continuación, el féretro, a hombros de distintos diputados de derechas.

—¿Y cómo estuvo Goicoechea? —volvió a preguntar Nelo, en alusión al siempre belicoso jefe de Renovación Española.

—Lo habitual. Allí, a pie de sepultura, pronunció su particular arenga: que si se ha ido un glorioso mártir a quien España entera debe dar las gracias, que si este muerto es nuestro, que si... Al acabar juró que empleará todas sus fuerzas en seguir su ejemplo y en vengar su muerte. ¡Ah!, por cierto, a la salida del cementerio había

unas cinco o seis mil personas gritando ¡Viva España! Alzaban el brazo con el saludo romano...

A Nelo le preocupó más aquel dato que las rancias y previsibles palabras de Goicoechea. Alós también le dio cuenta de los graves incidentes acaecidos tras el entierro.

—Los jóvenes de Falange y de Renovación se constituyeron en manifestación y al pasar frente a una camioneta de la Guardia de Asalto, entre Alcalá y Pardiñas, hubo tal revuelo que los guardias, creyéndose atacados, dispararon contra los lobeznos fascistas. Según el primer parte, han fallecido dos jovenzuelos, otro está al borde de la muerte y a un cuarto le han amputado un dedo de una mano.

Alós calló y esperó respuesta, pero del otro lado de la línea solo llegaba el sonido de una respiración pausada, la exhalación del humo del cigarrillo que fumaba el agente.

—¿Nelo?

—Sí, estoy aquí.

—No te lo estarás tomando demasiado a pecho, ¿verdad?

—Claro que no, ya me conoces. Dime, ¿y ahora qué?

—Se han suspendido las sesiones de las Cortes durante ocho días y se ha prorrogado el estado de alarma de manera indefinida.

—¿Cómo respira la derecha?

—Renovación Española y los tradicionalistas se retiran de las Cortes. Dicen que ya no les queda nada que hacer allí. Se han despedido llamando inútiles y estúpidos a los del Gobierno. Dicen que en la reunión de la Diputación Permanente de las Cortes Gil Robles ha estado más duro de lo que nunca había estado.

—¿Y en los pasillos del Congreso?

—Que si la culpa es del maldito Gobierno, que si el Gobierno debe irse, que si esto acabará con una intervención extranjera...

—¿Quién ha dicho semejantes barbaridades?

—Los de la CEDA, ¿quiénes si no? ¡Y lo han dicho con un ojo mirando a Italia y el otro a Alemania! —exclamó Jacinto Alós—, Como puedes comprobar, Nelo, han puesto la pólvora y ahora solo falta encender la mecha. Hasta Molina Nieto...

—¿El cura diputado de la CEDA? —lo interrumpió Nelo.

—El mismo. Ha dicho que no volverá a parlamentar con una gente de la que les separa una laguna de sangre.

—Se está preparando una gorda, Sinto. Y lo peor es que se ve venir y el Gobierno no hace nada por remediarlo. Es como una tormenta de verano, ¿sabes? Ves cómo se van acumulando nubes, cómo el cielo se espesa y adquiere ese color gris, plumizo, y tu experiencia te dice que descargará pronto, que todos los rayos del mundo caerán sobre nuestras cabezas y se desencadenará un diluvio que arrasará con todo, con

todos.

Capítulo 14

Barcelona, 15 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, diez de la mañana

Días extraños para el agente Nelo.

Esa mañana, al despertarse, sintió el dolor y el cansancio de su cuerpo con más intensidad que la víspera, como si fuera pura patraña aquello del sueño reparador. Y la soledad. También sintió que lo acompañaba, como nunca. La ducha con agua fría y unas galletas que encontró en un armario de la cocina de las Castellá aliviaron lo físico. Pensó en llamar al abogado Fornés para preguntarle por las hermanas, por su estancia en el Balneario de San Vicente, pero pronto desechó la idea.

En comisaría lo esperaba ya Estremera, y juntos prepararon un informe que debía movilizar a los altos cargos de la Consejería de Gobernación. Decía así:

Hemos tenido conocimiento de que, por causas injustificadas y aún más extrañas en el período estival en el que nos hallamos, en determinados destacamentos militares de la ciudad se han suspendido de modo indefinido todos los permisos que se habían concedido a las tropas. Este es el caso, según las primeras averiguaciones, de las guarniciones del Regimiento Primero de Artillería de Montaña, el Regimiento de Artillería Ligera, el Regimiento de Cazadores y el Regimiento de Infantería del cuartel de Pedralbes.

Asimismo se comunica que, en dichos cuarteles, ciertos mandos preparan con ejercicios extraordinarios a las tropas para defender España y las exaltan con consignas que podrían resultar contrarias a la Constitución vigente. Al parecer, el general al mando supremo de las tropas, don Francisco Llano de la Encomienda, es ajeno a todas estas órdenes y movimientos.

En Barcelona, a 15 de julio de 1936.

En cuestión de una hora, la apremiante comunicación provocó la convocatoria de una reunión urgente entre el consejero, el comisario, su segundo, el comandante Guarner, Nelo y su colaborador Estremera.

El comisario puso sobre la mesa una vez más el empecinamiento del general Llano de la Encomienda quien, ante la enésima tentativa a cargo del consejero de Gobernación, negó el arresto de determinados oficiales a su cargo y reiteró su absoluta confianza en la fidelidad de sus hombres.

Escofet llegó a poner en duda la lealtad del general por su obstinada ceguera ante las incontrovertibles pruebas halladas contra algunos militares. Ni los lamentables sucesos acaecidos en la capital de la República alteraron su ánimo.

Las sospechas se acumulaban sobre el general Fernández Burriel y se extendían

ya sobre el capitán Belda y otros oficiales. Se sabía con certeza que el propio general Llano de la Encomienda era un objetivo prioritario de la trama conspirativa. La incógnita seguía siendo cuándo y cómo.

El porqué era ya un interrogante con respuesta: los crímenes de Madrid, sumados a los de Barcelona de días anteriores, aún sin resolver, y los conflictos laborales, en especial el del transporte en la Ciudad Condal y el de la construcción en la capital de España, eran la mecha que la pólvora necesitaba para comenzar a arder. Ahora solo faltaba la mano que la encendiese. El cómo se presentía: los conspiradores tenían el poder y los medios para sacar las tropas a la calle. El cuándo se intuía y se tenía la creencia de que iba a precipitarse en el calendario.

Como se había previsto en aquella reunión secreta en la terraza del rascacielos de la calle Muntaner, el señor Escofet, con la más absoluta discreción, había iniciado la elaboración de un detallado y exhaustivo informe, cuyo contenido solo él conocía, y que se haría llegar al presidente del Consejo de Ministros por manos del señor Casanellas, el hombre de confianza de la Generalitat en Madrid.

—¿De cuántos oficiales conspiradores hablamos? —preguntó el consejero de Gobernación a los señores Escofet, Guarner y Nelo.

—De unos cincuenta —respondieron al unísono.

El señor España se echó las manos a la cabeza. No podía creer que los conspiradores fueran tantos ni que la conspiración hubiera adquirido aquellas dimensiones sin que nadie más lo detectara. Quizá se trataba de un error, barruntó.

—¡Señores, debemos actuar de inmediato, sin contemplaciones, sin vacilaciones! La República, nuestro Gobierno, pierden su valor, se quiebran —espetó el consejero España.

—Quizás ya sea tarde —observó Escofet.

—Entonces, ¿qué hacer? —preguntó desconcertado el consejero.

—¡Permítame detener al general Burriel y a sus subordinados! ¡En una acción rápida, contundente, sin posibilidad de respuesta...! —urgió el comisario.

El consejero murmuró y luego apuntó:

—Ya me gustaría, comisario... ¡pero nos podría traer consecuencias desastrosas!

—¡Al cuerno con las consecuencias! —gritó Escofet.

—¡Sigamos adelante con los planes trazados y que Dios nos coja confesados! —ordenó el consejero, apremiando al comisario a ultimar el demoledor informe que harían llegar a la Presidencia del Gobierno de la República.

—Permítame decirle, consejero, que nos hallamos en precaria situación. Tal vez ya no estemos a tiempo de frenar la... rebelión —observó Nelo.

—Señor Nelo, mientras ondee una sola señera en las calles, mientras corra la sangre por las venas de los barceloneses de bien, mientras yo siga vivo, le aseguro que habrá esperanza, por pequeña que sea.

El consejero de Gobernación se quedó mirando al agente con determinación, convencido de sus palabras.

—Y ahora, si me lo permiten, debo informar al muy honorable presidente de la Generalitat.

Marchó el consejero y el comisario Escofet se dirigió a los dos agentes de Madrid.

—Señores, si me disculpan, quiero acabar hoy mismo el dichoso informe. Usted quédese, Guarner.

Cuando salían del despacho, Estremera entregó a Nelo un recorte del periódico del día para que lo leyera.

—¡Vaya! —exclamó Nelo—. ¿Y tú crees que Burriel irá?

—Tiene anunciada su presencia Llano de la Encomienda, y cuando él asiste a estas celebraciones siempre se hace acompañar por sus «fieles» subordinados.

—¿Vamos?

—Vamos.

Parque de la Ciudadela, once de la mañana

Ciertamente Nelo vivía días extraños en una ciudad extraña.

¿Cómo era posible —se preguntó— que Barcelona, sumida en convulsos conflictos sociales, con una guarnición que debía defenderla y que se preparaba para levantarse en armas, dispuesta a aniquilar sus instituciones, se dedicara a homenajear a sus héroes?

Cuando llegaron al parque de la Ciudadela el acto ya se había iniciado. Enseguida localizaron a Llano de la Encomienda, en el estrado de las autoridades, y en segundo plano, al general Burriel. Allí estaba también el ubicuo Querol, con su traje nuevo, apoyado contra un muro. Ultimaba la crónica manuscrita del evento. Así escribía:

Los románticos y heroicos catalanes que dieron su sangre y su vida por Francia y por la libertad en la Gran Guerra ya tienen su sitio en Barcelona. Los recuerda, y los recordará para siempre, una figura en bronce de un joven emprendiendo una carrera con los brazos en alto, mirando al cielo, obra del eminente escultor José Clará e instalada en los jardines situados cerca del Parlamento de Cataluña.

Junto al admirable monumento que ha visto la luz por primera vez se dispuso una tribuna destinada a las autoridades y adornada con banderas catalanas y francesas. Entre los asistentes al acto figuraban el consejero de Cultura de la Generalitat, don Buenaventura Gassol; el alcalde de Barcelona, señor Pi y Sunyer; el general Llano de la Encomienda y sus ayudantes; el

cónsul general de Francia, *monsieur* Tremoulet; el agregado militar de la embajada de Francia en España, coronel Jouard, y *monsieur* Dorgebray, en representación de los amigos de Francia en Barcelona, así como una nutrida representación de la municipalidad y del Parlamento. También dio testimonio de su afecto una comisión de voluntarios supervivientes de la Gran Guerra.

El señor Dorgebray, en catalán y en nombre de la colonia francesa establecida en Barcelona, inició los parlamentos manifestando su admiración por aquel puñado de heroicos catalanes que lucharon en Francia por la libertad. Al hilo de ello, el cónsul general del vecino país, *monsieur* Tremoulet, quiso destacar la afinidad espiritual entre Cataluña y Francia, mientras que el coronel galo Jouard saludó efusivamente a los voluntarios catalanes en nombre del general Rolet, que comandó la heroica Legión Extranjera en aquella contienda bélica.

Seguidamente, el alcalde de Barcelona, señor Pi y Sunyer, aprovechó la ocasión para dirigir una suprema apelación a todos los catalanes y españoles a fin de que depusieran sus odios y sus luchas sangrientas: «No es esta hora de odios y venganzas, sino de ideales redentores y humanitarios».

* * *

Con un ligero codazo, Nelo llamó la atención de Estremera y le indicó el lugar que ocupaban el general Burriel y su cohorte de secuaces: el militar hacía repetidas muecas de reprobación, e incluso de desacato e irreverencia, cuando la banda municipal empezó a interpretar el himno catalán, *Els Segadors*.

Querol también lo vio, y pensó que era una falta de respeto hacia la República. Decidió que se plantaría ante él y no lo dejaría hasta que le respondiera un par de preguntas.

Sin demasiado disimulo, el general abandonó la tribuna de invitados mientras la banda municipal aún interpretaba el *Himno de Riego*. Un servicial teniente de caballería, Crespo de Olarte, le abría camino, a veces a empujones, entre los curiosos, hasta que se alejaron lo suficiente de la tribuna. En ese momento el joven militar volvió sobre sus pasos para ofrecer su protección, a todas luces innecesaria, a la joven Enriqueta, incluso llegó a tomarla del codo para guiarla, y ella le rechazó con un gesto firme.

El periodista decidió que era el momento de tomar la iniciativa. Salió al paso de la comitiva y se acercó a solo un par de pasos del militar, armado con su libreta y un lápiz.

Nelo vio desde la lejanía aquella temeraria acción. Sabía que no acabaría bien, así

que echó a andar hacia allí, con Estremera pegado a sus talones.

—Disculpe general, soy Querol, periodista —se presentó, sin más—. ¿Me permite una pregunta? ¿Sería posible que me confirmara indudablemente su lealtad a la República?

Aquello sonó más a provocación que a pregunta, y algo tuvo que ver en esa apreciación el hecho de que Querol la hubiera formulado con la boca casi cerrada, apretando los dientes.

Y el general Burriel estaba dispuesto a responder como merecía el desafío. Con un movimiento automático, se llevó la mano al cinto, junto al sable, y dio un paso hacia delante, con el pecho hinchado como un gallo de pelea y la cabeza alta. Pero lo detuvo el capitán Belda, que se adelantó a él para interponerse en el camino del periodista y asestarle un potente puñetazo en el hombro derecho.

Querol retrocedió, dolorido. Nelo echó a correr, pues temía lo peor.

Los oficiales que acompañaban a Burriel lo rodearon en corrillo, le insultaron y le escupieron. Fue el teniente Olarte quien tiró de él desde atrás y lo hizo caer al suelo. Desde allí, y antes de que una lluvia de patadas lo acallara, el periodista aún tuvo tiempo de gritar:

—¡Traidores!

El general hizo ademán de desenfundar su sable, y el reportero, con un gesto altanero, le retó a hacerlo.

La jovencita Enriqueta Palau, para asombro de todos, salió en defensa del informador. A la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, el general ordenó a sus ayudantes que pararan. El teniente agarró a Querol por la pechera de la camisa y lo alzó como si se tratara de un muñeco. Burriel, entonces, susurró al oído del periodista palabras que sonaron a muerte.

Justo en ese instante llegó Nelo, Como una tromba, y se abalanzó con el pecho por delante contra el costado de Crespo de Olarte, obligándolo a soltar a Querol. Se miraron con fiereza un segundo, y algo hubiera ocurrido si ese segundo se hubiera alargado solo unas décimas más. Pero entre ellos se interpuso Enriqueta Palau, que intentó auxiliar a Querol, recomponer su camisa rasgada. Sus padres y el oficial que suspiraba por su compañía la alejaron de inmediato.

Nelo tomó buena nota de lo sucedido.

—¿Estás bien? —le preguntó a Querol.

—Me siento... ¡vivo! —respondió el periodista.

—Estás loco, ¿lo sabías? Anda, acompáñame a la comisaría, que te vea nuestro médico. Tengo allí una camisa que creo que te irá bien.

* * *

Aquella sería la última ocasión en que se vieran muchos de los distinguidos miembros de la sociedad barcelonesa. Después del último festival celebrado el sábado anterior en el Teatro Griego de Montjuic, se daba por concluida la vida en sociedad en la ciudad. La anunciada verbena que se iba a celebrar en una terraza de una señorial casa de la vieja Barcelona, así como la organizada en el Club Marítimo por un grupo de señoritas con fines benéficos, fueron suspendidas indefinidamente.

Hasta el presidente Companys, tras despachar con su consejero de Gobernación los asuntos urgentes derivados de las gestiones efectuadas por Nelo y Estremera, decidió aplazar de modo indefinido el viaje que tenía previsto llevar a cabo aquel mismo día a Madrid para entrevistarse con el presidente de la República. Ni siquiera recibió a los periodistas y, en su lugar, envió a su secretario particular a decirles que no había noticia alguna que comunicar. La anunciada y esperada conferencia del jefe de Acción Popular Catalana, señor Cirera Voltà, se aplazó en diversas ocasiones y otro tanto ocurrió con la no menos esperada charla en el Ateneu Republicà Federal d'Esquerres de la diputada Margarita Nelken para hablar de las impresiones de su estancia en Rusia.

Comisaría General de Orden Público, una de la tarde

Antes de firmarlo, el comisario Escofet releyó por última vez el informe que mandaría a Madrid. En él explicaba que en los juzgados y en la comisaría proseguían las diligencias de los sumarios abiertos por el asesinato del director de la fábrica de blondas y visillos La Escocesa y por el atentado frustrado contra el coronel Moracho. Respecto al primero de los hechos, escribía, los servicios de Orden Público sospechaban que tras el crimen del director de La Escocesa estaban elementos de la extrema derecha, que pretendían generar aún mayor confusión entre la masa obrera y social. Y respecto del atentado contra Crispulo Moracho, expresaba su convicción, por los indicios hallados, de que había sido instado por elementos del Ejército y materializado por elementos de extrema derecha.

Pero esa prudencia al expresarse desaparecía cuando se refería con seguridad a la existencia de un complot que, según las pruebas reunidas, se gestaba en Barcelona ante la pasividad del máximo responsable militar, el general Llano de la Encomienda. Incluía un listado con el nombre de los principales conspiradores, así como un análisis de la documentación intervenida elaborado por Estremera y una relación exhaustiva de las armas intervenidas en los distintos registros.

«Si tuvieran algo del *seny* catalán, a la vista de esto actuarían», pensó el comisario.

Se levantó de la silla con gesto cansado y dirigió la mirada al retrato del presidente Macià que presidía su escritorio.

En ese instante Nelo irrumpió en el despacho, y el comisario supo que era él y que era importante porque el agente era el único en aquel edificio que se atrevería a entrar sin llamar a la puerta.

—Pase, Nelo, pase —lo saludó, sin volverse.

—Comisario —respondió él.

—Ya sé lo que ha ocurrido en el parque de la Ciudadela. Me lo han contado mis ayudantes —dijo, sin esperar a que el agente se explicara.

Nelo quería plantearle una acción definitiva, pero comprobó que el ánimo de aquel hombre no parecía el más apropiado, así que aguardó. Vio el montón de cuartillas con el informe encima de la mesa, junto con una estilográfica, y supo que estaba terminado.

—Por cierto, ¿cómo está ese periodista...? ¿Cómo se llama?

—Querol, comisario. El doctor Comas acaba de visitarlo y, aparte de algunas magulladuras y una posible fisura en una costilla, está bien. Se ha ido ya, tiene que redactar una crónica.

—Ya. En fin, me alegro de que no haya sido nada.

—No lo veo hoy muy cristiano, Escofet, y perdóneme la expresión.

Aún de espaldas, el comisario levantó los brazos y los llevó a la nuca, como si fuera a desperezarse, algo del todo inapropiado en él y que Nelo interpretó como cansancio, hartazgo.

—No sé si me siento terriblemente cansado o que me hago viejo. Si esto se arregla —señaló el informe—, creo que me retiraré.

—No diga «si esto se arregla», diga «cuando esto se arregle», Escofet.

—Poco optimismo me queda. ¿Sabe?, antes de que usted entrara por esa puerta, sin llamar, me vino a la memoria la jornada del 14 de abril de 1931.

—La proclamación de la República.

—Así es. —Escofet se dio la vuelta y el agente pudo ver sus ojos enrojecidos, seguramente porque esa noche no habría dormido—. Imagínese, Nelo, una Barcelona viva y expectante, todo el mundo. Cada vez que alguien se encontraba por la calle a un conocido o a un amigo la pregunta siempre era la misma: «¿Qué pasa?, ¿qué noticias hay de Madrid?». Y aquella ansiedad, la tensa espera, se avivó hasta que, a las once de la mañana, llegaron las primeras noticias: en Madrid se había proclamado la República...

El rostro del comisario había recuperado viveza, y sus ojos, expresividad.

—... Entonces, la expectación se convirtió ya en excitación popular. Brotaron las primeras manifestaciones. A eso de las doce y media un gentío, un nutrido grupo de jóvenes constituidos en manifestación, fueron Ramblas abajo, entre aplausos y vítores a la República. Llegaron al Llano de la Boquería, donde los guardias intentaron disolverlos, pero los muchachos se rehicieron y volvieron Ramblas arriba, siempre

entre clamorosos aplausos y ovaciones. Detrás de ellos marchaban varias parejas de caballería de la guardia, ya en actitud pasiva. El público los ovacionó al grito de «¡Viva la guardia republicana!».

El comisario Escofet bebió un trago de agua y tomó aliento para proseguir con el relato, profundamente emocionado al revivir aquellos momentos.

—... Aún recuerdo a un capitán del Ejército que pasaba por las Ramblas, frente a la calle de Canuda. La gente también le dirigió una ovación y él correspondió con vítores a la República. ¡Qué emoción! ¡Mire, la siento ahora en la piel! ¡Qué entusiasmo! Imagínese: manifestantes y guardias de seguridad abrazados, todos contagiados de un entusiasmo como nunca antes se había vivido en la ciudad. La manifestación se hizo más grande y más viva y llegó a la plaza de San Jaime. Todos se unieron a las bases de Izquierda Catalana, a cuyo frente se encontraba Companys.

El comisario suspiró. En cuestión de unos minutos, los que tardó en dar rienda suelta a sus recuerdos, su rostro se había transformado, sus ojos habían recuperado viveza y la piel en torno a los labios se tensaba porque cada palabra era pronunciada con gran vehemencia.

—Recuerdo que entonces una comisión encabezada por Companys e integrada por casi todos los concejales republicanos, acaudillados por Macià, irrumpió en el despacho de Martínez Domingo, en aquellos momentos alcalde accidental, y le exigió la entrega de la vara de la ciudad: «¡Nosotros somos los verdaderos representantes del pueblo y de sus aspiraciones!», le gritaron.

El comisario calló como si hubiera de anunciar una tragedia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Nelo, curioso.

—¡Qué momento aquel, Nelo! Martínez Domingo, sorprendido, titubeó unos instantes, pero, convencido de que todo empeño en contra resultaría inútil, llamó al jefe de la Guardia Urbana y a otros altos empleados y, en su presencia, hizo entrega de la vara de mando, abandonando a continuación la casa consistorial. ¡El Ayuntamiento era republicano! Allí, en pie, emocionados, decidieron designar alcalde a Companys.

»Entretanto, en la plaza la gente reclamaba sin cesar que la bandera republicana fuera izada en la casa consistorial. A eso de la una y media del mediodía, ¡el júbilo!: la enseña republicana fue colgada del balcón principal del Ayuntamiento. Luego —continuó narrando el comisario con mayor sosiego—, el amigo Lluhí Vallescá, como nuevo concejal republicano, salió al balcón entre la ovación de los manifestantes y les reclamó serenidad».

—¿Serenidad? —preguntó Nelo.

—Sí, Nelo. Solo plenamente serenos podíamos consolidar la naciente República. También Companys se asomó al balcón y gritó, lo recuerdo: «¡Tened serenidad. La República sabrá representaros. *Visca Catalunya, visca la República!*». La gente

bailaba y aplaudía. Los guardias de seguridad dejaron sus armas en el suelo y se abrazaron a los manifestantes.

—¿Qué sucedió, a continuación?

—A las dos de la tarde llegó Macià. El hombre apenas pudo abrirse paso entre la multitud que llenaba la plaza de San Jaime. El público se abalanzó sobre él para besarlo y abrazarlo. Pudo acceder al palacio municipal gracias a la intervención de varios guardias urbanos. En ese momento, un hombre apareció en el balcón y con un cornetín interpretó *La Marsellesa*. Todos la corearon, todos la aplaudieron. Luego, entre una clamorosa ovación, apareció Macià y nos dijo: «¡Ciudadanos: en nombre del pueblo de Cataluña yo proclamo desde aquí el Estado catalán y proclamo la República catalana!».

A Escofet le saltaron las lágrimas al evocar la proclama del presidente Macià mientras tocaba y acariciaba su retrato.

—¡Qué tiempos aquellos, amigo Nelo!

—Para vivirlos...

—Y no olvidarlos... Y ahora, aquí me tiene. Este paquete —señaló el informe que descansaba sobre su mesa— viajará hoy a Madrid. Y me temo que nuestro futuro dependerá de lo que allí hagan con él, con la información que contiene. Si el Gobierno se muestra incapaz de reaccionar, se harán realidad nuestros peores temores.

Tomó el informe, lo sopesó unos instantes y lo dejó caer de nuevo sobre la mesa con gesto grave.

—Ya no está en nuestras manos, Nelo.

—¿Y usted cree que en Madrid harán algo?

—No.

—Coño, Escofet, está usted muy seguro.

—Le soy sincero. En la capital ven las cosas de otra manera. Antes de tomar una decisión deben sopesar las consecuencias. No pueden defraudar a la alianza de las izquierdas; tampoco excitar demasiado a la derecha ni, por supuesto, a los militares, a los monárquicos ni a la Iglesia. Y por si eso fuera poco, está Europa, que nos mira, yo diría que nos vigila, no con lupa, sino con microscopio, para saber adónde conduce este experimento.

—De acuerdo, entonces ha llegado el momento de que actuemos nosotros —propuso el agente.

—Ya. Movilicemos a los guardias de asalto y tomemos los cuarteles donde haya sediciosos, ¿no?, eso es lo que propone —se mofó el comisario Escofet.

—Se me ocurría algo más sutil. No sé si dará resultado, pero al menos yo me libraría de la frustración que siento.

—Proponga.

—Verá —empezó Nelo—, hace unos días hable con Querol.

—¿El de la paliza de esta mañana?

—El mismo. Quería que publicara un artículo advirtiéndole de la existencia de un complot. Sin dar nombres, por supuesto, pero dejando claro que estaban involucradas altas instancias militares. Pero se cargaron a Calvo Sotelo y no me pareció oportuno.

—¡Menos mal!

—Bien. La propuesta es esta: publiquemos un extracto de este informe —y Nelo golpeó con la palma de la mano los papeles que había sobre la mesa—. Demos nombres de los militares implicados, fechas, todos los indicios de que disponemos...

—¿Con la intención de...?

—Con la intención de que crean que lo sabemos, de que se desenmascaren ellos solitos. Imagínesele: publicamos datos concretos, los nombres de Burriel, de Belda, las direcciones de las casas intervenidas, sus claves secretas, la de la compra de las resmas de papel, incluso sus códigos. Imagínese a Burriel desayunándose con esta noticia en el periódico..., seguro que se le atraganta y que empieza a moverse para averiguar qué ha fallado. Y si lo sometemos a seguimiento, averiguaremos quiénes son sus contactos. Y si intentara algo, estaríamos en condiciones de detenerlo.

—No le digo que no, Nelo, pero creo que es demasiado pronto. Incluso para los militares, organizar un levantamiento como este lleva tiempo. Esperarán a que pase el verano, a que se reactive toda la conflictividad social que ahora solo está latente para contar con una excusa. No, no es inminente.

—¿Y si lo fuera, Escofet? ¿Y si los rebeldes solo esperaran una señal para alzarse en armas?

—¿Y qué diría el capitán Abasolo?

—Aún no lo sabe.

—No lo aprobaría.

—Entonces no lo sabrá.

—De algún modo, Nelo, estoy con usted, y si estuviera convencido de que la intentona es inminente, le apoyaría...

El comisario rechazó con un gesto la idea de Nelo. Se abrochó la americana, cogió el pliego que tenía sobre la mesa y añadió:

—Ahora, si me lo permite, tengo que entregar esto al consejero de Gobernación.

* * *

Nelo acababa de colgar el auricular del teléfono cuando entró Estremera en el despacho que compartían.

—¿Hablabas con Madrid? —le preguntó.

—¿Cómo? Ah, no, llamaba a la redacción del periódico de Querol para saber cómo estaba.

—¿Y qué tal?

—No he hablado con él. Lo han mandado a casa, para que se recuperara, y si le conozco algo, lo habrá hecho a regañadientes.

—Tú tampoco tienes demasiado buen aspecto —comentó Estremera—. ¿Por qué no te vas a comer y luego te echas una buena siesta?

—La verdad es que sí estoy cansado, pero me da no sé qué irme. Tengo la sensación de que está a punto de ocurrir algo, y no me gustaría perdermelo —dijo, con un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Tranquilo. Puedo decirte que las cosas en los cuarteles están tranquilas, que en las calles no hay manifestaciones ni tumultos, tal vez por el calor, y que solo se detecta una cierta actividad en las sedes de algunos sindicatos, por otra parte, bastante normal. Así que no tienes excusa.

—Está bien, me voy. Pero llámame a la casa de las Castellá si ocurriera algo, ¿de acuerdo?

Estremera hizo un gesto de afirmación con la cabeza y salió del despacho. El agente Nelo se puso en pie, se colocó la americana y cogió el sombrero.

¿Remordimiento? Tal vez. Era la primera vez que mentía a Estremera, al menos en cuestiones del servicio, y no se sentía demasiado a gusto consigo mismo. Era cierto que había hablado con el periódico y que allí le habían dicho que Querol se había ido a su pensión. Pero también lo era que lo había llamado allí para citarse con él al día siguiente, de buena mañana, para explicarle su plan de denuncia. Y de eso no le había dicho nada a Estremera, porque él se lo habría contado a Abasolo.

Se sentía capaz de manejar el sentimiento de culpa que le provocaba mentir, pero no el de traición por desobedecer al capitán.

Calle Aribau, dos y media de la tarde

Ahí estaba, forcejeando con la vieja cerradura de la casa de las hermanas Castellá. El sombrero echado hacia atrás, en mangas de una camisa empapada de sudor; la americana, apenas sostenida por un par de dedos, rozando el suelo, y bajo el brazo, la edición del día de un periódico local y un pan redondo, recién horneado y, para más inri, aún caliente.

Lo primero que hizo Nelo al entrar fue abrir de par en par las ventanas y dejar que la luz y el aire fresco invadieran las estancias de la vivienda. Lo segundo, desnudarse y meterse en la enorme bañera del lavabo principal, llena hasta el borde de un agua algo más caliente que tibia. Allí pasó una hora. Hasta que, dominada la sensación de cansancio, se despertó la del hambre.

En la cocina encontró embutido, así que untó con tomate unas rebanadas del pan que había traído, como había visto hacer a doña Josefa, y se sentó a comer aquel peculiar bocadillo catalán.

—*¡Nihil novum sub sole!*^[5] —murmuró en resignado latín.

No había ningún dato que alimentase la esperanza. Ninguna noticia económica en el periódico que invitase a liar un pitillo de tabaco de calidad y fumarlo placenteramente. El volumen de negocio en la última sesión había sido sumamente pobre y en las inversiones a plazo las pérdidas aún eran más sensibles. En todos los sectores cundía el desánimo. Cerró el diario, lo dobló y lo depositó sobre la mesa.

La cama lo acogió con calidez. El tacto de las sábanas sobre su piel desnuda, la ligera tensión del colchón bajo su peso, el apoyo del almohadón contra su cabeza, la brisa que se colaba entre los listones de la persiana..., todo a esa hora, ese día, lo invitaban al sueño. «Solo una hora —se dijo—, una hora y me levanto».

Cine Coliseum, Barcelona, cuatro de la tarde

Querol no podía creerse lo que había hecho. No era propio de él. Con una valentía que no sabía que tuviera, superando los complejos de chico de pueblo, esa misma tarde, después de pasar por la pensión para ducharse y cepillarse la ropa, tras tomarse una copa de *brandy* para calmar el dolor en las costillas, se había acercado al domicilio de la joven Enriqueta Palau. Quería ver la casa en la que ella vivía, solo eso. E imaginarse el suelo que ella pisaba, las cosas que tocaba, la ropa en su armario, la cama donde descansaba. Solo eso.

Pero quiso el destino que ella estuviera asomada a una ventana y que lo viera. La primera reacción de Querol fue esconderse detrás de un árbol, un enorme plátano que ofrecía su sombra a la casa de la joven. Ella le hizo un gesto con la mano, moviendo la palma hacia delante varias veces, y, a continuación, como le faltaban otros gestos, dijo con los labios, marcando las sílabas y sin que se oyera: «Es-pe-ra».

Querol sacó el cuaderno que siempre llevaba consigo y, sin perder de vista la ventana de la joven ni la puerta del edificio, apoyó el lápiz sobre el papel:

«Deseo», esa era la palabra que Querol iba a escribir cuando vio a Enriqueta salir a la calle, minutos más tarde, acompañada por su aya, a modo de carabina. Las dos echaron a andar calle abajo y, al pasar junto al árbol tras el que se escondía el periodista, le hizo un gesto con la cabeza para que las siguiera. Él guardó precipitadamente el cuaderno en el bolsillo de su chaqueta y obedeció.

Si el nerviosismo no hubiera agarrotado su mente y si hubiera conservado la perspectiva y la distancia del buen periodista que era, hubiera escrito esta crónica:

Las dos mujeres echaron a andar con paso corto, de paseo, la más joven

vestida de lino blanco, con pies inquietos, y la mayor, por completo de negro, casi arrastrando sus pasos. Tras girar por una esquina, la joven volvió la cabeza para comprobar si el apuesto joven la seguía, y ya segura, se soltó del brazo del aya y apoyó la mano en su espalda para indicarle, con un empujoncito, que siguiera, que no se detuviera, mientras ella se retrasaba apenas un metro.

El joven la alcanzó, casi, pues no se atrevió a ponerse a su altura y aguardó a prudente distancia, hasta que recibió indicaciones de ella de que siguiera, de que se acercara. Hubo un momento en que llegaron a aparejarse y él le dirigió a ella, y ella le devolvió, una sonrisa más luminosa que un amanecer con el cielo claro.

—¿Adónde vais? —le preguntó él.

—Vamos al cine —respondió ella—. Y tú nos acompañarás.

Demoraron en el trayecto apenas diez minutos, y el joven periodista descubrió un mundo nuevo de gestos, de señales, de palabras no dichas que se quedaban en los labios y que, extrañamente, eran más vehementes que las gritadas. Conoció un mundo de sensaciones solo en el roce de dos manos, y otro en el encuentro de dos miradas.

Ahí estaba Querol, sin crónica, pero sentado en una butaca del Cine Coliseum. Era día de estreno y solo encontraron localidades separadas, dos allí y una allá, y Enriqueta se las ingenió para que su aya se sentara sola en una fila delante de ellos. La película contaba la historia de una joven rica que se enamoraba de un pobre empleado y a cuyas relaciones se oponía un padre testarudo y egoísta, oposición que acarrearía la desgracia para ambos jóvenes.

Eso, el argumento del film, lo conocería más tarde Querol, en la redacción de su periódico, ya que en aquellos instantes solo tenía ojos para el perfil de la joven que se sentaba junto a él y que, mal disimuladamente, apoyaba su mano tan cerca de la suya sobre el reposabrazos que al fin se rozaron.

Lo que sucedió a continuación solo lo entendería quien supiera de física o quien estuviera enamorado, porque fue como el encuentro de dos nubes de verano, cargadas de electricidad, que al tocarse provocaran el estallido del relámpago, la descarga de una corriente que sacudió con intensidad a los dos jóvenes. En un gesto instintivo, como el del niño que por primera vez comprueba que el fuego quema, retiró el brazo con un movimiento brusco, impensado, y eso le provocó un agudo dolor en las costillas que se reflejó en su rostro. Ella, Enriqueta, lo vio y, abriendo los ojos de par en par, las cejas altas, le preguntó si le dolía. Él agachó la cabeza para confirmarlo, y fue entonces cuando ella tomó la barbilla de él en su mano, le alzó la cabeza y acercó sus labios a la mejilla de Querol para besarla, para consolarlo. Y él, turbado aún por

el dolor, confuso por la descarga de electricidad estática que lo había provocado, quiso negar el dolor moviendo la cabeza y solo consiguió que sus labios se encontraran, accidentalmente, con los de ella.

Unos larguísimos segundos más tarde, los dos miraron alrededor, incrédulos, incapaces de comprender cómo nadie se había dado cuenta de las luces que habían estallado en la sala, de las campanas que aún sonaban en sus oídos tras el beso más dulce que jamás rozaron aquellos labios.

Teatro Novedades, Barcelona, ocho y media de la tarde

Lo que tenía que ser apenas una siesta ligera de una hora se convirtió en un largo y profundo sueño y un despertar frenético, pues al sentimiento de culpa por haber dormido demasiado se unía una difusa urgencia por hacer..., fuera lo que fuera lo que Nelo tuviera que hacer.

¿Qué tenía que hacer? En esos instantes el agente recordó a Vera. Así que, en un arrebato, se vistió con su mejor traje, recogió del armario su sombrero y lo que escondía y salió al exterior.

Media hora más tarde apoyaba la espalda contra la pared, frente a la entrada del Teatro Novedades, con un pie sobre el suelo y el otro sobre la caja. Los zapatos negros de Nelo brillaban más que si fueran nuevos, no en vano el limpiabotas iba ya por la tercera ronda de limpieza, a sacudidas con una gastada gamuza. Acababa de escupir el hombre sobre el cuero —«No se lo tome a mal, señor, le da más lustre, se lo aseguro», le había explicado— cuando apareció ella bajo el arco de luces de la entrada del teatro. De inmediato Nelo apartó el pie y pagó al limpia con una moneda.

Vera lo había visto, de eso estaba seguro, porque cuando las luces se apagaron y dos empleados cerraban las puertas pudo observar cómo ella hacía un gesto altivo con la cabeza, casi de desprecio, y apartaba la mirada. Con un movimiento de la mano indicó a Otto que se fuera y ella se quedó de pie, casi inmóvil, junto a las puertas del teatro.

Nelo estaba convencido, una de esas intuiciones tan suyas, de que la mujer lo aguardaba, que esperaba que cruzara la calle y se acercara. Pero él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y plantó sus pies con firmeza en el suelo. Y fue ella quien, finalmente, cedió.

Miró a un lado y a otro y cruzó. Se plantó ante Nelo y soltó, sin más:

—Sepa usted que me puso en una situación muy violenta el otro día.

Se la veía enfadada y su voz, entrenada para la dramaturgia, estaba solo a una octava del grito.

—¿Yo? —atinó a responder el agente.

—Sí, usted, señor Bravo. Y no tengo ganas de que se repita.

Y, dicho esto, echó a andar hacia la plaza de Cataluña.

—Dígame qué hice mal y le prometo que no se repetirá —se disculpó él.

Seguía apoyado contra la pared, en actitud indolente, así que la actriz, avezada a estas situaciones, giró la cabeza y le lanzó una mirada que a Nelo no le costó interpretar como un «¡Vamos, a qué espera!». Y eso hizo, la siguió.

—No. No insista. Fue im-per-do-na-ble —la joven actriz caminaba deprisa, aunque en un par de ocasiones, mientras cruzaba la plaza, tuvo que aligerar el paso al cruzarse con algunos admiradores que la saludaron llevándose la mano al sombrero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nelo cuando pasaron de largo la terraza donde probaron aquel excelente vino.

—No sé usted, pero a mí me apetece ir a las Ramblas, quiero ver el Liceo. ¿Cree usted que nos dejarán entrar?

—No sé si por aquí llegaremos.

Y sin volverse, ella contestó:

—Conozco estas calles, por aquí también se llega. ¡Oh, claro! —añadió con tono irónico—, usted ya se ha perdido antes por aquí, *n'est-ce pas*?

—Señorita, a estas horas, por estas callejuelas...

—¿Qué?

—Tal vez sea peligroso.

—*Alors...* —Vera se detuvo en seco, y Nelo a punto estuvo de tropezar con ella—. Entonces, señor mío, ¿por qué no me ofrece su brazo y su protección?

El agente, Eduardo Bravo, como lo conocía la joven, le ofreció el brazo izquierdo y ella pasó la mano por debajo del codo para apoyarla allí. Aún seguía con la barbilla levantada, en un gesto que él no supo interpretar si era de altivez o de enfado.

Así que cuando Vera tomó una calle a la izquierda, para salir a las Ramblas, él, con toda la educación que pudo, argumentó:

—Discúlpeme, *mademoiselle* Dannichesky, pero creo que no vamos bien. Si quiere llegar al Liceo tendríamos que seguir a la derecha.

—*Oh la, la!* Un forastero que conoce Barcelona, ¿quién lo diría!

La verdad era que al agente Nelo no le hacían mucha gracia aquellos barrios, no servían para que una pareja joven, atractiva, bien vestida y enojada se paseara por ellos. El cielo todavía guardaba algo del brillo del crepúsculo y hacía un rato que las luces de gas iluminaban desde las esquinas. Las calles aún estaban concurridas: los vecinos acababan de cenar y disponían ante los portales sillas para aprovechar el fresco de la noche. En un grupo, un hombre sacó tabaco de su petaca, se lio un pitillo y ofreció la picadura a los demás. Una abuela sabia salpicaba con el agua de una palangana los adoquines para refrescar la atmósfera y unos niños, a prudente distancia, la provocaban para que los mojara.

Al parecer, aquellas costumbres vecinales eran del agrado de Vera Dannichesky,

que; sonreía y saludaba con un gesto de cabeza las miradas maliciosas de los mozos. Ciertamente hacía calor y a Nelo le apetecía aflojarse el nudo de la corbata y quitarse la chaqueta, pero no se atrevió. Él hubiera preferido un lugar más discreto para interrogar a la mujer.

—Bien, señorita, aún espero que me explique en qué la he defraudado.

—En muchas cosas, señor mío. Para empezar, al ver mi turbación el otro día, en aquel local, tendría que haber disimulado.

—¿Y puedo saber por qué se turbó?

Ella seguía con la cabeza alta. Mala señal, pensó Nelo.

—También, porque no es concebible que me invite usted una noche y al día siguiente no acuda a presentarme sus respetos.

—Me disculpo por ello sinceramente.

—Bien. Y en tercer lugar, *vous m'avez menti vilement*.

Nelo guardaba silencio y estaba claro que la actriz esperaba una respuesta, porque apretó ligeramente el antebrazo del hombre y le miró a la cara. Y vio un gesto, una arruga en el entrecejo, que anunciaba que el agente cavilaba algo, y no le gustó.

Nelo se detuvo, se plantó frente a la actriz y con una seriedad que ella no le conocía soltó:

—Es cierto, te mentí. Como tú me has mentido a mí.

El rostro de Vera era un poema, que hablaba de estupor, incredulidad, furia y, de nuevo, ya recuperado, fingida ingenuidad.

—No sé de qué me está usted hablando, señor mío.

—Lo sabes perfectamente, deja de fingir. Hagamos una cosa —propuso el agente Nelo—. Yo te confieso mis mentiras y tú me cuentas las tuyas.

—*Je ne comprends pas*.

Nelo la tomó por el codo y la obligó a seguir andando.

—Soy agente de seguridad de la República —confesó.

Ella guardó silencio.

—Y tengo la potestad de detenerte ahora mismo y conducirte a un calabozo de la Comisaría de Orden Público. Y una vez allí, gente menos amable que yo te interrogará.

La joven siguió andando, era ella ahora quien tiraba del agente, como si quisiera deshacerse de él y echar a correr, huir.

—Se te ha visto en compañía de militares involucrados en una conspiración, con civiles que sabemos que alientan y financian planes contra la República y sospecho, además, que fuiste tú quien me disparó en un garaje hace unos días. Al menos, era una pistola de pequeño calibre como la que guardas en tu bolso.

De un tirón detuvo a Vera y le quitó el bolso, pero no encontró el arma.

—No entiendo nada —exclamó ella—. Solo soy una actriz que interpreta su

papel. Y esto es un atropello.

—Tu papel lo interpretas a la perfección, te mueves como pez en el agua en todos los ambientes. El problema es que no pasas desapercibida. Yo, por ejemplo, no podía apartar la mirada de ti. Así que sabemos dónde has estado y con quién —aventuró el agente, confiando en alguna reacción por parte de la joven.

—Tengo amigos. Amigos muy importantes. Y si esta noche no vuelvo al hotel pondrán la ciudad patas arriba para encontrarme.

—Así que lo reconoces...

—Yo no reconozco nada, *imbécile!*

El agente no pudo reprimir una sonrisa. La delicada muchacha mostraba su coraje.

—*Je vous hais de toutes mes forces!*

—Yo, en cambio, te adoro.

No sabía por qué había dicho aquello, ni por qué un incómodo rubor se le subía a las mejillas, el caso es que para salir del mal trago tomó a la joven por el brazo y la forzó a andar. Estaba dispuesto a llevársela a la comisaría y dejarla en manos de Estremera.

—¡Suélteme! —gritó ella.

Pero la determinación del agente Nelo era fuerte.

Como era su deseo desde buen principio, buscó una calle que los condujera a las Ramblas. En un par de ocasiones, mientras andaban, ella tiró del brazo, por ver si se soltaba, pero Nelo estaba alerta. Quería conocer todos los secretos de Vera Dannichesky.

En una callejuela, junto a la puerta de un taller para automóviles ya cerrado, vio un taxi estacionado y por un instante le pasó por la cabeza la idea de alquilarlo. Recordó, no obstante, que el transporte estaba en huelga y siguió andando. Junto al vehículo, dos hombres con monos de trabajo se afanaban en limpiarlo; uno de ellos, que cojeaba ostensiblemente, llevaba un bote de pintura negra y un pincel, y el otro, bastante joven y obeso, con medio cuerpo metido en el interior del vehículo, al parecer pasaba un cepillo por la tapicería. Demasiada energía, pensó el agente, por ser la hora que era y por hallarse el sector en huelga.

Sin perder de vista a los hombres, Nelo soltó el brazo de la actriz y le tomó la mano, para alejarla de sí sin darle la oportunidad de escapar. En una de las puertas del vehículo había una mancha blancuzca y, con disimulo, el agente pasó un dedo por ella.

—Buenas noches, señores —dijo entonces a los hombres—. ¿Harían el favor de indicarnos cómo salir a las Ramblas?

Vera Dannichesky tiró del apretón de manos para zafarse, en vano. Nelo observó la mancha en el dedo y la olió: un fuerte olor a pescado podrido; aquello era

masilla... que servía para tapar agujeros.

Los dos hombres vieron el gesto del agente y se pusieron a la defensiva. El que limpiaba con el cepillo salió del coche, sudoroso, casi congestionado, y dejó caer el cepillo al suelo; fue incapaz de aguantar la mirada del agente. El otro, el que cojeaba, gritó:

—¡Liberto!, sal a ver si puedes ayudar a estos señoritos.

Nelo hurgó en el agujero que ocultaba la masilla; era redondo y limpio. Hundió el dedo índice y no le cupo, pero sí el meñique. No tenía ninguna duda, era de bala. El hombre que salió del taller al llamado del otro tipo parecía estar al mando.

—¿Qué ocurre aquí? —rugió más que habló.

—¿Liberto Caballé, quizá?

—¿Cómo sabes eso? —respondió el taxista.

—He atado cabos. Un taxi agujereado de bala, ese nombre, Liberto... Las manchas de sangre que limpiabais del interior, y ese de ahí —señaló al cojo—, que necesita un bastón.

—¡Lo sabe! —gritó el gordinflón, el que parecía más débil y se encontraba limpiando el interior del vehículo.

—¡Cállate, imbécil! —lo cortó Liberto.

Hubo entonces un intercambio de miradas. Del tal Liberto hacia el hombre que lo había llamado, de este al vehículo y a la mano de Nelo y, finalmente, acompañada de un vigoroso gesto con la cabeza, de Liberto hacia su secuaz, una mirada que decía, así lo entendió Nelo, «¡A por él!».

El agente sabía lo que vendría a continuación. Soltó a Vera y la empujó para alejarla, y ella aprovechó para echar a correr hasta una esquina, a una veintena de metros de la acción. Allí se detuvo, para contemplar cómo el hombre que cojeaba levantaba el brazo e intentaba golpear con el tubo de hierro que sostenía su mano la cabeza del agente. Nelo paró el golpe con el antebrazo y empujó con el mismo gesto al agresor, que cayó al suelo. Fue entonces cuando vio a Liberto, cuando ya era demasiado tarde. El hombre lo cogió por las solapas de la chaqueta, lo levantó un palmo del suelo y, a continuación, lo lanzó contra el vehículo.

El golpe fue fuerte. Sonó duro. Y Nelo cayó también al suelo, casi inconsciente, aunque aún pudo ver cómo el cojo se erguía frente a él, de nuevo con el tubo en la mano, dispuesto a golpear sin piedad. Y vio también cómo se acercaba, corriendo con un ímpetu que no le suponía, a Vera Dannichesky, y cómo la que creía una mujer débil asestaba una tremenda patada al hombre cojo justo donde se unían las piernas, un palmo por debajo del ombligo, y cómo el hombretón caía de nuevo al suelo con un gesto de dolor espeluznante.

De los instantes que siguieron Nelo solo guardaría la memoria confusa de un enorme puño que le alcanzaba la sien, los gritos de rabia de Vera y un accidentado

trayecto en taxi a un lugar que no conocía.

Capítulo 15

Barcelona, 16 de julio de 1936

Barrio de Pueblo Nuevo, tres de la madrugada

De vez en cuando Vera agitaba los brazos y se movía hacia delante y hacia atrás, para comprobar si Nelo seguía inconsciente y si las cuerdas que los mantenían unidos, espalda contra espalda, se habían aflojado. No. Los nudos estaban hechos a conciencia.

—*Merde alors!* —exclamó, hastiada.

Se encontraban en una gran nave apenas iluminada por cuatro débiles bombillas que colgaban del techo. Vera supuso que no hacía mucho hubo allí un taller textil, pues identificó como rudimentarios telares de madera unos armatostes apartados de cualquier manera contra los muros. En una esquina, sobre lo que parecían rollos de una vasta tela de algodón, descansaba, dormido y con respiración sonora y regular, uno de sus secuestradores.

—*Allez, monsieur Nelo!* ¡Despierta de una vez!

—Deja de moverte. Cada vez que lo haces se me clavan más las cuerdas —protestó el agente.

—Vaya, por fin te has despertado.

—Por cierto, acabas de llamarme Nelo, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Qué desfachatez! Una *demoiselle* como yo tuteando a un apuesto joven como tú.

—¿Cómo lo has averiguado?

—¿El qué? ¿Que eres policía y te llamas Nelo?

—¿Qué ha pasado?

—¿Cuándo?

—¡Ahora, narices! —soltó Nelo—. Desde que perdí el conocimiento hasta este mismo momento. Cuéntamelo todo.

—Está bien. Te dieron un buen puñetazo en la cabeza y creo que perdiste el conocimiento. A mí, ese que está ahí, de guardia, me agarró por detrás y el otro, el cojo, al que además ahora le duelen sus partes, intentó golpearme, pero el jefe se lo impidió. Nos metieron a los dos en el taxi, y aquí estamos. Encontraron tu pistola y tu documentación: agente Nelo, al servicio de la Consejería de Gobernación; piensan que los has descubierto y planean huir. Por cierto, ¿qué es lo que has descubierto?

—Son los que asesinaron al gerente de La Escocesa, hace unos días. Creíamos que eran elementos de extrema derecha, pero estos tienen pinta de ir por libre, anarquistas, seguramente. Sigue.

—Por lo visto, quieren matarnos. Los otros dos han salido hace una hora, y me ha

parecido entender que iban a por herramientas, ¿puede ser? Seguramente, antes a mí me violarán, el de... ya sabes, para demostrar que el golpe no ha afectado su hombría.

—Te veo demasiado tranquila.

—¿De qué serviría que estuviera nerviosa?

—¿Te haría más humana, quizá, mostrar tus emociones?

—No es el momento de mostrar emociones, sino de desatarse y salir de aquí.

—Bien, voy a intentar sacar un brazo —dijo Nelo.

El tercer hombre, el grueso y más joven, que yacía en el montón de tela, se agitó en sueños y resopló, y Nelo y Vera callaron y permanecieron quietos unos instantes. Cuando el leve ronquido del durmiente continuó, el agente empezó a abrir y cerrar con fuerza la mano, como si quisiera que las cuerdas dieran de sí. Pero estaban atados a conciencia: espalda contra espalda, sobre dos sillas unidas por los respaldos, dos vueltas los unían por la cintura, luego la cuerda rodeaba la muñeca de Nelo, pasaba a una de Vera y luego a la otra, para volver a Nelo; al final, la cuerda los sujetaba por los hombros y acababa con un potente nudo.

Nelo intentó sacar la mano por el lazo que le apretaba la muñeca: imposible, solo logró que de unos arañazos saliera algo de sangre, y que Vera emitiera un apagado quejido.

—¿Te hago daño? —le preguntó.

—No te preocupes. ¿Puedes?

—Imposible.

Nelo se dio por vencido, echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Vera hizo lo mismo y por un instante sus mejillas se tocaron. La de ella estaba tibia y olía al perfume de los polvos de maquillar; la de él, con barba por afeitar, rasposa.

—¿Es cierto que tus importantes amigos vendrán a buscarte?

—No —confesó Vera—. Tal vez Otto me eche de menos, pero no tiene iniciativa para salir a buscarme. Pensará que me he ido con un amante. Y en la compañía, qué quieres que te diga, se alegrarán. Mi sustituta se pondrá contenta, seguro, y los demás... apenas nos conocemos.

—¿Y el caballero de la Orden del Santo Sepulcro? ¿Y los militares, el general Burriel?

—Estos días todo el mundo está muy ocupado —respondió la actriz—. Y a ti, ¿te buscarán?

—Eso espero. Y confío en que no lleguen demasiado tarde. Por cierto, ¿por qué no huiste cuando tuviste ocasión?

—¿Cuándo?

—Cuando el cojo se abalanzó sobre mí y te solté. Quería que te pusieras a salvo.

—Ya. Pensé que si los dejaba te iban a matar allí mismo, y no soporto la visión de

la sangre.

—Pues como tus amigos se salgan con la suya te vas a hartar de verla..., si sigues viva, y en España.

—¿Qué quieres decir?

—Es imposible que no sepas que tu general Burriel está implicado en un golpe de Estado, en un levantamiento militar contra la República.

Silencio. Al cabo de unos instantes, la actriz suspiró: aquellos eran aires de desahogo.

—Qué dramático eres, *mon cheri*. Si no son los militares, serán los comunistas, ¡qué más da!

Silencio. Fue entonces Nelo el del suspiro, y los aires que soltaron sus pulmones fueron de impotencia.

—Muy pronto se arreglarán las cosas en este país. Vendrá gente nueva, que pondrá orden en todo este desorden —añadió Vera.

—¿Cuándo es muy pronto?

—¿Sabías, querido, que hoy dábamos la última función? La compañía regresa a casa, y a mí me hacía ilusión estar presente. *Malheureusement*, me temo que ya no será así.

—Así que te vas...

—*Bien sûr*. Tengo planes, ¿sabes? Tal vez América. ¿Te gustaría acompañarme?

—Espera, espera —la interrumpió el agente Nelo—. ¿Lo oyes?

—No. ¿Qué debo oír?

—Nada. No se oye la respiración de aquel tipo. Debe de haberse despertado, y tenemos que aprovecharlo. Quiero que lo llames, gritando si hace falta. Cuando venga, le dices que tienes ganas de orinar... que no te puedes aguantar más. Si pica y te desata, podemos aprovechar la ocasión.

Eso hizo Vera. Se puso a gritar con voz potente, pero solo consiguió que el secuestrador se agitara en su lecho de telas y que, con un gesto de la mano, se apartara imaginarias moscas que rondaran sus orejas. Incluso Nelo soltó un agudo silbido que sonó casi como el de una locomotora, y ni por esas consiguieron que despertara el hombre.

Frustrados, de nuevo echaron la cabeza atrás para buscar consuelo en el contacto de sus mejillas.

—Si no fuéramos a morir —dejó caer entonces la actriz—, ¿huirías conmigo?

—La razón me aleja de ti y la emoción me acerca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó entonces Vera, apartando la cabeza del contacto con Nelo.

—Que si pienso en quién eres y en lo que has hecho mi deseo es apartarte de mí, pero si dejara que mi ser sintiera desearía otro mundo, este en paz, en el que tú y yo

fuéramos uno y nada nos separara.

—Pues deja que tu ser sienta y olvídate de la razón. Aún estamos a tiempo.

—Lo siento. En mi oficio, la razón me mantiene vivo. Además, tengo que detener una conspiración.

—*Naïf!* Llegas tarde. Hagas lo que hagas y aunque yo te contara todo lo que sé, que es poco, no estarías en condiciones de pararlos. Son demasiados y demasiado poderosos, créeme.

—¿No te das cuenta? Enfrente hay todo un país que defenderá a muerte la República. Significa que habrá un baño de sangre.

—Huyamos.

Nelo no respondió. Respiró hondo y ese gesto hizo que su cabeza se irguiera.

Comisaría General de Orden Público, ocho y media de la mañana

En el cuerpo de guardia aquella mañana no lo habían visto entrar. Y el teléfono de las hermanas Castellá permanecía mudo; allí no estaba. Tal vez hubiera quedado antes con Querol y se retrasaba. Iba a llamar a la redacción del periódico cuando Guarner entró en el despacho.

—Estremera, dice el comisario que usted y Nelo vayan a la sala de operaciones. Estamos a punto de salir y tenemos que coordinarnos.

Estremera colgó el teléfono y siguió al comandante.

El comisario Escofet estaba marcando, sobre un callejero de la ciudad, los dos extremos de una calle, la de Baja de San Pedro. Levantó la mirada y le echó un vistazo al compañero de Nelo a modo de saludo.

—Aquí y aquí, Guarner. Sean discretos, ¿de acuerdo, Estremera? Por cierto, ¿dónde está Nelo?

—No lo sé, señor —respondió Estremera—. Tenía que haber llegado a las ocho, pero no ha aparecido. Ahora estaba llamando a su amigo el periodista por si él sabía algo.

—No importa. Imagino que tendrá cosas más importantes que hacer, como salvar él solo la República. Si quería que participaran era porque la información sobre ese piso franco la obtuvimos de la confesión de la Montesinos, y como ustedes intervinieron en la detención pensé que era lo correcto. Sea como sea, el dispositivo sigue adelante. Guarner —exclamó entonces, y el comandante se cuadró—. Usted estará al mando. Con un par de agentes de paisano subirán al piso; mantenga un par de hombres más en la puerta del edificio y a los guardias de asalto desplegados en las cercanías, por si las moscas.

—Buscamos sobre todo documentación, Guarner —añadió Estremera—. Detengan a quienes allí se hallen y requisen cualquier papel que encuentren, aunque

crean que no tiene importancia.

—Entendido —respondió el comandante.

—Por cierto, Estremera, ese periodista, Querol, lo he visto hace poco abajo.

—Gracias, señor, iré a hablar con él.

* * *

Estremera abandonó la sala más inquieto que cuando entró, y no tanto por el desenlace de la operación que estaba en curso como por la suerte de su amigo. Fue al despacho que compartía con él y rebuscó en los cajones de la mesa de Nelo hasta que encontró el retrato a lápiz de la bella actriz. A continuación hizo una llamada por teléfono, recogió su arma reglamentaria y se dirigió a la salida del edificio.

Allí estaba Querol, como le había dicho Escofet, departiendo amigablemente con el sargento de guardia. Cuando cruzaba la puerta, le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Se detuvieron los dos a una decena de metros de la comisaría, junto a la calzada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Querol.

—¿Qué sabes de Nelo? —respondió Estremera

—Nada. Quedamos en vernos esta mañana. Quería darme material para elaborar un reportaje.

—No ha aparecido. Y eso no es normal en él.

—Se habrá dormido, o quizá no se encuentre bien y se ha quedado en la cama.

—No, Nelo no es de esos. Le ha ocurrido algo, lo sé.

—Y usted quiere que... —aventuró el periodista, que no acababa de comprender aquella situación.

En aquel instante se detuvo junto a ellos un lujoso Ford conducido por un tipo bien trajeado y con aspecto de funcionario.

—Sube —ordenó Estremera—. Te lo cuento por el camino.

Abrió la puerta trasera y el periodista se metió en el coche. Él se sentó delante, junto al conductor, a quien preguntó:

—¿No teníais algo más discreto?

—Lo siento, señor, es el del delegado, los otros están de servicio.

—De acuerdo. ¿Vas armado?

El conductor se llevó la mano derecha a la sobaquera izquierda y asintió con un gesto de la cabeza.

—Llévanos a la plaza de Cataluña.

—¿Alguien me va a contar qué está ocurriendo? —se quejó, desde los asientos de atrás, Querol.

Estremera se volvió y se lo explicó:

—Nelo no desaparece, nunca. Si tiene una cita contigo y no llega, avisa, siempre. Es algo así como un protocolo de seguridad. Así que partiremos de la premisa de que algo o alguien lo retiene en contra de su voluntad. De modo que está en peligro.

—Quiere decir que quizá...

—No. Solo quiero decir que hay que dar con él, y cuanto antes.

—Y cómo...

—Ayer me dijo que quería encontrarse con la primera actriz de la compañía que actúa en el Novedades. Era la segunda cita y es posible, en fin... Sea como sea, primero iremos al teatro y preguntaremos por ella.

—¿Y yo qué pinto en todo esto? —insistió Querol.

—Tú conoces la ciudad y hablas catalán. Si no damos con ella, habrá que preguntar por ahí, y tú eres más simpático que yo para hablar con la gente.

Al parecer, Querol quedó conforme con la explicación, porque permaneció callado en su asiento mientras el vehículo maniobraba por las calles de Barcelona.

Calle Baja de San Pedro, Barcelona, nueve y cuarto de la mañana

Un viejo sin mayor oficio ni beneficio que ver pasar el tiempo, fumar a destajo y vigilar tres bicicletas descansaba en el zaguán del edificio de fachada antiquísima y sombría de la calle Baja de San Pedro hacia el que se dirigían dos hombres serios, seguidos de un tercero, con las chaquetas bien abrochadas a pesar del calor. Parecía que el anciano había estado ahí toda la vida esperando la llegada de las fuerzas de orden público.

Los agentes mostraron sus credenciales de policías, pero no le hicieron pregunta alguna. Sin embargo, el viejo les indicó con el dedo, apuntando hacia arriba, que los sospechosos a los que buscaban se encontraban en el primer piso.

—¡Limpíen ustedes, limpien, que por aquí hay mucha basura...! —exclamó el anciano, que añadió—: Ángel Esparza. Barcelonés y vizcaíno. Obrero del ferrocarril, ahora jubilado. ¡A su servicio!

El comandante Guarnier le tomó la palabra y le preguntó si sabía cuántos elementos había en el piso. El anciano le mostró dos dedos. El viejo también le señaló con un gesto que llevaban armas.

Uno de los agentes entró en el edificio y comprobó que solo contaba con un acceso. No había ascensor y la escalera era tan estrecha que solo podía bajar o subir al mismo tiempo una persona adulta. La puerta que daba a la azotea estaba cerrada.

Junto al inmueble se encontraba la iglesia de los padres camilos. Dos agentes más se unieron al grupo que estaba a punto de entrar cuando, de repente, hacia las nueve y media, surgió una inesperada dificultad.

Como una lenta marea, la calle comenzó a llenarse de fieles que se congregaban frente a la iglesia de los camilos. En unos minutos, un gentío se había reunido en actitud de adoración a Su Divina Majestad, expuesta en la custodia que sostenían dos monaguillos, a la entrada del templo. Dos escolanos flanqueaban a un reverendo que inició un sermón a su grey.

—¿Qué celebran? —preguntó Guarner al viejo apostado en el zaguán, que no hacía otra cosa que seguir fumando mientras escarbaba entre sus dientes con un palillo. El abuelo sabía todo lo que pasaba en esa calle.

—El segundo día del triduo de san Camilo de Lelis —informó.

—¡Maldita sea, precisamente ahora convocan al santo! ¿No tienen otras horas para citarlo? —protestó el comandante.

—¿Ordeno el desalojo? —sugirió el agente que lo acompañaba.

Guarner lo pensó unos instantes.

—No. Demasiada gente... Esperaremos.

Sin embargo, los guardias de asalto desplegados a ambos extremos de la calle se alarmaron ante la multitud reunida frente a la iglesia de los camilos. Desobedeciendo las órdenes cursadas, la patrulla, dividida en dos cuadrillas, cinco por un lado, cinco por el otro, avanzó hacia los fieles con la intención de dispersarlos.

El comandante intentó detenerlos con gestos ostensibles, pero ya era tarde.

Los feligreses reaccionaron indignados por la presencia de la policía. El reverendo intentó pacificar los ánimos de su grey dándole a besar la reliquia del santo mientras entonaba el canto de los gozos.

—¡Señores, un respeto a san Camilo! —rogó el reverendo a los agentes. Hubo conatos de hostilidad entre los devotos y los guardias. Guarner temió entonces lo peor.

Alertados por la algarada callejera, los dos sospechosos se asomaron a una de las ventanas del piso y, al ver a los guardias de asalto, comenzaron a abrir fuego indiscriminadamente. Los guardias intentaron repeler la agresión descargando sus fusiles. El caos se apoderó de la calle Baja de San Pedro. Los feligreses huyeron despavoridos. El comandante recogió hasta tres niños desamparados que lloraban en medio de la calle, mientras las balas silbaban enloquecidas por doquier, y los cobijó en la iglesia.

Los pistoleros hirieron a uno de los guardias en un hombro. Otro fue alcanzado en una pierna. Y un tercero, en el abdomen. Un feligrés también cayó malherido por disparos en la espalda.

Hubo unos instantes de silencio, de aterrador silencio.

El comandante logró recuperar la posición frente al piso de los sospechosos. De repente, uno de los homicidas irrumpió en la calle abriendo fuego sin orden ni miramientos. Los guardias que aún quedaban en pie lo abatieron con una veloz

sucesión de proyectiles.

El segundo malhechor también intentó avanzar hacia la calle, pero cayó de bruces, perdiendo su pistola al tropezar con una bicicleta que el viejo Esparza, que seguía en el zaguán, había derribado a su paso. De inmediato, Guarner y sus ayudantes se abalanzaron sobre él y lo redujeron.

—¡Por los pelos, comandante! —exclamó un agente, y miró al cielo dando gracias por su buena fortuna—. ¡Si Dios existe, hoy estaba de nuestra parte!

El criminal que murió por el plomo de la policía escondía en un bolsillo interior de su chaqueta unas notas con los planes para secuestrar a diversos oficiales afectos a la República. Uno de los objetivos en Barcelona era el coronel Crispulo Moracho. También habían tramado el rapto, en Madrid, del general Miaja. Otro de los objetivos de la organización era suscitar desavenencias entre las principales centrales sindicales al efecto de generar mayor confusión.

* * *

Estremera y Querol se encontraban cerca del lugar de los hechos. El portero del Novedades les había confirmado que Vera Dannichesky había abandonado el teatro en compañía de un hombre joven y apuesto en dirección a la plaza de Cataluña, por lo que el amigo de Nelo dedujo que se dirigirían al local donde noches atrás los había visto tomando unas copas de vino. Allí no supieron darles razón de la pareja, pero Estremera intuía que las callejuelas que se extendían de allí a las Ramblas ofrecían el escenario perfecto para una emboscada.

Cuando se oyeron los primeros tiros, Estremera sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. De inmediato recordó que había una operación en curso cerca de allí y decidió acercarse.

—Tú quédate por aquí y sigue preguntando, alguien tiene que haberlos visto —ordenó Estremera a Querol.

El periodista no salía de su asombro. Por los disparos que acababan de oír, por la actitud del agente y porque le encargaban un trabajo casi policial. Así que cuando Estremera le dio el pedazo de papel con el retrato de Vera Dannichesky lo cogió, lo estudió y a punto estuvo casi de responder a aquella orden con un saludo militar.

—Si encuentras algo, búscame en la calle esa de San Pedro, la baja.

—Baja de San Pedro —corrigió Querol, en vano.

Estremera se dejó guiar por el flujo de la gente, de mujeres que huían a buen paso por aquellas callejuelas y de hombres que acudían hacia Baja de San Pedro atraídos por el escándalo, de curiosos que solo se acercaban a distancia prudente, de gente mayor que congregaba alrededor a quien quisiera escuchar, de niños que metían la

cabeza en todas las conversaciones y que las abandonaban gritando: «¡Han sido los fascistas, han sido los fascistas!».

Estremera aún vio cómo de las puertas de la iglesia arrancaba un vehículo con varias personas en el interior, algunas de ellas sangrando, y al comandante Guarner que abandonaba, con gesto demudado, el portal de una vivienda.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—Una barbaridad —respondió el comandante—. Dos individuos, armados y muy peligrosos. Se han liado a tiros, y ya ve.

A los pies del militar aún descansaba un cadáver, a la espera del juez de guardia.

—Los sospechosos intentaron destruir las pruebas prendiendo fuego a un fajo de documentos arrojados a un cubo —siguió su relato Guarner—. Por fortuna, la lumbre no pasó de un conato de llamarada. Hemos podido recuperar buena parte de los papeles y ficheros que guardaban. Y, por lo poco que he visto, ponen al descubierto una extensa organización de elementos fascistas, militantes de Falange y de Renovación Española.

Contó a Estremera, también, que en una caja de hojalata, dentro de un termo, escondido en el doble fondo de un armario despensa de la cocina, habían hallado documentos que revelaban, a su vez, la existencia de otros pisos —tanto en Barcelona como en Madrid— en los que, al parecer, se ocultaban muchas armas cortas, así como anotaciones de contactos de personas adictas a la causa fascista en la Guardia Civil, la Guardia de Asalto, el Ejército e incluso en las cárceles.

Además, oculto en otro doble fondo, esta vez en un armario ropero, los agentes también encontraron un pequeño arcón con más documentación; planes para constituir una organización denominada «España una, grande y libre»; ficheros con identidades y claves que Estremera y Nelo ya conocían: Jeanne G., Carmen Montesinos, Ramón Quesada; planos con anotaciones de los movimientos de militares y agentes considerados afectos a la República y destacadas personalidades catalanas y de izquierda.

—Y lo más importante —siguió el comandante, mientras sacaba un gran sobre lacrado—. Estaba oculto en la caja de un gramófono y guarda lo que parece el bando de proclamación del estado de guerra en forma de manifiesto. Va dirigido a los «comandantes de las unidades» y lo firma la «Junta Suprema Militar de Defensa de España».

Estremera tomó el papel que le ofrecía Guarner y leyó:

Una vez más, el Ejército, unido a las restantes fuerzas de la nación, debe tratar de restablecer el imperio del orden. En cuanto al principio de autoridad, esta exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares por la seriedad con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones.

—Lo firma y lo ordena el general de división Manuel González Carrasco.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamó Estremera.

Una agitación en un extremo de la calle los interrumpió. El comandante levantó la cabeza y vio a un tipo que braceaba entre dos guardias de asalto que le impedían el paso. En una mano tenía una hoja de papel.

—Es Querol, un periodista —le aclaró Estremera—. Ahora tengo que irme, nos vemos en la comisaría.

Guarner asintió con un gesto de la cabeza, dobló el papel y lo guardó de nuevo en el sobre.

—¡Tengo una pista, tengo una pista! —oyó Estremera que decía el periodista cuando se acercaba a él. El agente se abrió paso entre los guardias, cogió a Querol por el brazo y lo alejó del tumulto.

—¿Qué tienes?

—Se lo cuento. Ayer por la noche, una mujer, una anciana, estaba regando los geranios de su balcón, cerca de aquí, cuando vio a la actriz en su calle. Iba acompañada. Se acordaba porque le pareció demasiado hermosa para ser del barrio, e iba demasiado bien vestida. Así que cuando le he enseñado el retrato no ha dudado en identificarla: era ella.

—¿Qué más?

—Por lo visto, la mujer entró en su vivienda para llenar la regadera y cuando volvió a salir vio que ella se subía a un taxi. No sabe decir si el acompañante se subió o no, pero sí que había más personas dentro.

—Bien, algo es algo. Ahora tenemos que buscar un taxi.

—Espere, espere, hay más. El taxista, el propietario del taxi, es vecino de la mujer. Puerta con puerta. Y ¿sabe qué?

—¡Coño, Querol, acaba de una vez!

—Ese era el taxi que utilizaron para matar al inglés de La Escocesa.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Por supuesto! La mujer no mentía, se lo aseguro. Me contó que el tipo ese es una mala pieza, un extremista.

—¿Un fascista?

—Todo lo contrario. Un anarquista. Que, además, la montó gorda cuando la empresa textil en la que trabajaba tuvo que cerrar porque no pudo con la competencia que le hacía, precisamente, La Escocesa. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Y seguro que sabes también dónde estaba esa fábrica.

—En Pueblo Nuevo.

—Buen chico. Vamos.

—¿Adónde?

—El coche nos espera en la catedral.

Barrio de Pueblo Nuevo, once menos cuarto de la mañana

Una nube de polvo se alzaba al cielo al paso del gran vehículo. La calle estaba desierta; era una zona industrial y, al parecer, la conflictividad social había hecho mella allí. Muchas fábricas estaban cerradas por la huelga del transporte, por conflictos propios o, simplemente, porque no podían pagar a los trabajadores.

—¿Qué te parece? —preguntó Estremera volviéndose hacia atrás, para que Querol lo oyera.

—No lo sé. Todos los edificios me parecen iguales.

—A ver, piensa. ¿No te dio un nombre la vecina?

—No, solo que era del sector textil.

—¿Y qué identificaría una fábrica así?

—Quizá tubos de cartón como esos de ahí, que deben de servir para enrollar las telas —respondió Querol, señalando un montón de cilindros que yacían junto a la puerta entreabierta de un gran almacén.

—De acuerdo. Echaremos un vistazo. Tú quédate en el coche.

Querol obedeció, en el primer momento. Porque luego, al ver que Estremera y su compañero, después de echar un vistazo al interior de la nave, desfundaban sus armas y entraban con suma precaución no pudo reprimir la curiosidad y se acercó.

Aún desde la entrada, y con toda la cautela de la que era capaz, asomó la cabeza para ver a Estremera que recogía del suelo, junto a dos sillas unidas por el respaldo, un sombrero. Lo miró, le dio la vuelta, y lo dejó sobre una de las sillas. Los dos agentes cayeron en la cuenta entonces de la presencia de un tipo grueso, de aspecto desangelado, que barría la entrada de lo que parecían las oficinas de la fábrica, un reducto acristalado que dejaba ver un par de escritorios, archivos y un gran sillón.

Y cuando Estremera se acercó al hombre que barría y le colocó el cañón de su pistola en la nuca Querol temió lo peor, y echó a correr, sin saber por qué, hacia ellos.

Al sentir el frío del metal en el cogote el hombre pegó un brinco y soltó la escoba. Y al volverse y ver la expresión del agente se puso a gemir y a repetir una frase en un catalán casi ininteligible.

—Dice que él no sabe nada —tradujo Querol.

—Me entiendes, ¿verdad? —le preguntó entonces Estremera.

El otro, temblando, afirmó con un gesto de la cabeza.

—¿Dónde están? —dijo el agente, con aquel tono de voz calmado y profundo que despertaba más temor en quienes interrogaba que un grito a pleno pulmón.

El hombre que barría, y que ahora lloraba, indicó con la cabeza una pequeña puerta, al final de la nave. El conductor de la Delegación del Gobierno se dirigió corriendo hasta ella y miró. A continuación, hizo un gesto para que Estremera se

acercara.

—Tírate al suelo, ponte boca abajo, con las manos en la cabeza, y como se te ocurra moverte o decir esta boca es mía mi compañero tiene orden de pegarte un tiro, ¿lo has entendido? Querol, quédate para vigilarlo.

* * *

Habían abierto una fosa en la tierra: unos dos metros de largo, uno de ancho y uno y medio de profundidad. Nelo y Vera estaban de pie junto a ella, con las manos atadas al frente, mientras el hombre que cojeaba todavía sacaba palas de tierra y Liberto Caballé, con el arma del agente en la mano, lo vigilaba todo.

Fue Vera quien los vio. Vio que dos hombres armados salían por la puerta trasera de la fábrica y se dirigían hacia ellos y avisó a Nelo con un ligero empujón del hombro.

—Estás pálida —dijo entonces Nelo—, te vas a desmayar.

—No, me encuentro bien —respondió ella.

—Callaos —explotó el taxista, que se acercó a la pareja y los separó de un empujón.

—No era una pregunta —insistió el agente.

Ella lo miró, y comprendió. Y con un gesto que a Nelo le pareció teatral en exceso, ella se llevó las manos a la frente, soltó un profundo suspiro y se dejó caer en el hoyo, justo encima del cojo, que ya había dejado la pala a un lado.

En ese instante se oyó el grito de Estremera:

—¡Soltad las armas! ¡Estáis rodeados!

Nelo reaccionó de inmediato: se arrodilló junto a la tumba, para apartarse de la línea de tiro y para lanzar un formidable cabezazo a la cara del hombre que allí seguía y que pretendía escudarse en la joven.

La reacción de Liberto era de esperar. Se dio la vuelta con el arma hacia delante para hacer frente a la incursión. No tuvo tiempo ni de apuntar. Sonaron dos disparos, de dos armas distintas, y el hombre cayó al suelo herido de muerte.

Fue como si el tiempo se detuviera justo en aquel instante. El agente Nelo no lo recordaría como una secuencia de imágenes, sino como una instantánea: el sol que caía a plomo sobre un descampado polvoriento; el cadáver de un hombre a un metro de donde se encontraba, con los ojos abiertos mirando directamente al sol, con dos agujeros de bala en el pecho y un gran charco de sangre que embarraba el suelo debajo de él, y a sus pies, en la fosa, la mujer más hermosa que había visto jamás lo miraba con una expresión mezcla de asombro y orgullo.

Fue su voz el embrujo que lo sacó de aquella ensoñación:

—*Et bien?*

—Sigues desmayada —respondió Nelo, y la joven volvió a esconder aquella perturbadora mirada.

Sin pensarlo demasiado, el agente alzó los brazos hacia el hombre que se acercaba corriendo —cuando su figura cubrió el sol supo que era Estremera— para pedirle que lo liberara de las cuerdas. A continuación, tomó a Vera por las axilas y la sacó del agujero. Allí quedó solo el hombre cojo. Se sorprendió por lo liviano del cuerpo de ella cuando se puso en pie y se dirigió a su compañero.

—¿Está bien? —le preguntó Estremera.

—Creo que sí. La voy a llevar dentro, llevamos mucho tiempo bajo el sol.

Estremera asintió con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia el hoyo. El conductor de la Delegación del Gobierno sacaba, tirando de la camisa, al hombre que allí yacía: tenía la nariz rota y sangraba bastante. Con todo, se puso en pie por sí mismo, y Estremera le colocó unos grilletes.

En la nave los esperaba Querol, muy excitado, blandiendo el palo de una escoba como arma y manteniendo inmóvil al tercer secuestrador.

—¡He oído tiros! —exclamó al verlos—. ¿Están bien?

—Sí, Querol, tranquilo.

Depositó a Vera sobre el montón de telas que había servido de lecho, la acomodó lo mejor que pudo y le acarició con el dorso de la mano la mejilla. Ella entreabrió los ojos y él respondió llevándose un dedo a los labios, en señal de silencio.

—Por cierto, ¿qué haces tú por aquí?

—Salvarte la vida —respondió un Estremera más seco que de costumbre. Acababa de entrar en la nave y se sacudía el polvo del traje con las manos—. ¿Qué ocurrió? —interrogó más que preguntó.

—Nos sorprendieron, ayer por la noche. Vi que tenían el taxi utilizado en el atentado de La Escocesa y supe que eran ellos. No tuve tiempo para nada.

—¿Y ella? —insistió Estremera. En aquellos momentos parecía que fuera él quien estuviera a cargo de la investigación.

—No ha comido nada desde ayer al mediodía, no ha dormido en toda la noche y temo que le ha hecho daño el sol.

—No me refiero a eso...

—¡Sé a lo que te refieres! —gritó Nelo—. Y todavía no tengo nada contra ella.

Estremera se detuvo a unos pocos pasos de su compañero y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Discúlpame —dijo entonces Nelo—. Yo tampoco estoy demasiado bien.

—De acuerdo, no pasa nada. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Me la voy a llevar.

—¿A comisaría?

—No. A casa de las Castellá, para que descanse y se reponga.

—¿Y después?

—Después... —Nelo dudó—. Después, si quieres, puedes interrogarla.

—Está bien. Llévate nuestro coche; es el del delegado, así que trátalo con cariño. Nosotros ya nos las apañaremos. Ah, y llévate también a Querol.

—No digas nada... de momento. ¿De acuerdo? —le rogó Nelo.

Calle Aribau, tres de la tarde

En la mesa de la cocina se veían los restos de lo que había comido Vera Dannichesky: en un plato, unas migas de pan de un par de rebanadas cortadas de la hogaza del día anterior, remojadas en el vino terapéutico de las hermanas Castellá y, en un vaso, restos del mismo líquido. La fórmula, pan embebido en vino y azucarado, había gustado a la joven, que había repetido.

En el gran salón de la casa, Vera descansaba, por fin dormida, sobre el sofá. Como si se tratara de una niña pequeña, el agente había tenido que acunarla entre sus brazos para que se relajara y se dejara llevar por el sueño. Necesitaba pensar y había comprobado que no podía hacerlo si ella lo miraba.

No por conocida aquella sensación le resultaba más llevadera. Una mezcla de frustración, ansiedad y desesperanza, además del puro cansancio físico y el dolor por los golpes recibidos. Y, por supuesto, una emoción mucho tiempo desechada, apartada de su conciencia, y que ahora lo inquietaba más que cualquier otra. ¿Cómo definir lo que sentía por aquella mujer?

Sonó el teléfono. Y seguro que esperaba la llamada, porque no le sorprendió el timbrazo y se tomó su tiempo para responder. Antes acabó, de un trago, el café amargo que le quedaba en la taza. Entonces suspiró y descolgó:

—Dime.

—Nelo, soy Gonzalo. Te necesitamos aquí, están ocurriendo cosas muy graves.

—Ya.

—Esta mañana, durante un registro, hemos encontrado gran cantidad de documentación. Escofet está haciendo muchas preguntas, se extraña de que no estés y teme que hagas una locura.

—Ya.

—Teme que te tomes la justicia por tu mano, que te echés al monte y organices alguna gorda.

—¿Y tú? —preguntó Nelo.

—A mí me preocupa ella —respondió Estremera—. Lo que pueda hacer contigo. Por cierto, ¿ya se ha recuperado de la «insolación»? —añadió con sarcasmo.

—Ahora duerme...

Con un gesto de inmensa ternura, Nelo acercó la mano al rostro de la actriz y le apartó un mechón de cabello de los labios.

—No sé qué hacer con ella, Gonzalo. Está clara su implicación, que mantenía contacto con Burriel y otros involucrados, pero no creo que sea demasiado consciente de lo que está a punto de ocurrir, de adónde nos llevará todo esto. Necesito tiempo para interrogarla a mi manera.

—No puedes dejarla sola ni quieres traerla a comisaría, ¿es eso?

—Así es.

—De acuerdo, vamos a hacer lo siguiente: llévatela a la Delegación del Gobierno, que la custodien allí, estará vigilada y en mejores condiciones que en la comisaría. Yo hablaré con el delegado, le explicaré la situación y le pediré que la meta en una habitación y no la deje salir. Cuando todo esto se tranquilice un poco ya pensaremos qué hacer con ella.

—Gracias, Gonzalo. Te debo una.

—Me debes muchas.

Cuartel del Regimiento de Caballería, cinco de la tarde

Los soldados llegaban cansados y nerviosos. Llevaban varias semanas de intensas maniobras y solo soportaban aquella presión porque por las tardes, los que no tenían servicio ni sufrían arresto, podían deambular dos horas por la ciudad. Al día siguiente incluso eso cambiaría, y quedarían acuartelados hasta nueva orden. También el teniente Crespo de Olarte estaba fatigado, y más nervioso que muchos de sus reclutas. Estaba convencido de que el liderazgo del general Burriel vencería las resistencias de los oficiales que todavía dudaban. De lo que no estaba tan seguro era de cómo reaccionarían los soldados ante la resistencia que opondrían los izquierdistas durante las primeras horas. Todos tenían claro que los sindicatos plantarían cara. No compartía el optimismo del coronel al mando del regimiento, que creía que con una buena arenga bastaría. Lo que él veía era que si esos soldados seguían en sus puestos era porque no se les dejaba pensar, porque se les asignaban tareas que los ocupaban catorce, quince horas al día y en el par de horas de asueto que les quedaban la mayoría, al final, solo tenía en mente beber un poco de vino en cualquier tasca, anestesiar con alcohol. No había nada más peligroso para un oficial que un soldado armado con un fusil y un pensamiento.

Dio la orden de desmontar y algunos, al dar con los pies en el suelo, caían, incapaces sus acartonadas piernas, tras tantas horas de monta, de aguantar su peso. Cedió las riendas de su montura a un cabo y se dirigió al alojamiento de la oficialidad.

No se duchó ni se cambió; entraba de guardia al cabo de poco y tenía cosas que

hacer. Abrió la taquilla, apartó el uniforme de paseo y sacó una caja de metal. Buscó en su interior un escapulario y se lo colgó del cuello. Luego se hizo con una imagen de la virgen del Camino, la dejó sobre el camastro, se arrodilló ante ella y oró unos instantes. Se persignó al acabar, y empezó entonces a guardar en la caja los objetos personales por los que sentía más apego. Había decidido que se la daría, para que la guardaran, a los Palau y López de Salas. Ellos conocían a su familia y se la entregarían si a él llegaba a ocurrirle algo.

Comisaría General de Orden Público, seis de la tarde

Se había duchado, afeitado y cambiado de ropa y, con todo, el aspecto del agente Nelo resultaba lamentable. Estremera lo encontró sentado, inclinado, con los brazos cruzados sobre la mesa y la cara apoyada en ellos; no sabría definir si aquella postura denotaba derrota, hartazgo o simple cansancio, el caso es que salió del despacho que compartían para volver a entrar un par de minutos después con una botella de aguardiente en la mano. La dejó con un golpe seco sobre la madera de la mesa y, sin contemplaciones, agarró a Nelo por los hombros y tiró de él hasta que se incorporó y se sostuvo por sí mismo.

—Bebe —le ordenó—. Escofet viene hacia aquí, quiere felicitarte personalmente por haber resuelto el caso de La Escocesa. Así que da un trago o te abro la boca y te lo meto yo.

A Nelo le supuso un esfuerzo abrir los ojos, pero una vez dado ese paso ya no le costó ver la determinación de su compañero. Así que, con gesto cansino, movió el brazo, tomó la botella y se echó a la garganta una buena porción del brebaje.

La reacción fue inmediata: tosió y escupió, y tan fuertes fueron las sacudidas que tuvo que levantarse. Estremera lo sostuvo en pie y lo miró. Su rostro había recuperado algo de color, seguramente por el esfuerzo, y su cuerpo, firmeza.

—¿Qué sabe el comisario? —preguntó entonces Nelo.

—Poco: que ha habido un muerto y que tenemos dos detenidos, a los que aún hay que interrogar.

—De acuerdo. Le diremos que el caso no está cerrado y que todavía no lo llevaremos al juez ni lo comunicaremos a la prensa, para no levantar la liebre. Gonzalo...

—¿Qué?

—Gracias, de nuevo.

—Me la estoy jugando por ti, ¿lo sabes?

Nelo agachó la cabeza en lo que parecía un gesto de afirmación. En ese instante entró en el despacho el comisario Escofet, seguido de un ayudante, que cargaba con dos cajas repletas de documentación.

—Bien, Nelo —empezó a decir el comisario—. Veo que ha aprovechado usted la mañana. Felicidades. Claro que también podría haberlo comunicado y le hubiéramos facilitado apoyo. En fin, supongo que Estremera le habrá puesto al corriente de nuestra operación. Guarner está acabando de hacer el inventario de la documentación y el material incautado. Esto de aquí —señaló las cajas— ya está revisado y registrado; échense un vistazo, a ver si entre todos encajamos las piezas.

Cuando ya se iba, Escofet se volvió, echó un detenido vistazo al agente y añadió:

—Algún día tendrá que contarme los detalles de la detención de esos asesinos, no imagino cómo habrá sido para dejarlo tan maltrecho. En fin, de nuevo felicidades —el comisario tendió la mano al agente.

Nelo hizo de tripas corazón, se secó sin demasiado disimulo la suya en la pernera del pantalón y estrechó la que Escofet le tendía. En ese instante quedaron al descubierto unas feas heridas en la muñeca del agente. Escofet sacudió la cabeza en señal de desaprobación y se marchó.

Estremera salió con él, solo para volver poco después con dos grandes tazas llenas hasta el borde de un humeante y espeso café negro.

—Son del cuerpo de guardia —explicó—, tienen una cafetera italiana que es una maravilla.

Nelo tomó la suya y dio un buen trago. Aún guardaba en la garganta la sensación de quemazón del aguardiente y le vino bien el líquido. Aunque resultaba demasiado dulzón para su gusto.

—He visto al periodista —siguió Estremera—, a Querol. Esta mañana me ha contado que tenía que verte, que le ibas a dar material para un reportaje, así que le he dicho que estabas aquí y que subiera.

—No sé si todo esto tiene sentido —respondió Nelo—. Están pasando muchas cosas, muy rápidamente.

—Eso suena a derrotismo, a rendición, ¿no me jodas, Nelo! En fin, ayer por la noche hablé con el capitán Abasolo. Le conté que teníamos controlada a una sospechosa, que creíamos que el supuesto enlace entre los militares rebeldes y los capitalistas que los financian era una mujer, una actriz. Y no le dio mayor importancia. Soltó algo así como «Demasiados instrumentos tiene ya la orquesta para preocuparse ahora por el afinador». Así que, de momento, podemos disponer de la chica.

—No me cuadra, Gonzalo. ¿Por qué utilizar a alguien tan visible para ese trabajo? ¿No buscarías a alguien mucho más discreto para esa tarea?

—La ventaja es que podía moverse por todas partes, por todos los ambientes, sin levantar sospechas. Pero tienes razón, debe de haber alguien más. Otra cosa: el capitán quiere que volvamos. De inmediato.

—¡Imposible! ¡Ahora no! ¿Y qué quiere que hagamos con ella?

—Lo deja en nuestras manos. Se me ocurre que podemos llevárnosla a Madrid, dejarla en manos de Escofet o convencer al delegado del Gobierno de que la expulse a Francia...

—Ni hablar. Necesitamos tiempo, Gonzalo. Estoy seguro de que si hablo con ella podré sacarle información valiosa.

—Lo sé. Por eso le pedí que nos dejara quedarnos este fin de semana. Tuve que exagerar un poco, claro, contarle lo de tu secuestro, que estás muy magullado y que necesitas unos días para recuperarte. Ha aceptado, supongo, porque hemos resuelto lo de La Escocesa.

—Tres días. Bien, ahora piénsalo: si contáramos con el testimonio de ella, con una declaración jurada en la que incriminara a Burriel, podríamos detenerlo. Tal vez no hubiera suficiente para llevarlo ante un tribunal militar, pero frenaría el levantamiento, al menos aquí, y sería un aviso para los demás: «Lo sabemos y vamos a por vosotros».

—Vaya, veo que el aguardiente y el café te han entonado. Pero no creo que ella esté dispuesta a colaborar. O bien es una profesional y estará entrenada para callar, o bien es una aficionada y no aportará prueba alguna. Ahora te dejo, iré a ver qué prepara el comisario para esta noche, porque con la documentación que ha conseguido va a montar alguna gorda, seguro. Mira, ahí tienes a tu periodista.

En ese instante Querol se disponía a llamar con los nudillos en el marco de la puerta abierta. Estremera se lo ahorró, invitándolo con un gesto a entrar antes de marcharse.

—Buenas tardes —dijo el periodista.

Nelo no respondió, le hizo un gesto con la mano para que se sentara y apartó las carpetas con documentación que se amontonaban encima de su mesa.

—Qué fuerte, ¿no? —fue lo único que se le ocurrió a Querol.

El agente le dirigió una mirada interrogadora, con las cejas levantadas.

—Lo de esta mañana, digo. Los tiros y todo eso, estar al borde de la muerte... Porque aquella tumba cavada en la tierra era para usted, ¿verdad? Y para la actriz. Por cierto, ¿se encuentra bien?

—¿Ella? Sí, todavía asustada, y agotada.

—¿Y usted?

—Como si me hubieran molido a palos —y seguramente al decir aquello recordó los efectos sedantes del aguardiente, porque sacó la botella del cajón en el que la había guardado su compañero y se echó un buen trago al colete. Esta vez no tosió—. ¿Quieres?

El periodista negó con la cabeza.

—Vamos a ver, Querol: quiero hacerme una idea de cómo están las cosas ahí fuera.

—Seguro que usted tiene mucha más información que yo, Nelo —y señaló el montón de informes de la mesa.

—No, no me has entendido. La visión que yo tengo es muy sesgada. De verdad me interesa tu opinión.

—Yo puedo darle la información que tengo. Que sigue la huelga en el puerto y en el sector de los transportes, aunque no se han registrado actos violentos; que el presidente Companys ha hecho un llamamiento, esta mañana, en rueda de prensa, para que recobráramos la paz pública; que las distintas consejerías del Gobierno de la Generalitat están haciendo lo indecible para solucionar los conflictos laborales pendientes...

—¿Y la gente? ¿Qué piensa la gente de la calle?

—Supongo que se ha instalado en la ciudadanía una especie de fatalismo festivo, no sé si me explico, entiéndame, como si se pensara que lo que tiene que ocurrir, ocurrirá, ¡qué se le va a hacer! «De peores hemos salido», ese es el sentimiento. «Y no vamos a dejar de hacer lo que tenemos que hacer solo por eso», ¿lo capta?

—Más o menos.

—Y solo los más implicados políticamente actúan.

—Los sindicatos —afirmó Nelo.

—Sí, más que los partidos, al menos que los partidos de izquierdas. Ahí sí que se nota que se cuece algo. No están dispuestos a quedarse de brazos cruzados si hay un levantamiento militar, de eso estoy seguro. Están más organizados que nunca y empiezan a armarse. La República ofrecía un rayo de esperanza a todos los males endémicos de este país y ahora...

—Piensas como yo: habrá enfrentamiento. Un enfrentamiento como nunca se ha visto aquí.

—Usted tiene más datos.

El agente Nelo se quedó mirando al periodista. Sentía curiosidad por aquel tipo y, ¿por qué no?, incluso algo parecido al cariño. Tal vez porque representaba el prototipo del catalán, con el sentido común por delante y con aquellos arrebatos, como en el parque de la Ciudadela, que ellos definían como *rauxa*. Pero en ese instante veía al personaje de otro modo, y no era solo que hubiera cambiado su aspecto, más curioso ahora, más cuidado; también aparecía en su rostro una expresión que no le conocía, algo que no supo identificar en aquel momento y que tenía que ver con un gesto inconsciente que hacían sus labios para intentar controlar o evitar una sonrisa que pugnaba por salir.

—A ti te ocurre algo —dijo al fin el agente.

—¿A mí? —protestó entonces Querol, mientras agachaba la cabeza para ocultar un rubor que le subía a las mejillas.

Por fortuna para él, en aquel instante entró Estremera.

—Hola, Gonzalo. Estábamos hablando del ambiente que se vive estos días por la ciudad.

—Pues se va a caldear, te lo digo yo —respondió Estremera.

—¿Por qué?

Pero Nelo no obtuvo respuesta, solo un gesto con la cabeza de su compañero que indicaba con la barbilla al periodista.

—Vamos, hombre, es Querol, puedes hablar.

Cogió una silla y se sentó junto a la mesa, y al ver la botella la tomó y dio un trago.

—Bien: Escofet ha preparado una operación en toda regla. Se han decidido a cerrar varios locales de la derecha por estar implicados en la trama fascista: el Centro Cultural Obrero, el Centro de Derecha de Catalunya, el Centro de Renovación Española; preparan registros en locales de Sants y Hostafrancs, y detenciones de elementos muy significados de la derecha más beligerante.

—¡Fiuuu! —silbó Querol.

—Parece que la estrategia es esta —siguió Estremera—: por un lado, mantener la paz social a cualquier precio, y, por otra, descabezar la derecha que podría apoyar el levantamiento. Eso es lo que hay. Y ahora me voy.

Se levantó, colocó el botón de corcho en la botella y suspiró.

—¿Adónde? —le preguntó su compañero.

—Esto no me lo perdería por nada del mundo. Además, ¿sabías que Escofet me ha felicitado por mi capacidad de observación y análisis? —respondió Estremera, hinchando el pecho de orgullo—. Quiere que esté presente en los registros. Cuatro ojos ven más que dos, algo así ha dicho. Y tú harías bien en comer algo y acostarte. Mañana será otro día.

* * *

—A sus órdenes, comandante Estremera —bromeó Nelo.

Las sospechas del agente acerca del periodista tomaron cuerpo cuando Querol lo invitó a cenar esa noche en un restaurante cercano, el Euzkadi. Pagaba él, y eso ya era un indicio. Escrito con tiza sobre un pizarrón se anunciaban cubiertos a siete pesetas y una calidad fuera de serie. Nelo se conformó.

—¿Vas a explicarme qué es lo que te preocupa? —rompió el silencio el agente, un silencio que duraba desde que salieron de la comisaría.

—Es que no sé cómo enfocararlo. A ver: ¿usted cree que tenemos futuro?

—¿Me estás hablando de la República? ¿De la nación española?

—Le estoy hablando de usted y de mí.

—Ya.

—No, no me explico. Pongamos que usted y yo somos personas normales, ¿de acuerdo?

—Y con eso quieres decir...

—Que somos humanos, que tenemos necesidades, que nos gustaría crear una familia y todo eso, ¿me entiende ahora?

—¡Acabáramos! ¿Así que se trata de eso? ¿De que has sentido la llamada del amor?

—¿Cómo puede ser que un beso, el roce de unos labios húmedos, te quite el sueño? ¿Cómo es posible que una mirada te ciegue al punto de que no seas capaz de ver más allá del rostro que la cobija? ¿Y que aun con los ojos cerrados lo sigas viendo?

—¡Estás enamorado! ¡Si hasta haces poesía!

Querol bajó la mirada, confuso. También avergonzado.

—¿Es eso? ¿Eso es amor? —preguntó, escondiendo la cara—. ¡Pero si no sé nada de mujeres! ¿Qué voy a hacer?

—Es esa chica que salió en tu defensa en el parque, ¿verdad?

—Enriqueta, sí. Se llama Enriqueta Palau y no tengo ninguna posibilidad. Su familia es de clase alta y yo soy hijo de menestrales.

—Tienes estudios y un oficio de lo más digno —respondió Nelo.

—Ella es tan hermosa que duele mirarla, y yo, ya ve, ni con traje nuevo doy el pego.

—A ella la atraes, ¿no? Además, ¿sabes por qué te defendió? Por tu arrojo, por la valentía con que defiendes tus ideas.

—Si estuviéramos en el pueblo sabría qué hacer. La cortejaría con miradas y poemas, la esperaría al salir de misa y, durante las fiestas, la invitaría a bailar en el *envelat*, una gran carpa que se levanta en las plazas, ¿sabe?, con orquesta y todo... Pero aquí soy pez fuera del agua, estoy perdido.

—Ya has hecho lo más importante.

—¿Ah, sí?

—Sí, has encendido la llama, ahora solo tienes que mantenerla prendida... y esperar tu oportunidad.

—¿Y cómo lo hago? —De nuevo Querol levantaba la mirada y sus ojos mostraban el brillo de la esperanza.

—Mándale un día una rosa... que le recuerde que tiene un admirador.

—Imposible. No pasaría de la puerta.

—Hazlo de forma anónima y con un recadero, y escribe un billete con una frase que le recuerde algo que vivió contigo.

—Ya lo pilló...

—Y una clave, para veros.

—Sí, sí, lo tengo, lo tengo...

Querol sacó su libreta de notas y empezó a escribir como un poseso.

—Una frase, unas palabras, no una novela.

—Son ideas, para que no se me olviden. Gracias, Nelo, no sé qué haría sin usted.

—Yo sin ti estaría muerto, así que el agradecimiento es mutuo.

Calle Aribau, once de la noche

¿Cómo podía ser que tuviera frío? En la calle, el calor lo sofocaba y la humedad del aire impedía que el sudor se evaporara. Y en ese instante tenía la piel de gallina. Pensó por un momento en levantarse de la cama y cerrar la ventana, pero aquel simple gesto le pareció excesivo, cansado como estaba, agotado, con la musculatura tan tensa que una aguja de hacer punto, como las que guardaban las Castellá en un cajón de la cómoda del salón, se doblaría antes de herirlo. Y lo peor era que la ausencia de movimiento, de toda acción, lo hacía más consciente del dolor que las lesiones que acumulaba. En ese instante, incluso le dolía unir las manos para liar el cigarrillo.

Tal vez una copa del buen coñac francés que las hermanas guardaban para las grandes ocasiones serviría de anestésico, pero rechazó la idea, porque le ardía el estómago y, además, tendría que desplazarse. Así que se colocó el cigarrillo entre los labios y lo encendió.

Él no se dio cuenta, pero una hebra encendida de tabaco se desprendió del cilindro de papel y cayó sobre el algodón de Egipto de la funda del almohadón. Fue aquel olor, distinto al del humo del tabaco, lo que le alertó. Se incorporó de golpe, vio cómo quemaba en un círculo que se ensanchaba poco a poco y lo apagó de un manotazo. «¡Dios! —pensó—. Las hermanas me van a matar». Tendría que comprar una funda idéntica y cambiarla antes de que ellas volvieran. Conocía varias tiendas en las que encontraría, al menos, una similar.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche, apagó la luz y se cubrió con la sábana. Dormir era un sueño, lo sabía, porque por mucho que cerrara los ojos y quisiera distraer el pensamiento recordando todos los escaparates de la ciudad en busca de la dichosa funda, confiado en que el aburrimiento lo vencería, siempre veía, reflejado en los cristales de los escaparates, el rostro de Vera Dannichesky.

Capítulo 16

Barcelona, 17 de julio de 1936

Comisaría General de Orden Público, nueve y media de la mañana

Había sido una noche larga para Gonzalo Estremera. Habían hecho muchas detenciones: algunos dirigentes significativos de la derecha más beligerante y bastantes peones, simples simpatizantes que guardaban en casa fusiles, armas cortas y munición. Ningún militar. Un golpe espectacular, por el número de agentes del orden desplegados y locales allanados, pero que en realidad había dado pocos frutos. Tal vez porque la cosecha aún no estaba madura, tal vez porque alguien se había anticipado en la recogida. Con todo, apareció afeitado y sin una arruga en el traje. Algo que el agente Nelo notó.

—Algún día tendrás que contarme el secreto de que siempre aparezcas recién planchado.

—Fácil: me doblo bien los pantalones, los coloco debajo del colchón y, a la mañana siguiente, como nuevos. ¿Qué tenemos?

—Nada. Dejo que los hombres de Escofet hagan el inventario de todo lo requisado y luego ya lo revisaré. Mientras, intento imaginarme el escenario de un levantamiento militar en la ciudad.

Nelo había «requisado» una caja de soldaditos de plomo que el comisario guardaba en su despacho y estudiaba un mapa de Barcelona, dispuesto, al parecer, a colocarlos estratégicamente en cualquier momento.

—¿Jugando con soldaditos?

Nelo no apartó la mirada del mapa para encarar la de su compañero.

—¿Qué más?

—Está bien, de acuerdo —añadió, resignado, el agente, esta vez mirando a Estremera—. He ido a ver a Vera Dannichesky.

—¡Joder, Nelo, creía que íbamos a ir los dos! —exclamó el recién llegado.

—Sí, es lo que te dije, y lo mantengo. Iremos más tarde si quieres. Pero he pensado que necesitaría ropa y cosas de aseo personal y me he pasado por su hotel a recogerlo.

—¿Qué has encontrado? Porque habrás registrado la habitación, ¿verdad?

—Su pistola y una caja de cartuchos de pequeño calibre. Están ahí, en ese cajón. Tal vez el armero pueda confirmar que es la utilizada en el tiroteo del garaje. Ningún documento comprometedor. Así que estamos en el mismo punto: muchos indicios que apuntan a ella y ninguna prueba definitiva. Claro que podríamos detenerla y acusarla de conspiración, pero ¿qué juez decretaría su prisión con lo que tenemos?

—No se trata de meterla en prisión, ese no es el objetivo, sería una consecuencia

de sus acciones, lo que importa es frenar un levantamiento, obtener suficientes pruebas contra los instigadores para meterlos entre rejas.

—Se aferra a su versión: le decían ve allí, y ella iba, o da esto, un papel, una cartera, unos documentos, a tal personaje, y ella lo hacía. Y de creerla, eso ha sido todo. De hecho, su compañía está a punto de dejar la ciudad. Vuelven a París.

—Tú lo has dicho, de creerla. Porque de no hacerlo estaríamos ante una espía, ante un elemento clave de la conspiración.

—La has visto, Gonzalo. Es joven, influenciable, manipulable, ¿crees que lo hace por convicción? ¿Que está identificada ideológicamente con la extrema derecha?

—Las apariencias engañan, Nelo, deberías saberlo.

—De acuerdo, entonces. Haz que analicen la pistola y, si se demuestra que ha sido disparada recientemente y que coincide con la que me hirió, la detenemos.

—Habrá tiempo —sentenció Estremera. Se quitó la chaqueta, la colocó con cuidado en el respaldo de su silla y se acercó a su amigo para observar el mapa de la ciudad desplegado sobre la mesa—. ¿Qué buscas exactamente?

—Partamos de la premisa de que el levantamiento es inevitable e inminente. Lo primero que harán será tratar de tomar las principales ciudades.

—Se me ponen los pelos de punta. Pero si fracasan aquí y en la capital...

Estremera se alejó del mapa, tomó distancia y añadió:

—Evitaremos la guerra.

—¿Sabes, Gonzalo? Abasolo decía, hablando de la guerra, que trae una memoria llena de silencios. El silencio de aquellos que se fueron y no volverán, el silencio de los lugares en los que vivimos y fuimos felices. Y que incluso quienes sobreviven, nunca vuelven a ser los mismos, es decir, que de todas todas perdemos una parte vital de nosotros en ella. Y los muertos, a los que muchas veces ni siquiera puedes dar un entierro digno, al final pesan tanto en los vivos que, a veces, ocupan su lugar.

—Hasta que una nueva generación toma el relevo y olvida la memoria de la guerra.

—Supongo. Él lo decía con conocimiento de causa, había estado en la del Rif.

Estremera cerró los ojos tratando de imaginar ese horrible mundo. Pensó en las arduas tareas que habría de llevar a cabo para hacer un lugar a los vivos en ese mortecino escenario e instintivamente abrió los ojos para ver la vida.

—Hace unos días que lo vengo pensando, Nelo. ¿Te puedo pedir un favor?

—Dime.

—Prométeme que cuando yo muera tú me enterrarás. Nada de nombres ni fechas en mi lápida. Solo una frase, «Fui lo que eres, serás lo que soy», en letras grandes y mayúsculas.

Nelo y Estremera se miraron. Hicieron unas muecas de asombro y rieron a carcajadas. Lo necesitaban.

—Dime, Gonzalo, si tú fueras uno de ellos, ¿qué lugares ocuparías en primer lugar con tus tropas?

No era que Estremera fuera un gran estratega ni un gran conocedor de la ciudad, pero Nelo apelaba a su sentido común.

—Mmm... Veamos: las avenidas Catorce de Abril y de las Cortes; la carretera de Sants; la carretera y el ferrocarril a Madrid por el sureste, y Montjuic, el Morrot y el paseo de Colón... ¡Ah!, y el aeródromo de la Volatería, por el suroeste...

Nelo empezó a sacar soldaditos de plomo de la colección del comisario en los puntos que Estremera fue señalando y que sugerían un movimiento envolvente sobre la ciudad.

—Pon también en el ferrocarril del norte y en la carretera a Francia, justo aquí, en La Trinitat, y la avenida de la Meridiana... Desde la montaña, ocuparía la carretera alta de Roquetas, el paseo de Valldaura... Esta colina, la de la Peira, este paseo, el del Valle de Hebrón, y esta montaña, la del Carmelo... Y también el Tibidabo y los Ferrocarriles de Cataluña...

A Nelo se le agotaron los soldaditos de plomo y fue a buscar más al despacho de Escofet. Regresó y su colaborador siguió descifrando otros puntos clave de Barcelona.

—En paralelo al cierre de la ciudad, tomaría el edificio de la Telefónica, Correos y Telégrafos, los cuarteles fieles a la República, las consejerías y la Comisaría General... La estación de Francia y la del Norte... El puerto, por supuesto, y la plaza de España... Al mismo tiempo tomaría la plaza de Cataluña y bajaría por las Ramblas por un lado y por el paseo de Fermín Galán, por otro, hasta envolver el centro de la ciudad y dar el golpe definitivo: ¡el palacio de la Generalitat!

—¿Por qué el palacio? —preguntó Nelo.

—Creo que sería el golpe de gracia a la moral de las fuerzas leales a la República. Fíjate, se va cerrando la ciudad desde fuera hacia dentro y se pone en jaque a la resistencia. Una vez tomado el palacio de la Generalitat, ¡zas!, jaque mate —exclamó Estremera, golpeando y derribando el soldadito colocado sobre el emblemático punto del mapa.

—Excelente, Gonzalo. Excelente observación. Supongamos que la Guardia Civil y la aviación permanecen fieles. Supongamos que la masa obrera se constituye en una milicia armada. Si yo muevo esta pieza aquí y coloco estas rodeando el palacio de la Generalitat, la Consejería de Gobernación, la comisaría, y vacío de armas los buques fondeados en el puerto...

La idea de armar a los obreros puso a Estremera los pelos de punta. Se incorporó, como si quisiera tomar distancia, y al final añadió:

—También tomaría las emisoras de radio y los periódicos.

—Bien, bien —respondió el agente Nelo.

Empezó entonces a quitar los soldaditos del plano de la ciudad para sustituirlos por un círculo trazado con lápiz rojo.

—Listo. Tendríamos que hablar ahora con Casellas, quiero plantearle que refuerce los destacamentos en los puestos fronterizos y en las localidades cercanas a Francia.

Delegación del Gobierno, mediodía

Fue un gesto instintivo al ver el alboroto tras la verja del palacete que albergaba la Delegación del Gobierno: el agente Nelo se llevó la mano a la sobaquera para comprobar que llevaba el arma, aunque no la sacó. Algunos hombres del Cuerpo de Seguridad y Asalto corrían, empuñando el fusil, hacia una de las esquinas de la calle, como si persiguieran a alguien, mientras otros se arremolinaban en la entrada.

El coche entró en el recinto y de él saltaron los agentes Nelo y Estremera, mostrando su placa con la mano izquierda y la derecha dispuesta a desenfundar. Junto a la puerta, dos guardias y un hombre vestido de civil socorrían a un tercer guardia, que permanecía sentado y sostenía un pañuelo ensangrentado bajo la nariz. Tenía los ojos llorosos y no paraba de repetir, a modo de disculpa: «No lo vi venir, no lo vi venir».

El agente Nelo se temió lo peor. Había estado en ese edificio hacía poco más de tres horas y conocía la ubicación de las estancias para invitados. Echó a andar a paso vivo, casi corriendo, y Estremera se le pegó a los talones: pasaron por pasillos, subieron un tramo de escaleras y llegaron al final a un saloncito repartidor con tres puertas cerradas y una abierta. Hacia ella se dirigió.

—¿Estaba aquí? —preguntó Estremera.

Nelo asintió con un gesto de la cabeza y entró. Todo parecía igual a como lo había visto en su visita esa mañana, incluso encontró sobre la cama, abierta, la gran maleta de piel que había entregado a Vera Dannichesky. Solo echó de menos un gran neceser y una caja joyero de ébano. En el suelo distinguió una agrupación de gotas de sangre que se convertían en reguero y se dirigían hacia la puerta.

—Si necesitaban ustedes más pruebas, esta es la definitiva —oyeron que alguien decía a sus espaldas.

El agente levantó la mirada y vio a un hombre, de aspecto fornido, que vestía con elegancia un terno claro de lino.

—Señor delegado... —lo saludó Nelo.

Detrás del delegado, Estremera se encogió de hombros.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

Casellas levantó la mano, chascó los dedos y de inmediato entró en la estancia el guardia de la entrada, que aún sostenía el pañuelo empapado bajo su nariz.

—Cuénteselo.

—Se presentaron hace unos diez minutos —empezó a decir el hombre.

—¿Quiénes? —le cortó el delegado.

—Dos hombres, uno bien vestido, de mediana edad, y otro más joven, muy grande y con aspecto de extranjero.

—¡Otto! —exclamó Nelo—. Siga.

—Preguntaron por una tal Vera Dannichesky y yo sabía que ella estaba aquí porque tuve que acompañar al agente —y señaló a Nero— esta mañana. El de mayor edad se presentó como el director de la compañía de teatro a la que pertenecía la señorita. Eso dijo. Preguntó por ella y yo le respondí que no sabía nada, y él no se lo tomó demasiado bien. Me explicó, bastante excitado, que la compañía dejaba Barcelona y que tenía que entregarle a la actriz el pasaporte y otros documentos de viaje, que era imperativo hacerlo para no causarle a ella un grave perjuicio. Entonces... —con un gesto de dolor, el joven guardia tosió y escupió una mezcla de sangre y saliva en el pañuelo—, entonces yo me ofrecí a llevárselo todo. Y el hombre se negó, dijo que era un tema demasiado importante para dejarlo en mis manos. Yo miré a mi compañero, que lleva más tiempo que yo aquí, en la delegación, y tiene más experiencia, y él me hizo un gesto con la cabeza, para que fuera, para que acompañara a los dos hombres arriba, a la habitación de la señorita. Una vez allí, les abrí la puerta y el hombre mayor entró, le dijo algo en francés a la actriz y ella empezó a recoger a toda prisa cuatro cosas. Claro, yo vi que aquello no era normal y traté de impedirlo, pero el hombre grande me dio un puñetazo aquí, en la nariz, y caí al suelo. Les juro que no lo vi venir.

—¿Perdiste el conocimiento? —preguntó Estremera.

—No, no, quedé sentado en el suelo, no sé cuánto tiempo, unos minutos, como mucho, porque enseguida me levanté, se lo aseguro, y corrí hacia la entrada para dar la alarma.

—Demasiado tarde —lo regañó el delegado—. Cuando llegó al cuerpo de guardia los tres habían desaparecido. Supongo que en la calle les estaría esperando algún vehículo. Ahora vaya a que lo vea un médico —ordenó Casellas, y el joven guardia, cabizbajo, avergonzado, salió de la habitación.

—No entiendo cómo se habrán enterado...

—Aquí nadie sabía nada. La mujer estaba en calidad de invitada y del personal de la delegación solo el oficial de guardia, de mi absoluta confianza, conocía los detalles.

—Está claro, Nelo: te siguieron —soltó Estremera—. Estarían en el hotel, esperando que volviera o diera señales de vida, y vieron que tú salías con sus pertenencias, así que te siguieron hasta aquí. Esperaron el momento oportuno, le echaron valor... y eso fue todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó el delegado—. Habrá que montar un dispositivo para buscarla, supongo. Por cierto, ¿cómo han llegado tan pronto?

—No hemos llegado pronto, señor —respondió Estremera—. Vinimos para hablar con usted, en primer lugar, y también para interrogar a la sospechosa.

El delegado se sentó en la cama mientras Estremera le daba las explicaciones. Nelo se puso a inspeccionar las pertenencias que la mujer había dejado.

—No sabemos si habrá recibido usted instrucciones concretas de Madrid, pero tanto el agente Nelo como yo —dirigió la mirada a su compañero, que había empezado a guardar las prendas de la artista en la maleta— creemos, tras un análisis exhaustivo de las pruebas descubiertas estos días, en la inminencia de un levantamiento militar. Pensamos que habría que reforzar la vigilancia en los puestos fronterizos, así como en las localidades cercanas.

—Eso ya está hecho. Pero, díganme, ¿quién era en realidad esta mujer? ¿Por qué la tenían «retenida» aquí?

—Es Vera Dannichesky —intervino Nelo. Bajó la maleta de la cama y la colocó junto a la puerta. A continuación añadió—: es la primera actriz de la compañía que representaba en el Teatro Novedades. Y creemos...

—Ahora la seguridad es casi absoluta —rectificó Estremera.

—Tenemos indicios de que es una agente de los facciosos. Su labor consistía en servir de enlace entre los militares implicados y elementos de la derecha. No la habíamos detenido porque no teníamos pruebas suficientes, aunque hoy esperábamos obtener una confesión.

—¿Y cómo esperaban obtenerla? —preguntó el delegado—. Porque no me cabe en la cabeza que un agente de los facciosos se preste voluntariamente a delatar a los suyos.

El delegado se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, echó un vistazo a la lujosa maleta.

—Verá, señor —intervino Estremera, pues Nelo seguía inspeccionando el lugar y, curioso, olía un algodón manchado de polvos de maquillaje que la actriz había dejado encima de un tocador, frente al espejo; lo guardó en el bolsillo superior de su chaqueta—. La idea era ofrecerle un trato: una confesión completa a cambio de un pasaje en el primer vapor a Marsella.

Estremera miró a Nelo buscando su aprobación ante aquella versión que, por el momento, los sacaba del apuro y les ahorra tener que dar más explicaciones. El agente cogió la maleta y los siguió escaleras abajo.

—De acuerdo —el delegado del Gobierno suspiró al cabo de un rato. Habían llegado a la puerta de entrada. Era evidente que tenía asuntos que atender y que quería dar por finalizada aquella conversación—. Mandaré dos vehículos a inspeccionar a todo el que pretenda salir de la ciudad por la carretera de Francia y

daré parte a mis hombres en el puerto y en el aeropuerto para que estén alerta por si los sospechosos tienen pensado salir por ahí. ¿Les parece bien?

Nelo asintió con un movimiento de la cabeza y Estremera añadió:

—Sí, señor. Ah, y gracias por todo.

Justo en el momento en que Casellas les daba la espalda una voz conocida los obligó a volverse.

—¿Puedo acompañarlos?

Era Querol, sudoroso y, a juzgar por la bicicleta que sujetaba, no tanto por el calor del día, que apretaba lo suyo, como por el esfuerzo de montar en ella.

—¿De dónde sales tú? —exclamó más que preguntó Estremera.

—Les he seguido.

—¿Nos has seguido? —se admiró Nelo.

—Sí, estaba de «guardia» en la comisaría, ya saben, por si ocurría algo, y les he visto salir en coche, a los dos. Así que me he dicho que irían a alguna misión oficial, y no quería perdérmeles.

—¿Y nos has seguido en bicicleta?

—No hay quien pille un taxi con la huelga, y no funcionan ni tranvías ni autobuses.

—Pues habrás tenido que darle fuerte —dijo Estremera.

Querol afirmó con un gesto de la cabeza. Se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente.

—¿De qué se trata? —preguntó entonces el periodista.

Nelo, reacio a dar explicaciones, le devolvió otra pregunta.

—¿Tú no tendrías que estar haciendo de periodista? Cosas como ir a ruedas de prensa, hacer preguntas a los políticos o escribir en esa libretilla que llevas.

—Todo eso es muy aburrido, los políticos nunca dicen nada interesante. Yo prefiero la acción, y con ustedes está asegurada. ¿Me cuentan qué les ha traído aquí?

—Ni hablar —respondió Estremera, y se alejó de él—. Nelo, me voy a comisaría, a echar una mano con la documentación, ¿te vienes?

El agente lo pensó unos instantes y, a continuación, respondió:

—Ve tú. Necesito aclarar mis ideas. Toma, llévate esto, a ver si encuentras algo —y le dio la maleta de la actriz.

* * *

Echaba de menos el sombrero. Debió de quedarse en el coche, pensó. Lo cierto era que el sol daba de lo lindo, no soplaba siquiera una ligera brisa y la atmósfera, cargada en exceso de humedad, resultaba asfixiante. Sacó del bolsillo el algodón y

aspiró con avidez el perfume de los polvos de tocador. De inmediato, las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en un esbozo de sonrisa y en sus ojos apareció un chispazo de viveza. Volvió a guardarlo.

El traqueteo de la bicicleta de Querol al subir y bajar los bordillos, detrás de él, cuando cruzaron la calle, le recordó que no estaba solo y se forzó a guardar su sonrisa, el recuerdo que la mejilla de aquella mujer había dejado en su piel.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó Nelo señalando la bicicleta.

—De mi vecino de habitación, en la pensión. Lleva dos días con diarrea y no la necesita.

—Parece que se han dado bastantes casos, ¿verdad?

—El consejero de Sanidad ha anunciado medidas drásticas para evitar, precisamente, epidemias, aunque nos ha pedido a los periodistas que no alarmemos a la ciudadanía.

—¿Qué más se cuece hoy, Querol?

El periodista hizo un extraño movimiento para cambiar de lado la bicicleta y quedar, así, junto al agente. Bajó entonces el tono de voz y empezó a hablar.

—En Madrid están previstos numerosos homenajes y misas en honor de Calvo Sotelo. Parece que las derechas se han movilizado para que la cosa sea sonada.

—En Barcelona, nada, ¿no?

—No que yo sepa. Pero esta mañana he hablado con nuestro corresponsal en Tarragona y me ha contado que allí sí han organizado una misa homenaje. Las fuerzas del orden han detenido también a cuatro jóvenes ocupantes de un vehículo que se dedicaban a repartir panfletos convocando al acto. Chavales de familia bien, ya sabe.

—¿Por qué los han detenido?

—Supongo que porque registraron el coche y encontraron una pistola. Ah, y en el puerto sigue el conflicto. No se descargan barcos de ningún tipo, y algunos capitanes han decidido ir hasta Tarragona. Por lo visto, allí la huelga solo afecta a los barcos nacionales y los extranjeros pueden descargar.

—¿Sin conflictos?

—De momento. ¿Sabe? He descubierto que este cacharro es mucho mejor que un coche para meterte por todas partes sin levantar sospechas. Esta mañana, a primera hora, aprovechando el fresco, me he dado una vuelta por los cuarteles y por el puerto. Y en apariencia, para el ciudadano de a pie, la cosa está tranquila. Pero si eres observador ves un fenómeno curioso: grupitos de tres o cuatro hombres, obreros, sindicalistas, que van y vienen, que pasean frente a cuarteles, como si vigilaran los movimientos de los militares.

—¿Pacíficos?

—Oh, sí, y respetando el estado de alerta, nunca son más de tres o cuatro. He

visto como mucho un grupo de media docena, frente al edificio de Capitanía, charlando como si nada, compartiendo un pitillo, aunque luego se separaron. A mí me dio la sensación de que unos llegaban y otros se iban, como si se dieran el relevo.

—Los sindicatos, que vigilan los movimientos de los militares. Ya me parece bien —afirmó el agente—. Por cierto, Querol, ¿lo tienes tú el retrato a lápiz de la actriz?

Querol se detuvo, soltó la bicicleta, que cayó con estruendo contra el suelo, y empezó a palparse la ropa, hasta que al final sacó del bolsillo trasero del pantalón la cuartilla doblada. Se la entregó. Y observó, curioso, la ternura con la que el agente la miraba, volvía a doblarla y la guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Hay algo con ella, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Con la chica.

—Digamos que está en nuestro punto de mira.

—Eso resulta evidente —respondió Querol, que miraba al agente directamente a los ojos—. Solo hay que ver cómo le ha cambiado la expresión al ver el dibujo.

—Déjate de tonterías, chico. Mi interés es puramente profesional. Esta mujer... esta mujer tal vez haya servido de enlace a los facciosos.

—Y hay que ir a por ella, ¿no? ¿Y cuando la encuentre?

—No hay futuro. —Su voz sonó seca, dura, tajante.

¿Por qué había dicho aquello? Supo que había sonado muy extraño cuando levantó la mirada para encontrar la de Querol y vio en su rostro asombro, incluso temor. Eran sus pensamientos, razonó, y no tenía por qué dar explicaciones a aquel periodista. Aún sostuvo su mirada unos instantes, pero al fin añadió:

—A veces me pregunto si en este país, hoy, caben todavía los sentimientos.

—¿Qué quiere decir?

—Que estamos a las puertas del infierno y nos van a obligar a entrar en él a golpe de bayoneta. No puedo pensar en el amor.

Querol seguía en silencio, como si no acabara de creerse lo que estaba oyendo, como si aquel derrotismo no encajara en la imagen del agente que se había ido construyendo a lo largo de aquellos días.

¡Qué más daba!

Eso debía de significar el encogimiento de hombros de Nelo, que echó a andar, cabizbajo, inmerso en una nube de nostalgia.

—¡Espere, espere! —gritó Querol, que se entretuvo en levantar la bicicleta y le costó alcanzarlo—. ¡Tiene que contármelo!

—¿El qué?

—Lo que le causa ese dolor, sea lo que sea.

—¿Y por qué tengo que hacerlo?

—Porque a veces las palabras curan más que las medicinas.

—¿También eres médico del alma?

—No. Pero mi madre sí, tiene un don para curar la angustia de la tristeza, se lo aseguro, y lo único que hace es permitir que los demás hablen, y escuchar.

—De acuerdo, ahí va: un día juré que nunca más volvería a amar a una mujer. ¿Contento?

—Vaya, eso es muy fuerte, ¿no?, muy tajante.

—Tendrías que saberlo, Querol. Estás enamorado, ¿a que sí? ¿Y no te duele no tenerla ahora mismo, en ese instante, junto a ti?

Querol soltó un lamento, un suspiro, y bajó la cabeza, compungido.

—¿Y cuando estás con ella no te hace sufrir que el tiempo pase con un suspiro? ¿Y cuando no lo estás, que transcurra una eternidad? ¿Y no llora tu alma con desesperación cuando, frente a ella, eres incapaz de expresar lo que sientes y temes quedarte mudo por siempre, que nunca encontrarás las palabras que describan ese amor? Amar es sufrir, créeme, porque ¿no hay mayor sufrimiento que acariciar con el pensamiento el paraíso para descubrir a continuación que es un sueño? ¿Y no es una pesadilla que la muerte te respete a ti y a ella se la lleve?

—¡Dios, Nelo!

—Aprende, muchacho, que la vida no es más que un viaje hacia la muerte. Y el amor... el amor solo una posada en el camino que te ofrece albergue.

—¡Pues quiero quedarme en esa posada para siempre!

—¿Qué haces, muchacho?

—Me voy.

—¿Adónde?

—Tengo que rescatar a mi posada... No, quiero decir que tengo que ir a ver a Enriqueta y llevarla a una posada. No, tampoco he querido decir esto, no es que quiera llevarla a una posada, que a lo mejor sí, es que tengo que decirle que la amo.

El agente Nelo se quedó unos instantes mirando cómo se peleaba el periodista con los pedales de la bicicleta, pues tal era el ímpetu que ponía en el empeño que sus pies resbalaban y a punto estuvo de caer un par de veces al suelo. Al final logró trazar con el vehículo una trayectoria recta y, al poco, desapareció. Nelo sonrió.

* * *

Lo suyo era distinto. Claro que recordaba la efervescencia del primer amor, justo cuando abandonaba la adolescencia y sentía que su cuerpo estaba maduro. No es que fuera un recuerdo demasiado elaborado, pues Nelo conservaba solo imágenes sueltas de aquellos tiempos, y sensaciones; eso sí, de una intensidad descomunal. De un deseo casi animal de poseer el cuerpo amado, de un desahogo brutal, de un casi

perderse en una nube de sensaciones cuando abrazabas al ser amado y el contacto con su piel era tan intenso que, sabías, en cualquier momento os llevaría a fundiros en uno.

No. Ya no era así. Y no lo echaba de menos. Sería por sus experiencias, sería por un estado del alma más sereno, quizá.

Caminaba mirando el suelo, se dejaba llevar por sus pies mientras su mente se permitía divagar acerca del amor de Querol y sentir algo de envidia. Él no. Ese día, el diecisiete de julio del año 1936, ese amor, esa pasión, ya no lo consumía. No veía a Vera como un objeto de deseo, y era curioso, porque sí deseaba estar con ella, oír su voz y sentir su piel. Pero no lo apremiaba la sexualidad —cosa también curiosa en un hombre de su edad y con su fortaleza—, ocurría que cuando estaba junto a ella, y a veces incluso solo con ver su retrato, con imaginárselo, sentía que se llenaba un gran vacío, que se saciaba una ansia que nada ni nadie habían sido capaces de apaciguar.

Al cabo de un instante, con todo, se maldijo por su debilidad. Sus pies tropezaron con las hojas de un periódico que la brisa había levantado y descargó un patadón contra el papel. Alzó la mirada para contemplar su vuelo y descubrió, inesperadamente, que se encontraba en las Ramblas. Había andado un par de kilómetros. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué hora era?

Vio también un cartel en el escaparate de los almacenes La Virreina que prometía «Todo en algodón de la máxima calidad». Y decidió entrar para quitarse de encima el problema del dichoso almohadón de las Castellá.

Solo supo que algo no iba bien cuando salió y fue a sentarse en un banco para liarse un buen cigarrillo. Fue entonces, cuando ya humedecía el borde del papel y se lo llevaba a la boca para encenderlo, cuando comprendió que aquel movimiento de gente, en su mayoría hombres, que subían por las Ramblas con decisión, no era espontáneo. ¿Una manifestación más? ¿Adónde se dirigían? Se dejó llevar por la corriente, que se desvió a la derecha y acabó frente al palacio de la Generalitat. Y allí vio al que debía de ser su presidente, Companys, que hablaba, aunque no se le oía, ante un micrófono. De vez en cuando, la gente que se encontraba más cerca soltaba un grito, que se propagaba y convertía en rugido al llegar donde él se encontraba.

No debería estar allí. Estaban ocurriendo cosas y se las estaba perdiendo. Aquella maldita mujer le sorbía el seso y le impedía mantener la cabeza fría, las ideas claras. Tenía que ir a comisaría, reunirse con Estremera y ponerse al día.

Comisaría General de Orden Público, cuatro de la tarde

Al principio, no se encontró con nadie en los pasillos ni en la escalera. El despacho de Escofet estaba vacío, y ni siquiera el secretario estaba en su sitio. Fue al que compartía con Estremera y comprobó que su compañero había clavado en la pared el

plano de la ciudad, con sus círculos rojos y las líneas de avance que suponían seguirían las fuerzas facciosas. Dejó el paquete con la funda de almohada encima de la mesa y se puso a buscar en los cajones la botella de aguardiente que escondía Estremera. La encontró. Y se disponía ya a quitar el tapón cuando desde la puerta le llegó el sonido de una voz seca, familiar.

—¡Deja eso ahora!

—Gonzalo... —atinó a decir.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —Nelo volvió a guardar la botella de aguardiente.

Gonzalo Estremera tomó una silla y se sentó frente a su amigo. Lo miró unos instantes, incrédulo, y empezó a relatar:

—El presidente de la Generalitat ha hecho una alocución radiada para pedir calma, la estábamos escuchando en la sala de comunicaciones. Resulta que los anarcosindicalistas han asaltado los buques de la Armada fondeados en el puerto. El *Manuel Arnauz*, el *Uruguay*, el *Argentina* y el *Marqués de Comillas*. Se han llevado tantas armas como han podido. Por lo visto, según me ha comentado Escofet, los dirigentes de la CNT se habían dirigido a Companys para que armara a los trabajadores y darles la oportunidad de defender la República, pero el presidente se negó. Así que, ya ves, quieras que no, ahora tenemos cientos de obreros armados en la ciudad.

—Espera, Gonzalo, espera. ¿Me estás diciendo que entraron así, por las buenas, en barcos de la Armada y se llevaron lo que quisieron?

—Hombre, por las buenas, no. Seguro que han contado con la colaboración de miembros de la tripulación, incluso de algunos oficiales...

—¿Tú has tenido algo que ver?

—¿Yo? Yo solo sigo órdenes, Nelo. No te negaré que he tenido contacto con gente de la CNT, por indicación del capitán Abasolo, pero solo para averiguar hasta qué punto estaban informados de la amenaza del levantamiento militar.

—Así que las cosas han cambiado y ahora eres tú quien se comunica con Madrid.

—Joder, Nelo, no te hagas el ofendido conmigo. No estás cuando se te necesita, y cuando estás, es en un estado lamentable. Y no me refiero solo a tu estado físico.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que esa mujer te tiene frito el seso, coño!

—No es eso, Gonzalo, no es eso. Tal vez sea cansancio, tal vez tendría que tomarme un día o dos libres, dejar que mi cuerpo se recupere...

—Ya..., el problema es que no hay tiempo, Nelo. A la comisaría han empezado a llegar soldados que desertan, que abandonan su puesto y denuncian que los están instruyendo para defender la ciudad, para tomar posiciones y protegerla, es decir, para levantarse contra la República. Quizá ya no sea una cuestión de días, sino de

horas. En África, la Legión ya no recibe órdenes del Gobierno, y Franco, en las Canarias, campa a sus anchas y creemos que está a punto de viajar a Marruecos para hacerse cargo del mando de las tropas.

—Bien, ¿qué podemos hacer?

—Tú mandas, dímelo tú.

—Un golpe de mano para detener a Burriel.

—Ya. Solo que no está localizado, tendríamos que ir dando palos de ciego y eso empeoraría las cosas. Además, Escofet me ha contado que días atrás Burriel fue a ver a Llano de la Encomienda para protestar por el acoso al que lo estábamos sometiendo y que el general le comunicó las quejas a Companys, y este se las trasladó a él, a Escofet. O sea, hay órdenes de dejarlo en paz, al menos por el momento.

—Bien. Entonces solo se me ocurre que debemos anticiparnos a sus movimientos. El golpe de Estado solo triunfará si se hacen con Barcelona y Madrid. Vamos a estudiar cuáles pueden ser sus movimientos.

Los dos se levantaron y se acercaron al mapa colgado en la pared.

—¿Qué pensabas hacer? —preguntó entonces Estremera.

—No te entiendo.

—Con la botella.

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. De hecho, cuando me dijiste que la soltara no sabía a qué te referías.

—Ya.

—Solo un instante.

Justo en ese momento apareció por la puerta el secretario del comisario. Hizo un gesto con la mano a los dos agentes para que lo siguieran. Estremera, como si supiera a qué se debía aquella premura, de inmediato se dispuso a seguirlo, y si no lo hizo fue porque Nelo lo retuvo:

—¿Qué ocurre?

—Escofet. Esperaba la llegada de los mandos de la Guardia Civil, del general Aranguren y el coronel Brotons. Ya deben de estar aquí. Le pedí que me dejara estar presente y me dijo que no lo creía conveniente, pero que me avisaría y que podía aguardar en la antesala, que desde allí oiría lo que se cocía.

Cuando llegaron, la puerta estaba cerrada, pero, efectivamente, podía oírse lo que allí se decía.

—¿Hay alguien más? —preguntó Nelo.

El secretario negó con un gesto de la cabeza y se sentó tras su mesa. Nelo y Estremera se apostaron a lado y lado de la puerta, apoyados contra la pared, tal vez solo para oír mejor, tal vez para intervenir llegado el caso.

—No, no, señores, a estas alturas ya no quedan dudas, las pruebas sobre la existencia de un complot son ¡incontrovertibles! Ya he empezado a adoptar ciertas

medidas y decisiones a fin de que los planes sediciosos no cristalicen. Estamos hablando de más de una cincuentena de mandos del Ejército implicados, solo en Barcelona, porque del resto del Estado no tenemos noticias. Hemos interceptado mensajes, códigos, disponemos incluso de una proclama con claros tintes fascistas. Pienso que aún estamos a tiempo de pararlo. Y su colaboración en estos momentos es fundamental.

A aquellas palabras siguió un silencio que a Nelo se le antojó tenso. No podría jurarlo, pero diría que Aranguren y Brotons lo estaban pensando, meditaban qué responder al comisario. Daba por seguro que conocían los planes de los sediciosos, al menos por lo que se sabía en las calles, y también que se habían planteado qué postura adoptarían. Y aquel era el momento de definirla.

—Por supuesto —sonó una voz que no supo a quién atribuir—, nos reafirmamos en nuestra lealtad a la Generalitat y a la República.

La mirada que Nelo y Estremera intercambiaron mostraba reticencias ante aquella afirmación. Ciertamente en aquellas palabras no había mucho entusiasmo.

—Y puede contar con nosotros —siguió otra voz, la del segundo mando— para sofocar cualquier rebelión, sea del signo que sea, que ocurra en Cataluña.

Hubo otro silencio, al cabo del cual, la primera voz, dubitativa, retomó el hilo.

—La cuestión es que si ese levantamiento tiene carácter nacional tendremos que esperar indicaciones de nuestros superiores en el Instituto.

Se oyó entonces cómo alguien se ponía en pie de un salto y cómo una silla caía con estruendo contra el suelo. Y de nuevo la voz, estaba vez potente y segura, de Escofet:

—Señores, ¡la única actitud decorosa y decente consiste en proceder siempre dentro del marco de la Constitución y de acuerdo con el juramento de todo oficial a la legalidad republicana!

A los mandos de la Guardia Civil allí reunidos no se les escapaba que el señor Frederic Escofet había sido y era un capitán de honor y de palabra, por tres veces herido en el campo de batalla y ahora al servicio de la Generalitat de Cataluña.

Dio una palmada sobre la mesa, que resonó en las cuatro paredes del despacho.

—¡Señores!, ¿somos caballeros de honor? ¡Respondan o esta conversación y esta relación habrán concluido aquí y ahora! ¿Aranguren?

—¡Cuenta conmigo! —respondió el aludido—. Sin ninguna duda.

—Y conmigo —afirmó Brotons.

Nelo y Estremera suspiraron y se alejaron de la puerta e iban a abandonar ya la sala, más tranquilos, cuando sonó el teléfono en la mesa del secretario y este respondió:

—Despacho del comisario Escofet, dígame.

Tras unos segundos, añadió:

—Sí, están aquí.

El hombre apretó el auricular contra su cara al tiempo que, con la mano libre, hacía un gesto a los dos agentes para que aguardaran.

Cuando colgó el teléfono, explicó:

—Les buscan. Abajo, en los calabozos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Estremera.

—Un hombre, un detenido, ha pedido insistentemente hablar con el agente Nelo o el agente Estremera. Al parecer está herido y no quiere que le vea el médico hasta que no hable con ustedes.

* * *

Un funcionario abrió la puerta y accedieron a la zona de detención, con dos enormes celdas, a lado y lado de un estrecho pasillo. El calor allí era sofocante y era perceptible incluso una atmósfera peculiar, una mezcla de vaho de procedencia humana, olor a sudor y orines y, tal vez, a Zotal, un potente desinfectante.

Les señalaron la celda de la izquierda; en ella, en un rincón, había un hombre sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, las rodillas encogidas contra el pecho y la cara oculta entre ellas. Al otro lado, a cierta distancia, cuatro jóvenes bastante fornidos rezaban, arrodillados, el rosario.

—Es ese de ahí. Lo han traído hará una hora. Sangraba por la nariz, pero cuando le he preguntado que si quería que avisara al médico me ha dicho que no, que quería verlos a ustedes.

—¿Y esos de ahí? —preguntó Nelo, señalando a los hombres que oraban.

—A esos los ha detenido una patrulla esta tarde. Estaban apostados junto a la entrada de la iglesia de la Merced, en las Ramblas, ellos dicen que para proteger el local y a los feligreses. El problema es que uno de ellos llevaba un revólver, y los otros, cuchillos.

—¿Le conoces? —preguntó entonces Estremera a Nelo.

—Creo que no. ¿Por qué lo han detenido?

—Allanamiento, o intento de allanamiento. Y agresión. ¿Quieren entrar?

Nelo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y entraron. Se plantaron ante el hombre acurrucado.

—¿Querías vernos? ¿Quién eres?

El hombre levantó la cabeza y descubrió un rostro tumefacto, la nariz aplastada y, debajo de ella, un pañuelo tan manchado de sangre que goteaba ya sobre el suelo.

—¿Querol? ¿Eres tú? —gritó Nelo—. ¿Qué carajo te ha ocurrido?

El agente se agachó, le levantó la frente al periodista, lo miró y comprobó que le

devolvía la mirada, que sus ojos estaban vivos y alertas.

—Vamos, levanta, saldremos de aquí. ¡Joder, amigo, cómo te han puesto!

Estremera se dirigió al funcionario.

—Nos lo llevamos. Estará bajo nuestra custodia.

—Ningún problema —respondió el carcelero—. De hecho, no hay ninguna denuncia formal.

* * *

El agente Nelo le quitó la chaqueta, la sacudió con fuerza, y luego la colocó en el respaldo de una silla. A continuación hizo que el periodista se sentara, se sacó su pañuelo del bolsillo del pantalón y lo empapó con el agua que llenaba el vaso que acababa de traer Estremera.

—Echa la cabeza hacia atrás —pidió a Querol.

—Ya hace un rato que no sangra —dijo el periodista.

Con sumo cuidado, el agente fue pasando el pañuelo por el rostro del joven, y no debió de gustarle lo que veía, porque hizo un gesto de preocupación que Estremera comprendió al instante.

—Iré a ver si encuentro al doctor Comas.

—Tienes la nariz rota, muchacho. Se te está empezando a hinchar la cara y alrededor de los ojos la piel ya se está poniendo morada. Por tu aspecto parece que hayas hecho un par de asaltos con tu amigo, el boxeador. ¡Y tendría que estar muy enfadado para dejarte así!

—No, qué va, no ha sido él. Ha sido ese teniente, Crespo de Olarte, el que acompañaba al general Burriel en el parque de la Ciudadela, ¿lo recuerda?

—¿Y qué le has hecho tú?

—¿Yo? Nada. Si no he podido ni defenderme, iba con dos soldados, bueno, con un cabo primero y un soldado, que me han sujetado mientras el teniente me golpeaba con la culata de su arma. Luego he caído al suelo y, a empujones y patadas, me han arrastrado unos cuantos metros.

—Pero, vamos a ver, Querol, ¿cómo se te ocurre enfrentarte a gente de esa, con tan malas pulgas? ¿Te duele?

En efecto, el periodista hizo un gesto de dolor cuando el agente tanteó la piel alrededor de la nariz.

—Si yo no quería enfrentarme a nadie, se lo juro. Solo quería ver a Enriqueta, que me dejaran pasar al menos para entregarle una nota.

—Ya. Así que después de dejarme a mí has ido hasta su casa, ¿no es así?

—Eso es. Y allí estaban ellos.

—¿Quiénes?

—Crespo de Olarte y los dos soldados, delante de la casa de Enriqueta. Estaban cargando una camioneta militar y el coche de los Palau. Cuando el teniente me vio me alejó a empujones de la puerta de la casa y me dijo algo así como que yo no pintaba nada ahí, que me largara con viento fresco.

—Y tú no le hiciste caso

—A mí nadie me dice qué puedo y qué no puedo hacer —protestó con energía Querol—. Me aparté un poco, eso sí, lo justo para ver la ventana del salón, y allí estaba ella, junto a los cristales, y me hacía señales para que me fuera. Pero yo tenía algo que decirle, ¿se acuerda, Nelo? ¿Se acuerda de lo que hablamos mientras paseábamos, de aquello de la vida y la posada?

—Que sí, hombre, que sí.

—Pues quería decirle que la amaba, solo eso. ¿Y cree que me dejaron? Pues no. Así que escribí una nota en un papel, y con él envolví una piedra y la lancé a la ventana en que estaba ella.

—Me lo imagino: rompiste el cristal.

—Fue sin querer. Es decir, sabía que se iba a romper, pero no quería romperlo, solo quería que le llegara la nota. Que ella supiera.

—Y entonces se enfadaron.

—Sí. El teniente gritó una orden y los soldados fueron a por mí, me cogieron y me llevaron ante él. Fue entonces, después de amenazarme con pegarme un tiro, cuando me golpeó con la culata. Y lo más triste es que ella salió a la calle y lo vio todo. Y quiso ayudarme, se lo aseguro, me dio su pañuelo, pero ellos la apartaron.

—No te quejes, ahora eres un héroe para ella.

—¿Usted cree?

—¿Te enteraste de por qué estaba allí el teniente?

—Creo que la familia cerraba la casa de aquí y se trasladaba al pueblo, a pasar el verano, y el teniente los ayudaba con la mudanza. Ahora que lo pienso, demasiados enredos para un veraneo; había cajas grandes y pequeñas, muchas. ¡Claro! Se llevaban las cosas de valor, como si no pensaran regresar en una buena temporada y no quisieran dejar allí la plata. Es un decir. Ahora no la volveré a ver, estoy convencido.

—Seguro que se te ocurre la manera de encontrarla.

—¿Cómo? Espere, claro, alguien en la redacción del periódico, de la sección de sociedad, tiene que saber dónde veranean los Palau... Tengo que irme.

—Calma, no te precipites, muchacho, antes tienen que curarte esto.

—Para eso está aquí el doctor Comas —anunció Estremera, que acababa de entrar, con el galeno tocado con una bata blanca y un maletín en la mano.

—Ya veo que para ustedes ya han empezado las hostilidades. ¿Quién te ha hecho

esto, muchacho?

—Un militar —respondió Querol.

—Lo que yo digo.

El médico dejó el maletín sobre la mesa y reconoció la maltrecha nariz del joven periodista, que pugnaba, era evidente, por contener los gritos de dolor, aunque no pudo evitar que un par de lágrimas se escaparan de sus ojos.

—Efectivamente, está rota —confirmó—. Pero has tenido suerte; creo que si actuamos enseguida podré ponerla en su sitio y dejarte como estabas.

—Hágalo, doctor —le pidió Querol.

—Bien. Lo mejor será que te llevemos a un hospital. Es un procedimiento muy doloroso, es posible que pierdas el conocimiento y aquí, además, no tengo el material necesario.

—No, no, hágalo aquí, ahora —le pidió el joven—, tengo cosas que hacer y no puedo ir al hospital.

—Como quieras. ¿Tiene un lápiz, señor Nelo?

—Sí, claro —asintió Nelo, y le alcanzó el lápiz que había sobre la mesa—. ¿Le va a doler mucho?

El médico asintió con un gesto de la cabeza, con seriedad.

—La botella, Gonzalo —pidió.

Estremera la sacó del cajón de la mesa y se la entregó. Antes de ofrecérsela a Querol, Nelo le quitó el pañuelo manchado de sangre que le había dado Enriqueta. La sangre, de un tono pardusco, había acartonado el algodón, pero algo debió de descubrir Nelo, porque sonrió.

Querol ya se llevaba la botella a los labios y miraba al doctor como si le pidiera permiso. A continuación engulló una buena cantidad de aguardiente. Tragar y ponerse a toser descontroladamente fue todo uno. Su cara enrojeció y su nariz volvió a sangrar.

—Ánimo, muchacho —le dijo Nelo mientras le daba palmadas en la espalda—. ¿Quieres que te cuente algo bonito?

Querol lo miró con cara de asombro, de incredulidad, cuando el agente colocó el pañuelo abierto de Enriqueta ante sus ojos y descubrió, en el lienzo, entre manchas de sangre coagulada que antes lo ocultaban, escrito con el carmín rojo intenso de un lápiz de labios, las palabras «yo también».

—No sé qué le dirías tú a la chica en tu mensaje, pero, por lo visto, te corresponde.

La sonrisa que esbozó Querol era de aquellas que se contagiaban: intensa, ancha, franca, reflejo de una felicidad que no se pagaba con dinero. Tomó de nuevo la botella de aguardiente y empezó a beber y a beber, hasta que Estremera se la quitó.

—Ya podemos empezar —farfulló el periodista, envuelto en una nube alcohólica.

Tuvo que ser una maniobra dolorosa, por fuerza, pero el periodista la encajó con una valentía impresionante, quizá porque no estaba lejos del coma etílico. El doctor Comas introdujo el lápiz en los orificios nasales del joven y hurgó y hurgó hasta que consiguió que la nariz recuperara el aspecto que debió de tener antes del golpe. A continuación, colocó a lado y lado del apéndice nasal dos buenas bolas de algodón, a modo de parapeto, de protección, y lo sujetó todo con unas aparatosas bandas de esparadrapo.

Calle Aribau, once de la noche

Apenas se sostenía el hombre. Tras sacarlo del ascensor, lo apoyó contra la pared, junto a la puerta, y lo sujetó por los hombros hasta que se convenció de que aguantaría así hasta que abriera. Y había sacado ya la llave del bolsillo cuando algo lo detuvo: por el ojo de la cerradura vio algo de luz, así que se echó atrás, se inclinó y comprobó que por debajo de la puerta también se colaba un resplandor. Ahí dentro había alguien, en su casa, en su refugio. Y se puso de muy mal humor. Echó un vistazo a Querol para asegurarse de que guardaría la verticalidad un rato más, sacó su arma y, con la mano izquierda, introdujo la llave. Poco a poco, procurando no hacer ruido, dio un par de vueltas, hasta que la cerradura quedó abierta. Se apartó, sujetó el arma con las dos manos y entró en la vivienda dando una patada a la puerta.

—¡Aaahhh!

—¡Doña Josefa! ¿Qué hace aquí?

Pero la pobre mujer había caído de rodillas sobre el suelo, pálida como si hubiera visto un fantasma. «Se habrá llevado un susto de muerte», pensó Nelo. Guardó de inmediato el arma y echó un vistazo a Querol, pues se le oía resoplar. Cuando volvió a dirigir la mirada al interior de la casa había acudido ya la hermana, doña Rosa, que se encontró a la mujer aún arrodillada, en actitud orante. Se santiguaba de manera compulsiva y rezaba algo inaudible.

—Pero, mujer —la regañó—, ¿no ves que es nuestro señor Bravo? ¿A qué vienen tantos agüeros?

Y Nelo estuvo a punto de explicarle lo de su irrupción violenta, para disculpar a la buena mujer, pero distinguió una sombra, en el salón, femenina, de pie, que los observaba y, además, justo en ese instante, se oyó el ruido seco de un cuerpo que caía contra el suelo del rellano: ¡Querol!

En dos zancadas llegó hasta él y lo incorporó.

—¿Estás bien, muchacho?

—Más que bien, ¡óptimo! Pero este suelo se mueve demasiado para mi gusto... y está muy duro.

—Vamos a entrar, así te podrás echar un rato.

Lo introdujo en la casa soportando casi todo el peso del muchacho. Al verlo, doña Josefa, que ya se había levantado del suelo, confortada por su hermana, a punto estuvo de caer de nuevo.

—¡Virgen santa! ¿Pero qué le ha pasado a este hombre? —exclamó doña Rosa. Y dirigiéndose directamente a Nelo, añadió—: No me diga que ya ha empezado la revuelta.

—No, no, ha tropezado... con un indeseable, eso es todo. ¿Pero ustedes no estaban fuera?

—Sí, hijo, sí, estábamos —intervino entonces doña Josefa, que se recuperaba ya del susto—. Pero esta hermana mía ha insistido en volver. Rosita, cariño, ¿no me traerías un vasito de agua del Carmen, para reponerme? Y usted, señor Nelo, ¿no podría entrar en casa como las personas? ¿Y qué era esa cosa que tenía en las manos?

—No llevaba nada, lo habrá imaginado... —se disculpó el agente, confiando en la ingenuidad de la mujer.

—Vamos, Pepita, no seas pesada, ayúdalo y cerremos la puerta, que a los vecinos no les importa lo que ocurra aquí dentro.

Eso hicieron. Doña Josefa tomó la mano de Querol, que apenas se apoyaba en sus pies, sostenido como iba por Nelo, y doña Rosa cerró la puerta. A trancas y barrancas llegaron al salón, y allí Nelo volvió a tener la visión: una mujer vestida de negro, en un traje sencillo, como de duelo, la cabeza y parte de la cara cubiertas por un fino velo, aguardaba junto a los ventanales, como si esperara una indicación para entrar en escena. Si Nelo hubiera tenido las manos libres se hubiera frotado los ojos, porque no acababa de creer lo que veía.

Era ella.

Vera Dannichsky. ¿Qué demonios hacía allí?

—Vamos, déjelo ahí. ¡Ayude un poco, hombre! —doña Rosa tiraba de la manga de Nelo para que reaccionara y depositara el cuerpo de Querol sobre el sofá. Al final lo hizo, aunque le costó apartar la mirada de la visión de la ventana.

Doña Rosa vio aquella turbación y sonrió.

—Ande, salúdela, que tendrá ganas, ya nos ocupamos nosotras de su amigo.

¿A qué se refería?

—Le aguardaba a usted en la puerta cuando hemos llegado, esta tarde —le explicó su anfitriona, e hizo una señal con la barbilla para indicar la figura femenina—. Se lo tenía muy callado, pícaro. Pero ¿sabe qué le digo? Que me alegro mucho por usted. Nos ha explicado —siguió, tras dedicar una cálida sonrisa a Vera— que están muy unidos, pero que ella debe partir inesperadamente y que antes quería despedirse.

No sabía qué hacer, y la buena mujer tuvo que darle un empujoncito para animarlo a ir al encuentro de Vera.

Se acercó a ella, la tomó del brazo y la llevó a su habitación.

—¿Qué haces aquí, maldita sea?

—Tenía que verte. Tal vez no vuelva a tener otra oportunidad.

—Pero ¿sabes que toda la policía de la ciudad te está buscando?

—Lo supongo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Le pedí a Otto que te siguiera la primera vez que nos vimos.

Le sonó extraño aquel tono de voz. No tenía la seguridad y el aplomo de otras veces, no era burlona ni juguetona, y le llegaba al alma como nunca antes. No era la actriz quien hablaba.

—La rueda del molino ha empezado ya a moverse —explicó entonces, y en ese momento había tristeza en sus palabras— y triturará lo que se interponga en su camino. Tienes que dejarlo todo y venir conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué? —había urgencia, casi desesperación en aquella pregunta.

—Sería una traición. Y no podría vivir con esa carga. Pero te has arriesgado demasiado para decirme algo que ya sé. ¿Hay algo más?

Ella afirmó con un gesto de la cabeza. Se empezó a quitar el velo que le cubría los ojos y entonces Nelo vio en ellos un destello que lo deslumbró. No podía ser. Había visto antes un brillo así en una mujer —tan transparente, tan sincero, tan íntimo— y creía que sabía qué significaba... y no podía creerlo.

Tuvo que dar ella el primer paso; acercó sus labios a los de él y dejó que su aliento los entibiara unos instantes, unos latidos, y cuando la piel de ambos se unió en un roce cálido y húmedo, cada vez más intenso, más profundo, sucedió: sin que interviniera una voluntad consciente, los brazos de él rodearon, al mismo tiempo que los de ella, el cuerpo que tenían enfrente, y los cuerpos de los amantes, primero, se fundieron en uno, y luego fueron sus espíritus, y tanto fue así que si alguien hubiera entrado en aquel instante en la habitación solo hubiera distinguido, en la penumbra, una única silueta.

Al cabo de lo que podría ser un instante o una eternidad —los sentidos ahogados en una nube de deseo— aquella atracción magnética les dio una tregua. Él se separó, pues quería verla, deseaba captar la intensidad del momento, recordar para siempre las facciones de la mujer que lo transportaba al edén. Y vio un rostro inmensamente alegre, arrebatado de un rubor que le subía desde el cuello y alcanzaba su máximo esplendor en las mejillas, y distinguió también dos lágrimas que lo surcaban.

Les llegó entonces, desde el salón, una tos ronca y algunos quejidos. Era Querol, sin duda, que se dolía.

Vera miró a Nelo. Le pasó el dedo por los labios para limpiar la huella de carmín y le dijo, simplemente:

—Ve.

Y como vio que él dudaba, que se resistía a abandonar el momento, añadió:

—*Je t'aime*.

Y se separó de él.

* * *

Doña Rosa sabía manejarse en aquellas situaciones, de eso no quedaba duda. Había colocado al periodista de lado, por si devolvía y para facilitarle la respiración, y le golpeaba la espalda para ayudarlo a aliviar la tos. Nelo se arrodilló junto al sofá y lo sujetó, para que no cayera.

En manos de doña Josefa vio la causa del revuelo. Una botella de medio litro de agua del Carmen, líquido milagroso con un cierto contenido alcohólico que las amas de casa se administraban en circunstancias especiales. La mujer, además, bebía a pequeños sorbos de un vaso que sostenía en la otra mano.

—Ya ha bebido mucho hoy —explicó entonces Nelo, el señor Bravo para ellas.

—Pues no tiene pinta de bebedor.

—Se lo ha recomendado el médico, para el dolor.

—Ah, bueno —respondió doña Rosa—. Ya se le pasa. Lo mejor será que lo dejemos aquí, para que duerma... la borrachera. ¿No le parece, señor Bravo?

En las palabras de la mujer, más allá de las suspicacias habituales, había un tono de complicidad.

—¿Qué le parece si lo tapamos con una manta y lo dejamos en paz?

Nelo asintió con un gesto de la cabeza y se dirigió a su habitación para buscar el cubrecama. Dio la luz, y no encontró a Vera. Cogió el cubrecama y volvió al salón. Lo dejó a los pies de Querol.

—¿Y ella? ¿Y Vera?

—Se ha ido, don Francisco. ¿No ha oído usted la puerta? Déjela, sé por experiencia que las separaciones son dolorosas, no lo complique más.

Se derrumbó el hombre sobre el sillón. Permaneció así, casi inmóvil y con la mirada perdida, un buen rato, mientras doña Rosa tapaba al periodista, le quitaba los zapatos y le ponía en orden las greñas de una cabellera de por sí ya desarreglada.

Y tal vez fuera que la chispa del alcohol del agua del Carmen daba una especial lucidez a la otra hermana, porque la mujer, doña Josefa, o Pepita, comprendió la soledad en que se hundía su huésped y se acercó a él, colocó una silla junto al sillón y empezó a hablarle.

—¿Sabe usted? —empezó a decir—, queríamos llegar para la hora de comer. Pero el chófer no encontraba gasolina por ninguna parte; al final, un alma caritativa nos ha

vendido un poco.

—¡Y a qué precio! —se quejó la otra, que terminaba ya su tarea humanitaria con Querol y observaba curiosa a su hermana.

—Mire, llevábamos incluso un pollo guisado, ¿no lo huele? Pues será que es usted fumador, porque huele a gloria bendita. En fin, seguro que se pregunta por qué lo hemos hecho, ¿verdad?, por qué hemos vuelto —siguió doña Josefa—. Pues porque ella se aburría. Yo no, yo tomaba mis aguas por la mañana y, por la tarde, tenía el rosario. Pero ella —susurró la mujer, con la intención, al parecer, de que su hermana no la oyera, pero con suficiente voz para que incluso Querol, si estuviera consciente, se enterara—, ella se está volviendo cada día más descreída, ¿puede creérselo?

—Vamos, Pepita, no lo agobiemos. Levántese, don Francisco —ordenó doña Rosa—, le pondré un poco de ese guiso de pollo tan rico, se lo cena con una copita de vino ¡y a dormir! Que mañana será otro día.

Capítulo 17

Barcelona, 18 de julio de 1936

Calle Aribau, nueve de la mañana

De la calle le llegó el sonido del claxon de un vehículo, el traqueteo de una camioneta demasiado cargada y gritos de júbilo y vivas a la República. Se imaginó la escena: milicianos armados que patrullaban la ciudad.

En ese instante, justo después de despertar, sumido aún en un estado de sopor, sentado en la cama, con la luz de una mañana brillante inundando la estancia, cobraban sentido para Nelo las palabras pronunciadas para Vera mientras permanecían unidos, atados, en la vieja fábrica textil: «La razón me aleja de ti, la emoción me acerca», le había dicho. La razón, el pensamiento frío, racional, le había permitido sobrevivir a las peores situaciones, a las más peligrosas, lo había ayudado a tomar las decisiones correctas para conservar la vida. Pero ¿era vida lo que había vivido? ¿O solo una huida hacia delante, a ninguna parte? ¿Valía, pues, la pena seguir corriendo, apartarse de sus emociones, arrinconarlas? ¿Qué le quedaba entonces? Los ideales. ¡A la mierda con los ideales!

* * *

Como era su costumbre, Nelo salió de la habitación ya arreglado, duchado, afeitado y peinado, dispuesto a asumir todos los riesgos, incluso el de morir. Entró en la cocina atraído por el delicioso aroma a café recién hecho y para saludar a las hermanas, tal vez para despedirse de ellas. Y se encontró con Querol, que ya desayunaba a dos carrillos. Por los platos que vio encima de la mesa había comido de todo: una pechuga del pollo guisado que trajeron del pueblo las hermanas, dos manzanas peladas y cortadas a trocitos, un bizcocho borracho con un vaso de leche y, en ese momento, con el humeante café, una pastilla de chocolate negro que el hombre saboreaba con fruición.

—¡Hala, ya estás preparado para la jornada! —soltó doña Rosa, feliz de que aquel ser desvalido volviera a sonreír—. Hombre, don Francisco, ¿ya en pie? Nosotros, hace rato, ¿verdad, muchacho?

Incapaz de hablar si antes no tragaba, y no tragaba para disfrutar un instante más del penetrante sabor del chocolate, Querol volvió a sonreír.

—¿No te duele al comer? —le preguntó Nelo.

—Sí, pero me aguanto —respondió al fin el periodista.

Había bajado ya la hinchazón de su rostro y el violeta en torno a los ojos había

virado a un sepia oscuro, con algunas zonas aún azuladas. El algodón que debía sujetarle la nariz se había movido y era evidente que ya no la protegía, así que, sin demasiados miramientos, y con apenas quejas por parte de Querol, que se dejaba hacer, el agente Nelo se lo arrancó. Luego pidió esparadrapo y doña Josefa fue a buscarlo.

Mientras, aceptó y agradeció el tazón de café que le ofrecía doña Rosa, pero declinó la oferta del bizcocho. Aún se sentía ahíto por la cena de la víspera.

—Voy a pedirles que estos días procuren no salir a la calle.

—¿Por qué? —pregunta doña Josefa, que acababa de aparecer por la cocina, vestida también para salir, con el esparadrapo en una mano y el rosario en la otra.

Nelo cortó dos tiras y las colocó con mayor delicadeza en la nariz herida del periodista, que le agradeció con un esbozo de sonrisa el gesto.

—Porque está a punto de caer una tormenta de órdago...

—¿Estamos seguras aquí? —preguntó doña Rosa.

—Lo estarían más en el balneario. Pero si tienen provisiones...

—¡Uy, de eso no nos ha de faltar!

—Pues entonces quédense en casa.

—Bueno, pero a la iglesia sí que iremos...

Querol dirigió la mirada a Nelo y vio su urgencia, así que se levantó, se limpió los restos de comida de los labios con la servilleta y se colocó junto a Nelo.

—Mejor que no.

—¿Sabe, señora Pepita? —intervino Querol—. En mi pueblo, cuando cae una nevada que nos deja encerrados en casa, y a veces eso dura más de una semana, mi madre monta un altar en un rincón, saca la virgen, la cubre con un mantón de Manila que le trajo su hermano, mi tío, de la guerra de Filipinas, y le pone unas cuantas velas. Y ya tiene la mujer donde rezar.

—Eso haremos, Pepita, no te preocupes —la animó también doña Rosa.

—No me esperen, y no abran la puerta si no saben a quién se la están abriendo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondieron las dos.

Doña Rosa aún los acompañó hasta el rellano y, antes de que se pusieran a bajar las escaleras, tomó el rostro de Querol con las dos manos y le plantó un sonoro beso en la frente.

—Me hubiera gustado conocer a tu madre —le dijo—. Seguro que la quieres mucho.

—¡Uf, imagínese! —respondió el periodista.

* * *

Bajaban en silencio por la calle Aribau, hacia el mar, con un andar cansino, casi arrastrando los pies, y no era tanto que temieran el destino que les aguardaba como que les daba pereza enfrentarlo. El agente Nelo caminaba con la cabeza gacha, ensimismado, recogido en pensamientos turbios, empeñado en ocultarse emociones dolorosas, mientras Querol lo hacía con la cabeza bien alta, como si buscara que el sol bañara su rostro y encontrara en aquella caricia alivio para sus heridas.

Cada cual a lo suyo, no quisieron prestar atención a un rifirrafe que se anunciaba a una cincuentena de metros, en la intersección de dos calles, por el encuentro de dos vehículos que se pitaban reclamando preferencia de paso. Uno de esos vehículos era una camioneta de reparto, con el dibujo en rojo y negro del sindicato cenetista en la puerta y varios obreros en la caja, que gesticulaban con vehemencia. El otro, un automóvil del que se apearon dos guardias de asalto y otros dos vestidos de paisano. Surgieron gritos y algunas amenazas, pero Nelo y Querol siguieron andando, ajenos, ignorantes de lo que ocurría a sus espaldas. De hecho, el periodista solo se giró cuando volvió a sonar aquel grito: «¡Viva la República! ¡Viva Cataluña!». A continuación, surgieron otros más que lo secundaban, y vio que todos, los de la camioneta y los del coche, alzaban el puño y se felicitaban, zanjando así la disputa.

—Necesitarás alguna clase de salvoconducto —dijo entonces Nelo.

—¿Para qué?

—Para ir a buscar a tu Enriqueta.

—¿Cómo sabe que voy a ir a buscarla? —le preguntó Querol.

—Porque lo leo en tus ojos.

—No lo había decidido todavía.

—Lo harás. Averiguarás dónde veranea la familia Palau y, aunque tengas que ir caminando, volverás a presentarte ante ella y le dirás... lo que tengas que decirle.

—¿Y por qué voy a necesitar un salvoconducto?

—Por eso que acaba de ocurrir ahí atrás. Porque cuando esto explote solo venceremos si contamos con el apoyo de las milicias populares, y ellos impondrán su propio control, créeme.

—No me preocupa. Y, además, tengo una especie de salvoconducto.

—¿Cómo es eso? —Nelo levantó la cabeza y miró curioso al periodista.

—Porque conocí a Francisco Ascaso. A principios de año, cuando lo nombraron secretario del Comité Regional de la CNT. Fui a verlo, le pedí una entrevista y ¿sabe qué me dijo?

—Ni idea.

—Me dijo: «No me gustan los periodistas, maño», porque él es aragonés. «Los linotipistas, sí, y los cajistas, pero ¿los periodistas?». Al final comentó que había leído algunas cosas mías y que no estaban mal del todo, pero me dijo que si quería hablar con él y luego publicar lo que decía tenía que afiliarme a la CNT. Ahora que lo

pienso, igual lo decía en broma.

—¿Y lo hiciste?

—Sí, claro, qué remedio. Y allí mismo me firmó, con su nombre, mi hoja de afiliación. Si esto no es un salvoconducto, ya me dirá usted.

Querol se acercó a Nelo y le mostró un papel mal doblado con el membrete de la CNT y, al pie, una firma clara: Francisco Ascaso.

—Bien, entonces necesitarás el otro. El del Gobierno. Pásate por comisaría y me las arreglaré para que el comisario Escofet te firme uno con el membrete de la Generalitat.

—Genial.

Comisaría General de Orden Público, once y media de la mañana

Al agente Nelo le ocurría a veces que entreveía un rostro, aunque fuera de refilón, con su desarrollada visión periférica, y sentía el deseo de pararse a observarlo, a esperar que aquellas facciones le contaran la historia que gestos y arrugas escondían.

El de la mujer sentada en el banco de espera, junto a la ventanilla de denuncias, con todo y ser de lo más corriente, le decía algo con la mirada y con sus ademanes inquietos, de hecho se lo estaba diciendo a todo el mundo y alguien tendría que pararse a escucharla. Pero, al parecer, era invisible para los demás, quizá porque nada en su atuendo ni en su actitud, más allá de aquel tic que hacía que su pierna izquierda se moviera nerviosa, indicaban urgencia o necesidad.

Le hubiera dedicado unos instantes más de no haber tanto barullo alrededor. No era usual. Entraban hombres jóvenes vestidos de paisano y salían otros uniformados de guardias de asalto. Se acercó al oficial de guardia y le preguntó qué ocurría.

—Han anulado todos los permisos y la gente empieza a llegar. Órdenes de la Consejería de Gobernación.

—Vaya, por fin se lo están tomando en serio.

—¿El qué, señor Nelo? —le preguntó el teniente.

—La amenaza de los facciosos.

—Ya lo creo. Han anunciado, además, que vamos a hacer turnos de doce horas, más cuatro de retén. A esos —y señaló a los que salían de la comisaría— los están haciendo formar fuera.

—¿Está arriba Estremera? —preguntó al agente.

—Sí, ha llegado a las ocho en punto, como de costumbre.

Empezó a subir las escaleras a saltos, de dos en dos peldaños, pero tuvo que contenerse porque topó con dos funcionarios que transportaban con gran esfuerzo una pesada caja de madera. Se arrimó a la pared y, al pasar junto a ellos, vio lo que contenía: al menos una treintena de armas cortas, revólveres y pistolas, cajas de

munición de distintos calibres e, incluso, una granada de mano.

—¡Fiu! —sopló—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—De los allanamientos de esta noche. En los barrios de Sants y Hostafrancs.

—¿Adónde lo lleváis?

—Al despacho del comisario Escofet.

—Venga, que os hecho una mano.

Se situó él por delante, sujetando un extremo de la caja, mientras los otros dos la sostenían por detrás.

En el despacho de Escofet, Estremera, de pie, en mangas de camisa y con las manos apoyadas en las caderas, observaba otras cajas, estas de cartón y llenas de papeles, que se amontonaban encima de la mesa del secretario. Dejaron la de las armas en el suelo y se dirigió a su compañero.

—¿Te has enterado, Gonzalo? —le preguntó.

—¿De qué? —respondió él, sin apartar la mirada de la documentación de la mesa.

—De que han suprimido los permisos. Parece que, por fin, se movilizan. Viniendo hacia aquí he visto también que los sindicatos, sobre todo la CNT, han puesto en la calle a bastantes militantes. Los tienen patrullando, por decirlo de algún modo.

El agente Nelo también se desprendió de la americana y se la colgó de un brazo. Estremera se volvió entonces hacia él.

—Y tú, ¿lo sabes?

—¿Qué debo saber?

—Que esta mañana, a las ocho y media, en un parte emitido por la red radiofónica nacional, el Gobierno de Madrid ha anunciado que «se ha frustrado» un intento de levantamiento militar en el protectorado de Marruecos.

—Así que la cosa empeora, ¿no?

—¿Que si empeora? —exclamó, nervioso, su compañero—. Ayer solo había problemas con la Legión en el protectorado, y hoy es la guarnición entera la que se ha levantado en armas contra la República. Y olvídate de los partes del Gobierno. Cuando dicen que lo tienen todo bajo control quieren decir: «¡Coño, qué jodido lo tenemos!».

—¿Qué más?

—Se han detectado movimientos de tropas en Andalucía, en Aragón y en Canarias.

—¿Y algo bueno?

—No sé, espera que lo piense —dijo, evidentemente irónico, Gonzalo Estremera—. Ah, sí, el subsecretario del Ministerio de Trabajo, el señor Casanellas, se lleva por fin el informe que elaboró Escofet a Madrid. El comandante Guarner lo ha escoltado hasta la estación del tren. Con un poco de suerte, mañana, si los excelentísimos

señores ministros tienen a bien reunirse y les apetece hablar de lo que concierne a los españoles, leerán el informe y podrán tomar medidas. Si hasta ahora creían que los rebeldes eran solo unos pocos y que estaban controlados, fuera de la península, ahora sabrán que, al menos en Barcelona, tienen sucursales. Bastaría una orden para detener la cúpula fascista y descabezar el levantamiento. ¿Crees que lo harán?

—Mira, Gonzalo, si creyera que poniéndome como tú te pones ayudaba a salvar la República, ahora estaríamos los dos gritando. Pero lo dudo.

—Lo siento, Nelo. Es... es un estado de frustración permanente. Además, no hay manera de establecer contacto telefónico con Madrid.

—Vamos a hacer una cosa: vete a desayunar, yo me quedaré aquí y seguiré intentando hablar con el capitán Abasolo.

Sí, debía calmarse, tuvo que admitir Estremera. Así que se puso la chaqueta y, aún refunfuñando, salió del despacho, justo cuando entraba Escofet.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el comisario a Nelo, al no responder Estremera a su saludo.

—Se siente frustrado —explicó el agente.

—¡Bah! ¿Y quién no?

—Por cierto, Escofet, quería pedirle un favor.

—¿Qué necesita, Nelo?

—No es para mí, es para Querol, el periodista. Tiene que salir de Barcelona y le he prometido que le conseguiría un salvoconducto, por lo que pudiera pasar.

—Vaya, el que me faltaba, ¿no es ese al que le dieron la paliza en el parque de la Ciudadela? El caso es que he citado para ahora mismo a la prensa, aquí, para mostrarles todo esto —hizo un gesto que abarcaba las cajas— y no sé... Está bien.

Se dirigió a la mesa de su secretario y abrió varios cajones, hasta que encontró un folio en blanco con el membrete de la Consejería de Gobernación de la Generalitat de Cataluña.

—Este servirá.

Sacó su pluma, firmó en la parte inferior y le pidió a Julián, el secretario, que estampara el sello de comisaría.

—Ponga usted mismo los términos del salvoconducto, ¿de acuerdo?

—Gracias, comisario.

Iba a darle la mano a Escofet pero, sin que se supiera de dónde salían, aparecieron varios periodistas que, a empujones, pugnaban por acercarse a él.

—Comisario, ¿es cierto que ha habido un levantamiento en Mataró? —preguntó uno de ellos.

—No, lo niego categóricamente —respondió él.

—¿Puedo escribir que lo niega categóricamente?

—¡Coño, claro! ¡Por eso se lo he dicho!

Escofet puso cara de malas pulgas y dirigió una mirada de hartazgo a Nelo, que le devolvió un saludo y se fue.

Hasta ahí sabía hacerlo. Había colocado el papel en el rodillo de la máquina de escribir y había ajustado los márgenes. Ahora solo tenía que ir encontrando la tecla para cada letra y escribir el nombre de Querol. Por cierto, pensó, ¿cuál era el nombre real de Querol? No lo recordaba.

—¡Nelo, Nelo! ¡Mira a quién he encontrado!

Estremera gritaba desde la puerta; no parecía que el desayuno hubiera calmado sus ansias. Lo acompañaba la mujer de mediana edad y clase media que hacía un rato había visto abajo, en la entrada de la comisaría. Nelo hizo un gesto con la mano a su compañero para que bajara la voz, pues estaba gritando.

Se levantó, le ofreció una silla a la mujer y la acompañó cuando se acomodaba. Se entretuvo aún unos instantes en estudiarla: vestía un aburrido y recatado vestido de color gris liso, con mangas hasta los codos y cuello de puñetas, que le caía a un palmo de los tobillos. Tenía los cabellos negros y largos, pero recogidos en un moño rígido, tanto que incluso la piel en sus sienes estaba tensa. No iba maquillada. Calculó que la edad de la mujer estaría entre los treinta y muchos y los cuarenta y pocos. No llevaba alianza, y supuso que estaría soltera.

—¿Tienes a mano el retrato de Vera Dannichesky? —le preguntó Estremera, esta vez con menos urgencia.

Nelo, cada vez más curioso, se palpó los bolsillos de los pantalones y no lo encontró. Se levantó de la silla y empezó a buscar en la chaqueta. Al fin lo localizó y se lo dio a Estremera.

—Sí, es ella, sin duda, la actriz. Pero no se llama Vera no sé qué, sino Jeanne Georgel y...

—Un momento, empecemos por el principio, ¿señora?, ¿señorita?

—Señorita, señorita Dora Sales y vivo en la avenida Diagonal, o como quiera que se llame ahora, en el número 460.

—Y dice usted que reconoce a la mujer de este retrato y que cree que se llama...

—Jeanne Georgel. Y no lo creo, lo sé: me lo dijo ella misma. Y vi su pasaporte. Me dijo que era actriz, que actuaba en el Novedades y que el que aparecía en los carteles era su nombre artístico —respondió la mujer tras estudiar el retrato que Estremera sujetaba y golpeaba reiteradamente con el dorso de la mano.

—¡La Jeanne G. de los documentos confiscados! ¿Te das cuenta, Nelo?

—Y la conoce porque...

—Se lo voy a contar. Verá: hace cosa de un mes se presentó en mi casa, porque yo vivo sola, ¿sabe?, que mi madre ya murió y a mi padre casi ni lo conocí, por el tifus. Pues eso, se presentó en mi casa un señor alto, fuerte de constitución, maduro, un caballero muy educado y elegante, que quería alquilar un piso, para él, ¿sabe?, porque

viajaba a menudo a Barcelona y ya no quería vivir en el hotel. Un encanto de hombre...

—Disculpe, señorita Sales —la interrumpió Estremera—. Nelo, hay que actuar de inmediato, ¡ya! Tenemos su verdadera identidad y el piso franco en el que se ha refugiado después de huir, ¿te das cuenta?

—Espera a ver si es relevante lo que la señorita tiene que contarnos —respondió Nelo.

—¡Esperar! ¿Tal como están las cosas? Tendríamos que llamar a la Delegación del Gobierno para darles esa identidad, para que buscaran a Jeanne Georgel, y no a Vera Dannichesky, entre los viajeros de estaciones, del puerto y del aeropuerto. Tendríamos que ir a esa vivienda y registrarla a fondo...

El agente Nelo detuvo su mirada unos instantes en el rostro excitado del agente Estremera. Sí, tendríamos que hacerlo, debió de pensar, porque al cabo bajó la mirada, suspiró y con la cabeza aún gacha soltó:

—Adelante.

Si daban con ella, con Vera, con Jeanne, tal vez fuera la última ocasión de verla antes de que... Nelo no quiso ni pensarlo.

—¿Sigo? —preguntó Dora Sales.

—Una cosa más, señorita —la interrumpió de nuevo Estremera—. ¿Tiene usted llave de ese piso?

—Yo no, pero el vecino de arriba, el propietario, sí. Es un viudo, ¿sabe?, ya mayor, pobrecito, y sin hijos, que vive de rentas. Si va a verlo dígame que es de mi parte, él me conoce y me aprecia, no se preocupe.

—¡Estupendo! —Estremera hizo un gesto de satisfacción y se dirigió al teléfono que había en la otra mesa para llamar a la Delegación del Gobierno.

—¿Sigo?

—Sí, por favor —respondió Nelo.

—Por dónde iba... Bueno, ya le digo, fue hace cosa de un mes. Al hombre le habían dicho que en el inmueble se alquilaba un piso, pero no sabía cuál, y fue a parar a mi puerta y me preguntó, porque muchos vecinos están de veraneo, claro. Mire, yo nunca abro la puerta a desconocidos, una mujer sola, como yo, y soltera, ¡qué quiere que le diga!

El agente la miraba e incluso intentaba escucharla, prestar atención a lo que la mujer decía, pero no podía evitar que su pensamiento se distrajera con la posibilidad de volver a ver a Vera. Recordó las últimas palabras que le había dirigido y se estremeció.

—Pero aquel hombre era tan distinguido... Así que lo acompañé arriba y le presenté al propietario, y enseguida llegaron a un acuerdo.

Nelo observó a Estremera por el rabillo del ojo. Había determinación en su

actitud, en sus movimientos, cuando se puso la chaqueta, cuando rebuscó en un cajón y sacó de él su pistola. Cuando le hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida antes de desaparecer por la puerta.

—La verdad es que no lo veía mucho. Aunque al principio sí. Recuerdo que al día siguiente llegó acompañado de un mozo y con un baúl y dos grandes maletas. Se estaba instalando, claro. ¿Y sabe usted qué detalle tuvo conmigo? Me trajo un ramo de flores, para agradecerme mis gestiones, dijo. Qué gesto, ¿no? Así que le expliqué que no lo invitaba a entrar porque era soltera, pero le insinué que no me importaría aceptar una invitación a comer a un restaurante. Ya sé que ahora parece un poco atrevido esto, no me juzgue mal, pero con un hombre tan apuesto, tan refinado... ¡qué menos!

—Señorita Sales, a lo que íbamos. ¿La tal Jeanne Georgel?

—¿Esa pelandusca? Espere, espere, que se lo cuento. Ésa no apareció hasta ayer, por la noche, y bastante alterada. El caballero estaba en casa.

—¿No se llamaría ese caballero Ramón Quesada?

—¿Ramón Quesada? No. ¿Quién es Ramón Quesada? Ese hombre dijo que se llamaba Fernando del Castillo Olivares.

—A ver, un momento... —se disculpó Nelo.

Sacó del cajón una carpeta grande, muy abultada, que había traído Estremera de Madrid en su último viaje. Llevaba el membrete RESERVADO, contenía un par de docenas de fichas y extrajo una de ellas. Los servicios centrales de espionaje poseían información acerca de un hombre con aspecto de conde, y que respondía a ese nombre, considerado ideólogo de la derecha más retrógrada que se había visto jamás en España. Se le suponía próximo a los generales Mola y Cabanellas y al conde de Vallellano, que representaba el ala más dura de la ultraderechista Renovación Española, incluso más a la derecha que la confederación de Gil Robles.

—Como le decía —prosiguió su relato la señorita Sales—, a la fulana esa se la veía descompuesta. Yo me hice la contradicha, ¿sabe?, en el rellano, como quien no quiere la cosa, mientras llamaba a la puerta. Abrió don Fernando y no vea usted la cara de disgusto que puso. Pero, claro, fue verme y cambiarle la expresión. Ya le digo yo que, en otras circunstancias, este hombre y yo... En fin, que me explicó que era su hija, que pasaba con él unos días en Barcelona y que, en contra de lo que él le tenía ordenado, había salido por su cuenta para verse con Dios sabe quién. Yo, esa noche, vaya, ayer por la noche, ya me fui a dormir un poco intranquila. No es que desconfiara de don Fernando, es que me daba muy mala espina la mujer aquella. Para empezar, hablaba con acento extranjero. También pudiera ser que estuviera internada en un colegio, en otro país, me dije, pero ya me quedé inquieta, ¿sabe?

—Dígame, por favor, ¿por qué al final se ha decidido a venir aquí? ¿Qué es lo que quiere denunciar exactamente?

El agente Nelo empezaba a impacientarse, de eso no había duda. Se había puesto de nuevo en pie, se sentó en una esquina de la mesa, cara a aquella extraña mujer, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la miraba en ese momento más que con curiosidad, con disgusto.

Y la mujer debió de percibirlo, porque a continuación y en voz baja, como si fuera a descubrir un secreto, soltó.

—Los oí discutir...

—¿En el rellano de la escalera?

—¡No, qué va! —recuperó el tono de voz Dora Sales—. Ya en casa. Vamos, que la pared medianera no es muy gruesa y, si te pones, lo oyes todo. Y que ellos gritaban, ojo, que una no es de esas que se meten en las conversaciones de los demás.

—¿Y qué fue lo que oyó?

—Palabras fuertes, créame, recriminaciones de él a ella, cosas como «¿Por qué me haces esto, precisamente en estos momentos?» o «¡Con todo lo que yo he hecho por ti!», hasta que, de repente, bajan la voz, ¿sabe? Y ahora dirá usted que soy una fisgona, pues ¡no, señor! Porque lo que allí se decía ya entraba en el delito. Ella estaba harta, eso dijo, de que la manipularan, de tener que esconderse y llevar una doble vida... Claro, yo enseguida me puse en lo peor: esta mujer es una prostituta, una de lujo, eso sí, porque la chica tiene categoría, y ese tal don Fernando, su proxeneta. ¿Se dice así?

—Señorita, por favor, al grano.

—Pero no era eso, no. Ella seguía, pero parecía cada vez más enfadada con el hombre, porque fue alzando la voz. Y esto lo oí perfectamente, que quede claro, tal cual se lo cuento: «Me has engañado, esto no va a ser un paseo militar y va a acabar en un baño de sangre, me estás convirtiendo en cómplice de un crimen terrible...». Ahí yo ya no sabía dónde ponerme, de verdad. Y, entonces, silencio. Al cabo de poco, un forcejeo, y un estruendo, un jarrón o algo parecido que cae al suelo y se rompe. Y luego, ¡plas! Una bofetada. Ya nada más. Pero aún no le he contado lo peor, porque esta mañana...

Un ruido la interrumpió. Sonaba a unos nudillos golpeando la madera del marco de la puerta. Tanto Nelo como la señorita Dora levantaron la mirada y la dirigieron hacia el origen del ruido.

—Buenas, ¿se puede?

Era Querol, un Querol ya repeinado, recién duchado y con mucho mejor aspecto. El agente Nelo lo miró un instante, dirigió entonces la mirada a la señorita Sales y, acto seguido, volvió a mirar al periodista y, al final, dijo:

—Pasa, Querol, pasa —y, dirigiéndose a la mujer, añadió—: ¿Me disculpa un momento?

Se incorporó, hizo que Querol se sentara en su silla, frente a la máquina de

escribir y le mostró el papel con el membrete de la comisaría.

—Ahí tienes tu salvoconducto. Redáctalo tú mismo. Sabes cómo funciona la máquina de escribir, ¿verdad?

—Sí, claro, ¿y qué pongo?

—Qué sé yo, lo que se te ocurra. Algo así como: «Ruego a las autoridades dependientes de esta consejería que faciliten en todo lo posible la tarea profesional del periodista...» y ahí pones tu nombre. Tú ve haciendo, que yo estoy ocupado.

Volvió a apoyarse en la esquina de la mesa y le pidió con un gesto de la mano a la mujer que continuara su relato.

Pero ella hizo un movimiento de negación con la cabeza y miró a Querol, como si recelara de él. Se levantó de la silla, se alisó el vestido y, pretendiendo disimulo, tomó a Nelo por la muñeca y lo arrastró fuera del despacho, al pasillo.

Y allí, en voz baja, aunque con un torrente de palabras que Nelo no pudo contener ni interrumpir, le contó que esa mañana, muy pronto, llegó a la vivienda vecina un telegrama urgente. Ella lo vio por la mirilla, desde su casa, al tipo que hizo la entrega, porque el timbre sonó y sonó y la puso sobre aviso. Y al poco la puerta se abrió de nuevo, y ella volvió a mirar. Salía el tal don Fernando, ya vestido, con mucha urgencia, que aún iba poniéndose la chaqueta, y dejó las dos maletas fuera, junto a la puerta. Le dijo a la chica que tenía que irse, que tenía que tener paciencia y que todo estaba dispuesto también para ella, que no se preocupara. Intentó entonces besarla, pero ella lo rechazó; que esa clase de besos no se daban a una hija, aclaró. Y, contrariado, tomó las maletas y se fue. Entonces la vio, a ella, que salió para despedir al tal don Fernando, y estaba muy desmejorada, como si no hubiera dormido en toda la noche, con los párpados hinchados, pero no como si hubiera llorado, explicó Dora Sales, sino como si hubiera estado reprimiendo el llanto todo ese tiempo. Y tan atribulada la vio que se decidió a salir, y eso que aún iba en bata, y distinguió en el rostro de ella una pequeña herida, en la comisura de los labios, y un enrojecimiento sospechoso en la mejilla. Tal vez se había equivocado con la muchacha, dijo. Se acercó a ella, a Jeanne Georgel, que así dijo que se llamaba, actriz de profesión, la hizo entrar en su casa y le ofreció la taza de café de su desayuno. Vera la miró con una tristeza infinita, cogió la taza con las dos manos, como si necesitara aquel calor, y el llanto hasta ese momento contenido se desbordó.

Dora Sales hizo una pausa para tomar aire, y Nelo lo agradeció. Aún se oía el traqueteo de la máquina de escribir.

—¿Qué más? —la urgió el agente.

—Jeanne Georgel se vino abajo —explicó la señorita Sales—. Contó que la obligaban a dejar Barcelona, a salir del país, pero que ella quería quedarse, permanecer junto al hombre que amaba a pesar de todo lo que estaba a punto de ocurrir. ¿Qué estaba a punto de ocurrir? El Ejército en las calles, eso fue lo que dijo,

bombardeos, armas, muerte y desolación. Y lo extraño fue que no sonaba a suposición, a un temor dadas las circunstancias, sino a cosa sabida.

Ahí estaba, por eso había acudido a la comisaría, para denunciar lo que ella creía era un complot militar contra la República. Y a ella no le gustaban las izquierdas, ¡Dios nos libre!, pero eso era una cosa y otra muy distinta permitir que los militares destruyeran su ciudad. Ya estaba, ya lo había dicho.

Sonó la campanilla del teléfono, pero el agente Nelo seguía mirando a su testigo, inmóvil.

Y ahora que ya lo había contado se sentía mucho más tranquila, la verdad.

—¡Nelo! Es su compañero, Estremera.

Era la voz de Querol, que había descolgado el aparato.

—Espere un momentito, ¿de acuerdo, señorita Sales?

Nelo entró en el despacho y atendió el teléfono.

—¿Gonzalo? Muy bien, de acuerdo, pero deja eso ahora y escúchame un momento. Busca un telegrama... Sí, un telegrama. Llevará fecha de hoy y es crucial para saber qué se está cocinando. Tal vez tenga la clave de cuándo va a empezar todo. Otra cosa: llama a tu contacto en la Delegación del Gobierno. Que extiendan la orden de busca a Fernando del Castillo Olivares. El mismo, exacto, está por aquí y pretenderá huir, seguramente por carretera. Deja a alguien en el piso, por si vuelven. Te espero aquí, hay mucho trabajo que hacer. Yo iré a hablar con Escofet.

—¡Nelo! —otra vez Querol—. A ver qué le parece —y le entregó la hoja mecanografiada con el salvoconducto que él mismo había redactado.

—Aguarda un poco, muchacho.

Volvió a salir al pasillo para encontrarse con la testigo.

La mujer parecía más relajada en ese momento, como si se hubiera quitado un peso de encima. No así Nelo, que la cogió por los antebrazos y la urgió:

—¿Dónde está ella ahora?

Dora Sales miró con cierta prevención al agente, que finalmente la soltó.

—Pues no lo sé —respondió ella—. Cuando salí esta mañana para venir aquí ella seguía en casa.

—¿Qué más le contó?

—La verdad es que poco más. Después de la llorera, se calmó, como si lo único que deseara, que necesitara, fuera desahogarse. La acompañé hasta su piso y me dio las gracias, no hubo más.

—¿Y de ese otro hombre?

—¿Del que estaba enamorada? No, no contó nada, pero, oiga, una mujer lo nota, porque cuando se refirió a él, a pesar de la desesperanza, de sus ojos salía un brillo, una chispa.

Dora Sales suspiró.

—De acuerdo, señorita. Quiero que vuelva a casa y no salga para nada, ¿de acuerdo?, al menos los próximos días. No hable con nadie de esto. Y si oye ruidos extraños en el piso vecino, no se preocupe, son mis hombres que estarán haciendo su trabajo.

Tal vez la mujer se había quitado un peso de encima, pero se iba de la Comisaría de Orden Público con el miedo en el cuerpo.

Querol lo esperaba en el despacho, con el salvoconducto en la mano. El agente lo leyó y le dio el visto bueno. Y el periodista dobló el papel cuidadosamente y lo guardó en su cartera, junto con el documento de afiliación a la CNT.

—He averiguado dónde está la familia Palau —dijo entonces—. Me he enterado de que tienen una casa de veraneo en el pueblo de Caldetes, aquí, en la costa, y una finca muy grande, con olivos, en Lérida. La pregunta era aquí o allí.

—¿Y?

—Se me ocurrió llamar a la casa de Barcelona y se puso el aya de Enriqueta, una buena mujer, que sabe lo nuestro y nos ayuda, y me confirmó que se habían ido a Lérida, que allí se sentían más seguros. Así que para allí me voy.

—No sé si es buena idea.

—Vamos, Nelo, si me lo dijo usted.

—Pero no ahora. ¿Cómo vas a ir? No tienes transporte, ni siquiera puedes alquilar un taxi para desplazarte.

—Ya me las arreglaré.

—Además, está a punto de estallar la rebelión aquí, en Barcelona, y no te lo querrás perder.

—¿Tan pronto? ¿Y no podrían esperar unos días? ¡Tengo que devolverle su pañuelo a Enriqueta!

—Claro, se lo pedimos al teniente que te puso a caldo, que les diga a sus generales que se esperen un poquitín...

—No quería decir eso... Aunque, bien mirado...

—Quédate, necesito a alguien como tú, que se esté en las calles, que me informe de lo que está ocurriendo a medida que vaya ocurriendo.

—Sí, claro, tal vez podría hacer la crónica de una rebelión fallida, porque es eso lo que va a ocurrir, ¿no?

—Seguro que sí, al menos aquí, en Barcelona, en Cataluña. Fracasarán.

—También podría escribir un libro.

—Vamos, muchacho, no fantasees. Tengo que ver al comisario, si quieres nos encontramos aquí después de cenar y nos organizamos.

—De acuerdo, jefe.

* * *

Escofet no estaba. Julián, su secretario, explicó a Nelo que se había decidido que el presidente de la Generalitat y sus consejeros se reunirían en conferencia permanente en la Consejería de Interior, en los pisos altos, en la planta noble. Es decir, el Gobierno se trasladaba, como medida de protección, pues el edificio era más fácil de defender que el palacio de la Generalitat. Y que Escofet y el consejero España preparaban, con sus principales asesores, una estrategia para los siguientes días. Pidió al secretario que lo avisara tan pronto el comisario llegara, que era muy urgente.

Le quedaba esperar a Estremera.

* * *

Estaba asomado al balcón, y fumaba el quinto pitillo cuando llegó.

—¡Lo tengo! —gritó su compañero al entrar.

Tiró la colilla al suelo y, al igual que con las demás, la aplastó con la puntera del zapato hasta que dejó de humear.

—¿El telegrama?

—¡Sí! ¿Y adivina qué frase aparece?

Estremera dio a Nelo un papel con el texto del mensaje, que decía, textualmente: «Mañana recibirán cinco resmas papel».

—Las malditas resmas —rezongó el agente.

—Y documentación. Vuelven a aparecer aquellos códigos, ¿recuerdas?

—Sí, lo he estado revisando todo —respondió Nelo, y señaló las cajas de cartón que se amontonaban junto a su mesa, en el suelo, y las hojas sueltas que había encima de ella.

—También he encontrado un maletín, y dentro había una cantidad indecente de dinero, en francos franceses, sobre todo, y la conocida fórmula «corretaje Jeanne G.». Nelo, ¿me escuchas?

—Sí, sí, claro. Ahora lo entiendo —murmuró, pero fue como si hablara para sí, y no como respuesta a lo que su compañero le decía.

Tomó entonces una nota manuscrita de la mesa, en la que él mismo había anotado todas aquellas claves. Y leyó:

—«Cobrar los efectos, consejero, laureado». Estos van a por el consejero de Gobernación y a por el general Llano de la Encomienda. Y lo del corretaje es el pago

por los servicios prestados. En el fondo, no era tan complicado el código. Así que lo de las resmas de papel se refería, estoy convencido, al asalto final. A esa hora, a las cinco de la madrugada de mañana, es decir, del día 19, encenderán la mecha. Hay que prepararse, tengo que comunicárselo a Escofet.

—Escúchame, dentro del maletín también he encontrado esto.

Y le mostró un panfleto en el que se explicaba que el consulado de Francia en Barcelona ponía a disposición de sus nacionales, en especial a aquellos que habían acudido a la Olimpiada Popular, el transatlántico *Djenne*, que los llevaría de vuelta a Marsella. Avisaban las autoridades francesas que a los interesados se les entregaría en el consulado el pasaje tras mostrar el pasaporte.

—¿Te das cuenta?

—Perfectamente.

—Tenemos la oportunidad de detenerla. A Vera Dannichesky.

—A Jeanne Georgel.

—¿Y sabes qué ocurrirá?

—Que si haces bien tu trabajo, la detendrás, la juzgarán y la fusilarán. Hay pruebas suficientes, ¿no?

—¿Y no te importa? —gritó Estremera, que sujetaba a Nelo por los hombros y lo sacudía.

—¡Qué más da!

La mirada que el agente Nelo dirigió a su compañero fue feroz. Con un gesto instintivo, una sacudida bastante violenta, se deshizo de la sujeción de Estremera y ordenó:

—Vuelve al piso y espérala allí. Tarde o temprano aparecerá, aunque solo sea para recuperar lo que es suyo. Al fin y al cabo está en esto por dinero.

—¿Y cuando la tengamos?

—Actúa según tu criterio.

No había convencimiento en aquellas palabras. De hecho, estaban desprovistas de toda emoción.

—¡Esa era nuestra misión desde el principio! ¿No es así? —Estremera alzó aún más la voz—. Buscar al enlace de los rebeldes, detenerlo y llevarlo ante la justicia. ¡Pues cumplámosla!

—Hazlo —la voz del agente Nelo permanecía neutra, como si aquello no fuera con él.

—¿O prefieres fracasar? ¿Decepcionar al capitán Abasolo?

—¿Qué más quieres de mí, Gonzalo? No puedo decirte lo que tienes que hacer. Seguramente tendrás instrucciones del capitán que yo desconozco, así que cumple con ellas. Así podrás volver a Madrid como un héroe.

Se sacó la petaca de tabaco. Apenas quedaba para cuatro o cinco cigarrillos y

desistió de liarse uno.

—¡Mierda, Nelo! ¡No quiero hacerlo! No me gusta sentirme culpable por nada, y tú lo consigues.

Tanta frialdad en la mirada, aquellas palabras comedidas, los gestos pausados, cuando él sudaba por la excitación del momento, le ardían las mejillas y el corazón le latía a un ritmo frenético... Gonzalo Estremera sintió el deseo de golpear a su amigo, hacer que reaccionara, que se enfadara con él.

Sonó el timbre del teléfono. Nelo aguantó sin parpadear la mirada de Estremera, hasta que este la desvió y se decidió entonces a responder.

—Agente Nelo —dijo, y escuchó con atención—. De acuerdo, Julián, estaré ahí en un minuto.

Recogió el telegrama encontrado en el piso de la avenida Catorce de Abril y se dispuso a salir. Estremera se lo impidió; se plantó ante él, desafiante: no se iría de allí si no era con el beneplácito de su compañero. Y él, su compañero, en un gesto que no esperaba, le dio un abrazo y le susurró al oído:

—Por si no nos volvemos a ver, sabe, Gonzalo, que siempre te he tenido por un buen profesional y un mejor amigo.

* * *

Parecía que Escofet no hubiera comido en días o que temiera que alguien le arrebatara la comida antes de que entrara en su boca, porque lo hacía con fruición, con ganas y sin ninguna concesión a la buena educación.

—Apenas tengo tiempo para comer —se disculpó el comisario cuando vio entrar al agente Nelo—, y si no como me pongo de muy mal humor. ¿Qué le trae por aquí esta vez?

—Esto.

—Bien, un telegrama. Ahora explíquemelo.

—Lo hemos intervenido en un piso alquilado por Fernando del Castillo Olivares, un conocido conspirador de la derecha más rancia, en el que daba cobijo, además, a la enlace huida.

—Siga.

—Léalo —se lo entregó.

—«Mañana recibirán cinco resmas de papel». Sí, eso de las resmas me suena de algo, de haberlo leído en algún informe. Pero sigo sin entender qué pretende decirme.

—Es una clave, que habrán mandado a todos los implicados en el levantamiento. Indica que mañana, día 19, a las cinco de la madrugada, las tropas rebeldes se levantarán en armas contra la República.

Al comisario Escofet se le atragantó el último pedazo de pan que se había metido en la boca y tosió con fuerza. Se puso en pie y volvió a leer el telegrama.

—¿Está seguro, Nelo?

—Completamente.

—Bien. Esto puede marcar la diferencia entre la victoria y la derrota.

Se asomó a la antesala de su despacho y soltó:

—Julián, avisa a Guarner. Lo quiero aquí de inmediato. ¡Ya! Y, haz el favor, llévate esto —y señaló la bandeja de comida a medio terminar.

—Verá, Escofet, en mi despacho he dispuesto, sobre un mapa de Barcelona, el recorrido más lógico que harán las tropas para ocupar Barcelona.

—Sí, sí, ya lo he visto, y también he notado lo de los soldaditos de plomo. Pero no se preocupe, esto ya es cosa nuestra. Si es cierto que la próxima madrugada saldrán a la calle, tendrán el recibimiento que merecen.

—Me gustaría echar una mano...

—Ya ha hecho usted mucho, créame. Ahora déjelo en nuestras manos. Ellos piensan con mentalidad militar y les responderemos con medidas militares.

Ya salía Julián con el servicio cuando entró el comandante Guarner. Y no se entretuvo en saludos.

—¡Comisario, los militares han triunfado en Pamplona, Salamanca, Oviedo, Zaragoza, Ávila, Segovia y Cádiz...! Y posiblemente Sevilla.

—¿Y Madrid? —preguntó él.

—No hay manera de establecer comunicación. Es como si la tierra se hubiera tragado la ciudad entera —lamentó el comandante.

—¿Se tienen noticias de quiénes están al frente de los sublevados? —preguntó Nelo con la cabeza gacha.

—Hola, Nelo, no lo había visto. Nos llega información por diversas fuentes y es difícil establecerlo, pero parece que están involucrados Mola, Sanjurjo, Queipo de Llano, Cabanellas... ¡Ah!, también se ha unido al grupo el comandante de las islas Canarias, el general Franco —añadió.

—El agente Nelo cree que aquí los militares saldrán a la calle a las cinco de la madrugada de mañana —explicó Escofet a Guarner—. Por este telegrama.

—¿Puedo leerlo?

Nelo se lo alcanzó.

—Ya veo —dijo el comandante después de darle un rápido vistazo—. Yo también he revisado la documentación incautada y concuerdo con el agente Nelo. Es una comunicación cifrada y la referencia a que son «cinco» las resmas es, también para mí, una indicación del inicio de las hostilidades.

—No se hable más entonces. Guarner, habla con los sindicatos, que estén alerta.

—Me temo que ya lo están, vamos, que están ya en las calles, comisario. Me han

informado de que en algunos lugares se están levantando barricadas; de momento, les dejamos hacer, todavía no están levantando adoquines ni interrumpen el tráfico.

—Supongo que eso es una noticia buena... ¡Julián! —volvió a llamar a gritos a su secretario—. Tráeme el mapa de Barcelona, aquel que estudiábamos ayer. Y ahora, si me disculpa, Nelo, voy a comunicarlo al Gobierno.

Nelo siguió a Guarner fuera del despacho, mientras el secretario intentaba entrar con un gran mapa enrollado entre las manos. Ya fuera de la antesala, Guarner se volvió hacia el agente y le preguntó:

—¿Cómo lo han conseguido?

—¿El telegrama? Lo encontramos en un piso alquilado por un fascista que servía, además, de refugio a Vera Dannichesky.

—¿La enlace que buscaban?

—La misma. Jeanne Georgel se llama, en realidad.

—Felicidades. Se lo digo de verdad, Nelo —y, en efecto, en el rostro del comandante el agente descubrió incluso un punto de admiración—. Si le soy sincero, nunca creí que lo consiguieran; en fin, era una tarea casi imposible. Así que, de nuevo, mi enhorabuena.

Guarner le tendió la mano y apretó con fuerza la que le devolvió Nelo.

—Bien, supongo que yo ya he terminado aquí —respondió—. Recogeré mis cosas y dejaré libre el despacho. Mucha suerte, comandante.

Barcelona, las Ramblas, seis de la tarde

El esparadrapo en la nariz era ya más un estorbo que una ayuda, pues el sudor hacía que se despegara por las puntas y tenía que estar constantemente remediándolo. El periodista, que recorría las Ramblas, donde se concentraba buena parte del grueso de las voluntariosas milicias populares, buscó un rincón para descansar y repasar sus notas. Frente al Liceo habían levantado un parapeto, hecho con tablones procedentes de un negocio de compra y venta de libros y con los grandes letreros del estreno del espectáculo de los «bailes rusos» de la compañía de W. de Basil, anunciado para el día siguiente en el Gran Teatro.

—¡A las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la Confederación! —canturreaba en voz baja un joven mientras pasaba un paño por la culata de madera de su fusil, apoyada la espalda en uno de los tablones.

Querol le hizo un gesto para señalar un taburete, en un rincón recogido del parapeto, y él le respondió con un movimiento de afirmación con la cabeza. Así que se sentó y se quitó con tiento el esparadrapo. Luego se secó el sudor, con el mismo mimo, y se rascó la nariz. Aún le dolía, pero era soportable.

Del bolsillo de la chaqueta sacó su libreta y el lápiz y, tras repasar lo que había

escrito, continuó:

La extraña quietud de la ciudad solo la rompe el tañido de las campanas marcando los cuartos y las horas en punto. Cada campanada parece anunciar que se acerca el momento. Pero ¿qué momento?

De vez en cuando, el petardeo del tubo de escape de un automóvil, el estruendo de un objeto pesado que cae o un grito, una palabra más alta que otra en algún corrillo, pone en guardia a los obreros y republicanos que velan las calles. Ciertamente, a pesar de las apariencias, de ese silencio casi impuesto, hay tensión. Junto a mí, un muchacho no se cansa de limpiar la culata de su fusil, y lo hace con tanto ímpetu que no me extrañaría que pronto la madera alcanzara la temperatura de ignición.

Y cuando esto ocurre, cuando un ruido fuerte e inesperado rompe esta tensa calma, los murmullos se multiplican y un runrún recorre desbocado las calles y las plazas. Todos se ponen en guardia. Los más, agazapados tras barricadas levantadas con sacos de arena, escombros de algunas obras y viejas maderas. Otros, en soportales. Detrás de cada árbol hay un par de milicianos. También los hay en azoteas y balcones. Hasta en el barrio Chino se ha paralizado la alegre y disipada vida.

Así, unos avisan a los que están a veinte metros y estos, a su vez, previenen a los que están al otro lado de la acera, tras una fuente. Se dicen unos a otros: «¡Estad atentos que ya vienen!». «¿Por dónde?», preguntan los que están escondidos tras la fuente, inmóviles por el miedo, apretados los dientes, los fusiles contra sus cuerpos, tanto que parecen figuras de cera que comenzaran a derretirse.

—¿Y tu fusil?

Querol levantó la cabeza y vio ante él un miliciano entrado en años, aunque aún fuerte, con el rostro curtido por miles de horas al sol a pie de obra. Levantó el lápiz y respondió:

—Este es mi fusil.

—Poco daño les vas a hacer con eso.

—Más del que te imaginas, compañero. Soy periodista.

—Pues agacha la cabeza, porque como vengan las balas la van a encontrar antes que nada.

Querol hizo caso y se sentó en el suelo. El tipo que se había dirigido a él parecía el más experimentado de la extraña tropilla que se había reunido allí, a los pies del Liceo. Así lo describía:

Por su aspecto parece un peón de albañil, pero por cómo se dirige a sus

compañeros de barricada se diría que es más, tal vez un oficial de primera. En cualquier caso, un líder. De culo inquieto, desdentado, no para de sonreír socarronamente y de mascar tabaco, salivando constantemente esputos amarillos y negros, y gusta de provocar a los demás, de distraerlos, imagino, con bromas y falsas alarmas, para permitirles olvidar el miedo.

Hace un rato se ha acercado al joven que limpiaba la culata de su fusil, le ha quitado el paño de las manos y le ha contado una historia. Le ha dicho que a él en el tajo lo conocían por el hombre que comía cosas raras. Incluso monedas. «¿Por qué te comes las monedas?», le ha preguntado el chaval, tartamudeando. «¡Porque así tengo más valor!», ha respondido, y se ha echado a reír con tantas ganas que todos se han vuelto hacia él y le han obligado a repetir el chiste. Esta vez no ha tenido tanta gracia.

Al final se ha puesto serio y en un susurro le ha dicho al muchacho: «Espabila, porque en el reino de las bestias, los débiles perecen pronto».

He visto a otros milicianos, con ojos bizcos y aire de monigote por la tensión del momento, que se apuntaban entre sí con sus fusiles cuando se giraban y, frente a frente, se preguntaban qué hacer, cómo disparar, a quién disparar. Muchos nunca han empuñado un arma. Incluso algunos, hasta ayer, aún leían tebeos e iban con la pelota bajo el brazo, y ahora, de pronto, cargan con mosquetones y fusiles de cinco kilos.

Querol releyó estas últimas líneas y, al parecer, quedó satisfecho, porque cerró el cuaderno, lo guardó y se levantó. Casi al instante, ya en pie, lo retomó para escribir una última anotación:

¡Cuánta gente dispuesta a morir por defender sus ideales! ¡Cuánta gente dispuesta a matar por imponer los suyos!

Comisaría General de Orden Público, diez y media de la noche

Querol había cenado un poco de queso y una sopa desleída, que sirvió, al menos, para remojar y hacer comestible el pan seco de días que le habían servido. En la comisaría había un notable desorden, un ir y venir de personas y personajes en aparente descontrol, y los guardias de la puerta, aunque armados con fusiles y con un semblante amenazador, se limitaban a escudriñar con un simple vistazo a quien entraba, sin pedirle más explicación. A él le echaron una mirada de arriba abajo y debieron de juzgar que no representaba ninguna amenaza para la seguridad, porque lo dejaron pasar sin más. Subió al despacho de Nelo y no encontró a nadie; volvió sobre sus pasos para dirigirse al del comisario Escofet, y allí, su secretario, nada más verlo,

le hizo un inequívoco gesto con la cabeza: «Ni se te ocurra siquiera preguntar, no hay ni una posibilidad de que entres». La atmósfera estaba cargada, a pesar de que estaban abiertos los ventanales de par en par, por nubes de humo y de la puerta del despacho de Escofet le llegaba un confuso barullo de voces excitadas que discutían.

Así que el periodista volvió a bajar y se dirigió a la salida. Volvería más tarde, decidió, a recoger a Nelo. Pensaba en un titular para su crónica —se le ocurrió que debía incluir las palabras «furia sediciosa»—, cuando se topó con Estremera. Lo vio de espaldas, pero enseguida supo que era él. Sujetaba por el brazo a una mujer que, a juzgar por cómo se encogía, rendida y con las manos unidas delante, debía de ir esposada. Vio cómo desaparecían escaleras abajo, hacia los calabozos, para volver a aparecer poco después.

—¡Mierda! Está tan lleno que no cabe ni un alfiler —exclamó Estremera cuando vio a Querol—. ¿Has visto a Nelo?

—Yo quería preguntarle lo mismo. Había quedado con él más o menos a esta hora. Y arriba no está, aunque he visto su chaqueta colgada en el respaldo de su silla.

—¡Mierda! —repitió Estremera—. Habrá salido a hacer alguna gestión. Hazme un favor, chaval —pidió entonces al periodista—, si lo ves, dile que la he detenido y que como aquí no cabe, me la llevo a la Delegación del Gobierno.

—¿Es...?

—Sí, Vera Dannichesky, o Jeanne Georgel. ¿Verdad, chica?

Al oír su nombre, la actriz levantó la mirada, y aunque sus ojos solo se cruzaron un efímero instante, Querol pudo ver en ellos, por cómo los escondía a continuación, vergüenza y un atisbo de fatalidad, de resignación.

—Tengo un coche ahí fuera, ¿quieres que te acerque a algún sitio?

—No, gracias —respondió el periodista—. Me quedaré un rato por aquí y luego ya veré.

* * *

El agente Nelo volvió a su despacho con una caja de cartón en las manos. Apenas hacía dos semanas que ocupaba de prestado aquel lugar y sintió que, con todo, le pertenecía y le dolía dejarlo. Empezó a meter las pocas cosas que allí guardaba: una libreta de notas, un montón de hojas sueltas con más anotaciones, algunos lápices y una pluma estilográfica; una camisa arrugada y rasgada, una lupa, un librito de papel de fumar al que apenas le quedaban unas hojas, un pañuelo manchado de sangre, ya seca, una caja de cerillas nueva, sin estrenar, y la botella de aguardiente. Cuando todo estuvo bien dispuesto en la caja, dobló con cuidado su americana y también la depositó allí. Garabateó su nombre y su dirección en una hoja de papel y la dejó

encima del montón. Sintió la tentación, por un instante, de sacar la botella de aguardiente y llevársela a los labios. Lo superó con un gesto de asco. Por último, sacó del cajón central de la mesa su arma, la pistola semiautomática: quitó el cargador y comprobó que quedaban seis proyectiles. La colocó en la funda de la axila y se sentó. Le apetecía un pitillo.

Fueron gestos medidos, los de liarse el cigarrillo, repetidos tantas veces que ya eran automáticos. Aspiró el humo con deleite, con tantas ganas que se puso a toser y tuvo que levantarse.

Se le olvidaba algo. Se miró de arriba abajo, se palpó todos los bolsillos, dio un par de vueltas sobre sus pies por si al verlo lo recordaba. Y allí estaba: el paquetito con la funda de la almohada. No, no lo dejaría allí. Lo aplastó entre las dos manos y se lo colocó en la espalda, entre el cinturón y la camisa.

El cigarrillo aún ardía en el cenicero, en el centro de la mesa; apoyó una mano en la superficie de madera para cogerlo cuando recordó algo más, se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

* * *

Querol vio que de la comisaría salía una figura que le resultaba familiar, aunque le costó unos instantes reconocerla. No llevaba el sombrero ni la americana oscura, tampoco corbata; la camisa blanca destacaba demasiado, especialmente en plena noche, y el ancho brazal de tela con los colores de la República que lucía en el antebrazo izquierdo era todo un reconocimiento de ideología, una declaración de intenciones, al igual que los tirantes que sostenían la pistolera debajo del brazo izquierdo. Ya más cerca de él, la brasa de un cigarrillo en los labios le iluminó por un momento parte del rostro y Querol supo ya con seguridad que se trataba de Nelo. Sí, ciertamente era un atuendo un tanto llamativo, sobre todo para lucir en una ciudad tomaba por las milicias que esperaba la acción de un ejército rebelde. Llamaría la atención y eso no era demasiado bueno cuando había gente dispuesta a matar en las calles.

Por una estúpida asociación de ideas le vino a la cabeza al periodista la expresión «lobo solitario».

Pensó que tendría que decirle algo. Explicarle que, al menos en su profesión, en la de periodista, la discreción era vital, que en ocasiones te jugabas si no la vida, sí al menos la integridad. Pero cuando se plantó ante él vio determinación, firmeza y diría incluso que coraje en aquel fruncir el entrecejo y apretar los labios.

—¿Cómo has visto las cosas? —le preguntó Nelo.

El periodista estuvo a punto de sacar su cuaderno y leerle algunas notas sobre la

distribución de los milicianos en la calle, pero el agente echó a andar sin esperar respuesta.

—Al parecer, las organizaciones sindicales ya no aguardan consignas de la Generalitat y han tomado las calles —empezó a contar Querol, que volvió a guardar el cuaderno—. Las Ramblas están prácticamente tomadas y hay barricadas en puntos estratégicos. La gente tiene miedo, se ve en los ojos de todos, pero están decididos a defender la República. ¿Qué se sabe del resto de España?

—Los militares han triunfado en ciudades importantes, en capitales de provincia, sobre todo en aquellas en que la Guardia de Asalto contaba con pocos efectivos o se ha puesto del lado de los rebeldes. También ha influido la Guardia Civil. A estas alturas tengo claro que el Ejército no se basta para hacer triunfar la rebelión. Imagino que todo dependerá de cómo vayan las cosas aquí y en Madrid.

—Porque si caen...

—Si caen, viviremos una nueva época oscura.

—Pero esto no pasará, ¿verdad? —preguntó, más que preocupado el periodista—. Quiero decir que aquí no triunfarán, ¿no?

—Escofet sabe lo que se hace. Tiene a su mando la Guardia de Asalto, más de dos mil hombres bien armados y organizados, y cuenta con la adhesión de la Guardia Civil. No, no creo que aquí triunfen. Y en Madrid... no sé. Si yo estuviera en el Gobierno ordenaría un repliegue a la capital de las compañías de Asalto de las ciudades circundantes. Son una fuerza formidable.

—¿Y ahora?

—Ahora, a esperar.

—¿A qué?

—A las cinco de la madrugada. A esa hora dejarán los militares los cuarteles e intentarán tomar Barcelona.

Querol se plantó ante Nelo y lo obligó a detenerse.

—¿Seguro?

—En esta vida lo único seguro es que ha de llegar la muerte.

—¿Cómo se han enterado?

—Porque hemos interceptado un telegrama dirigido a los facciosos.

—¡Guau! —exclamó Querol—. ¿Lo ha hecho usted?

—¿El qué?

—Eso, lo de interceptar el telegrama.

—En realidad ha sido un cúmulo de coincidencias. Hacía tiempo que Estremera y yo íbamos detrás de los conspiradores.

—Es usted una especie de agente especial, ¿verdad?, al servicio de la República, de Madrid.

Nelo guardó silencio.

—Es un espía de Madrid, ¿verdad? —insistió el periodista.

Nelo apartó al periodista y echó a andar. Pero Querol quería saber.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, a esperar —repitió el agente sin dejar de andar—. Y mientras, quien crea, que se ponga a bien con Dios.

—Yo decía con usted, ¿qué va a hacer ahora?

—Volveré a Madrid, supongo. Nada me retiene aquí, mi trabajo ha terminado.

Nelo se sacó la colilla de los labios y la tiró al suelo. Y Querol, sin saber exactamente por qué, como si respondiera a un impulso inconsciente, se detuvo y pisoteó la colilla hasta que dejó de humear.

El agente siguió su camino, con paso apresurado, y el periodista tuvo que forzar la marcha para seguir tras él.

* * *

Querol era un tipo con unas habilidades peculiares. La de saber utilizar un cerebro multitareas era una de ellas, por ejemplo. Se ponía a escribir el hombre en su cuaderno de notas, en pleno movimiento, andando, como en ese instante, con la cabeza inclinada hacia abajo, hacia el papel, y activaba sus sentidos de tal modo que el de la vista era capaz de percibir más allá de las hojas del cuaderno, pues también estaba pendiente del suelo que pisaba y de su entorno inmediato, mientras el del oído se le afinaba para no perderse detalle de lo que ocurría alrededor, y el sexto, el de la intuición, se servía para procesar todas las sensaciones que le llegaban y poner el resultado al servicio de un objetivo, en ese momento, seguir al agente Nelo sin tropezarse.

Un detalle lo distrajo unos segundos, algo que acababa de leer en su cuaderno, una línea en la que aparecía el nombre de Estremera. Se golpeó la frente con la palma de la mano, como si se castigara por su olvido, se guardó el lápiz detrás de la oreja y aceleró el paso para ponerse a la altura de Nelo.

—Nelo, señor...

—Joder, Querol —respondió el agente—. Que a estas alturas aún me trates de señor ofende.

Permitió que el periodista se pusiera a su altura y le dirigió, por primera vez esa noche, una mirada que no era hostil, que podría ser incluso amistosa si era observada en el conjunto del rostro, con aquellos labios a punto de esbozar una sonrisa. Y Querol aprovechó la ocasión.

—Verá, Nelo... Es que casi me olvido. Igual tendría que habérselo contado antes. Me he encontrado con su compañero...

—¿Estremera?

—Así es. Iba con aquella muchacha, la que secuestraron con usted.

—¿Iba detenida?

Nelo se detuvo en seco.

—Y esposada, que el señor Estremera quería meterla en los calabozos de la Comisaría de Orden Público, pero que allí no cabía ni un alma y había mucho desorden, y que se la llevaba, me dijo, a la Delegación del Gobierno, que la dejaría allí. Detenida, sí. Y que se lo dijera a usted si lo veía.

—Has cumplido, ya me lo has dicho.

—¿Cree usted en Dios? —aprovechó Querol, dado que el momento parecía propicio para iniciar una conversación.

—Hubo un tiempo... —Nelo se interrumpió. Levantó la cabeza y la movió imperceptiblemente a izquierda y derecha, como si afinara el sentido del oído y lo dirigiera hacia atrás. Al cabo de unos segundos volvió a hablar, en un tono más bajo —. Sigue andando. Y mira hacia delante.

—¿Qué ocurre? —soltó Querol, alarmado. También movió la cabeza a un lado y otro, ligeramente, pero fue incapaz de distinguir nada, así que le hizo caso, se colocó junto a él e intentó seguir su paso.

—Doblabamos por aquella esquina. Yo me quedaré allí y tú seguirás andando, ¿de acuerdo?

—Pero...

—¡Y no mires atrás!

Eso hicieron: siguieron andando aún una veintena de metros y doblaron por la esquina. Una vez allí, Nelo apoyó la mano en la espalda del periodista y lo empujó para que siguiera, mientras él se apoyaba contra la pared, como si se ocultara.

Al final Querol entendió lo que el agente pretendía, sorprender a quien los estuviera siguiendo. Pero como no quería dejarlo en la estacada se metió en el primer portal que encontró, y allí se quedó, intentando confundirse en las sombras.

Los mismos pasos que lo habían puesto en alerta sonaban ahora muy cerca, y se detuvieron justo al llegar a la esquina. Se oyó un siseo, un rumor, y finalmente asomó por el ángulo de la pared, a la altura de su pecho, una cabeza pelada al cero. La cabeza se irguió y Nelo se encontró con unos ojos juveniles que lo observaban con una mezcla de miedo y curiosidad.

—¿Qué pasa, qué pasa? —sonó una voz, tras la esquina.

Nelo apoyó las manos en la nuca y la barbilla y tiró de la cabeza para obligar al cuerpo al que pertenecía a salir de donde se ocultaba.

—¿Qué haces aquí a estas horas, chaval? —preguntó el agente a un muchacho atónito, con ojos como platos y que abría la boca en una inconfundible mueca de terror.

Al fin el muchacho logró articular sus mandíbulas para pronunciar una queja:

—*Deixi'm anar, jo no he fet res!* —gritó el jovenzuelo.

Detrás de él aparecieron otros dos, pelados como el primero y con cara de susto también, mal vestidos y armados con palos de escoba cuyos extremos apuntaban directamente al estómago del agente Nelo.

—¡Querol! —gritó entonces. Y él apareció—: ¿Qué dicen?

—Que no han hecho nada —respondió el periodista y, dirigiéndose a los chavales, añadió—: *Tranquils, vailets... som bona gent.*

Aquellas palabras serenaron algo el ánimo de los mozalbetes, que acabaron por explicar que sabían que esa noche iba a pasar algo gordo, que sus padres estaban en las barricadas y que ellos habían decidido vigilar por su cuenta la presencia de gente extraña, para avisar, llegado el caso, a los milicianos.

Nelo los sermoneó, les hizo prometer que volverían a casa, con sus madres, y que dejarían las cosas de los mayores a los mayores. Compungidos, asintieron con la cabeza y desaparecieron.

Después de seguirlos con la mirada unos instantes, Nelo echó a andar.

—¿Adónde vamos? —preguntó entonces Querol

—Quiero llegar a la Barceloneta, quiero ver el mar... —respondió Nelo, con una entonación que denunciaba que no había completado la frase, como si hubiera deseado añadir «por última vez» y no hubiera podido.

—Entonces seguiremos por esta calle. Por aquí llegaremos al puerto y, un poco más allá, a la Barceloneta.

Ya sabía hacía dónde se dirigían, así que el periodista se situó unos pasos por detrás del agente, para no molestar su andar taciturno, y recuperó del bolsillo de la chaqueta el cuaderno de anotaciones. Empezó a leer y corregir con el lápiz las impresiones y los testimonios que allí había guardado esa misma tarde.

Celso Vázquez y Oriol Creus no se conocen y comparten barricada. Acabarán por ser cómplices en la amargura y testigos de una espontánea crueldad. Como no pasa otra cosa que el tiempo, se explican sus vidas como si fueran dos viejos que ya la hubiesen vivido toda. Celso no tiene ni veinte años, aunque ya habrá vivido cuarenta. Procede del Somorrostro, en los límites de la ciudad, en los límites de la vida. Se conoce todos sus recovecos, del Hospital de Infecciosos al desagüe del Bogatell, siempre a orillas del mar, siempre asomando la cara al desastre.

La luz de las farolas de gas era esquiva, y tacaña, y el periodista tuvo que trazar una ruta, justo por debajo de todas ellas, a lo largo de la calle, para seguir leyendo.

Los últimos dos años los ha pasado en una barraca con vistas al gran

depósito de gas de la empresa Lebón de la Barceloneta. No se le conoce otro oficio ni beneficio que ratear. Con llegar al final del día le basta. De su madre, la Narcisa, hace dos años que no sabe nada. Es prostituta, y buena persona, explica. A su padre no lo conoció. Su madre cree que era un marinero de Lugo, que también se llamaba Celso. Lo más que un padre le duró fue un verano, lo que tardó el rufián en dilapidar los pocos ahorros que la Narcis reunió con el negocio de su carne.

Por su parte, Oriol Creus, que procede de la zona más humilde de la barriada de Sants, dice tener dieciocho años, pero no debe de tener más de dieciséis. Para salir de casa, el muchacho ha dicho una mentira a sus padres, un matrimonio de obreros, él en una fábrica de papel de El Prat de Llobregat paralizada por una huelga desde el mes de junio, y ella, empleada en el mercado central de frutas y verduras del Borne. Cada día se levantan a las cuatro de la madrugada para alcanzar sus puestos de trabajo. Él, en bicicleta. Ella, a pie. No hay otra alternativa con tal de que sus siempre vitales y exiguos sueldos vayan a parar a sus casi siempre vacíos bolsillos. Oriol explica que cada viernes, día de cobro, sus padres hacen las cuentas de la escasez: un tanto para comer, otro para el alquiler del piso, y otro tanto para... para nada más.

Oriol le dice a su compañero de trinchera que está allí porque es un soñador y «los fascistas no tienen sueños, sino pesadillas, y luego matan».

—¿Y tú por qué estás aquí? —le pregunta el adolescente, bajito y modosamente.

—Porque no tengo otra cosa que hacer —le responde el ratero—. Dicen que nos darán comida y que podremos matar bastardos. ¡Un poco de diversión no nos vendrá mal! —agrega el del Somorrostro, al tiempo que le ofrece un trago de un líquido que, por la cara que pone el mozo, debe de ser un bebestiajo.

—¿Tienes miedo? —interpela Oriol con la boca llena de fuego por la bebida de aguardiente que le ha dado a probar el ratero vestido de miliciano.

—Mira, chico, tanto vale, tanto tienes. Yo no tengo nada, por lo tanto, ¡nada temo! —responde Celso, que prefiere ser león por un día a seguir siendo oveja el resto de su vida.

Al del Somorrostro esta situación le encaja como un calcetín en sus planes, porque por primera vez en mucho tiempo tiene otros planes que no son el hurto y retozar con alguna ramera a la que luego no pagará.

—¿Sabes? —añade el cantamañanas—, quizá la vida no me ha tratado mejor de lo que merecía porque no he podido hacer lo que más me gustaba, aunque, bien pensado, tampoco he tenido tiempo de averiguarlo.

A Celso le cabe el mérito, unas veces como premio y otras como castigo, de vivir sin asideros, enfrentado a una escalada de continuo constreñimiento, unas veces por imposición y otras como limitación, que no pocas veces acaban en un acto absurdo. La clave, dice, es no pensar en ello.

—Si en la vida no haces locuras, ¿para qué molestarte en vivirla? — sentencia.

Intuyo que a Oriol el riesgo y el miedo le son sensaciones nuevas. Sus piernas y sus manos son como turbinas que tratan de transformar el temor en valentía. Está allí de modo voluntario, pero nadie le ha dicho que sus sueños de libertad tendrán un precio. Oriol no habla, tartajea, aunque no es tartamudo. Celso le dice cosas que necesita escuchar, todas ellas verdades absolutas.

—Mira, chico, me moriré como todo el mundo, pero culpa mía no será. La muerte —reflexiona el ratero como si fuese un viejo lobo de mar— nos recuerda lo resistentes que somos cuando queremos serlo, y te aseguro que es mejor caminar, y disparar, que parar y ponerse a temblar.

Oriol se hace adulto a medida que escucha y aprende de Celso. El bisoño miliciano acaba pidiendo al frescales del Somorrostro que le enseñe a disparar.

Era una sonrisa lo que asomaba al rostro del periodista cuando guardó el cuaderno en la chaqueta. Estaba satisfecho. Aunque aún se entretuvo en escribir unas líneas:

Dicen que quien ha estado a las puertas de la muerte recuerda, como si hacerlo formara parte de un ritual de expiación, los principales hechos de la vida. Oriol y Celso deben de intuir la cercanía de la parca, porque han desnudado ante mí sus almas.

¿Qué hora sería?

No importaba.

La calle por la que se dirigían al mar estaba desierta, eran los únicos transeúntes. En un cruce se encontraron con una camioneta de la Guardia de Asalto y por unos instantes el tiempo se detuvo, unos segundos solo, para que unos y otros se identificaran. Al cabo, el agente Nelo levantó el puño y se hizo aún más visible la bandera republicana anudada en su brazo. Los de la camioneta saludaron con un bocinazo y siguieron su camino.

Capítulo 18

Barcelona, 19 de julio de 1936

Playa de la Barceloneta, tres y media de la madrugada

¡La Luna! ¿Dónde estaba la Luna?

El cielo era un manto más que oscuro salpicado de motas de polvo. El mar, una impresionante masa negruzca. Tan calmo se mostraba el Mediterráneo allí que Nelo imaginó que echarse sobre su superficie sería como hacerlo sobre un lecho, húmedo y acogedor, que soportaría sin esfuerzo el peso de su cuerpo y le permitiría descansar, por fin. Dormir la noche eterna.

Detrás de él, a una decena de metros, Querol hacía ya un buen rato que dormía, la cabeza apoyada en la chaqueta, arrebuja, arrugada. Junto a él, sobre la arena, el cuaderno. También la ciudad descansaba, y su latir era como un rumor, como el sonido acompasado del respirar de un niño en su cuna. El sueño calmo antes de la pesadilla.

No había horizonte. O al menos Nelo era incapaz de distinguir dónde terminaba el cielo y empezaba el mar. Una sensación extraña lo obligó a bajar la mirada, y descubrió que el agua le alcanzaba ya las rodillas. No recordaba haber tomado la decisión de adentrarse en el mar; tampoco tomó la decisión de seguir avanzando. Pero lo hubiera hecho si sus oídos no hubieran percibido el chirriar de unos frenos y el chasquido de la portezuela de un vehículo donde la playa se hacía calle.

No lo dudó. A grandes zancadas se acercó a Querol y lo zarandeó:

—Vamos, muchacho, despierta. Tenemos transporte.

El periodista se movió, inquieto, abrió los ojos y, al ver que el agente echaba a andar, se levantó de un salto y corrió tras él, pues se alejaba ya una decena de metros.

Se trataba de una camioneta de la Guardia de Asalto. Al parecer, el conductor tenía necesidad de aliviar la vejiga, pues se había alejado unos pasos y, de espaldas, hurgaba en su bragueta. Junto a la puerta del conductor, un oficial, un teniente, con un pie en el vehículo y el otro en el suelo, vigilaba la aproximación de Nelo con una mano apoyada en su pistolera. También los cuatro guardias de la caja de la camioneta, descubierta, se pusieron alerta.

Querol estaba a punto de alcanzar el grupo, pero se detuvo en seco al comprobar que cuatro fusiles lo encañonaban. Durante un segundo, tal vez ni eso, no se oyó ni un suspiro, solo el rumor lejano del mar. Tras ese instante de incertidumbre el teniente empezó a relajar la postura.

—¡Tranquilos! —gritó—. A este le conozco.

Nelo había sacado del bolsillo trasero del pantalón su placa, pero no le hizo falta mostrarla. En efecto, también él había visto en alguna ocasión al teniente en la

Comisaría de Orden Público.

—¿Qué hace por aquí a estas horas, agente?

—Imagino que lo mismo que vosotros. Esperar a que sean las cinco de la madrugada. ¿Qué órdenes tienes, teniente?

El oficial se alejó unos pasos de la camioneta y se llevó a Nelo.

—Estamos de patrulla. A la espera de que sean las cinco, a ver qué ocurre, e ir informando a mis superiores.

—¿Y?

—Hasta ahora, nada.

—¿Cómo se han desplegado las fuerzas?

—Tengo gente que vigila el cuartel del Regimiento de Infantería de Pedralbes.

—Ahí está el capitán López Belda. Ese saldrá a la calle, seguro —respondió Nelo.

—También vigilamos el Regimiento Primero de Artillería de Montaña.

—El comandante Unzúe. También saldrá.

—Y el de Artillería Ligera. Y hasta ahora nada. No se han registrado movimientos sospechosos.

—¿Y los nuestros?

—Desplegados para proteger la plaza de Cataluña y las Ramblas, el palacio de la Generalitat y la Consejería de Gobernación.

—Y tenemos milicianos en las Ramblas. Muchos. Y supongo que habrán ocupado también otros lugares estratégicos.

—Íbamos a hacer una nueva ronda. Pero a Fermín, el chófer, le han entrado ganas de orinar. ¡Vamos, chaval, que estos no esperan! —gritó.

El tal Fermín ya se acercaba, corriendo; se acababa de abotonar la bragueta y se secaba ostensiblemente las manos en las perneras del pantalón.

—¿Quiere acompañarnos, Nelo? —preguntó entonces el teniente.

—Claro que sí. Quiero ir al paseo de Gracia con esa avenida tan grande, ¿cómo se llama?

—Del Catorce de Abril —respondió el oficial—. ¿Por alguna razón concreta?

—Porque creo que es un punto clave, y que hacia allí se dirigirá el Regimiento de Cazadores, el del coronel Lacasa.

—Bien, vámonos, pues.

—Él nos acompaña —añadió Nelo, y señaló a Querol.

—Imposible. Me han prohibido que nos acompañen civiles. Usted es una excepción. Otra no la puedo hacer.

—Él tiene permiso —y, dirigiéndose al periodista, añadió—: Querol, enséñale el salvoconducto.

El periodista obedeció y el teniente pudo reconocer el membrete de la Comisaría

de Orden Público y la firma de Escofet. Asintió y, con un gesto, indicó a Querol que subiera a la caja de la camioneta. E invitó a Nelo a subirse a la cabina.

Los cuatro hombres con los que Querol compartía asiento, bancos de madera a lado y lado de la caja de la camioneta, sabían qué hacían allí. Uniformados, con los correajes tensos y lustrosos, las cartucheras llenas de munición y los fusiles entre las piernas, tampoco podían ocultar la excitación que el miedo ante lo desconocido despertaba en ellos.

El periodista sacó su cuaderno de notas para escribir un retrato de esos otros hombres que se enfrentaban a su destino, pero el traqueteo del vehículo se lo impidió. Tendría que conformarse con grabar en su memoria la impresión que le causaban.

La camioneta enfilaba el primer tramo de las Ramblas y comprobó que las barricadas eran ya más sólidas, pues las milicias populares habían aprovechado los adoquines del pavimento para levantar sólidos parapetos. También era más visible la presencia de armas, fusiles y mosquetones de origen militar, sobre todo, así como escopetas de caza y aun alguna que otra carabina como las que solían utilizar los somatenes.

Y descubrió también, a medida que el vehículo se desplazaba hacia la plaza de Cataluña, que obreros y guardias se sentían cómplices de una misma lucha, que se saludaban con el puño en alto y se lanzaban, los unos a los otros, vítores y gritos de «¡Viva la República!». Y que tan fuerte como el miedo, que asomaba en la mayoría de los rostros que vio, era la determinación de no dejarse vencer, de no permitir que los arrollara la maquinaria militar.

El guardia sentado junto a él, sudoroso, se quitó la gorra de plato y empezó a desabrocharse los botones de latón dorado de su guerrera, solo para recibir un grito de reconvención del cabo: «¡Cúbrete! ¡No olvides quién eres! ¡Qué representas!». Acto seguido, el cabo sacó un paquete de tabaco y repartió papelillos. Todos liarón el suyo, excepto Querol, a quien le hubiera gustado llevarse un pitillo a los labios, pero no quiso admitir que no sabía liarlo.

La plaza de Cataluña parecía un hormiguero: hombres que iban de acá para allá sin aparente concierto, sin orden, que patrullaban o cargaban cajas y también adoquines, aunque respondían, todos ellos, a una misma voluntad, a un mismo esfuerzo. Tras un parapeto llegó a ver una ametralladora y a sus servidores, guardias de asalto, con abundante munición.

Enfilaron paseo de Gracia arriba y, antes de llegar a la avenida del Catorce de Abril, la camioneta se detuvo. Nelo abrió la portezuela de la cabina y dijo, dirigiéndose al teniente:

—Solo será un momento. —Y, a continuación, hacia Querol, añadió—: Baja.

El periodista obedeció.

—Yo me quedo aquí —le explicó—. Ellos van a hacer la ronda de los

acuartelamientos hasta las cinco, para informar a continuación a la Consejería de Gobernación. Tienen órdenes de eludir el enfrentamiento directo: solo son una patrulla de reconocimiento, así que con ellos estarás relativamente seguro. Le he pedido al teniente que te devuelva sano y salvo a Gobernación o a la Comisaría de Orden Público. Así que sé bueno y sigue sus instrucciones.

—¡Ni hablar! —exclamó Querol. Acababa de ver cómo se había organizado la resistencia en torno a aquel cruce de calles y no quería perderse el enfrentamiento.

—No tienes opción, Querol. O vas con ellos o te detengo ahora mismo y vas con ellos, pero esposado.

La cara de Querol se incendió con un intenso rubor, incluso asomó por la nariz una gotilla de sangre, recuerdo de que aún no estaba del todo curada, pura rebelión todo ello ante la imposición del agente Nelo. Consciente de que le pedía al periodista un sacrificio, y para impedir que intentara convencerlo con argumentos que le resultaría difícil rebatir, el agente Nelo apoyó las manos en los hombros de su amigo y le dio un abrazo. Y cuando sus cabezas se encontraron aprovechó para decirle:

—Te necesitamos. Vivo. Necesitamos que alguien como tú deje su testimonio sobre lo que está a punto de ocurrir.

Querol se deshizo del abrazo, miró aún enfadado a Nelo y le soltó, simplemente:

—¿Por qué?

—Porque aquí puedo ser útil.

Y, dicho esto, sostuvo la portezuela de la camioneta e hizo un gesto para que el periodista entrara. Y él lo hizo, a regañadientes, y ya sentado vio cómo el agente lo saludaba llevándose el puño cerrado a la sien y esbozando una enigmática sonrisa.

El vehículo se alejaba de aquella importante encrucijada de la ciudad y Querol aún intentaba interpretar la mueca en el rostro del agente. Quería ser una sonrisa, sí, pero era otro el mensaje que transmitía. Quizá fatalidad, conformismo.

* * *

El vehículo avanzaba a una velocidad considerable por las calles del Ensanche, así que cuando Querol sacó la cabeza por la ventanilla y miró atrás ya no lo vio. Se removi6 inquieto en su asiento y alcanzó la manecilla que debía de abrir la portezuela. Pero la mano, y la voz, del teniente se lo impidieron.

—Te estás quitecito o te esposo y te echó atrás.

Encrucijada del paseo de Gracia con la avenida del Catorce de Abril, cinco y veinte de la madrugada

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una pared, Nelo sacudió la petaca de tabaco para que incluso la última hebra que quedaba cayera sobre su mano, y ni así logro liar un cigarrillo decente. Se llevó el canutillo que resultó a los labios y lo prendió con un mechero que le ofreció un joven que lucía los colores de la CNT en la gorra.

El chaval iba a decirle algo, pero el agente se llevó un dedo a los labios y con voz queda susurró:

—¿Lo oyes?

El otro negó con un movimiento de la cabeza.

Se levantó entonces y, sin tomar mayor precaución, se dirigió hacia el centro de la avenida e hizo un gesto con la mano a su acompañante para que lo siguiera. Y allí plantado, dirigió la oreja izquierda hacia el suroeste, y el muchacho lo imitó.

—Eso que parecen petardos de verbena son disparos de fusilería... Y, espera..., eso otro, ¿lo has oído? ¿Eso que suena como un trueno lejano? Eso viene de una pieza de artillería. Si me oriento bien deben de proceder del barrio de Sants, o de la plaza de España. Seguramente quieren llegar al puerto por el Paralelo y atacar los edificios de la Comandancia Militar.

El joven no esperó a oír más explicaciones. Echó a correr hacia un grupo de hombres que hacían guardia junto a la barricada más sólida y dio la alarma. De inmediato corrió la voz y civiles y guardias ocuparon posiciones tras los parapetos.

El agente Nelo ya se movía hacia uno de los puestos cuando sonó, insistente, el bocinazo de un vehículo que llegaba al paseo de Gracia por una calle perpendicular. Nelo lo identificó enseguida y corrió hacia la esquina.

Allí estaba el teniente de la patrulla, y Querol, que asomaba medio cuerpo por la ventanilla y hacía aspavientos para que se acercara.

—¿Qué hay? —gritó el agente, aún a cierta distancia.

—Hay fuertes enfrentamientos en la plaza de España —soltó el teniente, que había empujado atrás al conductor y se asomaba por su ventanilla—. Y todo indica que el Regimiento de Artillería Ligera pretende tomar la plaza de Cataluña. El Regimiento Primero de Montaña se dirige hacia la Consejería de Gobernación. Hemos topado con una avanzadilla y hemos tenido un intercambio de disparos.

—¿Heridos? —preguntó Nelo, mientras miraba el vehículo para descubrir un par de impactos en la portezuela.

—Ninguno.

—Y... Nelo... —siguió el oficial—, el Regimiento de Cazadores se dirige hacia aquí.

—¡Estupendo! Les estamos esperando.

—¿Por qué no sube atrás y se viene con nosotros?

—Ni hablar.

—Es su pellejo. ¡Arranca, Fermín!

Querol seguía asomado a la otra ventanilla y vio cómo el agente le devolvía una mirada limpia, un gesto tranquilizador y un adiós con el puño en alto.

Comisaría de Orden Público, ocho y media de la mañana

Le habían dejado entrar, pero no le dejaban salir. Al principio, incluso, en vista de su resistencia, le habían confinado en la sala de guardia, a cargo del cabo furriel que distribuía la munición. Sabían que era inofensivo, que no representaba ninguna amenaza, pero las recomendaciones del teniente iban en ese sentido y era lo mejor no contradecirlas.

—¿Sabes lo que te digo? —soltó al final Querol al cabo, al que conocía de sus visitas a la comisaría—. Que me voy a dar una vuelta al edificio. A ver si, al menos, encuentro al agente Estremera y él es capaz de contarme algo.

—Como quieras —le respondió el cabo—. Pero ya sabes que de aquí no sales.

Querol asintió con un gesto de la cabeza, recogió su cuaderno y salió a la sala de la planta baja. Todo estaba cerrado a cal y canto; un guardia se asomaba a la mirilla de la maciza puerta de madera y mantenía una conversación intrascendente con los hombres apostados en el exterior, detrás de un parapeto de sacos de tierra.

También había sacos, y tiradores, en casi todas las ventanas de la planta baja, de modo que el lugar, por la escasez de luz, había adquirido un aire lóbrego. Comprobó que al final de la escalera había más luz y se dirigió hacia la primera planta. También allí se habían amontonado sacos terreros en ventanas y balcones, pero hasta una altura inferior, y había más luz. En el despacho de Escofet, su secretario acababa de preparar café en un hornillo eléctrico y le llenó un tazón al periodista.

—¿De dónde sales tú? —le preguntó.

—Bueno, ahora vengo de abajo, pero antes he estado patrullando las calles con un teniente de la Guardia de Asalto —respondió Querol—. Por cierto, ¿dónde está el comisario?

—Se ha reunido con todos los mandos y el consejero en Gobernación. Desde allí dirige las operaciones. Yo le informo de cómo van las cosas por aquí.

—Y al agente Estremera, ¿lo has visto?

—Estaba por aquí esta noche, pero hace horas que no sé nada de él, ¿por qué?

—Por nada. Voy a buscarlo por ahí —añadió el periodista, y empezó a salir del despacho—. Ah, y gracias por el café.

Subió otro tramo de escaleras y se plantó en la sala que servía como lugar de trabajo para los agentes de Madrid. Había bastante desorden —la máquina de escribir estaba en el suelo, lleno, además, de cajas con documentación—, parecía más vacía y, lo peor de todo, había un hombre que dormía, tumbado, sobre la mesa grande. Era

Estremera.

No sabía si despertarlo o no, ni cómo hacerlo si se decidía a ello. Dio una vuelta alrededor de la mesa para calibrar las posibilidades, y luego otra. Al final, armándose de valor, se decidió a atacar por los pies. Una ligera sacudida, solo. Un poco más fuerte, después, y ya a la tercera Estremera se revolvió, levantó la cabeza y abrió los ojos como platos para exclamar:

—¿Qué hora es?

—Las nueve pasadas —respondió Querol.

—¿Y qué hago aquí?

—Usted sabrá...

—¡Dios mío! ¡Me he quedado dormido!

—Sí, eso parece.

—¿Es café eso que llevas en la mano? —preguntó Estremera, mientras se incorporaba y se sentaba sobre la mesa.

—Café del despacho de Escofet.

—¡Trae!

El agente le arrebató la taza de un zarpazo y engulló el contenido en cuestión de pocos segundos. Esperó a que circulara garganta abajo, dejó la taza sobre la mesa y se puso en pie. Entonces empezó a hablar, al parecer algo más reconfortado.

—Solo quería... nada... echar un sueñecito. Dejé a la chica a buen recaudo, volví para acá, me encontré esto como lo ves y me dije: «¿Por qué no una cabezadita?». Al fin y al cabo, hasta las cinco... —Luego, con un tono de cierta inquietud, añadió—: Vamos, ¡cuéntame!

—¿Cómo va el levantamiento militar?

—No, de eso ya me enteraré yo. Te hablo de Nelo. ¿Lo viste?

—Sí, lo vi. Y le conté lo de la chica.

—¿Y cómo reaccionó?

—Supongo que mal.

—Lo sabía... ¿Qué más?

—Bueno, pues pasé la noche con él, y la verdad es que estaba de un humor bastante negro. No es que estuviera enfadado; más bien era, ¡qué sé yo!, pesimismo, desgana... Pasadas las cuatro una camioneta nos acercó hasta el paseo de Gracia y él se quedó allí, junto a la avenida del Catorce de Abril.

—¿Tú no?

—No, a mí me obligó a seguir con los guardias, que estaban en tareas de inspección e información.

—Te echó, ¿verdad? Esto pinta muy mal, muchacho. De acuerdo, vamos a hacer lo siguiente: yo voy a informarme de cómo está la situación y tú te quedas aquí.

—¡Qué remedio!, no me dejan salir.

- Aquí quiere decir en este despacho, por si te necesito, ¿de acuerdo?
- ¿Puedo poner la máquina de escribir sobre la mesa y redactar mis crónicas?
- Haz lo que te plazca.

Y dicho esto, Estremera cogió su chaqueta, la sacudió, puso una mueca de desagrado al comprobar lo arrugada que estaba y salió apresurado del despacho.

* * *

A eso de las once sonó el teléfono. Resultó ser Julián, el secretario de Escofet, que tenía que decirle que había llamado Estremera desde la sede de la Consejería de Gobernación, y que lo iba a buscar a la comisaría en cuestión de minutos, que se presentara en la puerta principal.

Casi media hora después la gran puerta de madera que cerraba la entrada principal de la comisaría se abría para dar paso al teniente de los guardias que lo había acompañado esa mañana. Entre él y otro hombre entraron a un herido de bala, que dejaron sobre un banco del cuerpo de guardia.

—Está bien, no te preocupes —le explicó Estremera, que había entrado detrás del grupo—, lo ha herido una bala perdida viniendo hacia aquí. He hablado con el teniente. Me ha explicado que se ha conseguido detener el avance del Regimiento de Cazadores de Santiago, que los militares no han logrado su propósito y que se han refugiado en el convento de los carmelitas. Nelo va con los milicianos, lo ha visto, estaba en primera línea de fuego y su actitud en el combate podría calificarse de suicida. ¿Me has entendido?

—No sé por qué, pero no me extraña.

—Por lo visto, intentó disuadirlo, pero no hubo manera. Así que Escofet me ha autorizado a utilizar la camioneta de la Guardia de Asalto del teniente para ir a buscarlo. Nos es más útil vivo que muerto. Tan pronto vuelva el oficial saldremos, ¿de acuerdo?

—¿Usted y yo?

—Sí. Tenemos que convencerlo. Yo solo no podré. Contigo tiene confianza, y además tú tienes labia.

Volvió el teniente, acompañado por el doctor Comas, y Estremera le comunicó al oficial sus planes.

Convento de los padres carmelitas, mediodía

Querol quedó sobrecogido ante aquel escenario. Habían dejado el vehículo a un centenar de metros y de algún modo las descargas de fusiles y ametralladoras, los

quejidos de dolor y las órdenes transmitidas a gritos deberían de haber preparado al periodista para aquel horror.

Ante él, en las calles adyacentes al convento, una veintena de cuerpos de civiles y guardias de asalto, malheridos, recibían los primeros auxilios, que consistían básicamente en taponar los agujeros de bala, para contener la hemorragia, con lo primero que se pillaba: un trozo de camisa, un paño desgarrado, una gorra apretujada... A escasos metros, en otra hilera, los cadáveres: quince, contó Querol.

Estremera se acercó a un miliciano que lucía un pañuelo con los colores rojo y negro de la CNT anudado en el antebrazo y habló con él. Se asomó entonces para ver la fachada del convento y distinguió con claridad a Nelo, con la camisa blanca, el único que la llevaba entre la docena de hombres armados que se parapetaba detrás de un coche quemado en la refriega.

Se puso a gritar como un loco el nombre de su amigo. Pero era imposible que lo oyera; demasiado lejos. Quien sí oyó los gritos fue Querol, que se acercó a Estremera y le preguntó con la mirada qué ocurría.

—Está ahí —le respondió el agente—, esperando la oportunidad de iniciar un asalto. Y desde aquí no nos oirá. Así que tendremos que cruzar hasta la otra esquina. Tal vez desde allí...

—¿Y cómo espera convencerle?

—Le diré que Vera está bien, que ha preguntado por él, que solo confesará si él está presente.

—¿Y yo?

—Tú le dirás que ella le ama.

—¿Y eso es cierto?

—Sí, ayer me lo dijo. Pero a mí no me creerá.

—Adelante.

Aguardaron aún unos instantes a que las balas dejaran de silbar. La mayoría de las que procedían del convento iban a parar a las barricadas más cercanas, pero aun así las había que salían rebotadas, también perdidas, que sonaban demasiado cerca.

Al fin, después de esperar lo que quizá solo fueran unos minutos, pero que a ellos se les antojó horas, hubo un instante de tregua, que Estremera aprovechó para tirar de Querol y arrastrarlo camino a la esquina opuesta. Y justo cuando los dos arrancaban a correr, otro tanto hicieron la docena de hombres, con Nelo entre ellos, con él guiándolos, que se lanzaron hacia la puerta del convento, único lugar que les ofrecería cobijo a salvo del fuego enemigo.

En aquella embestida desesperada cayeron tres valientes antes que él. El primero, con una bala en el abdomen, moriría poco después con el estómago perforado. El segundo recibió un disparo que le entró por la boca, le destrozó el paladar y salió por la nuca; cayó como un muñeco de trapo, y su cuerpo carecía ya de vida cuando tocó

el suelo. El tercero era el joven que había prendido el pitillo de Nelo en la avenida del Catorce de Abril; lo tumbó una bala que le destrozó la rodilla. Fue entonces cuando Nelo soltó su fusil, agarró al muchacho por los sobacos e intentó arrastrarlo a la seguridad de la barricada. Una bala certera se lo impidió. Le alcanzó en la cabeza, y el golpe hizo que girara sobre sí mismo y cayera de bruces contra el suelo.

Estremera lo vio. Querol no. Estremera echó a correr a pesar de que las balas rompían el aire alrededor de él. Querol, sin saber ni por qué ni cómo, pues ya bastante antes le flaqueaban las piernas, le siguió. Tuvieron suerte de que en buena medida la andanada de fusilería y ametralladoras procediera del bando republicano, y que así se acallaban también los procedentes del bando fascista. Estremera cargó con Nelo, se lo colocó sobre el hombro y echó a correr. Querol tiró del joven con una fuerza que no creía tener.

Los dos llegaron sanos y salvos a la esquina de la que habían partido, donde los recibió el teniente, que los condujo hasta la camioneta. Allí, en la parte trasera, dejó el periodista el cuerpo del muchacho, que, pálido como la ceniza, hacía un esfuerzo por no gritar. Cuando Estremera hacía lo propio con el cuerpo de Nelo, Querol vio el paquete con el almohadón metido entre la camisa y el cinturón del agente, y lo cogió. Rompió el envoltorio, comprobó que serviría para taponar las heridas y, sin miramientos, rasgó el fino algodón en dos mitades.

La herida de Nelo era profunda, en la frente, a escasos centímetros de la sien, y sangraba tanto que no supieron si la bala seguía en la cabeza del agente; Estremera le rasgó la camisa y apoyó la mano en su pecho para comprobar si aún le latía el corazón. La retiró sin decir nada. La del muchacho le afectaba la rótula y era escandalosa, pero no revestía excesiva gravedad; al periodista le impresionó que no se quejara, que no gritara, aunque su rostro congestionado se contraía en una mueca de dolor y algunas lágrimas se escapaban de sus ojos.

Llenaron la caja del camión con otros dos guardias heridos y partieron hacia la Comisaría de Orden Público, pues sabían que allí, al menos, encontrarían a un médico.

Capítulo 19

Barcelona, 21 de julio de 1936

Calle Aribau, once de la mañana

Querol se había presentado con antelación en casa de las hermanas Castellá para preparar el terreno, no fuera a ser que las mujeres se llevaran una desagradable sorpresa.

Doña Rosa observaba el cuerpo del agente Nelo, tendido en su cama, boca arriba, con los brazos extendidos a los costados, la tez pálida, los ojos hundidos, aunque quizás eso solo fuera por el efecto que producía el aparatoso vendaje que cubría la herida en la cabeza. La mujer llevaba entre las manos una jofaina con agua jabonosa y una toallita empapada en el antebrazo. Mientras, Querol bajaba la persiana y la habitación quedaba en penumbra, de modo que la impresión de ver al agente por primera vez se atenuaba.

—Gracias por ayudarme, Eduard. No sé si hubiera podido lavarlo sola.

—No se merecen, doña Rosa. Para eso están los amigos.

—¡Ay, señor! Tan lleno de vida, tan fuerte, tan... y mira ahora cómo lo tenemos que ver.

Desde la cocina les llegó la voz de doña Josefa:

—¡Ya tenéis la tila preparada! —gritó.

Querol cogió la pastilla de jabón y la toalla grande que habían quedado sobre la cama y salieron del dormitorio. Ya en la cocina, doña Rosa dijo:

—Que no, Pepita, que la tila es para ti.

—¿Para mí? Ah, bueno.

—Y nosotros tomaremos café. Siéntate muchacho, que ahora te lo sirvo.

—¿Y por qué me dais tila? Ya lo sé: por fin me explicaréis qué pasa con el señor Bravo y qué es esa misteriosa visita que recibiremos hoy. Porque no me habré vestido en vano, ¿verdad?

—Ahora se lo explico, no se preocupe —le respondió Querol—. Pero antes tómese la infusión.

La mujer se sentó, obediente, y empezó a tomar el líquido amarillento a pequeños sorbos.

—Ya sabe que el señor... Bravo resultó herido el otro día, ¿verdad?

—Sí, pero si está tan grave, ¿cómo no lo llevan a un hospital?

—Porque, en realidad, los médicos ya han hecho todo lo que podían por él en estas circunstancias. Verá: recibió un disparo en la cabeza, que le hizo esa fea herida, pero la bala tropezó en el hueso y salió rebotada. Los médicos creen que el golpe lo dejó inconsciente, un traumatismo craneal grave lo llaman ellos, pero no se acaban de

explicar por qué no despierta.

—¡Pues menudo golpe debió de ser!

—Fue un disparo, doña Pepita, una bala. El caso es que han comprobado que no está en coma, que eso sí sería peligroso, o malo, porque mal que bien reacciona a ciertos estímulos, pero tampoco tienen claro que solo esté en un estado de inconsciencia. Yo les digo que el hombre necesitaba dormir, que apenas había dormido cuatro horas en las últimas cuarenta y ocho, y que su cuerpo, se quiera o no, necesitaba descanso, y que por eso permanece dormido.

—Pero dormido no está, ¿no?

—No, chica, no, que no te enteras —la riñó su hermana, que acababa de sentarse a la mesa de la cocina y ofrecía a Querol un buen tazón de café con leche—. El problema es que no despierta, que no sale de este estado en el que se encuentra, ya sea una conmoción o un sueño profundo. Y si no está despierto, no puede beber ni alimentarse. Y ahí sí que podemos ir a peor, a una deshidratación. Antes de que esto ocurra, claro, lo llevaríamos a un hospital, le meterían una sonda hasta el estómago y le darían agua. Pero, tal como están las cosas en los hospitales ahora mismo, sería muchísimo mejor que bebiera y se alimentara por sí mismo.

—Pobrecito mío. Y a mí que me caía tan bien...

—Mujer, que no está muerto.

—A ver si lo voy entendiendo —la interrumpió doña Josefa—. Así que la herida de la cabeza no es tan grave.

—La herida en sí, no —respondió Querol—. Le quedará una buena cicatriz y ya está. Lo importante es que despierte de una vez. Así que hemos pensado que podríamos probar...

—Espera, muchacho, espera. Será mejor que se lo explique yo. ¿Un poco más de tila? ¿No? Bien. ¿Tú te acuerdas de aquella joven que vino a verlo?

—¿El día que se presentó con este, que iba borracho y con la nariz rota?

—Eso es. Pues, por lo visto —doña Rosa acercó la cabeza a la de su hermana y bajó la voz—, son novios.

—Vaya, vaya...

—Y el Eduard piensa que el señor Bravo sufre de mal de amores, ya sabes, que cree que la ha perdido para siempre y que no tiene interés en seguir viviendo. Y que si se presenta ella, tal vez consiga que se despierte.

—Bueno, lógico. ¿Y para eso me habéis hecho preparar la tila?

—Mujer, la idea es dejarlos solos, a ver si así reacciona.

—Ay, ay, ay... ¿y darles la oportunidad de que pequen?

—Señora Pepita, que el señor... Bravo —a punto estuvo Querol de decir Nelo, y solo hubiera faltado eso para añadir confusión a la escena— no está para esos trotes, no se preocupe.

—Bueno, pues qué se le va a hacer. ¿Y a qué hora vendrá esta muchacha?

—Estará al caer.

* * *

A las doce en punto sonó el timbre. Querol fue el primero en llegar a la puerta, pero tuvo la educación de esperar a que llegaran las hermanas para que abrieran ellas.

El periodista recordaba de otra manera a Jeanne Georgel. Tocada con ropas vulgares —un sencillo vestido estampado que le llegaba a las rodillas y zapatos planos—, casi de ama de casa, sin maquillaje y con la cabellera simplemente limpia, sin más fundamento, aparecía, no obstante, hermosa. No atractiva, como la actriz, no llamativa ni, mucho menos, provocadora, pero sí hermosa.

El periodista les presentó a Estremera e hizo entrar a la joven. Fuera, en el rellano, quedaron dos guardias.

—¿Y esos de ahí? —preguntó doña Josefa a su hermana cuando todos se dirigían al salón.

—Es su escolta —respondió doña Rosa—. Es que se trata de una persona principal.

En el salón les ofrecieron acomodo y todos se sentaron, excepto Vera, que se movía de acá para allá, sin dejar de mirar la puerta de la que sabía era la habitación de Nelo. Se frotaba las manos, inquieta, y dirigió una mirada suplicante a Estremera, que se levantó y le pidió a doña Rosa que acompañara a la joven a la habitación. Él las siguió, comprobó que no era posible la huida por la ventana, salió detrás de la dueña de la casa y cerró la puerta.

—Bueno, ¿qué tal si nos vamos a la cocina a tomar un aperitivo? —invitó doña Rosa, para despejar el salón y dar mayor intimidad al encuentro.

Querol se apuntó enseguida, y doña Josefa se sumó a la iniciativa. Pero Estremera, desconfiado, rechazó la invitación y se quedó sentado en el sillón, pendiente de lo que ocurría en la habitación contigua.

* * *

Jeanne Georgel se acercó al lecho con reverencia, como si temiera descubrir que aquel hombre que yacía, inmóvil, no era el agente Nelo, o que ya no sentía por él el mismo amor, la misma pasión que la consumía desde aquel primer beso en esa misma habitación.

Y tal vez por ello al llegar a la cama se arrodilló, para asimilar desde cerca, con

prudencia, la presencia del hombre que había transformado su mundo.

Sus rodillas pisaban el vestido y le impedían alzar los brazos con comodidad para que sus manos alcanzaran el rostro de Nelo. De modo que se levantó, se quitó el vestido y quedó con unas enaguas por todo ropaje, y entonces sí, se encaramó a la cama y se acercó al yaciente.

Primero fueron sus dedos, que empezaron a acariciar el rostro de Nelo como harían los de un ciego, pues se detenían en todos los rincones, como si buscaran reconocimiento. Luego fueron sus manos, que recorrieron su cuello y su pecho, esta vez en busca de un pulso que se resistía a aparecer. Luego fue todo su cuerpo, que se acopló al del agente, piel contra piel, en busca de una tibieza ausente, como las de las cenizas ya apagadas de un gran fuego: algo quedaba, sí, un rescoldo, oculto, y la mujer supo que, en efecto, aquel hombre seguía vivo. Solo necesitaba aliento.

Y eso hizo Vera: se colocó a horcajadas sobre él, las piernas a lado y lado de su torso, acercó su rostro al de él y empezó a soplar su aliento sobre la frente, sobre los ojos y las mejillas, sobre los labios... con la creencia de que aquel aire cálido que vertía sobre él le devolvería la vida. Pero no fue suficiente para que el rescoldo volviera a prender.

En un acto de desesperación, tomó la cabeza del agente entre sus manos y acercó sus labios para besarlos; en la frente, en los ojos, en las mejillas, en los labios... Pero el fuego de la vida se resistía a aparecer.

No sabía qué más podía hacer.

No pensaba en aquel momento en su aciago futuro, ni aun en su presente. Solo deseaba que aquel hombre volviera a la vida, que abandonara su sueño de perdición y la mirara una vez más. Solo una.

Aún con sus manos sujetando el rostro, Vera alzó la cabeza y dirigió una súplica muda al cielo. Una gota empezó a surcar su rostro, una lágrima, a la que siguieron otras, en un llanto que amenazaba con desbordarse.

Y una de esas lágrimas, varias, de hecho, cayeron justo sobre los labios de Nelo y alguna debió de entrar en su boca, porque poco después, el agente abrió los ojos.

—Tus lágrimas saben a mar.

Epílogo

Carretera de Barcelona a Lérida, 25 de julio de 1936

Una de la tarde

Han sido días bochornosos, en los que no soplaba brisa suficiente para mover siquiera una brizna de hierba, en los que personas y animales no sabían dónde ponerse para refrescarse ni cómo moverse para no generar, de inmediato, una oleada de sudor.

Hoy no. La amanecida ha descubierto un cielo oculto por un extenso manto de nubes que se movía de norte a sur al capricho del viento, un viento frío y recio que se hacía brisa fresca cuando descendía a alturas humanas. Un regalo, un día espléndido para viajar.

Ayer por la tarde Gonzalo Estremera fue a ver a su compañero Nelo a casa de las hermanas Castellá. Hacía ya tres días que no lo veía y le sorprendió encontrarlo tan recuperado, aunque todavía débil, porque apenas había ganado algún kilo de los cinco perdidos en los últimos días. Al llegar, doña Rosa le ha explicado que el doctor Comas también lo ha visitado y que ha confirmado la mejoría, aunque le preocupa la pérdida de memoria. Cree que no es que sufra amnesia; solo que le cuesta recordar. Tan pronto le explican las cosas, despacio y con cuidado, como si se hablara con un niño, ata cabos enseguida y recupera pronto el recuerdo. Han sido unos días tremendos, de una intensidad brutal, y ante ese cúmulo de sensaciones experimentadas a veces la mente se cierra, bloquea lo que es capaz de hacernos sufrir.

Por ejemplo, Nelo recuerda a la perfección cada instante —todas las sensaciones, las imágenes, los olores, los sabores, los sonidos—, cada fracción de segundo transcurrido desde que sus labios se humedecieron con las lágrimas de Jeanne Georgel hasta que ella volvió a vestirse y salió de su habitación. Pero no cómo resultó herido de un disparo en la cabeza al tratar de rescatar a un joven miliciano ni cómo Estremera lo sacó de allí. Se lo han contado, le han dicho incluso que el mozo herido en la rodilla se está recuperando, que lo salvó Querol, y que la única secuela que padecerá será una ligera cojera.

Y él lo asimila como cierto, pero por mucho que busca no lo encuentra en su archivo de imágenes.

A Estremera no le extrañó la presencia del periodista Querol ni la media docena de periódicos que había sobre la cama. En uno de ellos, en un titular entre columnas, aparecía destacada una frase que lo perturbó:

«NUEVO ORDEN REVOLUCIONARIO».

Cuando la señaló con el dedo, Nelo se encogió de hombros. Se veía aliviado por la visita de su compañero, como si la compañía del periodista llegara a ser tediosa si se alargaba demasiado en el tiempo y agradeciera la interrupción. Estremera le

explicó que había hablado con Abasolo, y cuando Nelo le preguntó qué le había dicho, él respondió con un movimiento de cabeza, dirigiendo la barbilla hacia el periodista. Nelo comprendió. También le dijo que al día siguiente viajaba a Lérida, que trasladaban allí a Vera y el delegado del Gobierno quería que él la custodiara. De inmediato Nelo se incorporó, se sentó sobre la cama y, con expresión preocupada, preguntó por qué.

De nuevo Estremera señaló con la barbilla a Querol, quien, en esa ocasión, al oír la palabra Lérida, había alzado el rostro, interesado. Cuando comprendió que se trataba de viajar, le faltó tiempo para gritar un «¿Puedo ir?» que le salió del alma. Estremera y Nelo se miraron, y lo miraron. «Se lo debemos», dijo Nelo. «Me lo deben», aseguró el periodista, aunque no sabía demasiado bien de qué se trataba. «Y yo también voy», añadió el agente herido, erguido y aparentando más fortaleza de la que conservaba. Por fortuna para Estremera, en ese instante entró en la habitación doña Josefa con un buen tazón de chocolate y unos bizcochos, y apartó a los visitantes para colocar, sobre las piernas de Nelo, una bandeja de plata. Estremera aprovechó para despedirse. Ya decidiría más tarde qué haría al día siguiente, domingo.

* * *

Han salido de Barcelona pronto, por la avenida del Catorce de Abril, y antes de dejar la ciudad han tenido que echarse hacia la cuneta para dejar pasar un convoy de vehículos sanitarios, civiles y militares, que se dirigía a Aragón. Allí, en Caspe, las fuerzas republicanas de la columna Durruti pretenden tomar la ciudad en cuestión de horas.

—¿Y el delegado ha permitido que nos acompañe? —pregunta Nelo a Estremera mientras señala con la barbilla la espalda de Querol, sentado en el asiento delantero del vehículo.

—Le he dicho que nos venía de paso.

Querol se ha vuelto un instante y ha dirigido una sonrisa al agente, que se encoge de hombros.

—¿Y, entonces, Querol?

El periodista se guarda el lápiz, se gira de nuevo, se acomoda en esa posición, mirando en sentido contrario a la marcha, y se lo explica.

—Enriqueta, ¿se acuerda? Mi posada, mi refugio...

—Adelante.

—¿Se acuerda de que le expliqué que su familia se había trasladado a un pueblo de Lérida? Pues allí vamos.

—La verdad es que no sé por qué narices él y tú nos acompañáis —interviene Estremera, molesto—. Deberías estar en casa de las Castellá, recuperándote.

—Estoy bien, Gonzalo, no te preocupes. Sigue, Querol.

—La familia tiene aquí una gran finca, con olivos, cereales y pastos. Dan trabajo a medio pueblo y viven en una gran masía solariega. Pero no es suya; bueno, sí, ellos son los propietarios. Lo que quiero decir es que no la heredaron, sino que la compraron.

—Al grano, Querol —lo interrumpe Nelo.

—Pues bien: ya le conté que había descubierto que estaban aquí gracias al aya. Y me dije que la vería, aunque solo fuera para comprobar que ella está bien y viera que yo también lo estoy.

—También querrás asegurarte de que no la acompaña tu amigo, el teniente —suelta Nelo, con sarcasmo.

—La verdad es que lo busqué en la lista de oficiales caídos, pero no lo encontré. Lástima. Y por casualidad di con él. Quería entrevistar al general Burriel, que está preso en el buque prisión *Uruguay*. Lo sabía, ¿no? Le espera un consejo de guerra sumarísimo y está muy vigilado; solo le permiten comunicarse con su abogado.

—¿Y no mostraste tu salvoconducto?

—Lo hice. Y no hubo manera. Al final, como insistía tanto, el sargento de guardia me condujo a una celda donde habían metido a algunos oficiales. Y allí estaba él. Me dio pena, porque los demás lo miraban con desprecio; claro que era el único allí que conservaba impoluto el uniforme. Los demás, quien más quien menos, lucían, como si de medallas se tratara, rastros de sangre, desgarrones, y algún que otro iba herido.

—Vaya, vaya... con el soldadito valiente. Así que no pegó ni un tiro —comenta Estremera.

—Me dejaron hablar un rato con él; me reconoció, me trató casi como un amigo, ¿se lo pueden creer? Me dijo que había acompañado en todo momento al general Burriel, que llegaron a Capitanía y que arrestaron a Llano de la Encomienda. Y que incluso evitaron que Goded, en un arrebató, le pegara un tiro con su pistola a Llano. Y lo decía para que constara, por si servía de algo en el juicio.

—Seguro que lo hizo porque ya sabía que todo estaba perdido —sentencia Nelo.

* * *

La caravana de automóviles levanta nubes de polvo a menudo, pues la carretera es estrecha y hace semanas que las cunetas no ven ni una gota de lluvia. Tal vez hoy sacien su sed. Encabeza la procesión una camioneta de la Guardia de Asalto, con cuatro hombres armados y uniformados en la caja, expuestos a los elementos y a la

polvareda. Le sigue un coche oficial de la Comisaría General de Orden Público, con dos hombres delante y otros dos detrás y, entre los agentes que se sientan atrás, una mujer joven, de mirada lánguida y extraña hermosura. Cierra la marcha, finalmente, un gran auto, el del delegado del Gobierno en Cataluña, en el que, además del conductor, viajan otros tres personajes, dos de ellos vestidos con traje y corbata y un tercero, Querol, que lo hace de manera más informal, en mangas de camisa.

—Ya llegamos, ¿no, Querol?

El periodista se incorpora en su asiento y mira al frente, a la carretera, justo a tiempo de ver un cartel con el topónimo del lugar, aunque su vista no alcanza a distinguir los caracteres.

—Creo que sí —y guarda el cuaderno y el lápiz en un morral militar que encontró durante las escaramuzas del levantamiento en Barcelona.

—Sí, ya hemos llegado —confirma el conductor, el joven agente que los acompañaba durante la liberación de Nelo.

Querol mueve el espejo retrovisor del conductor y se mira en él: se despeja los ojos de legañas, se peina con los dedos los cabellos y se quita las gafas para limpiarlas. Su cara resulta extraña sin aquellos cristales, tal vez también porque aún quedan zonas oscuras en su piel, alrededor de la nariz y bajo los ojos, que le dan un aspecto descuidado, casi sucio.

La camioneta que va en cabeza aminora la marcha y se dirige hacia lo que debe de ser el centro del pueblo, una plazuela en la que desembocan apenas cuatro calles. Hay algunas casas de piedra, una de ellas el Ayuntamiento, y muchas más de adobe, encaladas. Al final de una de las calles, a una cincuentena de metros, la única gran construcción, una masía rica, señorial, rodeada de un enrejado que protege un amplio jardín. A las puertas, un par de docenas de campesinos, vecinos del pueblo, con algunas banderolas y un gran cartel.

Cuando el vehículo del delegado se detiene, bajan de él Estremera y Querol, y este último, sin esperar otras instrucciones, se dirige decidido hacia la casa más rica del pueblo, convencido de que será la de la familia Palau.

Estremera ayuda a salir a Nelo, lo sostiene unos instantes y, al comprobar que le cuesta mantener el equilibrio, hace que se apoye en el lateral del vehículo.

Finalmente la camioneta de los guardias de asalto y el coche de la Comisaría General de Orden público se detienen frente al Ayuntamiento. De inmediato, los guardias saltan al suelo, con el fusil en las manos, y se apostan en la entrada. Poco después salen los ocupantes del coche de la comisaría. Jeanne Georgel va entre cuatro fornidos agentes y apenas se la distingue cuando la introducen sin demasiadas contemplaciones en la casa consistorial. El chófer se entretiene en sacar del portamaletas una cesta de mimbre con provisiones.

—¿Me vas a contar ahora qué ocurre? —pregunta entonces Nelo. Está pálido, y la

mirada que dirige a su compañero es ávida, ansiosa.

—A ver si me explico. Alguien en el Gobierno de la Generalitat, un alto cargo, conoce o es familiar lejano del obispo de Urgel, no me quedó claro, y, por lo visto, el obispo le ha llamado para ofrecerse como mediador con los militares que se han alzado en Aragón. Por lo que dicen, están dispuestos a liberar a Casanellas, el subsecretario del Ministerio de Trabajo, a cambio de alguien de la alta sociedad, un destacado monárquico, que en estos momentos está bajo arresto. La cuestión es que nadie se fía de nadie y se ha propuesto que se haga un intercambio de prisioneros menos significados, para comprobar que las partes respetan los términos del acuerdo. Y ellos han propuesto a Jacinto Alós.

—¿A Sinto? —exclama Nelo.

—Sí, a tu amigo, el periodista. Yo no lo sabía, te lo juro, y tuvo que explicármelo el capitán Abasolo, porque resulta que Sinto trabaja, o trabajaba, con nosotros. A las órdenes directas del capitán. Y absolutamente nadie lo sabía.

—¿Y qué hacía en Aragón?

—Volvía a Barcelona. En Zaragoza el tren tenía que cambiar de locomotora y los pasajeros bajaron al andén. Y quiso la fortuna que Casanellas, que también acababa de llegar, lo reconociera y le diera un abrazo. Poco después una patrulla militar los detenía a los dos; a uno por formar parte del Gobierno de Madrid, y al otro por tener amistad con él. No sé si ellos saben que se trata de un agente de Madrid, pero su periodismo comprometido con la defensa de la República ya era excusa suficiente para apresarlo.

—¿Y Jeanne?

—Entonces se me ocurrió. Bueno, en realidad se le ocurrió al capitán... a los dos, porque lo hablamos por teléfono. Se nos ocurrió que podríamos ofrecer a Jeanne Georgel a cambio de Alós. No estábamos seguros de si los catalanes o los rebeldes aceptarían, pero ha habido suerte. Por eso estamos aquí. Con ella.

—¿Y el capitán sabe... cómo me desperté?

—No se lo he contado.

—¿Y que os acompaño?

—Tampoco. Esto lo arreglé yo con el delegado.

—¿Y ahora qué, Gonzalo?

—¿Lo ves? ¿Por eso no quería que vinieras? Porque te pones trascendental, se te entristece el humor y resultas insoportable.

Guardan silencio los dos.

Mientras, Querol ha llegado a la puerta de la casa de los Palau y brega con el piquete que impide el paso a cualquiera por la puerta enrejada. A la distancia, Nelo comprueba que la algarabía va en aumento y que incluso alguien zarandea al periodista. Pero el joven se quita de encima la zarpa que lo agarra y echa mano a los

papeles que guarda en su cartera. Los muestra a los peones y grita —palabras que no llegan a oídos de los madrileños—, aunque tanto griterío más bien parece una arenga. Al poco, los peones se van tranquilizando, bajan las banderas y el grupo se calma. Con gestos imperativos, Querol les pide que se vayan, que le permitan entrar, y eso hace el piquete. Desde el interior de la casa unos ojos han estado espiando la acción por una rendija de la sólida puerta de madera. Ahora esa puerta se abre de par en par y de ella sale corriendo una muchacha que lleva unas llaves en la mano. Cruza el jardín como una exhalación y le falta tiempo para abrir la verja.

Gonzalo Estremera aparta la mirada, por pudor. Nelo no, necesita ver aquello, contemplar cómo dos personas jóvenes se reencuentran y funden en un abrazo incondicional, cómo se besan y se aman. Poco después aparece una figura masculina en la puerta principal de la casa, imponente, y hasta ellos llega el eco de un nombre gritado, «¡Enriqueta!», y la muchacha despide a Querol, no sin antes susurrarle algo al oído.

—¿Qué le ocurrirá a ella?

—¿A Vera? —pregunta Estremera.

—A Jeanne.

—Si todo sale bien, volverá con los suyos. Es posible incluso que allí, en Zaragoza, la esté esperando algún viejo amigo. Lo que haga a partir de entonces no es cosa mía. Tal vez vuelva a ponerse al servicio de los fascistas, quién sabe.

—No. Volverá a su casa, a Los Vosgos.

—Si tú lo dices...

De nuevo se hace el silencio junto al lujoso vehículo del delegado del Gobierno en Cataluña.

Pronto oyen cómo el motor de la camioneta de la Guardia de Asalto empieza a petardear de nuevo. Ya salen del Ayuntamiento la espía y su acompañamiento y se dirigen hacia el coche oficial, pero antes de que uno de los agentes llegue a abrir la puerta cae en la cuenta de que ha olvidado algo y echa a correr hacia el edificio. Queda entonces ella, Jeanne, de pie y sin escolta que la oculte, a la vista de Nelo.

Los dos se miran. Una veintena de metros les separan. Es imposible saber qué sienten en ese momento, porque ella está demasiado lejos para distinguir los detalles de sus facciones y porque él conserva desde hace un rato una expresión pacífica, solo eso, un reflejo de la ausencia de emoción, de cualquier sentimiento.

Estremera vuelve a bajar la cabeza. Conoce mucho a su compañero, a pesar de él, y no puede con esa mirada, y baja la suya al suelo para no verla. Y coincide en ese instante que un goterón de lluvia del tamaño de un garbanzo impacta contra el polvo del suelo y, antes de dejar su impronta húmeda, dibuja una pequeña corona de polvo. Levanta entonces la mirada al cielo y ve las nubes por primera vez ese día. ¿Cómo no las había visto antes?

Ve que también Nelo ha levantado la cara al cielo y que otra gota ha caído en sus labios. Ha cerrado los ojos y la saborea detenidamente. Pronto la lluvia cobra fuerza y amenaza con empaparlos. Estremera apoya su mano en el hombro de Nelo. Se oye entonces cómo se cierran las puertas de los vehículos y el convoy se pone en marcha.

—Vamos —dice Nelo, de nuevo en la realidad.

—No. Nos quedamos. Es la condición que ha impuesto el delegado para que tú y Querol nos acompañarais. Ahora debemos volver.

A Estremera le preocupa que Nelo acate, sumiso, sin rebelarse, la orden de marchar a Barcelona. Pero prefiere eso que enfrentarse a su compañero.

Cuando ya están dentro del coche del delegado el conductor hace sonar dos veces el claxon para avisar a Querol.

Y él, el periodista, que sale de la casa solariega corriendo, alcanza, en medio de lo que ya es un aguacero considerable, el vehículo. Estremera baja la ventanilla y le grita:

—¡Vamos, sube o te dejamos aquí!

Él duda. Vuelve a mirar atrás, pero ya no queda ni rastro de la muchacha. Va calado hasta los huesos, incluso sus gafas se han empañado, y debe de ser por ello que no atina a dar con el tirador que abra la puerta del coche y ha de ser Nelo quien lo ayude.

Entra por fin. Estremera se encoge de hombros y da un golpe en el hombro del chófer, que arranca.

—¿Es este el final? —pregunta entonces Querol.

—No —responde el espía de Madrid—. No es el final. Ni siquiera es el comienzo del final. Es, tal vez, el fin del comienzo.

Agradecimientos

A Roberto Manrique, *ni un paso atrás*; a Lurdes Iglesias, Jaume Martín y Mariela Redondo, *que nunca os falte un sueño por el que luchar, un proyecto que realizar, un lugar adónde ir y alguien a quien amar*; a Eduardo Pérez Moya, *no todo se soluciona con un chocolate, pero, claro está, una taza de cacao no empeora nada*, y a Carol Espona, María Jesús Cañizares, Jordi «Tete». Reixach, Xavier Colás y Paco Niebla, *uno solamente posee aquello que no puede perder en un naufragio*; a Albert Castellón, *amigo y colega periodista, que ya es mucho*.

A Joan Salvador, a Maru de Montserrat, y al equipo de Medialive Content por creer en mí.

A «La Vanguardia», por su fantástica hemeroteca.



GOYO MARTÍNEZ (1967), leonés de nacimiento y catalán de adopción, es periodista y licenciado en Derecho. Ha trabajado en Radio Mollet, RNE y en la agencia EFE, donde ha firmado centenares de crónicas de tribunales y sucesos. En 2008 publicó el libro *Pido la palabra. Víctimas del terrorismo: una crónica íntima*, en el que se aleja de toda consideración política para ofrecer un testimonio humano como pocos, el de las víctimas que han sufrido la violencia del terrorismo. Ganó el premio de comunicación radiofónica de las emisoras municipales de Catalunya por un serial sobre el 20 de noviembre de 1975, el día que nos cambió a todos al morir el dictador Franco.

JOAN SALVADOR VERGÉS (Barcelona 1954) escritor y editor. Ha publicado dos novelas: *Babel*, Premio Feria del Libro de Madrid y *La felicidad de Alicia*. Ha ganado el premio Eduard Rifa de guiones dramáticos para radio y una Hucha de Plata por un relato corto y ha colaborado en la edición de más de una treintena de obras de autores españoles.

Goyo y Joan se conocieron por la obra *La casa de los hombres sin sonrisa*, una historia de la cárcel Modelo de Barcelona en la que se relataba la vida del preso que más tiempo ha permanecido encarcelado. Era el año 2008 y el periodista habló al escritor, además, de una idea que le rondaba: recrear el ambiente que se vivía en Barcelona los días previos al golpe de Estado de 1936. Así empezó a construirse *El espía de Madrid. Barcelona, 1936*.

Notas

[1] En latín, nada nuevo bajo el sol. <<

[2] En catalán, expresión que aquí toma el significado de que resolviendo las dificultades de cada día se llegan a resolver las de todo el año. <<

[3] En catalán, irónicamente, «¡Hasta la muerte, todos llegaremos vivos!». <<

[4] El 12 de octubre de 1934, Escofet fue juzgado por los hechos del 6 de octubre de aquel año, cuando el presidente Companys proclamó el Estado Catalán dentro de la República Federal Española. Escofet —defendido por el coronel Moracho— fue condenado a muerte, aunque posteriormente le fue conmutada la pena por la de cadena perpetua. Companys volvió a confiar en él y le rehabilitó como comisario general de Orden Público a principios de julio de 1936. <<

[5] ¡Nada nuevo bajo el sol! <<